

"UNA NUEVA Y PODEROSA VOZ EN LA LITERATURA HOLANDESA.
LO POLÍTICAMENTE CORRECTO NUNCA VOLVERÁ A SER IGUAL"

— HERMAN KOCH

La promesa de Pisa

UNA NOVELA DE

Un libro que da en el clavo a los prejuicios de la Europa de hoy. Y lo hace con un martillo demoledor.

Mano Bouzamour es *l'enfant terrible* de las letras holandesas.

Rey Naranjo Editores

LA PROMESA DE PISA

MANO BOUZAMOUR

La promesa de Pisa

Mano Bouzamour

Traducido por Conchita Alegre Gil

Rey Naranjo Editores

REY NARANJO EDITORES

La promesa de Pisa

Copyright ©2013 by Mano Bouzamour Originally published in 2013
BY UITGEVERIJ PROMETHEUS, AMSTERDAM

© Primera edición en castellano: Rey Naranjo Editores 2016 © 2016 Mano
Bouzamour

© 2016 Conchita Alegre Gil de la traducción al castellano

Dirección editorial: John Naranjo . Carolina Rey Gallego

Dirección de arte: Raúl Zea

Dirección de producción: César Garzón

Equipo editorial: Carolina Mayo, Valeria de la Vega, Lina Rojas Equipo de
diseño: Rita Barón, Alexandra Vásquez

Fotografías de cubierta: Gabriel Faypon, Nick Scheerbart, Tadas Mikuckis

ISBN: 978-958-57391-8-5

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial en
cualquier medio, sin permiso escrito de los titulares del copyright.

Este libro fue publicado con el apoyo de la Fundación Neerlandesa
de Letras y la Embajada del Reino de los Países Bajos.

Nederlands
letterenfonds
dutch foundation
for literature



Reino de los Países Bajos

Para Solaiman y Eva

*“A ti podre confiártelo todo, espero
como aun no lo he podido hacer con nadie”*

Ana Frank



PRÓLOGO

¡Virgen santa! ¡Me han admitido en el instituto Hervormd Zuid, la puta madre!

Mi hermano y yo bajábamos sonrientes la escalinata llena de jóvenes fumadores del instituto donde acababa de tener lugar mi entrevista de admisión. Como la inútil de mi profesora de primaria había recomendado que fuera a la enseñanza secundaria profesional VMBO —en contra de los resultados de las pruebas CITO, que me aupaban a la enseñanza preuniversitaria VWO—, dijeron que tenía que acudir a la cita acompañado por uno de mis padres. Dependiendo de cómo transcurriera ese encuentro, decidirían si era apto para el liceo. Como de costumbre cuando citaban a mis padres en el colegio, fue mi hermano quien me acompañó.

Una profesora de holandés me sometió a un interrogatorio de película. Le faltó poco para atarme a los apoyabrazos de la silla. A los tres cuartos de hora concluyó la entrevista diciendo:

—¿Me prometes que te esforzarás al máximo si te admitimos en este instituto?

—Sin duda, señora.

Miró a mi hermano, sentado a mi lado.

—¿Lo ha oído también? Perfecto. Por lo menos tengo un testigo. ¿Velará usted por que lo haga?

—Como un carcelero, pierda cuidado. Los próximos seis años, será mi prisionero.

Mi hermano me agarraba por el cogote con su zarpa caliente. Cruzamos la calle y nos acercamos a Suse, el brazo derecho de mi hermano, que nos esperaba en la acera de enfrente sentado en su motocicleta y con las suelas de los zapatos apoyadas en la Vespa de mi hermano.

—Pon cara triste— me susurró antes de gritarle a Suse —¡quita tus sucias patas de mi escúter!

Suse se levantó de un salto al vernos. Hablaba con más acento amsterdamés que Johan Cruijff.

—A este colegio vienen unas nenitas buenísimas, colega. ¿Y? ¿Qué han dicho? ¿Cómo ha ido todo? ¿Te han admitido?

Yo me tocaba la visera de la gorra Lacoste. La llevaba al revés para que mi copete saliera por la abertura como una gran ola.

—No, Suse —dije suspirando.

—¿Qué dices? —miró a mi hermano—. ¿Tengo que ir yo a hablar? ¡Entro allí ahora mismo, me importa todo una mierda; estas cosas me sacan de quicio!

Suse levantó el sillín de su moto y empezó a buscar algo con la cabeza medio metida en el agujero.

—¿Y qué vas a hacer, dispararle al director en la pierna? —preguntó mi hermano.

—Si hace falta...

—No seas bruto.

—Son unos putos traidores. Tenía que haber entrado yo. Pero nada, a mí me dicen que espere en la calle. ¿Te avergüenzas de mí o qué?

—¡Han admitido a Sam!

Suse levantó la mirada.

—No jodas.

Yo asentía con ímpetu.

—¡Lo sabía! No me lo había comido, ¿qué se creen? ¡Ven aquí, gusano! —me abrazó—. Tenemos que celebrar. Vamos por un helado.

Suse observaba de reojo un grupo de retozantes vestiditos de verano; probablemente del último curso, pues disponían de todos los atributos femeninos necesarios.

—Ensayá con el helado, hay mucho que lamer en este colegio. A la vista está...

—¡Qué asco! —le dije.

—Un cinturón de castidad le voy a poner. Se va a dedicar solo a estudiar, ¿verdad, Sam?

Suse ignoró a mi hermano y me miró a los ojos.

—¿Asco? ¿No te gusta el helado?

Ahora sí se giró hacia mi hermano.

—Cinturones de cantidad o como se llamen, eso es lo que tendrían que ponerte a ti. Me pregunto cuándo tardará en caerse muerta esa pinga tuya.

—Suse, te mereces pasar el resto de tu vida en camisa de fuerza. Hace un momento querías cargarte a una inocente profesora.

—Nadie es inocente. Los profesores menos aún. ¿Por qué crees que se hacen profesores? Efectivamente, no es mala idea, eso del cinturón de castidad para Sam.

—Mierda, ¡qué asqueroso eres! —dijo mi hermano.

—Ya lo sé.

—No me extraña que solo te jodas la mano derecha.

—Me conoces de toda tu miserable vida; me hago las pajas con la izquierda, maricón. Pero en serio, ¿a qué heladería *andiamo*? ¿Pisa o Venecia?

—Que elija Sam, es su día.

—Súbete, tigre —dijo Suse—, te voy a contar una historia grandiosa sobre tu futuro instituto.

Me senté detrás de él en la moto y le dije:

—Venecia no me gusta. Vamos a Pisa.

Mientras íbamos por la Stadionweg, Suse me contó girándose una y otra vez hacia atrás que en la Segunda Guerra Mundial, el director del Hervormd Zuid había sido un traidor de mierda, un miembro del MNS, Movimiento Nacional Socialista. Que tuviera cuidado, no sea que el director actual fuera su nieto.

—¿Sabes lo que tienes que hacer? Entérate; si es su nieto le quemamos el carro. Con él dentro, claro.

Suse era un experto en materia de historia, le fascinaba especialmente la Segunda Guerra Mundial. Llevaba años trabajando para un tendero del mercado Albert Cuyp. Mientras chambeaban, su jefe, Benjamín de Jood, le contaba historias fascinantes sobre el Holocausto.

Suse era marroquí, pero parecía un negro. Sus padres eran de Uarzazat, capital y provincia en el sur de Marruecos; allá la gente tiene la piel quemada por el sol. Los grandes estudios cinematográficos se encuentran también en esa

ciudad. Muchos directores de cine de Hollywood rodaron allí escenas del desierto. Sus cuatro filmes favoritos, *Gladiator*, *Cruzada*, *Lawrence de Arabia* y *La guerra de las galaxias*, se habían rodado allí. Yo me preguntaba si serían sus favoritos si los hubieran rodado en otro sitio. Bueno, ya vale.

De cuando en cuando veía un trocito del nuevo tatuaje de Suse asomar por el cuello de su camiseta del Ajax: “El orgullo de Ámsterdam”.

Suse lo dijo en alguna ocasión: “Quiero más a Ámsterdam que a mi madre”.

A veces decía en broma que quería tatuarse en la verga tres cruces como las que aparecen en el escudo de la capital y en los amsterdamicos, los bolardos de la ciudad. Así, todas las chicas que se tirara sabrían que lo estaban haciendo con un amsterdamito.

En la calle Ferdinand Bolstraat, a la altura del hotel Okura, íbamos las dos motos en paralelo. Mi hermano conducía imperturbable su Vespa roja cual valiente caballero medieval. Su camiseta de D&G ondeando al viento, las mangas ceñidas alrededor de los brazos. El sol brillaba con fuerza y resaltaba el relieve de sus músculos; unas pequeñas sombras acentuaban y realzaban todas las formas. Hasta sus manos eran nervudas. Eso era porque tocaba mucho el piano. En una muñeca llevaba una colección de pulserillas y en la otra, un reloj que centelleaba como los destellos de luz en la superficie del Amstel. Un Rolex Submariner de oro y acero, fabricado especialmente para buceo de profundidad. Suse lo llamaba un reloj “Yak Custó”, seguido por un “¿sabías que...?” y entonces te contaba sobre Cousteau, que después de la Segunda Guerra Mundial desactivaba las minas que los *kartoffen* habían sembrado en secreto como regalo para los aliados en los puertos de Francia, y que no habían hecho explosión.

Mi hermano trabajaba en *Hello Sushi*, en una bocacalle del Albert Cuyp. Gracias a la enorme cantidad de chicas que iban allí a cenar atraídas por mi hermano, su jefe lo adoraba y ya estaba haciendo planes para ampliar el negocio. Las chicas pierden el sentido común cuando hay *sushi* de por medio.

Cuando terminaba su turno de trabajo, se llevaba cajas enteras llenas de *sushi*: California *rolls*, atún picante XL, salmón *teriyaki*, semillas de edamame y rollos crocantes de langostino en tempura.

Con la barbilla en alto, mi hermano conducía su Vespa por las calles de

Ámsterdam como si fueran de su propiedad. De vez en cuando me guiñaba el ojo. Yo le devolvía el guiño en un gesto casi espasmódico que no se parecía en nada a la forma en que lo hacía él. Todo lo que hacía mi hermano parecía fácil e iba acompañado de una buena dosis de autoconfianza: la forma en que hablaba con chicas que no conocía, cómo repartía trabajitos entre sus amigos, la forma de responder preguntas difíciles, cómo conducía su escúter, y ¡hasta su forma de caminar! Yo intentaba imitarlo lo mejor que podía, pero siempre fracasaba. A veces me echaba con la mano un beso que yo rechazaba convulsivamente.

En el puente que cruza el canal Josef Israëlskade, un viejo les echaba pan a las palomas. Llevaba un raído abrigo de invierno, aunque estábamos en junio. Es siempre la gente andrajosa la que piensa en las palomas, nunca son tipos relamidos en trajes a medida. El hombre echaba también trocitos de pan en el agua para alegrar a los patos. Bueno, más que alegrarlos era desilusionarlos, porque al momento aparecieron unas malditas gaviotas tan enormes que parecían águilas nazis. Interceptaban el pan en el aire lanzándose en picado como aviones de bombardeo. Miles de palomas levantaron el vuelo a nuestro alrededor cuando pasamos a toda velocidad en las motos, algunas incluso aleteaban unos segundos a nuestro lado, algo que a mí me hizo gracia pero que irritó a Suse.

—¡Ratas voladoras!

—¡No, son tórtolas! —grité yo.

—¡Se nos van a cagar encima!

—¡Eso trae suerte!

—¡Idioteces!

El sol se filtraba por sus delicadas alas; una que pasaba muy cerca tenía las patas cortadas y le colgaban como si fueran un tren de aterrizaje con un defecto de fábrica. Mantenía las patitas muy pegadas al cuerpo, como si se avergonzara de ellas. Pero lo que más me gustó fue el ruido que hacían al despegar, las raudas alas batiendo el aire hacia arriba como ávidas nadadoras estilo mariposa; parecía que se ahogaban en el aire libre.

En ese momento sucedió algo muy triste.

Sonó un claxon, pero era demasiado tarde. El coche que iba delante de nosotros atropelló a una paloma. El espeluznante sonido al aplastar el pájaro hizo que mi hermano y Suse se detuvieran en el lugar del crimen. El neumático

culpable siguió rodando y con cada revolución dejaba atrás un coágulo de despojos sangrientos. Observamos en silencio el untado de paloma urbana y el sembrado de plumas blancas sobre la calzada, esparcidas como flores funerarias. El tipo andrajoso se acercó a curiosear.

Suse rompió el ceremonioso silencio.

—Pobre; sería una paloma mensajera.

El alimentapalomas dirigió a Suse una mirada penetrante. Y de repente se dejó caer de rodillas y empezó a canturrear una canción mientras manoseaba el pájaro reventado como si estuviera preparando un cadáver.

No empujes, palomita
No apremies, palomita
Ya te llegará la vez
No me picotees los dedos
Qué animal tan majadero
Mas qué hermosa brillantez

Mientras tarareaba la cancioncilla, tomó con las puntas de los dedos las arrugadas alas y aleteó con ellas suavemente. Mi hermano me miró, yo a Suse y en ese momento de distracción, el hombre arrancó las alas de un tirón y se las metió en el bolsillo interior de su deshilachado abrigo ante nuestras miradas de desconcierto.

—Algunos coleccionan sellos, yo colecciono alas.

Se reía satisfecho y quería darnos la mano, probablemente porque aprobaba que hubiéramos presentado a la paloma los últimos respetos.

Su mano se quedó suspendida en el aire, las yemas manchadas de sangre aviar.

Suse habló en nombre de los tres:

—Guárdate esas sucias garras, vejestorio.

El hombre abandonó el puente husmeando, avanzó por la orilla del canal y desapareció de nuestra vista. Nosotros continuamos el viaje entre risas, sin poder creer lo que acabábamos de presenciar. Mi hermano iba delante, nosotros le seguíamos. En el siempre abarrotado cruce de la Scheldestraat y la Churchillaan un semáforo nos mantuvo inmovilizados infinitamente. Por los cuatro costados, el tráfico estaba parado, como si rindiera un homenaje a la

paloma muerta. Los que iban en bicicleta tenían la barra entre las piernas, los peatones apretaban impacientes los botones de los semáforos, los automovilistas jugueteaban con los embragues haciendo que los coches dieran empujoncitos hacia delante. Al mismo tiempo, como si se comunicaran por telepatía, Suse y mi hermano dieron gas y cruzaron la calle saltándose todos los semáforos. Mi cuerpo se inclinó un poco hacia atrás.

—Agárrate a mis michelines, tigre.

De repente, el tráfico resucitó y todo el mundo empezó a circular de un lado para otro. El comportamiento pionero que mostraban mi hermano y Suse me excitaba, era impresionante y contagioso y los hacía brillantes. Mi hermano y Suse se salían de lo corriente como si les iluminara una luz especial.

Circulamos despacio por la Scheldestraat. Primero veías los vivos carteles de las tiendas, algunos atractivos, otros repulsivos. Pero si te fijabas bien, descubrías que era una calle de mafiosos en la que unos individuos siniestros tanto del mundo legal como del hampa cenaban juntos en las terrazas, brindando por sus nuevos proyectos y encarando alegres la crisis.

Suse adelantó a una ciclista mientras decía irritado:

—¡Rápido, carajo!

Después se fijó descaradamente en la sandwichería Sal Meijer, donde un tipo con kipá hacía de portero junto a la puerta. Encima de él, un letrero con tres letras hebreas invitaba a entrar a los clientes. Probablemente decía Sal. Pero yo lo quería saber con certeza, así que lo señalé y pregunté a Suse qué decía exactamente.

—B.C.R. —me contestó.

—¿Es algún movimiento revolucionario, como el PLO del que me hablaste hace poco?

—Bajo Custodia del Rabino. Significa que es *kosher*. Nosotros, los medio musulmanes, podemos comer aquí también.

Suse saludó con la mano.

—¡Hebreo, vuelvo en un segundo!

El portero levantó el pulgar en señal de aprobación.

—Tengo una cuenta pendiente. En el descanso paso siempre a recoger unos sandwiches de hígado de buey y carne salada para mí y para Benja. El tipo ese vigila la calle constantemente. Deja la puerta abierta todo el año, de par en

par, hasta en pleno invierno.

Mi hermano nos alcanzó en su Vespa y preguntó:

—¿Por qué? ¿Teme que llegue un marroquí con un lanzagranadas al hombro?

—No —se rió Suse—, espera la llegada del Mesías. Va en serio. Tiene siempre una silla preparada por si se quiere quedar a cenar. Siempre que entro, llamo a la puerta y digo que ha llegado el Mesías.

Delante de la heladería, un quiosco al abrigo de unos árboles descortezados, una fila de parejitas aburridas en ropa veraniega avanzaba paso a paso.

Al cuarto de hora nos tocó el turno.

—*Buongiorno*, ¿qué les doy? —preguntó la sonriente empleada desde detrás de los variopintos recipientes de helado.

—¿Buon-qué? —soltó Suse—. Estamos en *Ámsterdam*, nena, hazte un favor y habla en holandés. ¿Acaso digo yo “*Assalam Alaykum*”?

Vi que mi hermano lo miraba irritado.

—Perdone, pero tenemos que decirlo así. El jefe dice que le da un toque italiano.

—¿Dónde está el jefe ese?

Mi hermano suspiró ante la creciente fanfarronería de Suse.

—De vacaciones, en Italia.

—Tiene suerte. Sam, ¿qué quieres?

Tras dudarlo un buen tiempo, me decidí por un cono con cinco bolas de helado de chocolate, con nata y *topping* de almendras, fideos dulces y salsa de caramelo.

Mi hermano eligió un vasito con helado de yogur semidesnatado, trocitos de fresones y rodajitas de plátano.

—¿Con nata?

—Sin.

Suse se inclinó por un cono con tres bolas: canela, peras al vino y galletas de almendra.

—Ya enredados con el italiano, échale un chorro de *amaretto*, *s’il vous plait*”.

—Eso es francés, señor, en italiano se dice *per favore*.

—Encima tiene la desvergüenza de corregirme.

Suse sacó un billete para pagar, pero la dependienta señaló divertida un adhesivo con el texto “no se aceptan billetes de 500” sobre un fondo de un billete morado de 500 euros.

De pura incredulidad, Suse hizo una especie de pirueta.

—¡Qué cansada eres, maldita sea! —exclamó.

Mi hermano se metió las manos en los bolsillos y sacó unos fajos de billetes morados.

Me miraban los dos a mí. Volví mis bolsillos del revés y lo único que cayó al suelo fue una pelusilla.

Detrás de nosotros esperaba un señor medio calvo con sandalias y calcetines.

—¿Va todo bien por aquí? ¿Vas a comprar una casa, o qué? —preguntó.

Suse lo miró a la manera Suse, pueril y audaz; diez de cada diez veces eso significaba que iba a soltar algo cáustico.

La fila seguía creciendo, igual que la impaciencia de la gente.

—¿Sabes qué? —dijo Suse decidido mientras pasaba a la dependienta el billete de 500 y se daba la vuelta— invito a todos a un helado. Menos a este chiflado con sandalias.

Estábamos a 25 grados. El sol se filtraba por la cubierta de ramas; parecía que habían esparcido esquirlas luminosas sobre los adoquines. Estábamos sentados junto a la heladería, en un banco redondo con un macetón de flores en el medio. Suse me puso la mano sobre el hombro, mi hermano me masajeaba el cuello. Pulíamos los helados con la lengua, pero yo detuve mis lametones unos instantes cuando me dio un ataque de frío en el cerebro. En las obras de la acera de enfrente trabajaban unos hombres orondos con chalecos amarillos y cascos blancos. Debajo de nosotros construían la línea Norte-Sur con ayuda de enormes tuneladoras. A Suse le parecía un plan absurdo. Mi hermano opinaba que la gente siempre se quejaba de todo.

—Huevadas —dijo Suse—, están malgastando mis impuestos.

—¿De qué hablas? —le preguntó mi hermano—. ¿Tus impuestos? ¿Tú pagas impuestos, acaso? ¡En el Albert Cuyp te pagan en negro! Si sigues

diciendo esas idioteces no quiero ver que te montas en el metro cuando terminen, en 2073.

Todo el mundo que dejaba la fila se acercaba a saludar a Suse como si lo conociera personalmente y le daba las gracias por su generosidad.

Suse sonreía.

—Brilla el sol —dijo.

A la vista de todas aquellas alegres caras empezó a fanfarronear.

—Así aportó mi granito de arena a la religión. Uno de los cinco pilares del Islam es dar limosna. A veces hay que ser compasivo. ¿Qué pone en el escudo de Ámsterdam? ¿Heroico? Lo soy. ¿Firme? Lo soy también. ¿Compasivo? Desde hoy.

Mi hermano coqueteaba con una joven madre que le limpiaba los mofletes a su hijo a nuestro lado. Mientras Suse seguía cotorreando, yo asentía con la cabeza cada diez segundos para hacerle creer que le prestaba atención.

Un par de noches antes me había despertado de golpe cuando mi hermano y Suse entraron furtivamente en casa en mitad de la noche. El suelo de tablas crujía cantidad. Mi hermano encendió la luz del terrario y un zumbido casi inaudible se adueñó del cuarto. Sis, la serpiente del desierto, colgaba enroscada de una rama. Tenía dos bultos en el vientre: las ratitas que se había zampado. Mi hermano y Suse me miraron, yo me hice el dormido. Entraron de puntillas en el cuarto cargando unas pesadas bolsas de deporte. Suse tenía un agujero en el calcetín, la uña de su dedo gordo era gruesa como el cartón y necesitaba un buen corte. Mi hermano nunca permitiría que algo así llegara a esos extremos, llevaba las uñas de los pies y de las manos tan cortas que parecía que se las comiera. Mi hermano era súper meticuloso con todo lo que hacía. Una vez al mes me cortaba a mí las uñas de los pies porque yo no me atrevía. Un día que Suse y yo estábamos sentados en el banco de nuestra calle, me habló de los pies de trinchera y desde entonces yo creía que los pies se me pondrían así también si me cortaba las uñas.

En el momento en que ellos entraban sigilosamente en casa, todo el mundo dormía: mi padre y mi madre, y también Mina y Lina, las gemelas púberes. Si estaban ellas despiertas, lo estaba toda la calle Julianastraat. Probablemente soñaban en medio de la fase REM con algún putas de su clase que no temía a los profesores y los desafiaba todo el tiempo fumando porros abiertamente en el recreo y enganchándose impetuoso con chicos de otras escuelas del barrio

en cuanto acababan las clases. Sin duda, mi padre soñaba con el cálido viento del Sahara que deambulaba por las callejuelas de su pueblo natal y depositaba aquellos finos granitos de arena roja en campos de naranjos que daban paso a descuidados terrenos llenos de higos. Campos rodeados de montes con olivos que se alzaban contra un cielo de color azul mar. Entre los olivos discutían hacendados de tez arrugada cual bolsas de papel marrón dobladas sin cuidado. Las eternas enemistades entre los campesinos, una imagen tentadora y cicatrizante de su juventud en Marruecos. Mi madre soñaría seguro con un cuerpo bien gordo, largas mesas llenas de pollos rellenos y vasos rebosantes de infusión de menta con no dos, ni cuatro, sino seis cucharaditas de azúcar. Pobre mujer, todas sus amigas eran como portaaviones y ella deseaba con toda su alma unirse a la flota, pero en vez de eso, se alejaba meciéndose sobre las olas; comía como una lima, pero no engordaba ni a tiros. Una vez me hizo acompañarla al médico para hacerle de intérprete.

—Dile que tiene un metabolismo súper rápido, como la caldera de un enorme barco —explicó el médico con júbilo—, eso es muy positivo, señora. La mayor parte de las mujeres, no, todas las mujeres harían lo que fuera por tener un metabolismo así.

Pero dejemos esto.

Ellos soñaban, yo no.

Mi hermano y Suse estaban de muy buen humor. Dejaron las bolsas de deporte con cuidado en el suelo y se abrazaron, allí mismo, en la penumbra. Suse repetía todo el tiempo “el golpe de mi vida”, como si fuera un mantra, mientras mi hermano, que llevaba puestos unos guantes negros de piel, no terminaba de sacar de las bolsas de deporte unas bolsitas de plástico selladas de color morado. Suse estaba sentado en la banqueta del piano de cola, con la espalda apoyada en la tapa del teclado. Con sus nudosas manos de trabajador se tapaba la cara, incrédulo. Por entre sus dedos, yo veía unos grandes ojos. Con cada bolsita de plástico que salía de la bolsa grande, Suse movía las rodillas más deprisa, como un niño que necesita ir al baño, haciendo vibrar el terrario de cristal. Mi hermano continuó impassible con su tarea, como si se acercara una inundación y él fuera un soldado apilando sacos de arena. Se detuvo, se sentó con las piernas cruzadas en el suelo, miró la montaña morada y se frotó las manos enguantadas como si estuviera ante una hoguera.

Los vi soñar despiertos en medio de la noche.

Los vi mirar la montaña morada, en silencio, Suse rebosante de felicidad, mi hermano, frío.

Disfrutaron un buen rato de la vista.

Antes de empezar a contar, giraron la mirada hacia mí. Yo cerré bien los ojos.

—Mira el tigrillo dormir tan campante —susurró Suse después de darme un beso en la mejilla con mucho cuidado.

De repente, Suse dejó de lamer su helado y enmudeció. Eso me hizo regresar de mi abstracción. Él seguía con una seria mirada a un ciclista que pasaba más lento que el resto a nuestro lado por la ciclovía. Era un hombre de unos cuarenta años. Llevaba una gorra de visera y gafas. También llevaba en los oídos unos pequeños auriculares negros. Por la razón que fuera, intrigaba a Suse.

Suse se levantó despacio, tiró su helado en una papelería y le hizo una señal a mi hermano, que ya estaba en la fase de danza de apareamiento con la joven madre.

—A las once —dijo Suse.

Mi hermano levantó la mirada.

—No veo ninguna hembra buena.

—Bici, acera de enfrente, parada de autobús, con gorra. Es Peter. El tira. No sabe que lo hemos detectado. Mejor así.

—Vale. ¿Y ahora?

—Suse miró a mi hermano como si lo fuera a machacar. Poder, podía. Todos los días, después del trabajo, iba a entrenar una hora en la escuela de boxeo Albert Cuyp. Era magnífico verlo. Saltaba como una bestia alrededor de los oscilantes sacos de boxeo aporreándolos con violencia. Todos los espectadores lo admiraban acomplexados.

—Los tiras nunca van solos. Operan en manada, se mueven en formación siguiendo a su presa. Vámonos. ¡Ya!

—¿Crees que somos los únicos quinquis de la Scheldestraat?

—Quédate tú si quieres, idiota, yo me largo. Sam, ¿te vienes?

—Sam se queda conmigo. Tenemos que hablar.

Yo vigilaba al tira mientras me terminaba el chorreante helado. De vez en

cuando se llevaba el pulso a la barbilla y cuchicheaba algo como quien dice una oración. Probablemente hablaba a un micrófono conectado a su radio transmisor para informar a sus invisibles compañeros de lo que pasaba, o pasaba sus coordenadas.

El trasero de la joven madre se interpuso entre el tira y yo. Le dijo adiós a mi hermano y se fue, un pelín desilusionada. La expresión de mi hermano le echaba la culpa a Suse.

—Oye, perrito caliente. ¿Alguna vez te he impedido hacer lo que quisieras? Es la segunda vez que lo veo hoy. Ha pasado también por delante del instituto cuando los estaba esperando. Entonces he pensado: se habrá perdido. Escúchame bien. Me han echado cuatro años de libertad condicional. Casi nada, loco. Ya lo hemos hablado, lo mejor sería escond-, irnos de vacaciones un añito.

—¿Y si el tira ese se pasea por el mercado y pregunta dónde coño estás?

—Benja sabe exactamente que en ese caso tiene que hacerse el tonto. Es bueno en eso. Su padre le mintió una vez a un *Sturmbannführer* de las SS y el tipo se tragó la bola. Lo lleva en los genes.

—Eso no quita que sería algo notorio y bastante sospechoso si nos voláramos justamente ahora.

—Me importa un huevo. Tengo pinta de sospechoso desde que nací. Cuando esté tomando el sol en una playa de Bali, que pedaleen a mi alrededor las vueltas que quieran.

Se callaron. El ruido del tráfico urbano y de las conversaciones que nos rodeaban pasaron al primer plano. Hasta que también fueron solapados por el zumbante sonido de los cuatro motores de un avión que nos sobrevolaba rumbo a Schiphol.

—Yo no creo en las casualidades —dijo Suse señalando al cielo—, pero si ese avión no es la señal de que tenemos que largarnos de aquí volando, entonces yo soy Cherloc Joms.

Mi hermano se tocaba la mejilla.

—¿Te cansas de mí, hermano? —preguntó Suse.

—No. Bueno, sí. Por fin han admitido a Sam en el liceo, tú y yo estaremos calentitos por un tiempo, disfrutamos de un helado, el sol brilla. Ya hablaremos esta noche en el Palladium.

Irritado, Suse plegó la pata de su Vespa y se montó.

—Bueno. Yo me voy, aún tengo que pasar a pagarle al judío. Después voy a pasear al sabueso por todo Ámsterdam hasta que reviente. ¡Estamos en contacto!

—Acuérdate de ponerte ropa decente esta noche.

—¿Qué hay de malo en mi traje del Ajax?

—Nada.

—Entonces no digas maricadas.

—¿Qué pone en la espalda?

Mi hermano se empezó a reír de él.

—No vuelvas a empezar con ese cuento.

Mi hermano se le reía aún más fuerte. Me contagié.

Suse se giró y dijo: “Mira, especialmente para ti”.

Había hecho imprimir en la espalda de su camiseta del Ajax el famoso lema de nuestro barrio, De Pijp:

MI BARRIO
ES
UNA BIRRIA

—Se me hacen cataratas cuando lo veo —dijo mi hermano tapándose los ojos con la mano—. Tápalo. Ponte una capa. Quítalo con las uñas, un raspador de hielo o una hidrolimpiadora. Pero haz algo. ¡Es horrible!

—Horrible. Tu jeta de buñuelo es horrible. Hablamos. Sam, tengo algo para ti.

Se sacó un sobre del bolsillo y me lo dio.

—Una tontería.

Rasgué el sobre y manché de helado de chocolate tres abonos de temporada.

—La temporada que viene, un domingo de cada dos, a ver jugar al Ajax.

Me colgué de un salto de su cuello.

—¡Suse! ¡Coño, eres un tigre, hermano!

—No, tú eres un tigre.

—No, no, tú eres un tigre.

Mi hermano dijo: “Los dos son unos tigres, ¿vale?”

Suse suspiró y dijo: “¡Nos vemos!”

Puso la moto en marcha y se fue. Como si fuera un esquiador de slalom, salió a toda por la acera pasando por entre los peatones y bajando por fin a la calzada, en contravía. El tira lo observó y dudó unos segundos antes de arrancar y salir detrás como si sintiera por él una atracción magnética.

Cuando se fue Suse, mi hermano me dijo que no podía permitirme fracasar. Nadie en la familia tenía un diploma de formación preuniversitaria. Suse tampoco.

—Y tú, ¿por qué no lo conseguiste?

El helado se había derretido en su vasito; se lo tomó de un sorbo al tiempo que miraba el banco ABN AMRO en la acera de enfrente y la gente que entraba y salía de él.

—Hubiera podido fácilmente.

No dejaba de observar el banco mientras los coches seguían pasando; a nuestro lado pasó por la cicloavía una bicicleta con el cubrecadena roto colgando y el consiguiente tintineo; un coche se subió a la acera, el conductor dejó las luces de emergencia encendidas y se incorporó a la cola de los helados. Por debajo de mis oscilantes pies, una pareja de palomas de cuello grueso —probablemente conocidas o quizá hasta familiares de la paloma atropellada— se entregaban a un cucurucho abandonado.

—¿Sabes qué pasaba, Sam? Yo no tenía quien me ayudara. En casa nadie me preguntaba si había hecho los deberes. O si no entendía algo. Lógico, papá y mamá no saben leer ni escribir. Nunca fueron a la escuela. Pero bueno, yo iba a quinto de preuniversitaria, al Montessori. Empollaba como si me persiguiera el mismo diablo. Aún podría matricularme en la enseñanza nocturna para sacarme el diploma, pero no tengo ganas. ¿Tu me imaginas sentadito en un pupitre y escuchando la charlatanería de un profesor? Como te decía, yo iba al penúltimo curso de secundaria, pero en casa me resultaba imposible concentrarme en los deberes, así que los hacía por la noche. A veces estudiaba hasta las cuatro. Y de un día para otro se me cruzaron los cables y pensé: ¿Para qué? Que se vayan todos a la mierda, los profesores, los adolescentes acneicos, mis padres, no me importaba nadie. Cuando lo recuerdo pienso “¡qué imbécil!”, todos mis esfuerzos para nada. Pero lo

estúpido es que uno en ese momento no se da cuenta. No sabía lo que hacía. Entonces tenía dieciséis años, ahora tengo veinticuatro. ¿Sabes por qué te llevo conmigo a todas partes? ¿Tú qué crees? Porque yo no le importaba a nadie un pito, nadie me llevaba a ninguna parte. Lo que quiero decir es que si no tienes quien te ayude, es más fácil dejar las cosas. Pero tú no tienes que preocuparte, yo soy tu soporte, hermanito. Lo haremos juntos.

Me dio un estrujón. Algo que nunca hacía. Así que cuando me abrazó, casi se me saltaron las lágrimas.

—Te apoyaré durante todo el periodo de la secundaria. Primero tengo que arreglar algunos asuntos, pero después te ayudaré todos los días con los deberes. Cuando no entiendas algo, te lo explicaré. Cuando tengas pruebas, yo te tomaré la lección. Te preguntaré y te seguiré preguntando.

Se reía. Yo no.

—¿Necesitas clases extra de matemáticas? Conozco a unas cuantas chicas listas que estarán encantadas de ayudarte. Con tal de que no les pongas encima las manos.

—No sé si podré.

—Qué gracioso. ¿Te funciona ya el pito?

—Ya sabe señalar las estrellas.

—No dejes que se acerque a las estrellas.

—¿Qué quieres decir?

—Déjalo.

Mi hermano se acercó a su Vespa, sacó algo del compartimento delantero y me lo dio. Mi felicidad era completa. Primero me admitían en el instituto al que yo deseaba ir, después los abonos de temporada y ahora esto: dos entradas para el Concergebouw. Localidades en el palco central para un concierto de Simeon ten Holt: *Canto ostinato*. Una pieza preciosa consistente en frases cortas lúdicas y repetitivas con pequeñas y delicadas variaciones. Mi hermano tocaba *Canto ostinato* muy a menudo en el piano de cola que teníamos en nuestra habitación. Cuando lo oía, yo me ponía un poco triste y al mismo tiempo, muy feliz, la misma sensación que cuando miras fotos antiguas. Acostado en la cama, disfrutaba viendo cómo sus graciosos dedos se paseaban por las teclas blancas y negras. Me imaginaba que mi hermano liberaba aquellas notas que estaban presas detrás de las cuerdas de metal dorado; las dejaba escapar ruidosas de la caja de resonancia y elevarse y flotar

plenamente libres por el cuarto, como partículas de polvo en un rayo de luz. Cuando dejaba de tocar levantaba el índice y me explicaba siempre, sin excepción, que *canto ostinato* significaba “canción testaruda” en italiano.

—¿No vendrá Suse con nosotros?

—Cuatro pianos de cola interpretando la pieza juntos. ¿Tú te imaginas lo que vamos a presenciar mañana?

—Del putas. Pero, ¿no vendrá Suse con nosotros?

—¿Suse en el Concertgebouw? ¿Tú lo ves allí? Esa bomba de relojería no puede estarse quieta ni veinte segundos. Si no le gusta es capaz de empezar a abuchear a los pianistas y tirarles cosas.

—No lo había pensado.

—¡Mañana te sentarás en la butaca donde repantiga el trasero su majestad!

—¡Yijaa! ¿Puedo rascar un mensaje en el apoyabrazos?

—¿Qué mensaje?

—“Mi barrio es una birria” o “Hay una bomba debajo de su butaca. Si se levanta, hará explosión”, o “Lámeme si necesita relajarse”.

Entretanto, mi hermano había tirado el vasito vacío en la papelera, cogió un par de servilletas de papel de la heladería y me dio una a mí.

—Quiero que me prometas algo, Sam

Oí en su voz que era algo serio. Le miré intrigado. Él me puso la mano otra vez en el cuello. Esperé sin decir nada.

—¿Me prometes que continuarás allí donde yo me quedé estancado? ¿Qué en unos años saldrás del instituto Hervormd Zuid con el puto diploma de formación preuniversitaria en la mano?

Me tendió la mano con decisión; sus pulseras se balanceaban tintineando como cadenas. Yo reflexioné unos segundos mientras miraba el letrero de neón de la heladería. HELADO PISA, decía en unas decorativas letras rojas. Me limpié los pegajosos dedos con la servilleta y sellé la promesa con un firme apretón de manos.

Mi hermano miró la heladería, después a mí y dijo: “La promesa de Pisa”.

Poco después decidimos irnos. Me levanté del banco e inmediatamente sentí unas agudas punzadas en los talones. Me pasaba desde hacía poco. Mi hermano me dijo que era por estar creciendo. Me agaché para atarme los

cordones de los zapatos y de repente me di cuenta de que desde hacía un rato casi no pasaba ningún coche por la calle, como un desagüe atascado que no deja que corra el agua. La pieza para piano era realmente una canción testaruda, de pronto, sin pedírselo, sonaba en mi cabeza. Antes de entender lo que pasaba, tuvo lugar un espectáculo alucinante. Lo anunciaron unos fuertes ruidos de aceleración, como el rugido de leones, que llegaban de las calles circundantes y se hacían cada vez más fuertes. La gente de las terrazas y en la heladería levantaba la cabeza sorprendida para ver qué pasaba. Unos coches deportivos oscuros iban y venían en todas direcciones posibles, los neumáticos intentaban agarrarse al asfalto, pero resbalaban como las garras de un gato que quiere frenar en un suelo de madera. Se detuvieron delante de nosotros en una línea defensiva impenetrable. De los coches empezaron a salir hombres como hileras de hormigas soldado listas para el combate. Interpretaron una sinfonía de puertas de coche que se abren, pisadas rápidas y ametralladoras que se cargan. Los transeúntes soltaban gritos asustados, parecía un coro de cantantes de ópera y empezaron a alejarse de nosotros como si se los llevara un huracán. Unos gigantes en jeans, chalecos antibalas azules y boinas nos rodearon. Nos apuntaban con unas armas que en sus imponentes manos se quedaban tan pequeñas que yo hubiera jurado que eran ametralladoras de juguete. Estaba petrificado y seguía en cuclillas, con los cordones entre los dedos, como si me hubiera sorprendido una erupción volcánica y me hubiera sepultado una nube de ceniza. Los gigantes azules permanecían a distancia y gritaban instrucciones a mi hermano. Vi sus ojos en el centro de las mirillas encima del cañón de las ametralladoras. De pie a mi lado, mi hermano levantó los brazos, dio dos pasos hacia adelante y se dio la vuelta despacio hacia mí.

Yo lo miré.

Los aullidos continuaban. Mi hermano se puso las manos sobre la cabeza. Sus abombados bíceps sobresalían de las mangas de la camiseta, en su sobaco vi una decentemente redonda manchita de sudor. No me miró. Se arrodilló con torpeza poniéndose a mi altura. Los gigantes del centro nos asediaron y el cerco se estrechó. Mientras sus zancadas sonaban como penetrantes tambores, los otros gigantes reafirmaban sus garras sobre las culatas festoneadas de sus armas, para cubrirles.

—Mira en el terrario, escóndelo. Nos vemos pronto —dijo mi hermano sin

mirarme.

Estaban casi a su lado cuando se movió inesperadamente, sus fuertes rodillas rechinaron sobre los adoquines y él cambió ligeramente de posición. Los gigantes empezaron a gritar, tan alto que yo sentí la vibración del aire como un azote.

—¡Quieto o disparamos!

Se quedó quieto hasta que se lanzaron sobre él, lo agarraron por las muñecas y le pusieron las esposas. Bien ajustadas, un sonido agudo y aterrador. Con las manos esposadas a la espalda y un pelotón de agentes a cada lado, no nos miramos más que un nanosegundo. Fue nuestro momento más íntimo.

El maestro era dominado.

Se lo llevaron hacia los coches. Y de repente mi cuerpo se vio anegado por una ira furibunda que reventó su fosilización. Corrí hacia mi hermano, me agarré con todas mis fuerzas a sus piernas y clavé mis tacones en el suelo.

—¡Déjenlo! ¡No se irá! ¡Se queda conmigo!

Fueron necesarios cuatro gigantes para apartarme de él. Lo empotraron en un coche y la columna salió a toda marcha en rigurosa formación. El estruendo de los motores enmudeció como si obedeciera a un director de orquesta que baja las manos con cautela.

Un agente desconfiado que seguía agarrándome le preguntó a un superior que estaba hablando por teléfono a cierta distancia.

—¿Nos llevamos también a este?

—¿Tú qué crees?

El agente que le superaba en rango se acercó a mí, me observó y dijo: “De momento no volverás a ver a tu hermano. Vete a casa. Julianastraat 21, ¿verdad?”

Parpadeé.

—Suéltalo.

El agente me soltó, yo me di la vuelta para ir corriendo a casa, pero el policía que había dicho que me podía ir, me detuvo de repente con decisión mientras gritaba al teléfono. Apoyó el móvil contra su hombro, señaló mis zapatillas y dijo: “Átate los cordones, no vayas a tropezarte”.

Las silenciosas e intermitentes luces de los coches de policía se reflejaban

en los escaparates y teñían la calle Scheldestraat de azul. Al pasar corriendo junto a la sandwichería judía vi un montón de policías. Suse se resistía con ímpetu. Ya estaba esposado, pero seguía haciendo tope con los pies contra el vano de la puerta.

—¡Un marroquí en un negocio judío no puede ser kosher, ¿verdad?! — berreaba jadeante.

A duras penas consiguieron meterlo en el coche. Justo antes de ponerse en marcha el vehículo, rompió de una patada una ventanilla y sacó una pierna por ella. El ruido que hizo era enorme y las esquirlas dibujaron rayas rojas en su espinilla.

Seguí corriendo hasta pasar el cruce donde las motos de policía cortaban la calle y los agentes desviaban el tráfico.

En el puente vi primero las plumas blancas. Después, la paloma sin alas que poco a poco se integraba en el paisaje urbano.

1

Soñé que unas hélices pasaban reiteradamente rozando mis oídos a velocidad supersónica. Me balanceaba entre el sueño y el despertar. Me despejé malhumorado. Mis ojos se movían raudos de un lado a otro para localizar la fuente del sonido, como el visor de un francotirador. Un mosquito dibujaba círculos cerca de mi cara. Me levanté furioso, lo seguí aplaudiendo en el aire y provocando en mi cuarto un eco que hacía vibrar mis tímpanos como cristales finos en ranuras anchas. El mosquito voló con movimientos bruscos por delante de los afiches de mis héroes. Mohamed Ali en actitud atacante. La obstinada expresión de Ludwig van Beethoven. Arnold Schwarzenegger en un traje de baño. Y el poeta rapero haciendo una peineta. El negro más grande de la historia. Dejaba atrás incluso a Miles Davis. En el centro social algunos decían que estaba a la altura del mismo Alá. Si le pegaran cinco tiros a Alá, se caería entre espasmos y moriría; 2Pac no. Llevaba su lema tatuado en su tableta: *THUG LIFE*, vida callejera. Durante la última lección de matemáticas, yo lo había escrito con una estilográfica en mi vientre (si miras bien, aún se ve). El mosquito aterrizó por fin en el techo, del revés, entre sus compañeros finados. Le hablé: “Me parece perfecto donar sangre, pero sácamela en silencio”.

Cogí mi zapatilla roja con la inscripción *ÁMSTERDAM* y salté como un jugador de baloncesto; quería enviar al mosquito a otra dimensión, pero en el último momento le concedí misericordia.

Al fin y al cabo era un día especial.

Acordarme de que era un día especial, me dio un sofocón digno de la mejor menopáusica. Me metí otra vez en la cama, desnudo, y me quedé observando el cementerio de mosquitos en el blanco techo. Aquí y allí unas manchitas y rayas rojas. A mi madre le daban escalofríos cada vez que entraba

en mi cuarto. “Es arte”, le decía yo.

Me jodía haberme despertado de esa manera y seguí observando el mosquito con mirada asesina. Recordaba mi mejor despertar, fue cuando una chica bellísima me sacó de sueñolandia haciéndome una mamada. Sus suaves labios formaban un todo con mi verga semidura... Pero basta de reflexiones filosóficas.

Me pregunté qué hora sería. No tenía reloj en mi cuarto, sólo a los prisioneros les preocupa el tiempo. Además, el tiempo no existe. Piénsalo. Es la invención de los grandes empresarios para que la gente estúpida llegue a tiempo a su despreciable trabajo. Mi iPhone indicaba que eran las seis de la mañana. Tenía clase a las ocho y media. De hecho pensaba saltarme las dos primeras clases, pero en vista de que ya no podía dormir, me levanté. Hice mi cama, saqué unos bóxers Moschino del cajón y me los puse. Con algo de dificultad, porque tenía una erección. A propósito, ¿sabías que la testosterona se produce mientras duermes?

Unas lanzas de luz solar se insertaban por las cortinas deshilachadas intentando atravesarme. Me incliné por encima del piano para abrir las cortinas de un tirón. Mis párpados se cerraron como cepos impidiéndome ver nada durante unos instantes. Poco a poco, igual que las fotos que se revelan, la imagen se hizo nítida. Miré por la ventana y vi el banco de mi calle.

El suelo del cuarto estaba sembrado de partituras. En el rincón, mi frac de terciopelo negro de Armani con el pañuelo de bolsillo blanco que me puse el día anterior, comprado por cuatro duros al trujamán de mi peluquero.

En la mesita, en el centro de mi cuarto, estaba el tablero de ajedrez de mármol de mi hermano. Aunque Suse disponía de la capacidad estratégica de un general, mi hermano lo acorralaba en pocas jugadas, pero siempre posponía la victoria todo lo posible. Disfrutaba viendo a Suse sopesar los pros y los contras. Me guiñaba el ojo y yo los observaba a distancia. Justo cuando iba a darle el golpe de gracia, Suse se levantaba y salía a zancadas del cuarto argumentando que mi hermano siempre hacía trampas.

Encima del escritorio había una alfombra de oración doblada que mi padre había dejado allí con la esperanza de que yo la utilizara. Estaba cubierta por una gruesa capa de polvo. Yo la usaba una vez cada mucho tiempo para limpiar el polvo del piano de cola. Es imperdonable tirar una alfombra de oración.

Tenía dos horas para perder antes de ir a clase, así que me puse a mirarme en el espejo. Solté una carcajada al ver que mi verga se asomaba por encima del elástico de los bóxers, como si me diera los buenos días. La puse con suavidad en su sitio. Necesitaba orinar, pero me aguanté. Abrí la ventana de par en par y la sujeté con una vieja pesa de *fitness* azul. La pesa con la que había empezado mi hermano en su día, con la que también yo había empezado y que ahora hacía las veces de tope para la ventana. Es el escudo de la familia Zafar.

Cogí de la banqueta del piano un ramo de flores envuelto en celofán y la ampliación de un cheque de mil euros en el que ponía “Samir Zafar”. Dejé las dos cosas encima de mi cama. Levanté la tapa del teclado del piano y empecé a improvisar. *Smooth jazz*. Por la mañana es más difícil tocar el piano porque la sangre aún no circula con fluidez por los dedos. Mientras tocaba, miraba por la ventana. Era una mañana sin nubes; seguí con los ojos un avión que extrañamente no emitía estela, sino que dejaba impoluto el azul infinito por el que flotaba. La fresca brisa matutina se apegó liviana contra mi pegajoso torso como la ávida mano de una amante, haciendo que se me endurecieran los pezones.

Soy un fanático del aire fresco. Igual que mi hermano, lo aprendí de él. Le gustaba estar en todo momento en contacto con el mundo exterior. Así que dormía siempre con la ventana abierta. Los sonidos de la calle lo acunaban hasta que se dormía; campanas de tranvías que iban o venían; chirridos de los tubos de escape de las motos trucadas de pizzeros que arriesgaban su vida por una propina; el sonido constante de neumáticos en las autopistas que rodean Ámsterdam como una soga con nudos. Cuando mi hermano llegaba a casa y entraba en nuestro cuarto, exigía gruñón que abriéramos la ventana. Como si en un espacio pequeño y cerrado se fuera a ahogar poco a poco, hay una palabra para eso, ahora no me sale.

Dejé de improvisar para interpretar *Prins Igor*, del compositor ruso Alexander Borodin. Se me puso la carne de gallina en todo el cuerpo. La causa era el viento, pero también la música. Era la primera pieza que había aprendido a tocar con partitura. Durante años, toqué el piano de oídas. Escuchaba las composiciones toda la noche, me las aprendía de memoria y después de practicar unas horas las podía reproducir sin cometer ni un fallo. Y

eso que estoy sordo de un oído. La desventaja de tocar el piano con partitura no es solo que quiero corregir constantemente al compositor cambiando acordes, sino también que exige prestarle mucha atención. Y eso va en detrimento del placer de tocar. Y nada, absolutamente nada, debe ir en detrimento del placer. El placer es nuestro mayor tesoro.

Pero dejemos ya las reflexiones filosóficas.

Alexander Borodin no solo componía, era también químico. Es más: la música ocupaba el segundo lugar en su vida y la química, el primero. Vivió muchas temporadas en Pisa, donde realizaba todo tipo de experimentos químicos. No solo su música era preciosa, también lo fue la forma en que falleció: mientras bailaba en una gran fiesta. Así me gustaría a mí morir. En brazos de la mujer a la que acaban de elegir reina del baile. Con un pianista observador que no llama a los servicios de emergencia, sino que se encarga de acompañarme en la travesía. De *pianissimos* lúgubres a *fortissimos* múltiples y arrolladores que inesperadamente dan paso de nuevo a *pianissimos* que después, despacio, como un bebé dormido, se transforman en un eterno *lentissimo*. Mis leales dedos correteaban por las teclas cuando me sobresaltó un horrible grito del vecino de enfrente, seguido de las palabras: “¡Paren ya con la mierda del piano, coño, ¿no saben la hora que es?!”

Me detuve, las notas se disolvieron suavemente en el aire.

Le contesté subiendo el tono de voz.

—Nadie sabe qué hora es. Estoy dando un concierto de cámara gratis. Aprende a valorarlo y reprímete un poco, ¡te estoy culturizando, carajo!

—¿Culturizando? ¡Y un huevo!

—¿Cómo dices?

—Ya me has oído. ¡Un-hu-e-vo! ¡Y deja la mierda del piano, imbecil!

Le di un bis, se lo había ganado.

La *Marcha Radetzky*, de Strauss.

Interpreté la introducción con notas graves y ponzoñosas, cantando al mismo tiempo: “¡Un-hu-e-vo, un-hu-e-vo, un-hu-e-vo!”

Te explico sobre el piano de cola. Era un Perzina de 188 centímetros de largo, en laca negra con finas incrustaciones en madera de bubinga roja oscura. Las ruedas sobre las que descansaban las patas eran doradas, igual que

los pedales. Las teclas eran ligeras y suaves en comparación con las de otros pianos de cola, tan duras y rebeldes que a los veinte años uno tiene gota en los dedos. En 1906, la reina Guillermina concedió a Perzina el calificativo de Proveedor de la Casa Real. La reina tenía en su palacio de Het Loo un piano de cola exactamente igual, pero en blanco y exageradamente adornado con ornamentos dorados. Tras la “mudanza” de mi hermano, me encargué del cuidado del piano, como si fuera su padre adoptivo. Tres veces al año llamaba al afinador, un hombre con un oído magnífico y la memoria de un pez de colores. Siempre contaba la historia de la mujer coja que lo quería seducir mientras él intentaba afinar su instrumento.

El Perzina ocupaba la mitad de mi cuarto. Era lo único que la policía no había incautado. Lo habían rebuscado todo, lo que se dice absolutamente todo: con unos afilados cúteres abrieron colchones y almohadas; rompieron techos y marcos de puertas y ventanas en busca de posibles compartimentos secretos e investigaron a conciencia el terrario. Pero no encontraron nada. El piano de cola era lo único que no tocaron, como si no estuviera allí. No hace falta decir que cuando entrabas, era lo primero que veías. ¡Ocupaba casi la mitad del campo de visión! Nunca he encontrado una explicación racional, pero sí una emocional: los dioses de los pianos atrajeron hacia sí temporalmente el alma del piano de cola de forma que los fanáticos investigadores no se vieran atraídos por un esqueleto abandonado de metal, madera y laca.

Recuerdo perfectamente el día en que el piano de cola y yo nos conocimos.

Algunos domingos son tan desapacibles que te hacen sentir triste todo el día. Fue un domingo de esos, un domingo al estilo de Reve. Mi padre nos explicó una vez que el tiempo que hace depende del estado de ánimo de Alá. Si hace buen tiempo, es porque la gente ha hecho buenas obras. Si llueve, Alá está desilusionado y llora suavemente sobre los culpables.

Yo estaba sentado en el banco, delante de la puerta. Lloviznaba, las gotas se estrellaban contra las ventanas de las casas y parecían dibujar pequeñas grietas. Un rato antes, mi hermano me había llamado para decirme que le esperara allí. Esa noche no había dormido en casa. Mientras me hacía un guiño, les había contado a mis padres que se iba un día a Groninga con unos amigos.

Mi hermano y Suse entraron en la calle en un camión de mudanzas enorme.

Suse lo aparcó delante del banco, se desmontó con torpeza, me saludó al estilo militar y encendió deprisa un cigarrillo. Mi hermano le tenía prohibido fumar en espacios cerrados en los que estaba él. Mi hermano abrió la puerta posterior del camión y me indicó con un gesto de la cabeza que entrara. Por dentro, el camión parecía una tienda de pianos. Estaba lleno de pianos nuevos, de cola o sin ella. Los enfocó con una linterna y soltó una risita burlona. Eran casi todos lacados en negro y la luz reflejada en la superficie los hacía brillar como un cielo estrellado. Mi hermano me explicó con afectación en la voz de qué marca era cada uno, qué zares los habían tocado, lo que valían y cuáles estaban de oferta. Bösendorfer, Perzina, Yamaha, Bechstein, Steinway & Sons. Todos iban a ser vendidos excepto uno. Ese lo pondríamos en nuestro cuarto, y yo podía elegirlo. Él tenía predilección por uno concreto, pero quería ver si yo elegía el mismo. Miré a mi alrededor con ojos de agente inmobiliario, toqué alguna tecla, acaricié las cajas de resonancia y me paré más detenidamente junto al de los ornamentos rojos. Mi hermano empezó a aplaudir y dijo: “Mierda, loco, nos llevamos más de diez años, pero estoy seguro de que somos gemelos”.

—¿Qué les dirás a papá y mamá?

—Buena pregunta. Mmmm... les diré que he ganado el piano de cola en un concurso de Internet.

—Eso ya lo dijiste con la Vespa.

—No me jodas. ¿Qué haría sin ti? Entonces les diré que lo que ganado en la feria de Groninga, en una caseta de tiro.

Querían llamar a una empresa de transporte de pianos, pero desecharon el plan por temor a que despertara sospechas. Así que Suse y mi hermano decidieron izar el piano por ellos mismos hasta la ventana del tercer piso. Suse cogió una manta del camión y tapó con ella el piano para evitar que los fisgones vecinos vieran qué era lo que estaban izando. Mi hermano ató una cuerda vieja bien fuerte alrededor de la manta, como si pusiera un lazo en una sorpresa que nunca debía dejar de serlo. Desde la calle, Suse corregía con una cuerda el ligero balanceo del piano. Mientras tanto, mi hermano presionaba interrumidamente desde la ventana del cuarto el botón de la polea eléctrica.

—Sigue tirando, sigue —susurraba Suse.

Yo apretaba el culo de la tensión. La situación era inverosímil. Sobre todo porque Suse perdía el dominio del Perzina y este empezaba a mecerse en el

aire como las pesas de un reloj de pared. Discutían. Sería mejor que subiera Suse a la habitación; desde allí tendría una mejor visión de conjunto, y mi hermano tenía que poner a trabajar sus músculos. Entonces se le ocurrió a mi hermano una idea brillante. Yo tomaría el relevo a Suse y mantendría la cuerda bien agarrada hasta que ellos cambiaran de posición. Dudé unos instantes, pero tomé la cuerda mientras ellos desaparecían al mismo tiempo de mi vista. Durante unas vacaciones en Marruecos, vi que si el pastor quería que sus ovejas fueran hacia la derecha, tenía que acercarse a ellas por la izquierda. Apliqué esa táctica. Pero el viento arreciaba, mis palmas empezaban a sudar y la cuerda se resbalaba despacio por mis manos. Tiré de la cuerda acercándola a mi pecho e incliné la cabeza. Le hablé en voz baja, como si quisiera tranquilizar a un caballo salvaje. Justo a tiempo, mi hermano me arrebató la cuerda y pude aplacar el dolor en mis manos. La sogá me había dejado profundos surcos en las palmas. Tardaría por lo menos una semana en poder hacerme una paja decente.

Mi hermano consiguió estabilizar el piano e izarlo a suficiente distancia de la ventana de los vecinos. Y en el momento en que Suse lo guiaba hacia adentro entre gritos de júbilo, vi que se acercaba un policía. Se detuvo a nuestro lado. Miró primero hacia arriba, a la polea, y después al camión de mudanzas con una de las puertas posteriores abierta.

—¿De mudanza?

—No. ¿Tú sí? —le respondió mi hermano.

—¿Qué hay en ese camión?

—Trastos.

—¿Qué trastos?

Yo quería decir algo para ayudar a mi hermano, pero no me atrevía. Lo intenté, pero los músculos de la lengua se peleaban entre ellos, como les pasa a los niños idiotas. En momentos cruciales, como ese, me da un ataque de catalepsia. A mis héroes no les pasa nunca. No está destinado a mí, el papel de héroe. Dios santo, ¡qué maricón soy! Mi hermano estaba a punto de decir algo cuando él y el agente volvieron la cabeza atraídos por un ruido sordo. Suse bajaba a bandazos y entre gritos por la escalera.

—¿No te decía yo que...

Tras analizar la penosa situación en un abrir y cerrar de ojos, había diseñado directamente un plan de rescate.

—¡Hombre, chiri, qué haces por aquí tan temprano? —preguntó caminando despacio hacia el camión y encendiendo un cigarrillo—. Escucha, pitufo, no he pegado ojo en toda la noche. Esos niños de mierda han estado por aquí hasta las tantas tirando petardos. Ni que fuera noche vieja, coño, ¿entiendes?

—Por ahora, sí.

—Así que me he puesto a pensar: ¿qué hago, llamo al 112 o hago yo de juez? Hoy en día uno no sabe si fiarse de los polluelos, van todos cargados. Pero con sinceridad, la idea de llamarlos me resultaba, cómo te lo diría, contradictoria pero ante todo, irresponsable desde el punto de vista ético.

Suse cerró de un empujón la puerta posterior del camión y miró fijamente al poli. Tomó una larga calada de su cigarrillo, sus mejillas se hundieron como si hubiera adelgazado mucho en poco tiempo y sopló el humo por la nariz.

—¿Alguna vez has pedido un favor a alguien que te produce tirria? No puedo disimular, coño, lo siento. Sam, tápate el oído derecho —me tapé a medias la fría oreja con mi ardiente mano y Suse continuó—. Es que no me trago a los cabrones como tú. Disculpa el lenguaje, una noche en vela tiene tela. Pero un favor te pido, vuelve al nido, jodido, con tus bacilos, y déjanos tranquilos. ¡Joder, sé hacer poesías!

—Y a mí las sanciones me quedan preciosas —dijo el agente sonriendo al tiempo que sacaba del bolsillo su librito de multas.

Le puso a Suse una multa por ofender a un agente de policía en funciones. Al entregársela, Suse soltó un silbido y preguntó: “¿Permite que le dé la mano y le desee un buen día?”

El agente lo miró un tanto sorprendido, se quitó la gorra y respondió: “Claro”.

—Larguémonos—le dijo Suse a mi hermano en cuanto se fue el agente—. El reductor nos espera.

Miró la multa.

—Bah, considerémoslo una especie de impuesto sobre el valor de los pianos. Sam, tigretón, disfruta de tu nuevo juguete. ¡Nos vemos!

Tras mi amorosa explosión, el vecino de enfrente se portaba mejor que un niño castigado. Yo cerré la ventana satisfecho y bajé las escaleras de puntillas para ir a librarme de la orina matutina. Pero el cuarto de baño estaba ocupado. Decidí esperar en el comedor, decorado al estilo árabe clásico. Las cortinas,

los bancos y las almohadas eran de color azul cobalto con detalles verdes. Los pufs de piel roja, las alfombras anudadas a mano y las lámparas de pared y de techo con incrustaciones en mosaico hacían juego con el gigantesco cuadro rojo con un ostentoso Corán abierto de color dorado que colgaba de la pared. De un exagerado subido, en mi opinión. Necesitaba orinar con tal urgencia que ya no podía pensar con claridad. Corrí a la nevera, saqué un cartón de leche, me la bebí, metí la verga en él y lo llené hasta la mitad. ¿Y si lo volvía a meter en la nevera?

Mi padre salió del cuarto de baño.

En casa, cuando les hablábamos a mis padres decíamos “padre” y “madre” en holandés, y el resto en árabe.

—Buenos días, padre —le dije.

Él levantó un dedo en el aire, se masajeó la fina barba como quien ordeña una ubre y murmuró: “Alá es el único Dios y Mahoma es su mensajero”.

—2Pac es el único y Alá es su mensajero.

—Blasfemia, ten cuidado con esas cosas. Buenos días, Samir.

Me tendió la mano y yo se la besé.

—El profeta dijo: “Sé siempre bueno para con tus vecinos”.

—Lo que faltaba. Si ni siquiera los conocemos.

—Eso no es excusa. ¿Por qué te llevas un cartón de leche al cuarto de baño?

—Porque tengo sed.

Cerré la puerta con llave, vacié el brik en el retrete y tiré de la cadena. Mientras me duchaba, mi padre empezó con sus retahílas.

—Hoy es el mejor día de la semana.

—¿Y eso?

—Te vienes conmigo a la mezquita, para la oración vespertina.

—Tengo clase.

—¿Hasta qué hora?

—Hasta tarde.

—Oh. La semana que viene, si Dios quiere, vendrás conmigo. ¿De acuerdo?

—Amén.

Mientras me duchaba pensaba en el maricón del imán con su eternamente

chirriante micrófono y su pedante voz, y en los sucios lavabos. Llevaban diez años recaudando fondos para renovar las alfombras, pero las viejas seguían allí, desgastadas y olvidadas. Con el dinero recogido hasta ahora podrían incluso rescatar los bancos europeos. Y yo no era el único que se preguntaba dónde se había quedado todo ese dinero. Solo de pensarlo, me deprimía.

Llevaba tiempo sin ir a la mezquita. La última vez hacía un año.

Poco antes de que diera comienzo la oración vespertina bajé como lanzado los veintidós escalones de la mezquita. El sitio siempre me resultó un tanto tenebroso, pero conseguía calmarme pensando que los demonios y seres similares no van a esconderse en una mezquita. Nada que temer, entonces. Además, poco antes, un roce especial puso en movimiento los engranajes de mi sentido común.

Al pie de las escaleras me topé con el ancianísimo imán. Me preguntó a dónde iba. Unas gotas de agua le goteaban de sus pobladas cejas a la chilaba gris, que debía de ser igual de vieja que él. El rostro del imán estaba siempre húmedo. Nunca se secaba después del lavado ritual previo a la oración. A un erudito clérigo musulmán del Oriente Próximo se le ocurrió decir hace siglos que no era buena idea eso de secarse la cara después del lavado. La razón, según él, era que Alá te premia por cada gota de agua que cae de tu cara. Claro, si te secas, a la larga te pierdes un buen montón de pequeñas recompensas. Nadie es tan tonto.

Le conté al imán que había olvidado lavarme. Estaba cometiendo tres pecados al mismo tiempo: mentir, hacerlo en la casa de Dios y mentirle al imán. Me arrepentí mientras construía la frase en mi cabeza.

Me contestó que aún tenía dos minutos.

Yo le dije que volvía enseguida.

Me dio un golpecito en la espalda y empezó a subir la escalera entre gemidos. A mitad, se detuvo. Se sentó en un escalón y explicó sincero —eso se nota claramente en los viejos— que le hacía feliz ver que yo siempre estaba allí. Que en todo momento había sido fiel a la mezquita y al personal de Dios.

—Los jóvenes tienen que ser suficientemente valientes para tomar el relevo poco a poco. La vieja guardia se rompe en astillas y se resquebraja como un tapete persa de imitación. En poco nos iremos y tendremos que justificarnos ante el Señor. Y ustedes seguirán. ¿Quién si no? Es necesario

pasar el verdadero conocimiento de la noble fe, como los indecentes y rancios cuentos de Sheherezade —dijo soltando una risita—. No le digas a tu padre que he dicho eso.

Sonriendo, asentí con la cabeza. Y después le dije que sería lo primero que diría cuando volviera a casa.

—No, no le dirás nada, Samir.

Se levantó. Sus rodillas crujían como un piso de madera.

—¿Oyes eso?

Sacudí la cabeza.

—Eres sordo de un solo oído.

Subió las escaleras medio doblado en dirección a la sala de oración y masculló: “La oración, la oración. Ve deprisa a lavarte la boca y vuelve aquí”.

—Ahora vuelvo —dije—, ahora vuelvo.

Saqué mis resplandecientes Nikes del inmenso zapatero y me las puse deprisa.

Ya bastaba. Si me descuidaba me iba a salir en la frente una mancha oscura del roce con el suelo. No, era peor aún: tenía ya la frente siempre un poco más roja que el resto de la cara. Los píos veteranos del Islam llevan esas manchas como señales de victoria, entradas para el paraíso.

La vida del creyente era muy monótona. No conllevaba grandes emociones. Uno se enfocaba a la oración, el más allá y a señalar con agudeza las malas influencias. Las malas influencias podían adoptar muy diversas formas, pero las más frecuentes eran otras personas. Y especialmente los infieles. Sentado en el suelo con las piernas cruzadas durante la charla que se mantenía sin falta después de la oración, me advertían continuamente de las malas influencias que los infieles podían tener sobre mí. Porque eso es lo que pretenden, alejarme de la fe verdadera y arrastrarme con ellos al infierno —el grupo asentía a coro. Porque claro, nadie quería ir sin compañía a ese sitio achicharrante.

No eran los infieles, todo hay que decirlo, los que me impedían orar como Dios manda. No podía concentrarme en la oración. Lo que me pasaba era muy desagradable. No sabía por qué me ocurría, pero durante la oración aparecían en mi cabeza unas mujeres bailando desnudas. A veces en corros. Por lo

general haciendo ochos. Todo muy sensual. Después de la danza se embadurnaban unas a otras con natillas de vainilla y se revolcaban sobre los tapetes de oración por entre las filas de barbas. Yo intentaba a escondidas echarlas de ahí, pero mis patadas pasaban por ellas sin hacer mella. A menudo eran mujeres rubias, así que podría ser que de forma indirecta, los infieles sí tuvieran algo que ver.

Podría ser.

Con la tecnología actual nunca se sabe. Un ataque psicológico dirigido desde Washington D.C. y lanzado al mundo para alejar de la oración a todos los musulmanes emergentes. A lo que iba. Desde la aparición de las imágenes eróticas no me concentraba en Alá. Orar con la verga dura es de lo más incómodo. Pruébalo.

La razón por la que huí de la mezquita fue que después de muchos años, por fin tuve una revelación. Mientras rezaba, mientras le hablaba en silencio a Dios, supe que con quien estaba hablando realmente ¡era conmigo mismo! Allí, mientras esperaba el inicio de la oración vespertina, sentado encima de la alfombra de oración, descubrí algo esencial: Dios es el eco de nuestra propia voz.

—Pásate un rato por la mezquita si tienes una hora libre —siguió mi padre al otro lado de la puerta del cuarto de baño mientras yo me duchaba—. Todos los chicos del barrio van. ¡Todos los viernes! Karim, Omar, Khalid, Youssef; sus padres siempre preguntan por ti.

Mi padre siempre menciona a las sabandijas de nuestro barrio, De Pijp.

Karim estrena todas las semanas una colección de bicis nuevas. Hace nada vi a Omar arrancarle de la mano el móvil a un transeúnte. Todo el mundo sabe que Youssef y Khalid atracaron el año pasado el supermercado Albert Heijn con un hacha, y que con el botín alquilaron un Mercedes Cabrio con el que atropellaron a una persona en la calle Rijnstraat para después darse a la fuga. Pero son cosas que yo nunca le cuento a mi padre. Yendo una hora a la semana a la mezquita, no solo les tapan la boca a sus padres —y a otros padres—, sino que también se protegen a sí mismos contra un riesgo.

La mezquita es como una discoteca popular, se trata de ver y ser visto. Los chicos se arreglan antes de ir. De arriba abajo, incluso los calcetines son de marca. Y cuando los hombres de la mezquita se suben la chilaba para formar

una especie de saco donde recoger el dinero para las nuevas alfombras, los jóvenes aguzan los oídos.

Si tintinea, no cuentas.

Si cruje, eres todo un hombre.

—Siento no ser tan devoto como esos chicos, padre. Que el Señor los recompense y los mantenga alejados del mal camino. Pero hoy tengo un día muy importante en el instituto.

Mi padre tenía un colgador propio en la mezquita Al Kabir. Se colocaba siempre en primera fila, también llamada “cinturón de las estrellas de Dios”. Cuando el imán caminaba hacia su púlpito de madera, le daba primero la mano a mi padre antes de dar comienzo al rencoroso sermón de los viernes. Mi padre formaba parte de la dirección de la mezquita, él nombraba a los imanes.

Durante el ramadán —en ese periodo del año no murmuras con el imán los versos del Corán, sino que los recitas por dentro por temor a que los que están a tu lado caigan desplomados al suelo a causa del pestilente olor que te echa la boca tras horas sin comer— el imán cometía errores que la gente no detectaba pero que mi padre corregía discretamente en voz baja.

Antes de que el sol saliera a gatas por aquel silencioso y frío horizonte, mi padre se levantaba para adorar a su Dios. Después de la oración de la noche — ¡que no es siquiera obligatoria! —preparaba mi desayuno del día siguiente, pan con una buena capa de mantequilla de maní. Colocaba las rebanadas bajo un tayín, sobre el mesón, para que los ratones no se los zamparan. Una vez que me tuve que levantar por la noche para ir al baño, lo vi preparar mi almuerzo. Me dijo: “Cuando solo te queden dos rebanadas, te guardas una y vendes la otra por un jacinto”.

Después de la oración nocturna y los bocadillos, mi padre llenaba una regadera con agua caliente y con unos dedos hábiles y ávidos de nicotina se liaba un cigarrillo y salía al balcón en sus desgastadas zapatillas de piel de cabra. Esperaba allí fumando acuclillado hasta que el sol se elevaba por encima de las viviendas sociales e iluminaba los miles de flores de la baranda. Cuando se terminaba el pitillo regaba las plantas: ciclámenes, campanillas de hojas aterciopeladas, jacintos blancos y azules, crisantemos rosa con el corazón amarillo, violetas y margaritas, y unas plantas color calabaza que parecían finas mazorcas y que desprendían un agradable olor a

regaliz cuando frotabas las hojas.

Durante la *Eid al-Fitr*, la fiesta de la ruptura del ayuno, mi padre se adornaba la barba con margaritas y contaba que ese día de repente le habían salido flores en la barba. Todos los primitos le creían, cogían una margarita de su barba y él les daba un dulce.

La escritura se inventó aproximadamente en el año 3300 antes de Cristo en Mesopotamia. Han pasado unos cinco mil años y mis padres siguen siendo analfabetos. A veces me da por reír y llorar al mismo tiempo.

Mi madre compra siempre los productos para el cabello. No es anormal coger un bote para lavarme el cabello en la ducha, como ahora, y ver que pone: “*Para reavivar el brillo natural del cabello rubio*”.

¡Absolutamente nadie de la familia Zafar tiene el pelo rubio, mierda!

Aunque mi padre no sabía deletrear, había un programa de televisión que no se perdía por nada del mundo. Después de las noticias de las seis, no había quien se hiciera con el mando, pues a las siete en punto empezaba *Lingo*. Si buscaban una palabra de cinco letras que empezaba por R, mi padre levantaba el dedo y gritaba con el entusiasmo de un aplicado alumno: “¡Restaurante!”

Cuando pregunto a mis padres por qué carajos no han aprendido nunca holandés, me responden que no pensaban quedarse para siempre. Un argumento muy endeble, en mi opinión. Mi madre era ama de casa, y mi padre trabajaba. Además, nadie esperaba de él que hablara en el trabajo. Tenía tres empleos. Trabajaba como limpiador en el palacio de justicia de la calle Parnassusweg, en la cochera de los tranvías —“donde duermen la siesta”— y en el palacio real, en la plaza del Dam, donde fregaba los suelos de salones de baile hasta que relucían como espejos. Cuando terminaban en el palacio real, los holandeses podían irse sin más, pero sometían a los empleados extranjeros a cuidadosas requizas.

Mis padres llegaron a Ámsterdam el 7 de julio de 1974, el día de la final del mundial de fútbol entre Holanda y Alemania. Vieron el partido con las maletas entre las piernas en la terraza de un café del Ceintuurbaan. Holanda perdió y todo el mundo se desbandó de tal manera que mi padre consideró seriamente la idea de establecerse en Alemania en vez de en Holanda. Tenía un hermano en Aken que podía ayudarlo. Pero la fuerza de convicción de mi madre hizo que decidieran quedarse un tiempo. Un tiempo que gracias a Dios

duró hasta el día de hoy porque si no, yo hubiera sido alemán. ¿Te lo imaginas? ¿Un *kartoffen* marroquí? Coño, ¡eso es un taco con carga nuclear!

Mis padres nacieron en Marruecos. Mi madre era de una pequeña ciudad situada cerca de Agadir, llamada Aït Melloul. Un nombre que pronunciado en holandés, tiene un significado bastante divertido. En las vacaciones de verano, cuando mi hermano y yo cogíamos un taxi decíamos tal cuál en holandés: “Cómeme la verga, por favor”.

Mi padre se crió en la cordillera del Atlas. Vivía al pie de una montaña, donde el clima era cálido y apacible mientras por las cumbres soplaban las tormentas de nieve.

No tengo ni idea de la edad de mis padres.

Nadie la sabe.

Ni ellos.

En muchas de sus tarjetas pone: 01-01-19**.

Los padres de mi padre, que fallecieron cuando él era muy joven, le contaron que había nacido en la temporada en que se abren los capullos de los árboles frutales. Mi madre nació cuando llegaban los fríos. Se llama Malika, “reina” en árabe. Mi madre siempre lleva un pañuelo blanco en la cabeza. Tiene como cien, en todos los tonos de blanco imaginables. Y como tiene el cuello largo y fino, con el pañuelo puesto parece un cisne. Es una pena que lleve ese pañuelo; tiene un cabello largo y negro precioso que flota detrás de ella como la cola de un vestido de novia negro. No usa pañuelo por el Islam, sino por otra razón: todos los hombres —y mujeres— se enamoran de su cabello en cuanto lo ven.

Mi padre la vio un miércoles de mercado en Marruecos, cuando ella aún no llevaba pañuelo. Se le acercó y le preguntó si le permitiría lavar y cepillar su cabello el resto de su vida. Mi madre le respondió como lo habría hecho cualquier mujer en este mundo: “¿Acaso lo llevo sucio?” E inmediatamente se puso a controlar si lo llevaba enredado. Después mi padre le preguntó si quería ir a tomar una infusión de menta con él. Así lo hicieron. Unos meses después fue a pedir su mano. Le llevó montañas de azúcar, botellas de agua de rosas, ramos de flores y pastas hechas por él mismo. Poco más tarde decidieron ir a descubrir juntos Ámsterdam.

Mi padre ya no trabaja. Va a hacer las compras y ha decorado el salón. Se encarga de la colada y de fregar los platos. Plancha, pasa la aspiradora, pinta y de vez en cuando le da un toque a la antena parabólica. Y es una maravilla culinaria. A veces pienso que lo hace todo para recuperar el tiempo que no pudo pasar con nosotros. Durante cuarenta años, seis días a la semana, de las ocho de la mañana a la una de la madrugada, su más fiel amiga fue una bayetilla.

Mi padre sigue cepillando el cabello de mi madre. Y mi madre peina el canoso cabello de mi padre en el descansillo, antes de que salga a la calle. Mi padre se parece al cómico-actor-escritor Kees van Kooten. Pero con barba.

Mi madre es la diosa de la hospitalidad. Dedicó su vida entera a las hordas de conocidos y familiares lejanos que pasan por casa todos los días. Les proporciona con un entusiasmo envidiable los últimos chismes, infusiones de menta calientitas y fuentes del tamaño de la antena parabólica que brilla junto a la ventana, llenas de los bocados succulentos que mi padre prepara para ellos. A veces, nuestra casa parece un campo de refugiados. Mi madre es fantástica —de verdad, es la mujer más guapa del hemisferio occidental— pero a veces, muy pocas veces, no la soporto. Cuando hay visitas se planta en la cara esa sonrisa eterna que despierta en mí una ojeriza incontenible. Cuando llama alguien por teléfono, deja sonar el móvil interminablemente antes de cogerlo. Para dar la impresión de estar muy ocupada. Y una vez lo coge, lo mete de un fluido movimiento, ¡hala!, entre la oreja y el pañuelo, así puede hablar en modo manos libres. La verdadera razón por la que lleva un pañuelo es porque todas sus amigas lo hacen, no le quedaba más remedio que adaptarse. Sus amigas no se parecen a ella en nada. Son todas del mismo modelo, las típicas mujeres marroquíes que embellecen la vía pública de la gran ciudad: bajitas, increíblemente gordas y empañoladas.

Tengo también dos hermanas guapísimas, gemelas. Ni salidas de un poema de Rumi. Trabajan como cajeras en el Albert Heijn. Las reconocerás por sus pobladas y largas pestañas, sus marcados pómulos y sus negros ojos. Son un tanto traviesillas: son las únicas de sus colegas que no llevan pañuelo.

Me olvidaba: mi abuelo, el padre de mi madre, se parece a Lenin y tiene una debilidad especial por los cuartetos. Ese tipo baboso está casado con tres mujeres. ¡Tres! Con mi abuela y con dos “abuelas” más. Mi hermano lo llama Abuelo Casanova. Durante los veranos que pasábamos en Marruecos, yo

siempre era el primero en despertar. Entonces me deslizaba sigilosamente por la cortina que hacía de puerta de su tórrido dormitorio y me quedaba paralizado mirando con la boca abierta las ocho callosas plantas de los pies que asomaban por debajo de la sábana.

Vale.

Después de ducharme volví deprisa a mi cuarto para secarme el pelo. Y con el pelo ya seco, enfoqué el secador a mi cara y cuerpo. Como de niño, después del baño del domingo por la tarde me echaba tiritando encima de la enorme cama de mis padres. Sabía que me esperaba una sensación paradisíaca. Conocía los movimientos: mi madre entraba en el cuarto arrastrando sus desgastadas zapatillas, sacaba el secador de entre la ropa del armario, la conectaba al enchufe, le daba al botón y enfocaba el aparato hacia mí. El constante sonido, el aire caliente sobre mi frío cuerpecito, los ojos de mi madre admirándome mientras me frotaba la barriga. Yo ronroneaba como un gatito y me hundía en una condición de éxtasis mental y corporal. Mis ojos bailaban en sus cuencas hasta que me quedaba dormido y a la mañana siguiente me despertaba más relajado que un monje en mi propia cama.

Lo del secador se había convertido en una tradición. Especialmente en invierno, cuando llegaba a casa con las manos y los pies congelados. O cuando pasaba la noche con alguna chica. Después de la ducha les ayudaba a secarse el cabello pasándoles suavemente las yemas de los dedos por el pelo mojado. Les rodeaba el cuello despacio con mis manos y sentía en sus arterias el latir de su corazón. Acciones armoniosas con chicas desconocidas.

Entré en la cocina para desayunar. Acababa de comerme un plátano y un bol de leche descremada con copos de avena cuando entró mi madre con aspecto somnoliento. Amenazó con tirar el piano de cola por la ventana si volvía a tocarlo tan temprano.

—Inténtalo. No podrás. Pesa demasiado.

—Cogeré un martillo.

—Y yo un cuchillo carnicero.

Mi padre se mezcló en la conversación.

—¿Quieres matar a tu madre?

—Hay momentos...

—El mismo cielo está por debajo de los pies de tu madre.

—¿Huele el cielo a pies sudorosos?

Mi madre me señaló y se dirigió a mi padre: “Este niño irá directo al infierno”.

Yo le contesté sin prestar demasiada atención: “Lo sé. Ya me han enviado las entradas VIP. Tengo reservada una mesa con champán y bailarinas desnudas que echan fuego. Una fiesta por todo lo alto”.

Mi padre se dio la vuelta, cogió su *tasbah* y empezó a farfullar.

Mi madre continuó: “¡Desde que dejaste de acudir a la mezquita parece que se haya apoderado de ti el demonio! El piano ese que tienes en el cuarto no es más que un instrumento de Satanás para alejarte de la oración”.

—Es el violín, el instrumento del demonio.

—Todos los instrumentos musicales son del diablo. Yo de ti le pediría perdón a Alá por lo que acabas de decir.

—Tienes razón. Pásame su teléfono, que le envío un *whatsapp*”.

Me lanzó una mirada aniquiladora, salió de la cocina moviendo la cabeza, encendió la televisión y sintonizó a todo volumen la emisora coránica.

Siempre que escucho un concierto de piano en la radio, mis padres empiezan con que tengo que poner las bobadas esas del Corán. Que me limpiarían el alma. Y que si las escucho a menudo, hasta podría recuperar el oído izquierdo. Mi oído bueno la palma temporalmente cuando paso por delante del salón y veo en la tele a un hombre barbudo predicando la palabra de Dios. Es triste y mezquino. El tenor de nuestra casa.

Mis padres dicen que la música es para los impíos. Todos los domingos emiten en el canal Nederland 2 la celebración de la eucaristía católica. Ese programa hizo que yo me convirtiera en un ferviente fan de la música coral gregoriana. Cuando lo oyen mis padres, me dicen a gritos que apague esa música funeraria antes de que me alcance la ira de Alá. Yo subo el volumen. En nada entra uno de los dos, generalmente mi malhumorada madre, a mi cuarto. Yo le explico por qué justamente la música clásica es divina e intento convencerla para que escuche un momento, pero antes de que yo pueda poner una cantata de Bach, dice: “¡Impío. *Haram!*”.

Mi pasión por la música clásica tiene su origen en un cúmulo de

casualidades. Antes de que mi hermano empezara a trabajar en el salón de *sushi*, trabajó en la farmacia de la Ferdinand Bolstraat. Él llevaba las medicinas a la gente que no podía desplazarse. Una de esas personas era un señor llamado Polak, un hombre con verdaderos matojos de pelos en la nariz y en las orejas. En su polvoriento piso en la Frans Halsstraat, siempre sonaba una placentera música. Su mirada se iluminaba en cuanto llegaba alguna visita. Polak le explicó muchas veces a mi hermano la trágica historia de su vida. Su negocio de carpintería había sido declarado en quiebra, su mujer le abandonó para casarse con su mejor amigo, a sus dos hijas solo las veía en los marcos de foto que tenía en el mueble del salón, los médicos habían descubierto que tenía un tumor cerebral, era solo cuestión de tiempo. Mientras hablaba, a veces se quedaba dormido, como víctima de un cortocircuito temporal, y la música clásica pasaba unos momentos al primer plano. Cuando recuperaba el conocimiento, decía: “Todos me han abandonado, excepto la música clásica”.

Señaló a mi hermano algunos CD de su colección que según él valían la pena. Uno de esos discos atesoraba el *Canto Ostinato Piano Ensemble*, de Simeon ten Holt.

Cuando mi hermano estaba a punto de irse, Polak le preguntó: “¿Te apetece un coñac? Para ser un lobo solitario puedo ser muy ameno”.

Por la noche, al volver a casa, mi hermano me contó la historia, atenuó la luz y puso los CD. Escuchamos el legado de un hombre agonizante.

Saqué una camiseta negra y unos *jeans* de mi ordenado ropero y me los puse. Me unté crema en la cara, modelé mi copete con fijador y me apliqué a desgana tres toques de Hugo Boss. No está mal, el olor, pero siempre que puedo, boicoteo esa marca. Lo utilizo solo porque me lo regaló alguien a quien quiero. ¿Sabías que Hugo Boss diseñó el uniforme nazi marrón? ¡Y también el aterrador uniforme negro de las SS!

Me miré un instante en el espejo. Hay miles de cosas que me infunden inseguridad: si conseguiré el diploma de la VWO, mi oído sordo, qué quiero ser de mayor, si soy bueno hurgando. Pero de mi aspecto físico no puedo quejarme. Excepto que tengo unos lóbulos enormes, obsequio de mi padre. Antes, mientras veíamos alguna película, mis hermanas no dejaban de manosearlos. Y si hacía algún comentario sobre el filme, ellas me daban unos tirones horribles. Quizá me he quedado sordo por eso. Tengo los ojos

marrones, marcados pómulos, una nariz fina, la barbilla vigorosa de mi padre y el cabello negro esquilado magistralmente a los lados.

Hacía calor en mi cuarto, así que abrí la ventana de nuevo para ver que estaba enguarrada con una sustancia amarilla. Restos de cáscaras de huevo y unos chorretes pegajosos adornaban el marco. Al parecer, mi desconocido vecino de enfrente había disfrutado realmente mi interpretación. Grité por la ventana: “¡Este huevo es el símbolo del fructífero inicio de una larga serie de inspirados conciertos matutinos! ¡Mañana quiero un huevo frito, hijo de puta!”

Metí mis cosas por última vez en la mochila, una Eastpak camuflaje que me había regalado Suse cuando iba al último curso de primaria. La etiqueta ya no decía Eastpak, pues había tachado dos rayitas horizontales de la E con rotulador negro, ahora decía Lastpak, “fastidio” en holandés.

Salí de casa dando un portazo especialmente fuerte. Cuando lo hacía, mi madre abría la puerta para decir que no tenía que cerrar la puerta de un portazo. Después decía que me esforzara en el colegio y que rezaría para que consiguiera el diploma. Si yo cerraba la puerta con cuidado, ella no decía nada.

El banco yacía desamparado en medio de la calle. Enfrente del banco había una fila de piedras cuadradas. Los niños del barrio saltaban sobre ellas a la pata coja, pero por lo general servían de asiento. Junto al banco se alzaba una farola clásica Ritter. Dejé la mochila a mi lado y me senté en aquel banco tan familiar. Un reloj no muy lejano dio ocho nítidas campanadas. Tenía tiempo. Solté una carcajada. En el desconchado respaldo del banco, que más bien parecía la espalda flagelada de un esclavo, ponía: “MI BARRIO ES UNA BIRRIA”.

Era sin duda la obra de Punzo, un buen amigo de mi hermano. Siempre llevaba consigo un punzón, de ahí el sobrenombre. No abría la boca ni por casualidad, y allí donde iba grababa tonterías, para compensar su silencio. Los chicos que se reunían en el banco solían obedecer a mi hermano y a Suse. La jerarquía era inequívoca. Los jefes del alto mando: mi hermano, Suse, Punzo (y también yo), nos sentábamos en el banco. En las piedras cuadradas enfrente del banco se sentaba el resto de la jauría. Los soldados de a pie.

Aquí aprendí lo que Suse llamaba “lecciones de vida para el futuro”. En

este banco me preparé para entrar en el mundo de los adultos.

Sin darme cuenta, me quedé mirando como encantado el cartel con el nombre de la calle.

“Julianastraat”, decía en letras blancas sobre un fondo deslucido que en su día había sido azul marino.

Y debajo, a la derecha, “De Pijp” en letras más pequeñas.

Las persianas de la casa de Suse estaban aún cerradas. Él vivía detrás del banco, encima del taller de reparación de bicicletas. Nosotros vivíamos enfrente del taller de bicis. Desde mi habitación, veía el cuarto de Suse, y viceversa. El banco siempre entre los dos. Junto a nuestras ventanas colgaban unas antenas parabólicas tan oxidadas que parecía que iban a caerse a la calle en cualquier momento. En las ramas de los delgados árboles que enmarcaban la calzada, los gorriones flirteaban entre ellos en tonos agudos. Detrás de mí oí el suave zumbido de los tupidos setos. Una brisa primaveral me acariciaba las mejillas, pero traía consigo la pestilencia de bolsas de basura desgarradas por gatos vagabundos y por gitanos. Siempre había basura tirada junto a los árboles de mi calle, como si los basureros estuvieran en huelga permanente: juguetes viejos, muebles desgastados, tablas de planchar. El suelo que rodeaba el banco estaba lleno de chicles aplastados. Antes, la acera estaba plagada de gargajos beige frescos que los chicos producían rascando bestias el interior de su nariz o garganta para demostrar lo mucho que amaban a Holanda. Me fijé en el hotel Okura. Se izaba orgulloso por encima de las viviendas de protección social. Sentado en el banco podía ver el toldo azul claro que hacía también de barómetro. Una luz azul clara significaba que iba a hacer buen día.

El dueño del taller de bicis abrió su negocio. La cosa no iba bien, tenía pocos clientes. Una vez nos pidió un favor a los chicos del banco: que si una noche podíamos esparcir unos clavos por la calle. Él nos proporcionaría el material y por media hora de trabajo nos daría una recompensa de veinte euros.

—Dinerillo fácil. ¿No es eso lo que quieren? —nos dijo.

Suse, el portavoz, se sintió tan ofendido que se quedó callado, rechinando con los dientes.

—¿No se habrán quedado pegados al banco, no? —continuó el tipo.

Esa misma noche, Suse se asomó por la ventana de su cuarto, lanzó un ladrillo por la puerta de cristal del taller de bicicletas y se acostó.

A uno de los bloques de piedra que rodeaban el banco le faltaba una esquina. Sucedió un día de invierno, durante un combate de bolas de nieve. Después de acribillarnos mutuamente —parece un milagro, pero no me tocó ninguna bola— decidimos incordiar a los coches que pasaban. Suse y yo nos apostamos en su portal, mi hermano esperaba entre los coches aparcados y los demás se escondieron en cuclillas detrás de los setos. Yo tenía que hacer las bolas de nieve para Suse, él no llevaba guantes. Amasé una con mucho esmero y se la di. Suse se pasó la bola de hielo de una mano a otra hasta que llegó un coche deslizándose lentamente por la resbaladiza calzada. Las bolas empezaron a estrellarse contra el automóvil. Suse se colocó en posición, un pie delante y el otro atrás, apuntó con un ojo cerrado y lanzó en línea recta mientras soltaba un grito salvaje. La bola de nieve salió flotando como una bala por el gélido aire y atravesó la ventanilla lateral del coche desintegrándola. Del susto, el conductor dio un tirón al volante y chocó con el parachoques contra el bloque de piedra, rompiendo un trozo. Desde aquel día supe que Suse poseía fuerzas sobrenaturales. Corrimos a escondernos en su portal. Tras escuchar el amortiguado tintineo de los cristales rotos, nos sentamos sobre la fría escalera, donde él me habló durante horas sobre la Noche de los cristales rotos.

Me levanté del banco para ir a clase. Me metí un auricular en el oído derecho y puse el Trío n.º 2 en mi bemol mayor para piano, violín y violonchelo, de Schubert. Schubert es la música ideal cuando estás de camino. Hice clic en el mando de la alarma, la desactivé, me monté en mi escúter, que estaba aparcada junto a la puerta de casa, y salí calle adelante. La luz del combustible parpadeaba. Tenía una Vespa LX-50 blanca con asiento de piel de serpiente blanca y un parabrisas para evitar que el viento me despeinara el copete. Una Vespa no se conduce con las manos. El truco está en las caderas. Tomaba las curvas meneando la pelvis, como si estuviera bailando salsa. Durante la Segunda Guerra Mundial, los aliados bombardearon a menudo la empresa italiana que fabrica las Vespas, Piaggio. La firma fabricaba bombarderos para el régimen fascista de Mussolini.

Era todo un poco surrealista, a toda máquina en mi escúter; sentí incluso que me iba a dar dolor de barriga. Lo mismo me pasó el primer día de clase en el insti. ¡Estaba putamente nervioso! Me pasé la primera hora en el lavabo,

con diarrea.

Año tras año, recorría el camino al instituto automáticamente, pero ahora parecía que me fijaba en todo: el vacío campo de fútbol en la Henrick de Keijserplein donde antes iba a jugar, los frutales rosa que rodeaban la plaza y que con cada soplo de aire —como si Dios suspirara— producían una lluvia de pétalos rosa, los coches y motos de policía aparcados delante de la comisaría de la Ferdinand Bolstraat, las ordenadas filas de farolas de la larga Lutmastraat (las farolas eran mi único punto de referencia cuando volvía borracho como una cuba de alguna fiesta). En el momento en que el violín tomaba el relevo del piano, llegué a la estación de servicio Shell de la Hobbemakade. Mientras ponía gasolina y observaba las ascendientes cifras en el surtidor, alguien me dio un golpecito en el hombro.

—¿Qué llevas en esa mochila?

Me di la vuelta y vi que era el abogado que llevaba el caso de mi hermano. Soltó una carcajada, tomó un sorbo de su café y me tendió la mano.

—Hola, Sam, ¿cómo estás?

—Muy bien.

—¿Cómo está tu hermano?

—Bien.

—Fue un caso complicado, ¿uf!

—No me lo recuerdes.

Antes de colocar el boquerel en su sitio, dejé que me cayeran sobre la mano unas gotas de gasolina y la olí.

—¿Te gusta ese olor? —me preguntó.

—Me encanta, ¿a ti no?

—Prefiero el agua de colonia. ¿Sigues en el instituto?

—Por suerte, sí.

—Me alegro —levantó su maletín del suelo, me puso la mano en la mejilla, me dio dos suaves cachetitos y dijo: “Pórtate bien”.

—Siempre.

Antes de que se subiera al coche le pregunté: “¿Por qué a Wilders?”

Él se rió, colocó el maletín marrón en el asiento del acompañante y respondió: “¿Por qué no?”

Le dio dos toques cortos al claxon del Aston Martin y salió zumbando.

Después de que la policía arrestara a mi hermano, fui corriendo a casa para inspeccionar el terrario. No les dije nada a mis padres. Subí deprisa a nuestro cuarto, saqué con cuidado a Sis y me la coloqué alrededor del cuello. Busqué detrás de los arbolitos, entre las hojas y los guijarros, pero no encontré nada. Entonces escarbé como un arqueólogo en el fondo de virutas de madera y vi algo que brillaba: el sello holográfico de metal de un billete. En ese mismo momento sonó el timbre de la puerta cuatro veces: po-li-cí-a. Recogí volando los billetes morados y los metí en mi mochila. Dejé a Sis en el suelo para darles un susto de muerte a los agentes si entraban. Salí a la escalera mientras sentía la vibración de unas pesadas zancadas sobre los peldaños. Justo a tiempo subí más deprisa que un galgo al desván. Unas voces desconocidas les explicaban a mis padres que tenían una orden de registro domiciliario. Aunque no estaban delante de mí, vi los asustados rostros de mis padres. Hay dos tipos de malas noticias que los padres no quieren oír nunca, imagino: que se ha muerto su hijo o que tiene que ir a la cárcel. Me quedé en el desván hasta que se calmó la tormenta azul.

Durante mi primera visita a mi hermano, me preguntó si había encontrado lo que había en el terrario. Le dije que no. Él cerró los ojos y se llevó las manos a la cabeza como intentando reprimir un ataque de migraña. Me había llamado una vez desde la cárcel y yo, estúpido de mí, había empezado a hablar del terrario hasta que él me interrumpió con una catarata de palabras arbitrarias para decirme que ya lo hablaríamos en otra ocasión. Después le susurré que era broma, que había metido el dinero en mi mochila y que hasta me lo llevaba a clase. Una vez lo conté en el cagódromo, durante el recreo. Eran ciento veinticinco mil euros. Doscientos cincuenta billetes de quinientos. Parece que vaya a ser una montaña, pero es un fajo poco más grueso que la mano de un adulto. No fui rico por mucho tiempo. Después de las clases tenía que llevar el dinero a un bufete de abogados situado en un lujoso inmueble del centro.

—Los sospechosos son cada vez más jóvenes —dijo la fría secretaria que me abrió la puerta.

—Un problema que tú no tienes —le contesté señalando sus patas de gallo y la flácida piel de su cuello.

Me invitó a entrar y me preguntó en tono conciliador si quería beber algo.

Esperé sentado en un sofá Chesterfield mientras el batido de chocolate salía a borbotones de la humeante máquina. En el despacho del abogado, me quité la mochila de la espalda y le entregué al letrado el fajo de dinero sujeto con elásticos.

—Mi hermano quiere un recibo.

El abogado levantó la vista y soltó una carcajada.

—¿Un recibo?

Yo asentí.

Dio un suspiro, cogió un cuaderno de notas que encontró en su rebotante escritorio de madera de roble, lo abrió, arrancó una esquina de una hoja y escribió: “Recibo por 125.000,00 euros”.

Pagué la gasolina y continué mi ruta al instituto. Acelerando para aprovechar la onda verde. Algo despertaba en mí una cierta desconfianza, justamente en esa zona los semáforos estaban siempre en rojo. Acababan de volver a asfaltar la Stadionweg, parecía que habían untado la calzada con pasta de chocolate. El entorno cambiaba paulatinamente a medida que dejaba mi barrio, De Pijp, y me internaba en el barrio de los compositores, en la zona sur de Ámsterdam: las casas se distanciaban y optaban por una existencia en solitario, los coches aparcados eran cada vez más lujosos, por las ciclovías trotaban corredores con *golden retrievers*, las estrechas callejuelas daban paso a calles más anchas y más limpias, por ninguna parte encontrabas bolsas de basura desgarradas. Los únicos extranjeros eran pequeñas mujeres asiáticas empujando hipermodernos cochecitos de bebé con felices retoños blancos dentro.

En la Stadionweg giré a la derecha, a la Verdijkstraat, pasando por la plaza de Bach, donde los de sexto ya habían empezado a liar porros. Me saludaron; yo les grité: “¡La mañana pide marihuana antes de que suene la campana!”

Por todas partes veía llegar a compañeros del instituto: algunos a pie; los deportistas, en bici; los tipos duros, en escúter; los más vagos, con el tranvía que paraba en la Beethovenstraat; a los mimados los traían en aparatosos Porsches Panamera y rimbombantes Range Rovers. Pero fuera cual fuese el medio de transporte, todos nos arrastrábamos con desgana hacia el número 17 de la Brahmsstraat. Sonó la campana mientras estaba aparcando el escúter en la parte de atrás del edificio.

Junto a la puerta estaba el director, el señor Lamphuizen, en un impecable traje. Entre las clases desaparecía en su fresco despacho para aparecer poco después enfundado en otro traje de tres piezas; adoraba los espejos. Volvió a sonar la campana, él miró significativamente su muñeca sin reloj y cerró satisfecho la puerta del instituto.

—Llegáis todos tarde.

En ese momento se fijó en mí. Bajó las escaleras a mi encuentro.

—Anteanoche, ¡uf! ¡Hombre, hombre, qué virtuosismo! Estuviste soberbio. ¡Ojalá tuviera yo esos dedos! —me dijo con un tono de voz espeluznante, podría llamarlo afectado si no fuera porque tengo una tirria gigante a la gente que usa la palabra “afectado”.

Anteanoche fue la final del Festival de la Rosa de Oro, un concurso para alumnos talentosos de quince institutos. A pesar de que había tocado peor que mal, gané. Mil euros y una “actuación a medida en un evento de altura elegido teniendo en cuenta, naturalmente, el género vencedor”.

—No es para tanto —le respondí.

—Sam, fue grandioso.

—Fue regular.

—Si vuelves a decir eso te vas a quedar después de las clases. Vamos, entra.

Caminamos junto a la fila de tardones. Abrió la puerta y la mantuvo abierta para que entrara yo. Frunció los labios, asintió absorto en sus pensamientos, movió los dedos como si tocara el piano, y entonces señaló el *hall* y dijo: “¡A clase!”

Otro estudiante me seguía, pero el director lo detuvo.

—¿Querías colarte dentro?

—¡A él lo ha dejado entrar!

—¡Vaya, un insurgente! Esta tarde te quedas hasta las seis.

Me adentré en el edificio y me dirigí al aula en que tenía clase. Toqué tranquilo a la puerta, le di a la manilla y la abrí.

Por fin.

Había empezado mi último día en el instituto Hervormd Zuid.

2

Un alud de aplausos se derramó sobre mí en cuanto entré en el aula. Hice unas pequeñas reverencias. El señor Koks me felicitó con un sudoroso apretón de manos y dijo en tono picante: “Eso, inclínate hacia adelante».

La clase se desternillaba con su comentario.

—¡Vaya, vaya, hoy vas directo al grano! ¿Es el Día Nacional del Gay? ¿Por qué iba yo a inclinarme hacia adelante? —le contesté.

—Porque ha llegado el momento de las plumas.

Es la fina expresión holandesa para adular a alguien, ponerle plumas en el culo.

—Menos mal que son plumas virtuales, creo que tengo que ir al lavabo.

—Bah, fuera de mi clase.

—¡Oblígame, amo!

El señor Koks hacía siempre comentarios homo-eróticos. Antes era boxeador. Ahora, profesor de matemáticas y homosexual practicante. Y además manifestaba sin reservas su debilidad por los marroquíes. Desde hacía años, mantenía una relación con Hassan. Lo había conocido en Marruecos durante un intercambio para profesores de matemáticas. La vertiginosa combinación de discusiones sobre complicadas teorías matemáticas y vino tinto marroquí en la soleada terraza de una pintoresca plaza de Fes, los había convertido en pareja de por vida. A veces nos contaba sobre sus fantásticos viajes a Marruecos; una vez que arrancaba con sus informes de viaje, sabíamos que seguiría hablando hasta que terminara la clase. Conocía Marruecos mejor que yo. En ocasiones hasta me daba vergüenza. Las paredes del aula de matemáticas estaban decoradas con magníficas fotos del Sahara. Durante la clase, yo las estudiaba como si visitara un museo. Las dunas del

desierto ejercían una gran fuerza de atracción sobre mí. Nunca había estado en el Sahara y sin embargo, sentía un enorme anhelo por ir allí.

El señor Koks indicó que podíamos charlar bajito mientras él iba a por un café. Alguien me hizo una señal. Me dirigí hacia la última fila, donde Sophie había puesto la mano sobre una silla. Después se la pasó por su cabello húmedo y rubio. Me encanta sentarme en la última fila. Especialmente al lado de alguna chica guapa.

—Hola, Mozart.

—¡No, por favor!

—¿Prefieres que te llame marroquí de peluche?

La miré y dije: “En ese caso mejor *fuck*-marroquí. No soy muy amigo de los peluches”.

—Hoy hablas sin rodeos, ¿no?

—Sí, ¿verdad? Inclínate hacia adelante, vamos.

Dejé caer la mochila al suelo y me senté.

Ella susurró: “¿Me lo harías aquí, en la clase, delante de todos?”

Me colocó la mano en el muslo y empezó a apretármelo.

—¡Dios! Tendrían que obligar a todos los chicos a tener estas piernas — dijo.

—¿Cómo va todo con Tom?

Ella soltó una risita despectiva.

—Mal. ¿Cómo va todo con Evelien?

—Muy bien. Estudia derecho.

—¿Ya la dejas entrar en tu casa o tiene que convertirse primero al Islam?

Saqué la agenda de la mochila y la puse encima de la mesa.

—Hace tiempo que quiero preguntarte una cosa —le dije.

—Dime.

—¿Cuántos penes caben en esa sucia boquita tuya?

—Buena pregunta. Depende de la situación.

—Cómo me alegro de no ser tu padre.

—Qué tontería. Mi padre está orgulloso de su querida hijita.

—¿Ah, sí? ¿Sabe la reputación que tienes en el instituto?

—¿Te refieres a mi inmaculada reputación? Sí, la conoce. Mi peor nota es

un ocho. ¿Y cuál es tu nota más baja, Sam el Don Juan? —preguntó abriendo mi agenda.

Yo la cerré.

El señor Koks entró tomando sorbos de café y nos hizo callar. Ignoré a Sophie y me concentré en la clase. La cosa no pintaba demasiado bien. Mi peor nota era un cuatro, en matemáticas. Eso significaba que tendría que hacer un milagro en el examen, de lo contrario me podía ir olvidando del diploma. Las últimas semanas habíamos practicado mucho con exámenes viejos. Pero no había manera. Seguía sin aprobar. No encontraba la lógica. Simplemente carecía de la capacidad necesaria para reconocer ciertos patrones en las fórmulas. Toda pieza musical, por ejemplo, tiene un patrón que yo visualizo cuando la escucho. ¿Por qué no teníamos exámenes de música?

Una vez oí a un musicólogo en la emisora Radio 4 que establecía vínculos entre las matemáticas y el piano. Me dieron ganas de sacarlo de un tirón de la radio y asestarle un derechazo.

Me acordé de la actuación de ayer que, en mi opinión, había jodido. Todos los finalistas tenían un *coach* personal. Un pianista de tercera me estuvo dando la lata con que tenía que tocar de forma más reservada. En la final lo hice y mientras interpretaba la música, pensaba: “Dios mío, ¿qué estoy haciendo?” No era yo. Pero gané. Ganar inmerecidamente es como perder. Una lección para la próxima vez. Prefiero atenerme a quien soy y fallar, que seguir a otros y ganar. “A veces ganas cuando pierdes”, le dijo una vez mi hermano a Suse después de una partida de ajedrez, para consolarlo.

El señor Koks empezó a explicar cómo teníamos que prepararnos para el examen, pero mis pensamientos estaban en otro sitio. Recordaba la jornada de puertas abiertas del liceo, el día en que me admitieron, mi primer día en el instituto, la primera clase. Me hundí en un vertiginoso torbellino de recuerdos nostálgicos.

Era ya de noche. La luna estaba turbia, como si alguien hubiera intentado borrarla. Mi hermano y Suse aparcaron sus escúteres delante de la Coffee Company de la Beethovenstraat. Mi hermano caminaba delante. Suse se balanceaba a mi lado. Lo reconocías desde lejos por sus andares de pingüino; caminaba flexionando las rodillas y dibujando una V con los pies, en una especie de *plié*. Al cruzar la calle en dirección al instituto, me pusieron las

manos en el cuello. A la luz de las farolas vi en la escalera a gente bien arreglada, no, peor, vi “solo” a gente bien arreglada.

Encima de la puerta había un letrero que decía: “Hervormd Lyceum”.

—En este colegio van a deformarte, hombre—dijo Suse.

La gente de bien nos miraba descaradamente. Las conversaciones enmudecían a nuestro paso. A Suse eso le puso nervioso.

—¿Tengo monos en la cara? —le preguntó a una mujer mayor mientras se miraba a sí mismo de pies a cabeza.

Nike Air Max.

Camiseta del Ajax.

Pelo rapado.

La mujer, que venía sin lugar a dudas del paleolítico, llevaba un traje de chaqueta bege. Tenía los dientes demasiado blancos, el cabello rubio deslucido y el cutis terso de un bebé. En silencio, siguió mirando al frente como encantada.

—Momia de mierda —dijo Suse.

Mi hermano lo llamó al orden. Exigió que se comportara. No estábamos en nuestro barrio. Aquí no se armaba pleito. Podía ser el futuro instituto de Sam.

Victorine, una de las muchas conquistas de mi hermano, iba a ese insti (a la última clase de la VWO) y nos había invitado. Sobre todo para presumir con mi hermano ante sus amigas. Se lanzó hacia él desde las escaleras y mi hermano la cogió al vuelo sin el mínimo esfuerzo. Daban vueltas abrazados mientras ella le besaba en la mejilla. Alegre como un vestido de verano, Victorine nos enseñó el instituto. Era la primera vez que yo entraba por aquella puerta, pero tenía la sensación de haber estado allí en una vida anterior: el *hallexageradamente* iluminado con la ancha escalera, los oscuros pasillos con vidrieras al fondo, las puertas de pequeños cristales, las acogedoras aulas transformados por arte de magia en coloridos lugares de interés para seducir a la mayor cantidad posible de escolares de octavo de primaria...

Al final de la visita, Victorine preguntó: “¿Y?”

Yo miré a mi hermano.

—Este es —dije.

La inscripción tenía lugar en el despacho con el letrero “DIRECCIÓN” encima de la puerta. Había mucha gente y el aire estaba enrarecido. Ya casi nos tocaba el turno. Delante de nosotros esperaban un señor en un traje entallado, una mujer y un chico de mi edad. Recuerdo exactamente lo que ponía en su gran bolsa, en letras doradas: “OGER”. Un nombre tan raro, tan neandertal, no se olvida con facilidad.

No terminaban nunca de hacer preguntas al gafotas del director. Él, sentado a su abarrotado escritorio con expresión de cansancio, miraba en nuestra dirección para darles a entender que había más gente esperando. Pero sin resultado.

Y entonces sucedió.

Con el debido desprecio, el hombre trajeado le preguntó al director: “¿Hay también... marroquíes, en este instituto?”

Mi hermano me miró. Después miró a Victorine. Ella movió la cabeza. Suse estaba afuera fumándose un cigarrillo. Gracias a Dios.

El director hizo una pausa y fingió una carraspera. Intentaba avisar al tipo, como diciendo: “¡Dese la vuelta!”.

—Lo siento, pero no puedo responder a esa clase de preguntas —contestó. ¿Hubiera dicho lo mismo de no haber estado nosotros en aquel despacho?

Mi hermano me hizo un guiño y tocó al hombre en el hombro. Él se giró. La forma en que nos miró era verdaderamente fascinante. Me sentí emocionado. Era una cómica mezcla de incredulidad y susto mortal. Sospecho que vio pasar delante de sus ojos toda su vida.

—¿Algún problema con los marroquíes?

—Eh... eh... Sí, quiero decir ¡no! No, ninguno, nada de eso. En absoluto. Se me ha ocurrido de repente, discúlpeme. Mi asistenta doméstica es marroquí, Hafida. Yo no soy de esos, de verdad.

—Claro que no, hombre —dijo mi hermano riéndose.

—¿Nos vamos? —le preguntó a la mujer antes de desearnos las buenas tardes.

—Victorine y dos caballeros —dijo el director—. ¿Qué se les ofrece?

Después de rellenar los formularios de inscripción y entregárselos, el director nos preguntó en el tono de voz más amable que te puedas imaginar si teníamos alguna pregunta.

—¿Hay también... marroquíes, en este instituto?

—Muy agudo —dijo el director tras soltar una artificiosa carcajada.

El muy chalado se tomó la pregunta en serio y nos explicó que no muchos. Sabía que había uno en el último curso.

El director ordenó los formularios y juntó las yemas de los dedos.

—Si va todo bien, se nos va uno y entra otro.

El primer día de clase le di los buenos días al director en la escalera. Él me miró unos instantes, observó mi rapado y giró la cabeza. A otros alumnos sí les devolvió el saludo. Quizá tenía que haber hablado más fuerte. Por otra parte, como estoy sordo de un oído, ya hablo más fuerte que los demás.

Nuestro tutor brillaba por su ausencia. Pensaba que las vacaciones de verano terminaban una semana más tarde, así que tuvimos que hacer las presentaciones sin él. Muchos de los alumnos de mi clase se conocían. Yo no conocía a nadie. Parecía que todos mis compañeros de clase, todas las almas que erraban por el instituto, eran clones. Había estirados y estirados, muchos más estirados, más estirados aún, otros estirados y algún estirado más. Los chicos llevaban todos el mismo peinado y hablaban y se movían todos de la misma forma, tiesos e indiferentes. Llevaban buzos, camisas y camisetas de una marca rara. En el pecho, un pequeño jinete que fustigaba a su caballo con un palo.

Yo me senté junto a Alain Fléons. Éramos los únicos con el pelo negro. El resto tenía alguna variante de rubio. Alain era especial. Al presentarse ante el resto, dijo: “Hola, soy Alain, vivo en Buitenveldert y soy judío”.

Ser judío era super *cool*: casi todos mis nuevos compañeros decían tener una abuela o alguna tía judía en algún sitio. Una ocasión perfecta para exhibir mi sabiduría. Me levanté y empecé a hablar sobre la diáspora judía; Suse me había explicado detalladamente la relación entre la diáspora judía y la marroquí.

Todos me miraban como si estuviera loco.

Alain y yo volvimos a sentarnos. Lo observé feliz durante media hora, era un momento especial; Alain era mi primer judío.

Me tocó el turno. Me levanté y empecé a hablar.

—Hola, soy Samir, pero todos me llaman Sam. Vivo en el barrio De Pijp,

ya saben, cerca del Albert Cuyp. Ah, y soy musulmán.

Las pestañas de mis compañeros subían y bajaban. Ser musulmán no era *cool*. Nadie tenía una tía o una abuela musulmana en alguna parte. En vez de eso, Céline preguntó: “Dicen que ustedes matan ovejas en el lavamanos, ¿es verdad?”

—Mi familia, no. A mi padre se le hace imposible cortarle el cuello a una oveja. Todos mis tíos se ríen de él. Para la Fiesta del Cordero compramos una buena oveja en la carnicería islámica y la colgamos en la pared de la cocina. Cabeza abajo. Mi madre coloca debajo un cubo para recoger la sangre que le gotea del cuello.

Un escalofrío recorrió toda la clase.

—¿Se beben la sangre?

—¿Tú crees que somos vampiros, o qué? Bueno, una vez mi hermano cogió el cubo, vertió la sangre sobre un pudín de sémola y se lo ofreció a un tío al que tenía manía. Pero el tío no reaccionó como nosotros habíamos calculado. Se empezó a reír mostrando los rojos dientes. Decía que estaba exquisito. Desde entonces lo llamamos tío Sangre de Oveja.

Céline entró en erupción.

—Los musulmanes llevan todo el santo día esos vestidos raros, ¿no?

—Cierto. Mis padres usan chilabas con capuchón. Mi padre lleva siempre un Corán minúsculo en la punta de la capucha. A veces mandarinas o pequeños bocatas con mermelada de dátil, por si le da hambre.

—¿Qué es un Corán?

—Jajaja. No me digas que no lo sabes.

—Es verdad, no lo sé —dijo mirando hacia atrás y preguntando si alguien lo sabía. Pero nadie decía nada.

—Increíble —dije—. ¿He aterrizado en Marte?

Max reaccionó.

—A ver, hombre, si aquí en Zuid no conocemos el significado de una palabra, es probablemente porque no queremos conocerlo.

La clase le rió el comentario.

Solemne como un profesor de religión les expliqué: “El Corán es una especie de Biblia para los musulmanes”. Miré a Max y continué apasionado: “Y si yo fuera tú, dejaría de comer los próximos dos años, gordo cabrón, si ni

siquiera debes de ver tu verga, con esa panza. ¿Cuándo viste ese gusanillo por última vez, eh? Di algo. ¿Te has tragado la lengua? Tenías hambre, ¿no? Se acabó el ir gruñendo por la clase, ¿entiendes? Muestra un poco de respeto. Yo soy un poco musulmán. Y a los musulmanes no nos gustan los cerdos.

Céline se levantó de un salto.

—Vamos, vamos, *finito*. Sean buenos chicos. tienen que aguantar juntos todo un año.

Céline era nuestro coñito “cola-light-zero-sin” adicta a la atención. En cada clase hay uno. Al presentarse, había mencionado de paso que cuando volvían de las vacaciones en la Costa Azul siempre aprovechaban para pasar el finde de tiendas en París.

—Genial, París —cuchichearon las chicas.

Y que se habían gastado decenas de miles de euros en ropa, bolsitos, zapatos y material escolar. Mostró su agenda de Louis Vuitton al resto de la clase y la paseó por entre los compañeros para que todo el mundo pudiera acariciarla y, ya de paso, escribir algo en ella. Céline lo contaba todo con la indiferencia con que yo diría que me iba a sentar un rato en el banco de delante de mi casa. Pero era una naturalidad fingida, o quizá era tan natural que parecía antinatural, no lo sé, no acababa de descifrarlo. En el Chanselisé había muchos musulmanes de esos con vestidos de Dubai, to-di-tos con bolsos de Cartier, Esté, Gucci, Louis y D&G. “Demasiado, de verdad”.

Miré a Alain.

—Ustedes tampoco comen carne de cerdo, ¿verdad?

Él asintió.

—¿También te acortaron el pito?

Volvió a asentir.

Teníamos mucho en común.

Le tendí la mano para sellar una incipiente amistad, pero él se la quedó mirando con los ojos vidriosos.

Después de las presentaciones empezó la clase de física. El profesor tenía una voz soporífera. Explicaba sobre la electricidad, pero yo no escuchaba, no soy de ciencias. De hecho, por eso mismo debería prestar más atención... si él hubiera tenido una voz más espectacular.

Noté que Max se estaba pasando la mitad de la clase observándome detenidamente. Cuando le devolvía la mirada, él giraba la cabeza. De repente se levantó riéndose, me señaló y preguntó cómo era posible que ya me estuviera saliendo barba. Toda la clase me miró y empezó a carcajearse. Sentí como si me metieran brasas ardientes en el cuerpo.

—Yo qué sé.

Divertidos, se golpeaban las rodillas mientras yo me imaginaba claramente cómo esperaría a Max al salir del instituto y le daría una paliza magistral. Lo agarraba del cuello de su ajustado polo y con unos elegantes puñetazos hacía que su rostro salpicara sangre como si fuera un tomate reventado. Un golpe tras otro, como un martinete clavando madera.

Bum.

Bum.

Bum.

Hasta que los mirones nos separaran y yo los espantara a gruñidos; hasta que saliera el director y yo le quitara las orejas a mordiscos, porque igualmente no me oía cuando le daba los buenos días; hasta que el personal sanitario nos separara y yo los pateara también a ellos; hasta que llegaran corriendo los polis y yo les dejara más azules aún de lo que ya eran.

El profesor de física aplacó los exaltados ánimos y yo levanté el dedo y pedí permiso para ir al baño.

Allí me sosegué. Era terreno seguro. Unos días antes me había afeitado por primera vez en mi vida. Me hice una verdadera carnicería. Utilicé la cuchilla de mi hermano. Mientras él se afeitaba, yo siempre lo observaba sentado en la tapa del inodoro. Me parecía algo mágico la forma en que la cuchilla se deslizaba por su rostro como una quita nieves y se llevaba la espuma. Me dejaba pasar la cuchilla por el agua y golpearla contra el borde del lavabo. Alguna vez le pregunté si podía afeitarme también, pero él decía que aún era muy pequeño.

—Cuando sea el momento, yo te enseñaré.

Pensar que no estaba allí para enseñarme me enfureció hasta casi hacerme llorar. Apoyé las manos en el lavamanos y me miré en el espejo. Me palpé la incipiente barba en la colorada mandíbula. Me daba vergüenza. ¿Por qué tenía que pasarme eso a mí y no a mis compañeros de clase? ¿Por qué coño quería yo ir a un instituto idiota donde todo el mundo se parecía?

Se había abierto la puerta de los aseos, me sobrepuse. Era el limpiador. ¿Adivinas su procedencia?

Hablamos árabe entre nosotros. Él me señaló con la punta de la bayeta.

—¿Eres de los nuestros?

—Sí, sí.

—¡Alá, Alá, Alá, en buena hora!

—Igualmente.

Me abrazó y me dio cuatro besos. Estaba feliz de ver allí a un congénere.

—Extraordinario, es algo muy muy muy extraordinario —dijo.

Venía de una pequeña ciudad no lejos de donde había nacido mi padre. Era regordete, bigotudo y casi anciano. Miró a su alrededor vigilante, acercó su sudado rostro al mío y susurró: “No permitas que puedan dudar nunca de ti. Pórtate bien y no hagas animaladas. Si no, te echarán del colegio sin contemplaciones” dijo chasqueando sus curtidos dedos. Deseché de inmediato la idea de esperar a Max. El limpiador dijo que solo quería lo mejor para mí y que tenía que esforzarme al máximo por conseguir el diploma. Después me preguntó si podía presentarle a alguna chica de la clase. Así podíamos salir los cuatro juntos algún día.

Tras mi constructivo encuentro con el limpiador, tenía la primera clase de gimnasia.

La clase de gimnasia se impartía en un campo de deportes situado detrás del palacio de justicia de la Parnassusweg. Llegamos demasiado pronto, así que nos pusimos a darle pataditas a un balón. “Nos pusimos” es quizá un poco exagerado. Nadie me lo pasaba a mí. Muchos de los chicos jugaban en el AFC, un elegante club de fútbol. Otros, en el Hurley, un club de hockey para maricones en el Amsterdamse Bos. Tuve una ocurrencia magistral y grité: “Chicos, ¿una partidita de sangrebol?” Siguieron dándole al balón, uno preguntó: “*Seriously?* ¿Sangrebol? ¿Qué es eso?”

—¡Sangrebol, hermano! Al que le hacen túnel se le machaca a patadas, ¿no lo conocen?

Max mantenía el balón en el aire a pataditas. Se colocó una greña suelta detrás de la oreja y dijo: “Oye, primo, aquí en Zuid no hacemos esas cosas”.

—Ya lo he visto. Échame el balón.

—No.

—Échame el balón, ya.

—¿Por qué?

Le arrebaté el balón de entre sus gordos dedos y lo mandé de una rotunda patada al otro lado del campo. El balón botó por encima de la valla y se cayó en la acequia.

—Por eso. O juego también o no juega nadie.

En los vestuarios, los chicos susurraban que se llamaba Evelien. Lo llevaban con mucho misterio, como si de repente Evelien pudiera pasar flotando a través de la pared de ladrillo que nos separaba de los vestuarios de las chicas y sorprenderlos. Yo quería saber quién era. Fue Max quien la señaló con su oronda barbilla antes de meterse rodando en el baño. Evelien hacía estiramientos en el césped. Era una de las chicas más guapas que yo había visto en toda mi vida.

Tenía el cabello largo, moreno y ondulado, recogido con una cinta blanca de Lacoste. Llevaba un top y shorts blancos, también de Lacoste, para permitir que el depravado mundo exterior se maravillara de sus apetecibles piernas y vientre. Respirando despacio, se estiraba con la elegancia de una reina. Incluso noté que la recia voz del profesor de gimnasia cambiaba cuando le daba instrucciones a ella. Su presencia era un bálsamo. También entre las otras chicas despertaba emociones. O la trataban con un afecto extremo o la ignoraban por completo. Ayudé al profesor de gimnasia a recoger los aparatos, para ganármelo, pero sobre todo para verla de cerca de ella. Tenía los ojos entre verdes y grises con puntitos; te cortaban la puta respiración. Alá había salpicado su cuerpo de pecas como si hubiera estado decorando un *cupcake*. Pero lo que más atrajo mi atención fueron las divinas curvas de su cuello. Deseaba convertirme en cualquiera de los pañuelos —probablemente muy bien ordenados en un cajón junto a su ropa interior— que protegían su delicado cuello cuando hacía frío. Quería apoyar mi oído sordo en su garganta mientras ella hablaba para captar sus vibraciones como un sismógrafo. Quería escribir un poema en un papelito, doblarlo hasta que fuera tan pequeño como una uña y ponérselo cuidadosamente en el ombligo en cuanto se descuidara. Sucedió algo que yo nunca antes había experimentado. Por primera vez en mi vida, sentí temor por una chica. Si se lo contaba a mi hermano, probablemente

se reiría de mí. Le llamé para quedar en algún sitio y contarle sobre mi primer día de clase, decirle que había contemplado al ser más hermoso de la tierra, y desarrollar de paso una estrategia exitosa enfocada a conquistarla para mí. Él tenía el teléfono apagado. Intenté llamarlo de nuevo. Pero cuando oí que Max se peleaba con el pestillo de la puerta del baño sin conseguir abrirla, recordé que mi hermano estaba en la cárcel. Evelien había terminado con los estiramientos y caminaba en mi dirección causándome un cierto pánico: empecé a dar vueltas como un perrito que corre detrás de su propia cola. Entonces me detuve. Evelien me miró unos instantes, lo que significaba que por lo menos se había dado cuenta de que existía. Era el momento de decir algo: ¿Te gustan las galletas marías? O: eres muy ágil, ¿haces ballet? O: ¿naciste en casa o en el hospital? Tenía que decir algo, daba igual qué.

Pero no me atreví.

A la vuelta, a la altura del puente de la calle Parnassusweg, donde dos *snackbar* intentaban golosinearse a los clientes mutuos colocando en la acera unas desvergonzadamente vistosas banderitas y carteles, me adelantó una furgoneta blanca del ministerio de justicia con las ventanas blindadas. De esas en las que transportan a los detenidos a los tribunales. Saludé efusivamente con la mano. Quizá iba mi hermano dentro. Siempre que veía una furgoneta de esas, saludaba eufórico en dirección a los blindados cristales.

Los idiotas de los agentes siempre respondían a mis saludos.

El profesor de gimnasia me vio.

—¿Quieres ser policía?

—¿Tú qué crees?

—Buen trabajo.

—Ah, ¿sí?

Amén

Medio año después de mi primer día en el instituto, arranqué durante la clase de historia una hoja de mi cuaderno. En la tapa había escrito en letras bien caligrafiadas: *Mi barrio es una birria*. Escribí con un bolígrafo rojo una nota.

Sam tiene a las 13:45 una cita con el otorrinolaringólogo.

*Mañana irá a clase fresco como una rosa,
como de costumbre.
Le saludo muy atentamente.*

Intenté escribir lo mejor que podía y utilizar apostas palabras caras como “atentamente”. Las palabras caras brillan como joyas al sol y ciegan temporalmente los ojos autoritarios. Por lo menos, así lo creía yo en mi necia fantasía. Patético, pero era un hecho que criarte en un entorno marroquí te convertía en un charlatán genial.

Firmé la nota de forma rutinaria, como si fuera un actor famoso, con un garabato finísimo; escribí debajo las iniciales de mi padre y la doblé cuatro veces. Sentada a mi lado, Bodine Fellerman me miraba todo el rato mientras se pintaba las uñas por debajo de la mesa. Noté un olor penetrante. Me miró asustada.

—¿Vas a falsificar la firma como si nada? ¡La van a comparar! — seseó tapando con la mano sus brillantes labios. Me incliné hacia atrás levantando las patas delanteras de la silla.

La posición de los tipos duros.

Observé al profesor —hablaba del Imperio Romano— y contesté a Bodine en voz baja: “Comparar, ¿no estamos en el Pentágono!”

—¿Qué es el Pentágono?

La miré soltando un suspiro.

Me había propuesto escribir ese tipo de notas solo en casos de emergencia. Y esto era una emergencia: en una hora empezaba en la Parnassusweg la última audiencia en el juicio de mi hermano y Suse. El juez iba a dictar sentencia. El requerimiento de condena que el fiscal les había colgado del cuello dos semanas antes, era de órdago. Ocho años de prisión incondicional no se cumplían en un par de días. Recé a todos los dioses que conocía para que de alguna manera los dejaran en libertad. Que convencieran a los jueces, pero para eso tenían que romper el silencio. Durante los interrogatorios no habían soltado prenda.

—¿Sam? —preguntó el señor De Zwaan de repente.

—¿Perdón?

—La respuesta.

—Disculpe, señor, estaba distraído.

Supe al instante lo que iba a hacer; los profesores son los tipos más predecibles, parecen peces de colores. Iba a hacerse el ofendido. Es lo que más odio en los profesores. Ya de por sí les tengo un sano fastidio, así que no hablemos de cuando interpretan una obra de teatro medio en serio medio en broma para ganarse así a los alumnos.

—¿Y en qué pensabas, entonces, durante mi clase? A ver, cuéntanoslo.

Me miraba fijamente con una mano en el costado. Su desaliñada camisa negra tenía por la cintura unas manchas de tiza.

—¿Y?

El profesor de historia levantó sus delgadas cejas. Las arrugas que se le hicieron en la frente parecían trincheras. Me hubiera gustado decirle que creía, no, estaba seguro de ello, que era el único que nunca se dormía en la clase de historia. Que lo consideraba un *tipo cool* y que si dependiera de mí, el ministro de educación tendría que sustituir todas las asignaturas por la historia. Que los griegos, bajo el mando de Ulises, eran unos tipos ingeniosos, con su caballo de fabricación propia. Que era la megalomanía la que sufría de Hitler y que desde el punto de vista estratégico, había sido absolutamente irresponsable atacar a Stalin. Le quería decir sinnúmero de cosas. Pero en vez de eso miré la pizarra para ver por qué pregunta iba.

—¿La caída del Imperio Romano de Occidente? ¿No fue en el año 476 después de Cristo? Coincide con el fin de la Antigüedad Clásica. Poco después empieza la Edad Media, ¿no? La Edad Media que duraría aproximadamente hasta el mil quinientos. Corríjame si me equivoco.

Sonó la campana. El profe se dio la vuelta un tanto decepcionado y mientras todo el mundo recogía sus trastos, escribió “476” en la pizarra.

—Suse, cojonudo —mascullé.

—¿Decías algo? —preguntó.

—No, nada.

Mientras guardaba en la mochila mis libros de historia pensé una buena frase para darle el golpe de gracia.

—Señor —dije. Él levantó la mirada—. Cuando sueño no pierdo de vista la realidad.

Reflexionó unos instantes sobre mis palabras y preguntó: “¿Es así?”

Yo asentí, muy hipócrita.

—¿Me dejas ver los deberes de hoy? —preguntó.
Yo me fui lo más deprisa que pude.

—¿El otorrino?

Me encontraba en el despacho de la tutora de los grupos de primero. Le acababa de entregar la nota.

—El otorrinolaringólogo —le contesté balanceándome ligeramente de puntillas. Para dar una impresión despreocupada, me puse a observar atentamente el cuadro que colgaba detrás de su escritorio. Miguel Ángel, ya sabes. El cuadro en que aparece Adán como Dios lo trajo al mundo y, medio recostado en una pose propia de un maricón, con el gusano encima de su fornido muslo, intenta tocar con su dedo el dedo de Dios. Intenta seducirlo. Me imaginaba lo que diría el cartelito debajo de la bóveda, en el Vaticano: *“Adán mira al Todopoderoso con expresión juvenil”*.

—¿Y dónde está? —preguntó la tutora.

—¿Quién?

Me miró a los ojos.

—El otorrino.

—En el hospital.

—Eso ya lo sé, pero ¿en qué hospital?

—El Nuestra Señora.

En vista de que ella se disponía a estudiar la nota muy detalladamente, yo empecé el ataque.

—Soy sordo del oído izquierdo desde que nací. Ahora tengo molestias en el oído derecho. Los médicos dicen que mi tímpano es muy fino y puede romperse con facilidad —hice el gesto de rasgar un papel—. Por una gran presión de aire, por ejemplo, o si me entra agua al ducharme. Me paso noches enteras retorciéndome de dolor en la cama. Una vez incluso me empezó a salir del oído así como un hilillo de sangre y una porquería color caca que fueron a parar a mi almohadón del Ajax. Pero no me di cuenta hasta la mañana siguiente, cuando iba a levantarme y noté que se me había quedado la cara pegada al almohadón.

Me miró como si estuviera a punto de vomitar.

—Mañana a clase —miró la nota, después a mí—. Y fresco como una

rosa.

Me mordí la lengua con fuerza para no echarme a reír.

—Que te vaya bien, Sam— me dijo.

—Es solo un control, pero gracias igualmente.

Si alguien necesitaba que la cosa fuera bien, esos eran mi hermano y Suse.

Del instituto al tribunal se llegaba en cinco minutos. Fui por la Beethovenstraat hasta la Stadionweg. Pasando junto a una interminable fila de coches deportivos y SUV, cuquisimas boutiques de novia y oficinas con asquerosos corredores inmobiliarios. En la plaza Olympiaplein giré a la izquierda para coger la amplia Parnassusweg. Al ver el blanco edificio me dio un ligero dolor de barriga. Se me ocurrió que saldría de allí superfeliz o infinitamente lejos de esa sensación.

En el vestíbulo había un control de seguridad. Pasé por el detector de metales. No sonó ninguna alarma pero una severa mujer me cacheó igualmente. Cuando la mano de la autoridad acarició mi ingle, sentí un hormigueo que me subía desde el escroto hasta la mitad de la espalda.

El vestíbulo olía a café. Había bastante gente; por todas partes veías a abogados al trote en su ridículo uniforme blanco y negro cargados con gruesos expedientes debajo del brazo.

Pregunté en recepción a una funcionaria rastafari en uniforme dónde tenía que comparecer mi hermano. Ella consultó una lista y me indicó que tenía que ir a la sala colegiada.

Me preguntó si tenía dieciocho años.

Le dije que sí.

Me pidió el ID.

Le conté que me había dejado el carnet de conducir en el coche.

Mirada rastafari penetrante. Blanco del ojo amarillo. Bastante horripilante.

—De verdad, en la cosa esa que se pliega, con el espejito, entre los papeles del seguro.

Tras pensárselo largo y tendido, apareció en su rostro una falsa sonrisita. Me concedió el beneficio de la duda y me dejó pasar.

Yo era la única persona en la zona para el público. El espacio estaba en

alto y separado de la sala por un grueso cristal. Sin lugar a dudas a prueba de balas, para que no pudieras disparar al poder judicial. Debajo de mí, la sala de audiencias estaba vacía. Aún tenía que empezar el show. Mis sudorosos dedos daban golpecitos en las rodillas como enviando señales de morse. Detrás de las sillas de los jueces, colgaba un retrato de Su Majestad. Yo no tenía qué hacer, así que lo observé detenidamente. En el retrato no veías solo la cara de Beatriz, al mismo tiempo era la bandera de Holanda.

El sombrero era rojo.

El fondo, de color blanco.

Y el traje de chaqueta, azul.

Era un retrato muy poco personal. Ella no te miraba a los ojos. Quizá le parecía inapropiado mirar a la gente que acudía a sitios como este. O a lo mejor no se atrevía. Eso sería una flaqueza en una mujer tan fuerte. Deberían colgar un retrato en el que sí se viera frente a frente con el populacho descarriado. Ya me imagino al desconcertado líder de algún partido populista explicándolo en la televisión con el índice en alto.

Pensé que quizá Beatriz había estado mirando un pajarito mientras posaba para el retrato. O a su papá Bernardo que en el cuidado césped, con el ardiente sol de agosto en la cara, se dedicaba con tesón a un nuevo pasatiempo: escribir cartas absolutamente impersonales al canciller del reino Adolf Hitler.

Al cuarto de hora las puertas de la sala se abrieron de golpe y entraron con mucho estruendo agentes y funcionarios de seguridad. Se dispersaron por la sala con estudiada precisión: junto a las puertas y entre la tarima de los jueces y el banquillo de los acusados. Una multitud de uniformes azules oscuros entró con mi hermano a la sala y le hizo tomar asiento a una mesita sobre la que había un vaso de agua y un micrófono encorvado. Al verlo, me sentí contento y triste al mismo tiempo. Quería dar golpecitos al cristal para hacerle saber que estaba allí, pero si lo hacía, todo el mundo se volvería a mirarme. Él se había negado a que asistieran mis padres. No les había contado que la vista se celebraría hoy. A mí sí, pero me dijo que tenía que ir a clase. Después de la primera visita a la cárcel, no dejó que volviéramos, no soportaba el llanto de mi padre.

Suse entró arrastrando los pies y se sentó también. Los separaban unos cinco metros. Mi hermano hablaba disimuladamente con su abogado. Daba la

impresión de estar en forma y ojo avizor. Suse se repantigó con pereza en su silla, como un escolar desinteresado. Su abogado le hablaba ininterrumpidamente, pero él parecía no darse por aludido. Poco después salió al campo el equipo judicial. En ese momento todos los presentes se pusieron de pie. Yo creía que esos formalismos solo se daban en las películas.

Los jueces explicaron que no iban a tratar la causa en profundidad, sino que tocarían brevemente algunos aspectos, harían algunas preguntas a los sospechosos y al final, dictarían sentencia. Empezaron con mi hermano. Ya de entrada, hablaban de asuntos que me superaban. Utilizaban abreviaturas de organismos que yo no conocía, palabras como *ferstofender*. Yo intentaba recordarlas para buscarlas en el instituto. Mi hermano respondió a las básicas preguntas que le hacía la jueza: nombre, fecha de nacimiento y domicilio actual. Tras preguntarle por su “domicilio actual” apartó avergonzada la mirada al darse cuenta de que sin querer, estaba haciendo alarde de un humor de lo más negro. Aclaró la pregunta diciendo: “Me refiero a su domicilio antes de ser detenido y trasladado a la cárcel en Almere Binnen, naturalmente”.

Mi hermano le siguió el juego y contestó haciendo uso de las palabras Binnen (dentro) y Buiten (fuera), que apuntaban a dos zonas de la misma ciudad.

—¡Almere Buiten, entonces! —dijo ocurrente.

El ambiente se relajó y todos —yo, los agentes de seguridad, el secretario judicial, los jueces—, todos excepto el fiscal, soltamos una carcajada.

Fue una tarde agotadora. Para mí y para Suse, que movía los pies, inquieto, originando circulitos en su vaso de agua. Pero más aún para mi hermano, en quien ahora se centraba el foco de atención. En su situación, yo ya habría sucumbido de un paro cardíaco. Y sin embargo, con tal de liberarlo de la zarpa de los jueces, me hubiera cambiado con él para que pudiera moverse de nuevo libremente por el mundo como corresponde a un veinteañero. Explorar las fronteras de esa recién descubierta vida, traspasarlas de forma muy esporádica permaneciendo siempre dentro de los férreos y bien definidos límites del estado de derecho. Entonces podría darme los consejos que yo, como necesitado estudiante de primero de secundaria, bien podía usar. En mis fantasías, nos paseábamos en el escúter por Ámsterdam. Yo delante, con mis

pequeñas manos agarradas al gélido manillar, él rodeándome con sus brazos; sorteando el tráfico con la elegancia de una bailarina de ballet rusa. Ignorando totalmente las señales de tráfico, las normas de preferencia y los semáforos, pero circulando siempre con desenvuelta atención; deslizándonos junto a los canales de cristal, a veces tan tranquilos que reproducían nítidamente los círculos de luz color crema de las espaciadas farolas y las fachadas de los monumentales inmuebles. Por la orilla del Amstel, subiendo y bajando deprisa los puentes de ladrillos para sentir en el estómago esa sensación de que vuelas. Desafiando el llanto del viento hasta que uno mismo empieza a llorar; flameantes, las salinas lágrimas de felicidad se abren camino hacia los silbantes pabellones de la oreja dejando un rastro blanco en las sienas. Mi hermano preguntaba si quería que fuera más deprisa, y yo gritaba: “¡Sí!”. Y él respondía: “¡No te oigo!”. Y yo gritaba aún más fuerte: “¡Sí, más deprisa!”. Entonces él frenaba y decía: “No, si vas demasiado deprisa te pierdes lo mejor”.

Íbamos a su calle favorita, que era también la mía. Por la Utrechtsestraat, junto a bares abarrotados, mirando los traseros de chicas hermosas que, con una copa en la mano, simulaban charlar entre ellas aunque por dentro esperaban desesperadamente a ese simpático hijo de puta que las iba a liberar de esas soporíferas conversaciones seduciéndolas con sus ocurrencias y llevándoselas a correr aventuras.

Para terminar el *tour* con estilo, antes de regresar a casa dábamos una vuelta de honor por De Pijp. Íbamos por la Utrechtsestraat hasta la fuente iluminada de la oscura plaza Frederiksplein. Allí, yo miraba el reloj sin cifras para determinar con los ojos brillantes que ya pasaban de las doce de la noche. Desde lejos se acercaban el ascendente aullido de una sirena y el parpadeo de una luz azul cada vez más brillante. Mi hermano bajaba la velocidad, se erguía como un suricato y seguía conduciendo, ahora pudorosamente. Curvaba los dedos con fuerza sobre el manillar y miraba interesado el pelotón de motos policía con que nos cruzábamos y que rodeaba como un lazo un codiciado transporte de valores dirigiéndolo con gestos exagerados hacia el banco central neerlandés.

Una grácil curva a la derecha, hacia el mercado Albert Cuyp, ahora abandonado y apestante a sardinas. Por entre una horda de peleonas gaviotas que salieron volando a nuestro alrededor como una bandada de ángeles

ofendidos. Junto a fantasmales drogadictos con guitarras que cruzaban la calle asustadizos y pedían a todos los transeúntes un pitillo o unas monedas. Si les preguntabas qué iban a hacer con el dinero, respondían “Comprar comida”, pero mentían y engañaban a todo Dios. Compraban heroína a recias manos de negros con dedos bicolores adornados con sacudidores de oro y a continuación se la inyectaban debajo del tobogán del Sarphatipark en las fosas del codo. Circulábamos a paso de tortuga por delante de las escasamente vestidas abuelas de la Ruysdaelkade, que tocan contra los cristales en busca de quien las cubra y encima se ponen a coquetear haciéndose las cachondas, sin entender que son todo menos eso. Quizá ligaban así durante la reconstrucción, después de la guerra. Pobres abuelas. Han perdido el norte. Ámsterdam está lleno de gente que ha perdido el norte. Tienes casi cien años y ahí estás, presumiendo de ti misma en un deslucido traje de cuero, para no hablar ya de la mercancía.

Pasábamos por delante de turbios tugurios donde la gente aireaba su risa con largas carcajadas. Los clientes: treintañeros puberales con bronceado artificial y cara de enfado que se autodenominaban tipos duros y miraban continuamente sus costosos relojes de mierda mientras sus calvas cabezas mascaban chicle. Si tienes buen oído, cosa que yo no tengo, oyes a esa escoria balar sobre Sudamérica y el puerto de Róterdam mientras alternan los sorbitos de vodka con manzana con flagrantes miradas alrededor para que todo el mundo sepa que hablan sobre sus anómalas profesiones.

Pobres diablos.

A toda máquina por el Ceintuurbaan, por debajo de los inmensos plátanos que con la corteza desconchada como si sufrieran de una enfermedad cutánea, se inclinaban sobre la calzada para darse un fraternal abrazo. Nos deteníamos en la panadería de la Ferdinand Bolstraat, esa sí que era de la mafia, según mi hermano: después de cerrar, el panadero traficaba con cruasanes y brazos de gitano. Mi hermano daba un silbido y llamaba a la puerta con un código especial, la musiquilla de El Padrino. En seguida salía a abrir el panadero mafioso. Miraba fugaz en todas direcciones como si lo buscara la Gestapo y susurraba: “¿Qué necesitas?” Nosotros decíamos lo que queríamos y esperábamos a la vuelta de la esquina, porque los guarros cuicos le vigilaban, esa misma semana le habían clavado una puta multa. Después, salíamos disparados hacia nuestra calle, nos zampábamos los recién hechos cruasanes

con queso y mi hermano me pasaba por los hombros aquel brazo que siempre olía a seductor perfume de mujer, por los millones de chicas de las que se rodeaba. Y antes de acostarnos, manteníamos sentados en el banco apasionadas discusiones sobre la chica más guapa de esa noche.

Pero cuando sueño, por lo general, la realidad me despierta de un despiadado golpe.

Seguía sentado en el palacio de justicia, en la zona para el público. Frente a tres astutos jueces, un secretario judicial y un fiscal malévolo con una jeta de mala leche que ni que estuviera casado con un jabalí. Miré impotente a mi hermano y a Suse, sentados en el banquillo. Desde detrás de un cristal. Como si estuvieran en cuarentena y quisieran evitar contagiarme. Mientras que allí abajo, todos esos tipos disfrazados para la fiesta eran inmunes: el cordón de uniformes azules, las togas negras con chorrera blanca, la reina en su ridículo traje chaqueta.

De repente me asusté.

El juez me miró como si leyera mis pensamientos. Preguntó a mi hermano si había alguien de su familia en la zona para el público. Mi hermano pasó la mirada por la tribuna y no tardó en dar conmigo.

Me guiñó el ojo.

Yo asentí.

—Es mi hermano.

Vi en sus gestos, oí en su voz, que no le hacía muy feliz saber que estaba allí. Por una parte le entendía, por otra, no. Al fin y al cabo, éramos compañeros de armas. Donde quiera que fuera él, yo le seguiría. El juez del centro, el que más había hablado, siguió mirándome fastidiosamente. Primero tenía solo un pequeño rol de extra en este surrealista espectáculo y de repente me convertí temporalmente en protagonista.

—¿Qué edad tienes? Me preguntó.

Todos los ojos se posaron en mí atravesando el cristal a prueba de balas.

—Trece.

El juez no podía oírme a través del vidrio. Tendría que hablar más fuerte o indicar mi edad con los dedos.

Hice las dos cosas.

—¿Trece años? Son muy pocos para presenciar la audiencia.

Tragué saliva un par de veces.

—¿No tendrías que estar en el instituto?

Dudé sobre mi respuesta, pero acabé diciéndolo, y lo hice con la determinación de un político: “Hoy no tenía clase, los profesores están en un seminario”.

—Un seminario —repitió él pensativo mientras jugueteaba con un bolígrafo—. Entonces espero que esta audiencia te sirva de lección.

Hizo con la cabeza un pedante gesto que acentuó su papada, miró su reloj y dijo: “Continuemos”.

Preguntó a mi hermano si quería decir algo antes de dictar sentencia. Él se puso de pie, yo me moví a la punta de la silla. Tenía la boca seca como el viento del desierto. Mi corazón se puso a mil latidos por minuto. Mi hermano pasó una resuelta mirada por los jueces, observó un largo tiempo al fiscal, en el rincón de la izquierda, y preguntó con los ojos a su abogado, a su derecha, que con un gesto de la cabeza le invitó a empezar a hablar.

—Por recomendación de mi abogado, durante la causa me acogí a mi derecho de abstenerme de declarar. Lo he dudado mucho, pero ahora quiero aclarar algunas cosas —cogió el vaso de agua y tomó unos sorbitos—. Declaro que no tengo absolutamente nada que ver con todas las acusaciones que se me hacen. El dinero que llevaba encima cuando fui detenido, lo había encontrado en el Vondelpark, junto a la fuente, para ser preciso. No tengo nada que ver con todos esos actos violentos de los que ustedes han hablado exhaustivamente en las vistas anteriores. En ningún sitio se ha encontrado mi ADN. En mi casa tampoco encontraron objetos sospechosos. Las escuchas telefónicas no han probado nada. Nunca he tenido que ver con la justicia, con la policía, con organizaciones criminales ni con nada similar. El fiscal erró el tiro completamente con su incongruente y fantasiosa historia. No hay pruebas, solo falsas sospechas y un único testigo que llamó al servicio de denuncias anónimas con algunos nombres sueltos. Me hubiera gustado hablar con él. Lo que intento decir es que no quiero que me encierren por un delito que no he cometido. Tengo plena confianza en el estado de derecho. Estamos en Holanda, no en Rusia. Otra cuestión: el otro sospechoso en este caso sería mi cómplice. Es muy divertido, en serio, porque yo no lo había visto en mi vida. Soy inocente. Estoy cansado. Quiero irme a casa y cerrar este horrible

capítulo de mi vida. Gracias.

Era como si mi hermano le hablara a un periodista en el extranjero. El juez lo escuchó asintiendo con la cabeza y esperó unos instantes antes de reaccionar.

—¿Declara que no ha visto nunca al otro sospechoso?

—Correcto.

Hojeó con visible dificultad en el grueso expediente.

—Pero aquí leo que viven los dos en la Julianastraat. Uno enfrente del otro.

—También a mí me sorprendió. Aún así no le había visto en mi vida. Tampoco conozco a los vecinos de arriba. Pero eso es normal en una ciudad como Ámsterdam. No sé en qué elegante urbanización reside usted, pero en mi barrio, De Pijp, la gente se preocupa sobre todo de sí misma.

Mi hermano y el juez libraron durante unos segundos una opresiva batalla de miradas. Hasta que el juez miró el expediente y dijo: “Su declaración queda anotada”.

El juez preguntó a los demás jueces si tenían más preguntas, pero ellos dijeron que no con la cabeza. Hicieron alguna anotación y se centraron en Suse.

Suse estudiaba la mesa y tocaba el micrófono como si quisiera averiguar de qué material estaba hecho. El fiscal lo miraba incesantemente, sin pestañear ni una sola vez. Dio un suspiro que hizo levantarse una greña de su frente. Igual que Suse, adoptó una postura impaciente y se sentó en su silla. El abogado tenía la palabra.

—Tras largas deliberaciones, mi cliente y yo hemos tomado una decisión. Una decisión sincera. Al contrario que el otro sospechoso, mi cliente se mantiene en su derecho a abstenerse de declarar.

Carraspeó, se frotó la garganta y tomó un sorbo de agua.

—Mi cliente me ha encargado indicar en su nombre a los miembros del tribunal cuál fue su parte en el delito. Se declara completamente responsable y admite ser uno de los dos autores del delito cometido.

Yo parpadeé un par de veces. ¿Qué era lo que oía? La confusión se hizo dueña de la sala de vistas y desconcertó a todos los presentes como un bofetón

inesperado. Los jueces se miraron sorprendidos y se inclinaron, lo mismo que yo, hacia adelante, para oír bien al abogado. El fiscal resucitó como un reloj al que se da cuerda y empezó a tomar notas, igual que el secretario. Hasta los vigilantes, tan acostumbrados a no prestar atención a las causas judiciales, levantaron unos instantes la mirada. Mi hermano miró a Suse asustado e inquisitivo.

—Mi cliente quemó en el bosque los objetos con los que se cometió el delito. Las armas las tiró a un canal, pero no recuerda a cuál. El dinero del botín se perdió durante la huída. Les pido tener en cuenta las circunstancias personales de mi cliente a la hora de determinar su condena. El divorcio de sus padres hizo que mi cliente se entregara a esa imprudente conducta: cometió el delito en un momento de turbación. Se arrepiente de lo que hizo. Quiere enmendarse y continuar trabajando en el mercado. También quiere estudiar para, aunque sea tarde, adquirir cualificaciones básicas. Con su confesión, mi cliente confía en que se le imponga una condena menor de la solicitada y desea que se anule o se reduzca sustancialmente la condena condicional de cuatro años que ya tenía. Mi cliente no responderá a ninguna pregunta más.

El juez se rió, giró 90 grados con su silla y cruzó las piernas.

—Su cliente se acoge a su derecho de abstenerse de declarar, por tanto, tendré que comunicarme con él por medio de usted, su abogado. El delito se cometió en asociación, su cliente ha declarado que tomó parte en el mismo. Por supuesto, el tribunal quiere saber quién es el otro autor.

—Mi cliente no tiene nada que añadir.

El juez se dirigió a Suse.

—Entiendo que usted se acoge a su derecho de abstenerse de declarar. Pero ¿entiende usted que le van a caer un montón de años de cárcel?

Suse callaba.

—Me alegro de que haya confesado; aunque haya sido por boca de su abogado, es un paso adelante. La condena condicional de cuatro años de prisión es casi inevitable. Yo estoy aquí para juzgar basándome en lo ocurrido y en las declaraciones realizadas. Tendremos en cuenta en lo posible sus circunstancias personales y su futuro. Piense en su futuro... Lo que usted decida hacer hoy, incidirá en el resto de su vida... Usted calla, pero si pudiera señalar a su coautor, seguiría acogándose a su derecho a abstenerse de declarar.

El abogado de mi hermano se levantó enfadado para contradecir al juez, pero él lo amonestó con un severo gesto de la mano.

Suse levantó la mirada de la mesa al juez, del juez a la mesa. Nunca lo había visto tan nervioso. Parecía que iba a acceder a la aberrante petición del juez. Éste prosiguió: “Señor, tendrá que tomar una decisión. No olvide que esa decisión podría suponer una diferencia de años”.

Titubeante y a desgana, Suse levantó sus dedos, partido en dos por dentro...

Señaló a mi hermano.

El juez dijo: “Interrumpimos el juicio cinco minutos para deliberar”.

Mi hermano miró a Suse fijamente. Vi en sus ojos fuego y confusión, una combinación muy peligrosa. Suse estaba sentado recto en su silla, con las manos en paralelo sobre la mesa. Entonces las puso una sobre otra. Después entrelazó los dedos y por último se cruzó de brazos.

Los jueces volvieron un minuto más tarde y fueron despiadados.

A pesar de su confesión, Suse fue condenado a una pena de prisión incondicional de siete años. Él se pasó las manos por las mejillas.

—¡Perro maldito, zorro, hijo de puta! —gritó a su abogado antes de dirigirse a los jueces—. ¡Váyanse a la puta mierda, jodidos zánganos!

Los vigilantes se le echaron encima y se lo llevaron con mano dura.

Tampoco fueron clementes con mi hermano. Pronunciaron las palabras “seis años de prisión incondicional” en tres segundos.

Se acabó. Mi esperanza de un final feliz se desvaneció como una oración no escuchada. Tras dictar sentencia se llevaron a mi hermano. Yo empecé a dar golpes al cristal para que me mirara, pero no lo hizo. Los jueces se fueron. La sala se quedó vacía. Mi frente golpeaba desesperada el cristal, empañándolo.

Me quedé allí un rato, de pie.

Con la vista fija en la nada.

Entonces miré a Beatriz.

Ella desviaba la mirada.

Suse me las pagará.

No te quepa duda.

Es un vil traidor.

Coupe d'état.

La sogá.

Amén.

La estridente campana me devolvió de golpe a la realidad. Había terminado la primera clase: ¡nunca más matemáticas! El señor Koks dijo: “Ya está, mis queridos alumnos del último curso. Si tienen alguna pregunta sobre la materia, llámenme por teléfono, envíenme un e-mail, un *ping*, pueden tuitearme o pónganse en contacto por *skype* o por *facebook*”.

Guardaba un sermoncillo para mí que me soltó al pasar junto a su mesa.

—Sam, sé que tu capacidad para las matemáticas no llega más allá que tu copete, pero intenta hacer cada día algún ejercicio. Confío en ti. Sé que puedes hacerlo.

—No, no puedo, señor. Voy a estropearlo todo.

—Si vas al examen con esta actitud, seguro que lo arruinas. Sam, escucha. Si estudias bien los resúmenes y haces muchos ejercicios lo conseguirás, *Insha'Allah*.

Me reí. Él continuó.

—Tienes que creer en ti mismo. Eres inteligente, vas a hacerlo muy bien. Y en lo que respecta a las preguntas tipo test, la primera idea suele ser la correcta.

—¿Y si la primera idea es la incorrecta?

Suspiró.

—Escribe los cálculos que hagas para hallar las respuestas. Te proporcionarán valiosos puntos.

Me apoyé en su mesa inclinándome hacia adelante y susurré: “¿No me puedes poner un ocho y ya está?”

—No estamos en Marruecos. ¡A estudiar! *yala yala imshi*.

Antes de salir del aula arrastrando los pies, miré una vez más las fotos del desierto. Después me apresuré a la siguiente clase haciendo maniobras por entre los compañeros del instituto. No tenía ni idea de a dónde tenía que ir. Seguí el precioso trasero de Sophie, que con cada paso se contoneaba hacia un lado. Por fin, entró en el aula de historia.

Retratos de hombres poderosos llenaban las paredes: Churchill, Marx,

Castro, Goebbels, Kruschov, Lenin, Roosevelt, Troski, Stalin, Kennedy y el Ché Guevara. Como los últimos bancos estaban ocupados, no me quedó más remedio que sentarme en primera fila. Coloqué la mochila en la silla de al lado para evitar que se sentara alguien en ella. No me apetecía escuchar huevadas durante esta clase, aunque mi 9,4 de nota me lo hubiera permitido. De hecho iba a esa clase por las formas. Hoy íbamos a repasar todo lo que habíamos aprendido los últimos meses. Las lecciones eran una continua repetición, como la musiquilla en el tiovivo de la feria. Era la táctica, naturalmente: repetir, repetir, repetir hasta el día del exámen, para después olvidar en un día todo lo aprendido. ¿Para qué carajos servían los exámenes? *What is it good for? Absolutely nothing!*

Miré al Ché y el humeante cigarro que le salía de la comisura de la boca apuntando al cielo como los misiles nucleares que le regalaba Kruschov. Mi imaginación creó un gigantesco levantamiento estudiantil que empezaba allí, en el local de historia, y se extendía como un tumor benigno por los institutos y ciudades de los alrededores. Hasta que, tras una épica pelea a puñetazos, ocupábamos el ministerio de educación y con nuestras armas de fabricación casera obligábamos al ministro a declarar nulos los exámenes desde la sala de prensa. En ese momento entró el señor De Zwaan como un torbellino, gritando que nos calláramos, y en cuestión de segundos se hizo un silencio más propio de un cementerio que de un aula. Con esta clase no ocuparía ni los aseos del Starbucks.

Me metí un tapón en el oído derecho para no tener que oír las antediluvianas chorradas del señor De Zwaan. Era hora de escuchar el *Minueto en sol mayor* de Bach. De hecho, la pieza es de Christiam Petzold, pero por alguna misteriosa razón se atribuye a Bach.

El retintín de la campana del vestíbulo inundó la escuela; entró como una ola por los pasillos, se coló por la línea de luz entre la puerta y el umbral y trepó a nuestros conductos auditivos anunciando el inicio de una nueva hora de clase.

3

La enseñanza secundaria tipo VWO dura seis años, igual que la condena de mi hermano. Además de conseguir el diploma en el tiempo estipulado para ello, me propuse otro objetivo. Fuera como fuese, me vengaría de Suse. La traición me había sumergido en un estado de consternación. Desarrollé instantáneamente una fuerte aversión y agresividad hacia él. Era como si me hubiera traicionado también a mí. No sabía que con un simple gesto, un dedo índice que señala algo, podías hacer a alguien tanto daño. Su deslealtad me corroía. Conocía a Suse de toda la vida, era como un segundo hermano para mí. Sin embargo, ahora lo que más deseaba era chafarle la cara como un luchador perturbado y cortarle el índice nítida y limpiamente con un cortapuros y ponérmelo detrás de la oreja como trofeo.

¿Cómo se sentiría mi hermano en este momento? Él y Suse se conocían desde el jardín de niños. Fueron juntos a primaria. En la plaza Hendrik de Keijserplein jugaban al fútbol siempre en el mismo equipo, peleaban del mismo bando contra los barrios rivales, dormían el uno en la casa del otro, los dos llamaban “tía” a la otra madre, intercambiaban ropa y se gastaban juntos el dinero que pudieran tener.

Pero lo que ganaban al mes trabajando no se adaptaba al estilo de vida que tenían en mente.

Iban los dos en una moto BMW R 1200 GS negro mate, mi hermano conducía. Llevaban camisetas de cuello vuelto y chaquetas negras, y unas kipás de colores.

Probablemente había sido idea de Suse evitar el aspecto del prototipo marroquí. ¿Quién iba a sospechar de dos chicos judíos en moto? A los lados bailaban al viento unas bolsas de deporte que les golpeaban las piernas suavemente. Suse llevaba en la mano una pizarra led. Seguían el furgón para

transporte de dinero a distancia, atenta pero disimuladamente. Por el centro de la ciudad, por calles comerciales y junto a los canales, donde las empresas transportadoras de dinero rellenan los cajeros. En la Herengracht, a la altura de lo que llaman “la Curva de Oro” por lo exclusivo de sus palacetes, mi hermano adelantó al camión. Adelantó a otro coche más y dando un frenazo dio media vuelta y se quedó parado delante del Saab. Tiraron los dos al mismo tiempo las kipás y se pusieron unos pasamontañas. Suse saltó patoso de la moto y corrió hacia el Saab. Abrió la puerta, sacó de un tirón al conductor y le preguntó si sabía nadar. El hombre asintió atemorizado y Suse lo echó al canal en un movimiento propio de un lanzador de peso. Mi hermano escaló con habilidad del capó al techo del Saab y sacó un subfusil Uzi de una bolsa de deporte. Los cuatro neumáticos del transporte empezaron a retroceder chirriando, como si un cuarteto de cuerda colocara brusco el arco sobre las cuerdas. El furgón chocó contra un coche y lo dejó empotrado entre unos amsterdamitos. De un fluido movimiento, mi hermano desplegó el culatín del Uzi, lo cargó y lo apuntó al cristal antibalas del furgón blindado. Los dos chóferes se agacharon justo antes de oírse seis rápidos disparos. Las balas se estrellaron contra la parte superior de la luna como pequeñas cometas, levantando unas nubecillas de polvo de cristal. Los ardientes cartuchos saltaron de la recámara. Se hizo un silencio ensordecedor. El vacío acústico se rompió al caer al suelo los cartuchos con un tintineo igual al punteo de un violín. Mi hermano cambió de arma. Echó el Uzi a la bolsa y sacó un lanzagranadas RPG-7 que se colgó del hombro como un atrevido rebelde. Mientras tanto, Suse mantenía en alto la pizarra led en la que flotaban unas letras rojas: SALIR. Lanzó la pizarra al suelo y corrió pistola en mano hacia el furgón mientras se abría la puerta corrediza lateral. De una patada hizo volver a entrar en el camión a los dos temblorosos tipos, lanzó dentro una bolsa de deporte y se subió. Veinte segundos más tarde salía a tropezones con una pesada bolsa de deporte mientras blandía la pistola a su alrededor para abortar de raíz cualquier posible asomo de acción heroica. Mi hermano guardó el Uzi en la bolsa, saltó del Saab y se subió a la moto. Susi se sentó rápido detrás y la moto salió disparada con tal fuerza que la rueda delantera se levantó del suelo unos instantes, como un caballo desbocado con dos jinetes negros. A más de cien kilómetros por hora, galoparon por la zona de los canales volando por los puentes como si fueran dobles en una película de acción. Reducían velocidad con chillones frenazos para coger las curvas. Con

cada giro, Suse tiraba un puñado de clavos y tornillos por encima de su hombro. En el puente Magere Brug, una chica le llamó la atención a mi hermano. Nadie más se percataba de su presencia. La gente pasaba a su lado como si no existiera. Mi hermano se detuvo junto a ella y la miró. Tocaba el violín, y lo tocaba con una delicadeza de cuento de hadas. Suse azuzó a mi hermano dándole golpecitos en el costado con la pistola cargada.

—¿Te has vuelto loco? —le preguntó.

—Relaja los dedos y baja los hombros —aconsejó mi hermano a la chica—. No soy yo quien está loco, sino el gobierno. Con sus recortes en el arte y la cultura. Están para encerrarlos —dijo dirigiéndose a Suse.

La chica se atuvo al consejo de mi hermano. Él observó el arco. Tenía los ráídos pelos de las puntas rizados como el bigote de Dalí. Sacó de la bolsa un billete de quinientos euros y lo puso en la funda del violín. A la chica se le pusieron los ojos como platos.

—También van a recortar en las cárceles. ¿Acaso quieres dormir allí esta noche? ¡Acelera, imbécil! —dijo Suse.

La chica agradeció el generoso gesto asintiendo con la cabeza y retomó los arpegios justo cuando a lo lejos se empezaban a oír las sirenas.

La historia del atraco fue reconstruida por los empleados de la empresa de transporte, testigos presenciales y la violinista ambulante. La pregunta es si son todos fiables. Lo único de lo que estoy completamente seguro es de lo que mi hermano le dijo a la violinista, porque era lo que me decía siempre a mí cuando él terminaba de tocar el piano y dejaba que yo me sentara en la caliente banqueta. Había adoptado la frase de Simon, su profesor de piano. Mi hermano lo llamaba Pelusa, por el parecido que tenía con la pelusa de un diente de león. Simon llamaba a mi hermano Superhéroe. Y es que mi hermano tenía el cuerpo de un superhéroe: hombros más grandes que bolas de cañón, pectorales aerodinámicos cual cabeza de tiburón, los músculos del vientre cojonudamente simétricos —ni que un escultor se hubiera pasado media vida trabajándolos cuidadosamente con un pequeño cincel—, redecillas de venas rígidas como sogas de esparto serpenteando elegantes por su impresionante cuerpo.

En el gimnasio, mi hermano despertaba en casi todo el mundo un complejo de inferioridad. Ya solo la forma en que empezaba con el calentamiento. Se

ponía unos guantes sin dedos, agarraba las pesas ligeras y las atraía hacia él tarareando; los bíceps en reposo se convertían poco a poco en verdaderas cabezas de bebé. Cada diez segundos me guiñaba el ojo a través de la pared de espejos. Tampoco dejaba indiferentes a los cuchicheantes alfaseñoritos que cambiaban rápidamente sus heroicos garbos por andares menos llamativos. En el momento en que entraba mi hermano en el gimnasio, dejaban de gemir y jadear y bajaban la mirada como una reprimida niña musulmana.

Cuando terminaba con las pesas, se paseaba bebiendo agua hacia la barra ancha y hacía flexiones. El relieve alpino de su espalda se revelaba dejando que los íntimos tubos fosforescentes hicieran brillar unas gotitas de sudor diminutas como cabezas de alfiler. Después se tendía en el suelo y se dedicaba un rato a las planchas; sin esfuerzo pero vigoroso. Yo siempre me imaginaba que la tierra se desviaba un par de metros de su órbita.

Una vez fui testigo de algo realmente hilarante. Días más tarde, aún me dolía la barriga de lo que me reí. Mi hermano pasó por delante de las cintas de correr, que iban a toda máquina. Yo caminaba arrastrando los pies detrás de él, por una parte porque no podía seguirle el paso y por otra, porque era yo quien cargaba con su enorme bidón de agua —"Así se desarrollan los músculos de los brazos"—, y pude presenciar el espectáculo de cerca. Una nena con una cabellera rubia y ondulante siguió a mi hermano con la mirada desde su cinta. Yo creo que debió de oler su testosterona, porque algo entorpeció su cerebro a la hora de enviar comandos a los nervios de sus miembros: sus piernas, pero sobre todo sus muslos, ingles y gemelos se reblandecieron y se cayó de golpe sobre la cinta, dio un rebote y fue lanzada hacia atrás como una muñeca de trapo. No fui yo el único que tuvo que contener una carcajada, el tipo que estaba a mi lado hizo lo mismo. Algo más tarde le dio un golpecito a mi hermano en el hombro.

—No se te nota, en absoluto, pero creo que podrías dar a este viejales algún consejo eficaz para entrenar los brazos —le dijo.

Mi hermano le enseñó algunos ejercicios. Mientras tanto, hablaban jadeantes y con voz ronca. Sin que nadie le preguntara, el hombre contó que era director de orquesta. Mi hermano le explicó sorprendido sobre el piano de cola. ¡Y resultó que el tipo era profesor de piano! Entonces mi hermano le hizo una propuesta fantástica. A cambio de un entrenamiento personal, él le daría lecciones de piano. Simon sonrió.

—Esa proposición suena a música celestial —respondió.

Desde entonces se apoyaron uno al otro. Simon era el director de la Nederlands Philharmonisch Orkest y un día nos invitó a un concierto privado en el Concertgebouw. Mientras dirigía, su expresivo lenguaje corporal me recordaba al de Hitler cuando le daba un berrinche.

Después del deporte, mi hermano hacía estiramientos, relajaba los hombros y con una risita de placer, levantaba los brazos como un gimnasta satisfecho. Terminaba siempre con el mismo ejercicio de estiramiento. Juntaba las manos a su espalda y levantaba la cara. Era la pose de un detenido sin remedio.

Evelien hacía otra vez estiramientos después de la clase de gimnasia. Tan pronto me sentía profundamente infeliz por echar de menos a mi hermano, como supercontento por ver de nuevo a Evelien. Hacía más de medio año que la había visto por primera vez. Y aún no había encontrado valor para dirigirme a ella. De pura frustración por mi prolongada cobardía decidí ir a sentarme a su lado en el césped e imitar todos sus movimientos como un mimo.

Tras un largo minuto, me miró.

—¿Naciste en casa o en el hospital? —le pregunté.

Por dentro me maldije a mí mismo, no podía creer que le hubiera dicho algo tan estúpido.

Ella movió los ojos en sus órbitas y soltó una risita.

—¡Qué pregunta más rara!

—Sí, perdona. Llevo demasiado rato al sol.

Ella miró el nublado cielo echando la cabeza hacia atrás; su divino cuello originó en mi cuerpo una ola de calor.

—Hoy el sol ni se ha dignado asomarse.

—Sí, ha salido un momento por allí —dije señalando deprisa al cielo y poniéndome a estirar las piernas.

—Pues yo no lo he visto.

—Antes creía que las pistas de esquí estaban en las nubes —le dije.

—¿De verdad?

—No. Acabo de inventármelo.

Ella volvió a reírse. Pensé que eso era buena señal. Me di cuenta de que

tenía siempre unos hoyitos en las mejillas, también cuando no se reía.

—Pero... no nací en casa y tampoco en el hospital.

—Entonces, ¿dónde?

Evelien había terminado con los estiramientos y se tumbó para ver las nubes. Y hice lo mismo. Ella señaló una nube y dijo: “Allí”.

—¿Cómo? ¿Tu madre dio a luz mientras esquiaba?

—No, a bordo de un avión. Un mes antes de tiempo.

—¿En serio?

—A diez kilómetros de altura. Encima del Océano Índico.

—¡Mierda! Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Evelien.

—Bonito nombre.

—Gracias.

Me levanté de golpe y me quité las hierbas del pantalón. Ella me imitó levantándose también y quitando los hierbajos de sus *shorts*.

—Me voy a casa —dije.

—Yo también. Primero a casa y después a montar a caballo.

—¿De verdad? ¡Qué *cool*! ¿Me enseñas?

—No.

—Oh. Entonces aprenderé por mí mismo. Buenas noches.

—Son las dos y media de la tarde.

—Ya.

Se dio la vuelta y se dirigió al tan deseable vestuario de las chicas. Pero antes de entrar, se giró.

—¿Cómo te llamas?

—Bond, James Bond.

—Haces que me dé la risa tonta.

—Eso hay que evitarlo. Me llamo Sam.

Me tendió la mano, yo hice lo mismo y en el momento en que nuestros dedos se tocaron, nos dio una sacudida eléctrica.

—¡Estás cargado de electricidad! —dijo.

—¡Tú estás cargada de electricidad!

—Tú estás-

—Vale... te podría contar sobre mis superpoderes, pero no me apetece alardear de ellos.

—¡Vete por ahí!

Nos miramos pensando cómo despedirnos sin hacernos daño uno al otro. Acercamos las manos si llegar a tocarnos y dijimos adiós.

—¿Vamos en bici juntos?

—He venido en el tranvía.

—El portaequipajes de mi bici está roto, pero puedes sentarte en la barra.

—No, otro día.

—Vamos, pórtate mal por una vez.

—No soy mala.

—Por eso lo digo: “pórtate mal por una vez”.

Unas chicas la llamaban. Le decían que se apresurara, si no, perdería el tranvía. Vi que dudaba y sentí que iba a darme calabazas.

—Promete que irás con cuidado —dijo.

Seguí llevándola a casa después de la clase de gimnasia. Vivía en un precioso casón en la Diepenbrockstraat. No me atreví a besarla hasta después de dos meses, entre los altísimos setos de forma cilíndrica que había delante de su verja. Y dio la casualidad que fue exactamente el momento en que salía su padre por la puerta.

—Oh, hago como que no lo he visto, ¿vale?

Nos reímos tímidos y él se nos acercó. Evelien me lo presentó y nos dimos la mano.

—No me irá mal un poco de apoyo masculino. ¡Evelien y su madre me tiranizan!

—Vale, papá. ¿No tienes que ir al trabajo?

—¿Lo ves? A eso me refiero.

Yo asentí.

—Bueno. Me voy a la oficina, y esta noche ceno con un cliente. Mamá volverá muy tarde a casa. Yenda llegará en una hora. Sam... —miró a Evelien como si fuera a decir algo más, pero no lo hizo—. Hasta pronto.

Analizó los setos, se montó en una bici McGregor y partió.

Evelien me invitó a entrar. En el vestíbulo había una ancha escalera

curvada con barandilla blanca y un tentador piano de cola Blüthner. Siempre que tenía cerca un piano de cola, sentía una excitación peculiar. Su cuarto olía muy bien, a lavanda, y tenía un pequeño balcón que daba al parque Beatrixpark. Repetimos el beso. Besarla me hacía sentir como si flotara y me dejara llevar por la corriente a mar abierto, lejos del suelo firme. Pero era también como hacer algo incorrecto. En casa, cuando miraba con mis padres una película o una serie y había una escena con un beso, me hacían cambiar inmediatamente de canal, tan púdicos éramos.

Poco después ella oyó —yo no oía nada— que entraba alguien en casa. Le pregunté quién era.

—Yenda.

—¿Tu hermana?

—No, soy hija única. Yenda es la cocinera.

Me empecé a reír.

—Venga, en serio.

—Es en serio.

—¿Tienes cocinera?

—Es un tesoro. Viene de Malawi y cocina de rechupete. Mis padres no cenan en casa. ¿Te quedas?

Cenamos *linguine* con aros de calamar. Yenda sacó del armario una caja de madera sobre la que ponía LAGUIOLE. La abrió y sacó unos cubiertos. Puso la mesa mientras canturreaba en voz baja, encendió las velas y nos sirvió unas Coca-Colas. Yo me sentía muy culpable ante ella, así que a cada bocado le decía lo buena que estaba la comida. Durante la cena, Evelien y yo cuchicheábamos como si estuviéramos contando chistes. Vi que Evelien notaba y al mismo tiempo ignoraba mi desconcierto.

Después del plato fuerte me enseñó la casa. Me enteré de que tenían una bodega, una piscina cubierta con las iniciales de la empresa del padre en el fondo y un pequeño gimnasio con una pared llena de pesas y aparatos de *fitness* recién estrenados que pedían a gritos que los domesticaran.

Volvimos al comedor, donde nos esperaban los postres. *Macarons* y tiramisú. Después nos tendimos juntos sobre su cama. Antes, ella abrió una botellita de lavanda y salpicó unas gotas sobre la cama. Nos besamos y

charlamos. Le pregunté si era una chica traviesa. Lo más atrevido que había hecho nunca era hacerle pistola a alguien. Durante medio segundo. Después había pedido disculpas. Mientras me besaba en el cuello, yo miraba el techo. No quería irme de allí nunca más, hombre, aquello era vida. Evelien vivía como si estuviera siempre de vacaciones. Me acordé de mi hermano. Se lo contaría todo al detalle. ¿Qué estaría haciendo ahora? Probablemente lo mismo que yo, mirar el techo tendido en la cama, pero él estaba en el infierno y yo no. ¿Qué haría él en mi lugar? Imaginé lo que me aconsejaría. Intenté elegir las palabras correctas para hacerle la pregunta. Pero ninguna frase me parecía adecuada. Entre tanto empecé a oír ruidos procedentes de mi estómago, había empezado a deglutir. Hasta que le pregunté de repente: “Evelien, ¿quieres deglutir conmigo? ¡Quiero decir “salir”! ¿Quieres empezar a salir conmigo?» Me golpeé la frente con la mano.

—¿Has estado demasiado rato al sol?

Los dos nos reímos. Entre risas, ella asintió.

Después le di un abrazo muy largo.

La brisa cerró las puertas del balcón de un soplo, las cortinas rosas parecían vestidos abombados.

—¿Nos metemos en el *jacuzzi*? —preguntó Evelien.

Evelien y yo estábamos en el *jacuzzi*, una bañera que ronroneaba como si hubiera monstruos haciendo gárgaras por debajo de nosotros. Escuchábamos a un trompetista de *jazz* que soplaba suavemente en su trompeta como si fuera la chica de la que estaba enamorado y que acababa de aceptar ser su novia. Yo intentaba mirar por entre las nubes de espuma que me impedían ver al ser más bello del mundo. Después de quitarse la ropa, Evelien había saltado deprisa al agua dejando que viera sus nalgas solo fugazmente.

—¿Alguna vez has contado tus pecas?

—No.

—¿Dejas que las cuente yo?

Evelien dijo que no con la cabeza y cogió el cepillo de dientes eléctrico. Puso pasta dentífrica y se cepilló los dientes. Cuando terminó me di cuenta de que no había escupido nada.

—¿Dónde has dejado la pasta de dientes?

—¿Qué pasta de dientes?

—La pasta con la que te acabas de cepillar los dientes.

—Me la he tragado.

—No jodas. ¿Por qué?

Levantó los hombros.

—Nunca me he parado a pensarlo.

¿A quién se le ocurría tragarse la pasta dentífrica? ¿No sería nocivo, a la larga? ¿O a corto plazo? Las rarezas de Evelien me excitaban. Me empezó a gustar cada vez más.

Nos tendimos bien lavados y cepillados encima de la cama. Al lado estaban los atributos de amazona de Evelien: botas altas con paja agarrada a las suelas, una silla de montar de cuadros, latiguillo de adiestramiento, casco. Cogí el casco, me lo puse y le pregunté: “¿Me lo prestas?”

Me fui a casa canturreando canciones de Phil Collins, con el casco puesto. La gente me miraba, yo les echaba besos con la mano, hay que compartir el amor. Escribiría una carta a mi hermano.

Una semana más tarde encontré un sobre encima de mi cama. Reconocí la letra. Lo abrí de un tirón con la avidez de un niño que abre su regalo de navidad.

Hermanito,

¿Quién hubiera dicho que acabaríamos escribiéndonos cartas?

*¡Estoy supercontento de recibir correo! ¡Y además, de mi hermano!
Las dos cosas que espero con más impaciencia: entretenimiento y correo. (Y las putillas de la noche televisiva)*

Muy inteligente de tu parte meter en la carta un sobre extra con el sello de su majestad. A mí no se me habría ocurrido. Pero siempre lo dije: algún día, el alumno superará al maestro.

Yo estoy bien. Pajas, deporte, ajedrez y meditación. Es una pena que no tengan aquí un piano de cola. Si hubiera uno, para cuando me dejaran en libertad, tocaría mejor que Rachmaninof. Propuse a un

vigilante con quien he hecho buenas migas alquilar uno a mi cargo una vez a la semana y dar un concierto para mantener sosegados a los presos. Él me respondió que entonces seguro que había un motín. Está chiflado, pero es buena gente. Le estoy ayudando a perder peso, he hecho para él un esquema de ejercicios y una dieta ¡y ya ha adelgazado siete kilos! Cuando está todo el mundo en su celda, él abre mi puerta y vamos los dos a jugar al ajedrez en la sala de los vigilantes. No juega nada mal, para un votante del PVV. Una vez me preguntó mientras jugábamos qué era lo que más echaba de menos. Yo le dije: a mi hermanito. Le conté lo orgulloso que estoy de ti, de que vayas a sacarte el diploma de la VWO y que me entran ganas de fugarme cada vez que pienso que estás ahí solo en esa jungla urbana.

¿Así que... Evelien? Desaparezco un momento y tú te pones al mando en un instante.

Evelien...

Cachondo nombre.

Aquí, cualquier nombre de mujer suena cachondo.

Prométeme que cuando salga me la prestarás una semana. ¿No lo compartíamos todo? Te oigo rebuznar. Y yo que pensaba que podía contar contigo...

¿Ya haces los deberes?

Otro asunto: tengo algo para ti. Como en casa no celebramos los cumpleaños he decidido hacerte un regalo adecuado. Para conseguirlo he tenido que sobornar a ocho vigilantes y matar con una cuchilla a tres mafiosos negros gigantes, así que trátalo con cuidado.

Eso de los asesinatos y los sobornos es una broma, señor censura.

¿Sabías que todo lo que lees ahora lo han leído los guardias antes de llegar a tus manos? Son perros husmeadores.

Y al niño idiota de tu clase, no le hagas caso. Hablando de cuadrúpedos, ¿sabías que Max es el nombre de perro más popular? Sé que te gustaría romperle la cabeza, pero si lo haces, te echarán del instituto. Y si te echan de allí, rompes la promesa de Pisa. Y eso

hay que evitarlo a toda costa. Estarás de acuerdo.

Hermanito, ojalá estuviera a tu lado, pudiera ir a buscarte al colegio y pasearnos en la Vespa por Ámsterdam.

Estoy siempre contigo, aunque no esté allí.

Ahora, tú eres el hombre de la casa.

Sé bueno con tus hermanas.

Y con papá y mamá.

¡Y contigo mismo!

¡Ánimo!

Tu hermano.

Sección B. Celda 13.

Almere, Alcatraz, Binnen.

Corto y cierro.

P.D.: No te preocupes, no dejaré que se me caiga el jabón mientras me ducho.

Me llamó la atención que mi hermano no mencionara a Suse en su carta. ¿No estaba resentido? O quizá lo odiaba tanto que prefería no sacarlo a relucir.

El día siguiente era el 5 de mayo, el Día de la Liberación. Toda la semana emitían por la televisión documentales sobre la guerra y yo no me perdía ni uno. También en clase de historia le prestábamos mucha atención. Era la enésima vez que en el instituto y por la tele te recordaban la Segunda Guerra Mundial. Es como la materia de examen: repetir, repetir y repetir, pero sin el componente del olvido repentino. ¿Cómo olvidar las imágenes de gente a la que disparaban por la espalda cuando intentaba escapar y se quedaba colgada en el alambre de espino como una marioneta atrapada?

En primaria, la maestra me llamó una vez a su lado porque había llevado conmigo el libro *Een jood in nazi-Berlijn* (Un judío en el Berlín nazi), de Hugo van Win, un homosexual que había sobrevivido a la guerra. (Mi hermano

y Suse saqueaban de vez en cuando las librerías desde que les tenían prohibida la entrada en la biblioteca porque hacían demasiado ruido. Algunas bibliotecarias estiradas confunden el temperamento con el bullicio). La maestra leyó la contraportada mientras intentaba averiguar afanosamente de dónde lo había sacado, por qué quería leerlo, y qué pensaba sobre los judíos y el holocausto. Durante media hora, le conté todo lo que sabía sobre los principales acontecimientos en el periodo de 1933 a 1948. Entonces me cortó aliviada y dijo: “Unos puntos de vista muy interesantes. ¿Cómo es que sabes tanto del tema?”

No sé por qué, pero tenía la extraña impresión de que pensaba que yo iba a negar la persecución de los judíos. O por lo menos que iba a decir que los seis millones aún habían sido pocos, o algo parecido. Era una sospecha. Podía equivocarme, claro. Yo siempre me equivoco, absolutamente siempre. Por ejemplo, cuando me juego algo a cara o cruz, siempre pierdo. Además, soy tan estúpido que cuando discuto sobre algo, siempre propongo echar la moneda al aire. ¡Cuando sé que siempre pierdo! ¡Qué idiota! De alguna manera pienso que ya me toca ganar, después de perder tantas veces. Lo mismo les pasa a los ludópatas.

Dejemos el tema.

Mi pasión por las historias bélicas empezó una fría noche de sábado.

De repente oí bullicio en la calle, desde el banco. Los chicos se habían reunido allí porque no les habían permitido entrar en ninguna discoteca de Ámsterdam. Yo siempre rezaba por que no les dejaran entrar y tuvieran que pasarse la noche en el banco. Mientras me ponía en silencio el abrigo por encima del pijama, oí a mi padre y mi madre roncar por turnos, como si interpretaran una pieza musical sobre una batalla. Adapté mis pasos a sus ronquidos hasta llegar a la puerta. La cerré con cuidado y bajé las escaleras. Todos los chicos, especialmente Suse y mi hermano, se sorprendieron al verme y me dieron la bienvenida con caricias algo demasiado efusivas que me permitieron ver que tenían los ojos muy vidriosos.

—Tigretón, ¿te has escapado de tu jaula? —preguntó Suse.

Yo asentí.

—Así me gusta. Haz siempre lo que te dé la gana. Dame un beso fuerte.

Se puso el índice en la mejilla. Vi que todos los chicos me miraban

mientras se frotaban las manos y hundían la cara en sus finas chaquetas de cuero.

—No me da la gana.

—No, no, tigaretón, a veces tenemos que hacer cosas que no queremos, así es la vida.

—Déjalo en paz, pedo. Ven, siéntate a mi lado —dijo mi hermano.

—Vete a la mierda, se va a sentar a mi lado, ¡aquí exactamente! —gritó Suse. E inmediatamente susurró: “¿Quieres sentarte junto a tu hermano o al lado del tío Suse?”

Yo los miré un momento y pregunté: “¿Por qué no se sientan los dos en el banco? Así me puedo poner yo en medio”.

—¡Vaya con el niño! Tenemos un mediador, hombre. ¿A quién habrá salido? Al calzonazos de su hermano mayor, no, eso es seguro. ¡Schlappschwanz!

Suse tenía tirria a los *kartoffen*, como él los llamaba, pero a veces utilizaba palabras germanas. Yo no lo entendía. Pero todo él era una gran contradicción, así que, en cierta manera, encajaba.

Allí, sentado en el banco entre los dos líderes, escuché las historias más fascinantes. Planeaban al detalle atentados contra los gorilas que les habían rechazado. Suse optaba por descuartizarlos. Después hablaron de botellas de Jack Daniels. De la vez que entraron tan tranquilos en la bodega para robar bebida. El vigilante se acercó a Suse y señaló las extrañas formas en su pantalón. Suse le dijo que estaba muy bien dotado. Entre tanto se acercaron los demás a respaldarlo. El vigilante le pidió por favor que volviera a dejarlo todo en su sitio. Suse se levantó el jersey, cogió la botella de Jack Daniels por el cuello y la sacó.

—Cho-ri-za-da. ¿Qué vas a hacer? —dijo.

Salieron de la desvalijada tienda tan tranquilos.

Después se pusieron a hablar de las chicas que se tiraban. De peleas que siempre ganaban. De comisarías donde pasaban la noche. De trabajitos que hacían. De trabajitos que salían mal. Todos los trabajitos que querían hacer, salían mal. Si no, no estarían allí, junto al banco. De repente se acordaron de que también yo estaba allí todo el tiempo. Suse decidió de inmediato movilizar sus grotescas historias bélicas para desviar mi atención de todas las cosas erróneas que hacían. Y lo consiguió. Se puso delante de mí; la difusa luz

de la farola lo iluminaba por la espalda y daba a la silueta de su chaqueta de cuero y su cabeza un aura amarillenta. Ensartó la última patata frita de su envoltorio —siempre pedía las patatas fritas con salsa bélica, una mezcla de mayonesa, manteca de cacahuets y cebolla—, lo arrojó a los setos que separaban la calle de los jardincitos delanteros de los vecinos y empezó a hablar con la boca medio llena: “Voy a contarte una historia que me gusta bastante, tigrillo”. Asintió pensativo, se limpió la boca y continuó: “Hoy te hablaré sobre un tipo que estaba loco. Un nazi. Ya sabes el fastidio que les tengo a los sabuesos, los porteros de discotecas y los nazis, pero este tipo, este tipo era un poco como el Von Stauffenberg aquel, o Schindler, ya sabes, nazis de una pasta especial. De los malos, pero de buen corazón”.

—Cuenta, cuenta —le azucé pataleando.

—Cierra el pico. Tiene la palabra De Pijp.

A veces, Suse se autodenominaba De Pijp, se consideraba la encarnación del barrio.

—A partir de esta noche podrás dejar en ridículo a todos tus profesores de historia. Les dices a esos parásitos: “El tío Suse me lo enseñó, el muy cojonudo”.

Mis ojos irradiaban felicidad; un relámpago de excitación recorrió mi cuerpo.

Suse empezó a hablar con la ostentación de un cuentacuentos de Marrakech.

—¿Preparado?

—¡Sí, sí, cuenta!

—El nombre que te voy a delatar, no lo olvidarás en toda tu vida —se sorbió la nariz y escupió una gorda flema. Respiró hondo—. El mariscal de campo Rommel —dijo separando las sílabas significativamente.

—¿Rommel?

—Erwin *fucking* Rommel. Ese tan amable comunista fue durante mucho tiempo el preferido de Hitler. Estaba al mando del DAK, el cuerpo militar alemán en África. Llamaban a sus tropas “La división fantasma”. ¿Sabes por qué?

—¿Porque... se parecían a los fantasmas?

—Exactamente, porque se movían a la velocidad de la luz, como los

fantasmas. Los *kartoffen* a los que enviaban sus coordenadas y que tenían que mover hacia adelante los peones en la mesa del comando central hacían horas extras. A veces los jodidos comandantes en jefe ni sabían dónde estaban Rommel y sus hombres. Lo llamaban “El zorro del desierto” porque...

Y Suse siguió hablando durante horas con la pasión de un converso sobre todo lo que sucedió desde el momento en que Rommel “salió reptando del nazi coño de su madre” hasta que los oficiales de las SS le rodearon en un oscuro cuartucho, se tomó una píldora de veneno y cayó muerto entre convulsiones.

Mientras Rommel entraba en el mundo de mi fantasía, la luz del día tomaba el relevo de la farola en el mundo real. Una helada luz azul contrastaba con las grises nubes que ya habían disfrutado suficiente y ahora se deslizaban rápidas como un telón por encima de nuestras cabezas. Los pájaros empezaron como siempre a cantar sus anticuadas melodías mientras nosotros nos lavábamos las somnolientas caras con el estimulante rocío matutino que se había posado sobre ellas sin que nos diéramos cuenta.

Aprobé y pasé al segundo curso de la VWO. Eran las vacaciones de verano. Evelien me invitó a ir a cenar con sus padres.

Fuimos a un lindo restaurante con lámparas en forma de círculo en el techo. Un tipo orondo con gafas volaba enfurruñado de aquí para allá. Por Dios, ¿a quién se le ocurre llamar a su restaurante “Le Garage”?

Yo estaba sentado contra la pared, en un rincón; por lo general, en el rincón es donde más y peores golpes recibes. Ellos ya estaban dentro cuando llegué yo dejándome oír a la legua, pues la chatarra de mi bici estaba en estado crítico. Así que ya llevaba desventaja: 1-0. Además, ellos jugaban en casa, porque era el restaurante al que iban desde hacía años. 2-0. “El camarero más amable del mundo”, había cogido en sus puercas manos a Evelien cuando ella no era más que un bebé. 3-0.

—¡También es marroquí! —dijo la aguda madre.

Un marroquí en la casa.

En el tablero ponía 3-1.

Por unos segundos creí que conseguiría empatar. En mi más osada fantasía saldría de allí con la cabeza bien erguida. Nada más llegar empecé a arrepentirme y a pensar cómo escapar deslizándome por entre los tragones para volver a zambullirme en el mundo libre.

Lo primero que me dijo un camarero al entrar fue que utilizar los aseos costaba cincuenta céntimos. Yo le contesté que venía a cenar con Evelien y sus padres. Él observó descaradamente mi atuendo: chanclas blancas, bermudas Hawai color rosa y una camiseta azul de Superman un poco descolorida.

Evelien se me acercó deprisa. En zapatos de Magali Pascal negros con pequeños adornos de metal cuadrados, redondos y triangulares. Los mismos cuadrados, redondos y triángulos que en su bolso de mano de piel negra. También ella me inspeccionó de pies a cabeza.

Olfateó mi hombro:

—¿Cloro?

Le dije que venía de la piscina. Le conté con entusiasmo que había sido mía la idea de entrar escalando la verja aprovechando que había un árbol caído.

—Brillante, ¿no te parece?

—¿Por qué no has venido a mi casa, si querías nadar?

—¿Para molestar a tu padre mientras hace largos?

—¿No podías ponerte otra ropa?

—Quería ir a casa antes, y cambiarme, pero temía llegar tarde.

—Igualmente has llegado tarde.

—Lo siento.

Me miré los dedos de los pies y los encogí; tenía que cortarme las uñas.

—Ven —dijo—, mis padres están esperando.

Evelien llevaba un elegante vestido negro y unos pendientes de plata que brillaban a la luz de la vela que ardía encima de la mesa. Sus cuidadosamente maquilladas pestañas parecían patas de araña. La madre de Evelien llevaba unos pendientes en forma de plumitas y una blusa a rayas blancas y negras con un collar de cuentas de esos que uno ensarta en casa un sábado por la tarde. Me miraba como una maestra severa. Mientras manoseaba el collar con los dedos, contó la historia de su vida, aunque nadie se lo había pedido. Era de Blaricum, en la zona que se llama Het Gooi, la más ricachona de Holanda. Tras terminar la carrera de bellas artes en Maastricht se fue a vivir a Ámsterdam. Explicó que no le resultó nada fácil adaptarse a la vida de la gran ciudad porque el *shock* cultural había sido enorme —ni que se hubiera criado

en Aït Melloul, mierda— y empezó a dar clase “en un instituto de formación profesional de grado medio, donde las capas inferiores de la sociedad están ampliamente representadas y necesitan mucha ayuda”.

Yo asentí. Los profesores creen que dando clase pueden hacer del mundo un sitio mejor. El padre de Evelien callaba y bebía vino tinto de una copa más grande que una pecera. Cuando nos conocimos lo vi alegre y hasta divertido, ahora estaba distante. Quizá pensaba en su secretaria y en cómo se la follaba en secreto. Acababa de darme un apretón de manos tan fuerte que casi me rompe los dedos. Dicen que es muy significativo, leí una vez en una revista de psicología en la sala de espera del dentista. Yo nunca leo esas cosas, pero la inteligente mirada de la mujer de la portada me sedujo.

Tras saludarlo y meterme la estrujada mano en el bolsillo, la suya señaló una silla enfrente de él. Me senté y empecé a observarlo como un tira. Llevaba los dos botones superiores de la impoluta camisa desabrochados y sobre su cabello, de un color indefinido, unas gafas marrones Ray Ban, modelo Aviator.

Se reía discretamente y bebía vino mientras miraba a su esposa que, al parecer, no era muy hábil con los aparatos modernos (profesora tenía que ser). Evelien le ayudaba con el modelo treinta y cuatro de iPhone. Papá pasó la mirada de sus niñas a mí, dejó su copa en la mesa, buscó la mía con los ojos y preguntó: “¿Qué quieres beber, Sam?»

—Un vaso de leche, por favor.

—¿Leche? ¿Tiene algo que ver con tu religión?

Evelien levantó la mirada y dijo medio enfurruñada: “Papáááá”

—No, nada. Simplemente me gusta la leche. O quizá mejor una Coca-Cola.
4-1.

—No. Leche —dijo Evelien resuelta.

Su madre metió las narices.

—Mujer, déjalo que beba lo que quiera.

—Chicas —dijo el padre levantando las manos como si lo fueran a detener—, tengamos la fiesta en paz, Sam tendrá su vaso de leche.

Más tarde me presentaron a Anwar, el supercorrecto camarero. Entre los dos brotó una reservada complicidad, tras lo cual, él dijo sonriendo: “*salam*” y nos trajo la carta y un vaso de leche.

4-2.

Ese fue el momento culminante de la noche.

A partir de allí, todo fue cuesta abajo a velocidad de vértigo.

Nada que ver con la paz.

Anwar encendió precipitadamente una vela en la mesa de al lado. Sonó una campana, se acercó al alto mostrador de la cocina y llevó unos platos de comida a una mesa.

—¿A qué se dedican tus padres? —preguntó la seño.

—Sí, ¿a qué se dedica tu padre? —añadió el suegro.

—Va a veces a la mezquita.

Los dos tomaron un trago. Él llenó su vaso de nuevo. Evelien tomó a escondidas un sorbo del vino de su madre, cogió la carta de prisa y dijo: “¿Pedimos la comida?”

—Muy buen plan —respondió su padre.

Esta era la diferencia: mis padres son musulmanes practicantes, los de Evelien son bebedores practicantes.

Mientras estudiaba la carta descubrí un gran obstáculo: los nombres de los platos me resultaban totalmente desconocidos. Acaricié la media de Evelien. Me tapé la cara con la carta y susurré: “¿Qué carajos es un car-pa-cho?”

Su madre levantó la vista de la carta. Resultó que tenía el oído de un murciélago. Con las gafas de leer apoyadas en las aletas de la nariz, me explicó detalladamente lo que era el carpacho.

—Carne de buey en finas lonchas, con alcaparras y copos de parmesano —repetí con exagerada afabilidad. Como si me hubiera hecho el mayor favor del mundo. Mientras tanto, vi asustado que el camarero se acercaba con las servilletas y los cubiertos, el siguiente obstáculo. En casa no comíamos con cubiertos. Excepto cuando había espaguetis, pero eso era algo muy excepcional.

En ese momento me imaginé levitando por encima de mi cuerpo y aterrizando más allá, en una mesita vacía. Me miré a mí mismo. Parecía que tuviera miedo escénico. Me temblaban las rodillas por no querer estar allí, en ese sitio, con esa gente. Como si estuviera en un ascensor abarrotado y me diera un ataque de claustrofobia. Era la primera vez que iba a cenar con holandeses a un restaurante. A decir verdad era la primera vez que me

encontraba en exclusiva compañía de holandeses. Allí estaba, más nervioso que un flan, en mi fiel camiseta de Superman. En serio: la camiseta era lo único heroico de toda mi persona. En ese momento me pregunté: ¿Qué carajo son las alcaparras?

Observé mirando de reojo que el tenedor se coge con la mano izquierda. En la cultura marroquí se come con la mano derecha. Según mi padre, si comes con la mano izquierda, se une a la mesa el diablo y no consigues saciarte. Lo pone en el Corán, parece. Iba contra mi naturaleza. Intenté comer con la mano izquierda, en algún momento hay que empezar con la asimilación. Vamos, dejemos que Satanás tenga una cena agradable por una vez. Nada más empezar a pinchar con el tenedor en mi pechuga de pollo a la plancha con salsa cremosa de olivas y tomates de Toscana secados al sol, comprendí la expresión holandesa “tener dos manos izquierdas”. Me esforzaba al máximo por dar la impresión de que comía normalmente, pero era putamente difícil. Mientras tanto, adopté la expresión de no-pasa-nada-está-todo-bajo-control hasta que Evelien empezara a contar algo interesante. Me dijo que no hiciera ruido al comer.

Yo la miré cariñoso.

Los tres dejaron el tenedor y el cuchillo de la misma forma sobre los platos vacíos con manchas de comida y trocitos de grasa medio masticados. Yo comía muy despacio, así podía imitarlos al detalle. Anwar se acercó sonriente. Ríete, marroquí mariquita, pensé mientras le devolvía la sonrisa. El muy adulator se inclinaba ligeramente hacia adelante.

—La carne estaba un poco cruda, pero, pero, pero, por lo demás, todo exquisito —dijo el padre de Evelien.

—Delicioso. Un verdadero festín —subrayó la seño.

He ahí un espléndido punto en común entre los padres marroquíes y los papás holandeses. Todos saben cómo exagerar con sus alabanzas.

—Sí, estaba bueno —dijo Evelien.

—*Suena* —dije yo llevándome la mano al corazón en un gesto de complicidad. Miré a los padres de Evelien. 4-3.

Anwar desapareció en la cocina haciendo malabares con los tintineantes platos. A la mesa se oyeron suspiros de satisfacción. El padre de Evelien

preguntó: “¿Oyen eso?”

Del techo goteaba una suave música de jazz. Se quedó mirando hacia arriba sumido en sus pensamientos. De la misma forma en que había mirado la botella de vino que el camarero le había presentado antes de abrirla. Después de la segunda botella ya no se fijó en la etiqueta, sino que asintió con los labios fruncidos.

—Miles Davis —dijo echándome una mirada—. Buen tipo. Recuerda ese nombre.

En los postres, crema catalana —yo no me creía que apuntaran al postre con un minilanzallamas para caramelizar la superficie hasta que Anwar lo hizo delante de mis narices—, hablaban de la casa de vacaciones que tenían en la Veluwe, una zona boscosa en el centro del país. De la casa de vacaciones de Ibiza. Y la de Francia, en la Dordoña. Había que renovar el tejado. Yo asentía como si supiera perfectamente de qué iba. Empecé a sentir cansancio. La riñonera me enviaba señales y las piernas me pedían una cama. Me mordí la lengua para no bostezar. Y en ese momento se acomodó entre nosotros un horripilante silencio. Por lo general, en Ámsterdam, los silencios son un regalo del cielo, pero este era otro tipo de silencio. Alguien se sintió obligado a rellenarlo, así que el padre de Evelien preguntó escogiendo las palabras con cuidado: “Sam, me pregunto lo siguiente: una persona como tú, ¿cómo se siente? ¿Te sientes marroquí? ¿O te sientes más holandés?”

¡Pum!

Estoy tendido encima de la lona. Miro embobado las lucecitas del techo. No tengo ni idea de cómo he llegado aquí. El público grita alborotado. El árbitro de tres cabezas se inclina sobre mí y cuenta con los dedos. Yo no lo oigo, es como si estuviera sumergido en el agua. De repente capto unos sonidos submarinos de restaurante: tenedores pinchando, murmullos, carcajadas falsas, campanitas, brindis con copas de vino y el negro trompetero ese de Miles Davis. Me lo venía temiendo. Al tomar impulso para saltar del trampolín, durante ese candoroso instante entre el cielo y la piscina, me pasó ya por la cabeza este inevitable momento de mierda. Sumergido en el agua, pensé: no, no pasará. Y ya lo ves, sí pasa. De la casa de vacaciones en Francia saltamos lógicamente al ultradelicado tema: los marroquíes.

Recuperé el conocimiento y miré la oscilante llama de la vela; unas

lágrimas de cera se deslizaban por su costado como si se estuviera burlando de mí. Estaba flanqueada por dos rostros expectantes. Mis ojos buscaron a Evelien. Ocupada con el teléfono. Me pasé la mano por la cabeza.

La verdad era que no lo había pensado nunca.

Nadie me lo había preguntado antes.

¿Qué me siento más?

¿Marroquí?

¿Holandés?

Si digo holandés, ¿suspirará aliviado? ¿Abrirá los brazos y dirá sonriente: “bienvenido”? Y si digo marroquí, ¿se enfadará y golpeará la mesa con el puño haciendo que salgan disparados los platos de postre como *frisbees* para después decirle a Evelien que no le convengo y solicitar una orden de alejamiento?

A veces, ser marroquí es doloroso.

En este momento hubiera querido ser rubio y tener los ojos azules, así nunca me harían digerir esta pregunta de mierda. El muy cabrón quería ponerme entre la espada y la pared. Me entraron ganas de coger la vela de la mesa y pegar fuego a ese garito de gente guapa, salir corriendo y cerrar la puerta herméticamente. ¿Qué dirían en los periódicos? “Jovencito de Ámsterdam incendia un restaurante y causa 43 muertos” o “marroquí comete un atentado en un restaurante y mata a 43 personas”? “¿Lo ves? Otra vez los marroquíes, ¿lo ves?” dirán con la boca llena de *tompouce* del Hema unos bonachones ancianos ante las cámaras de las emisoras públicas.

Será mi aportación a los prestigiosos *talkshows* para los próximos veinte años. Desempolvarán a expertos y a importantes políticos para ofrecerles la oportunidad de realizar sus deseos nacionalistas. La derecha avanza con la velocidad de una mano derecha viciosa, se alivia en la cara de las izquierdas, igual que han hecho los musulmanes desde inicios de los sesenta, y basta. Prohibidos los pañuelos. Prohibidas las sayas para los hombres. Los hombres musulmanes son obligados a ir por la calle bien afeitados. Las mujeres musulmanas también. Poco a poco irán colgando carteles junto a los clubes sociales, los cafés y los portales. Los cristales de los *snackbar* y de las tiendas de *doner kebab* sucumbirán. Sobre los bolsillos superiores se coserán medias lunas. La NS, la mayor empresa ferroviaria, ofrecerá sus servicios. Unos héroes harán explotar los edificios que albergan las entidades

sociales. Y finalmente, tras medio decenio y un exasperantemente largo verano de hambruna, atracarán los chinos en la playa de Den Helder después de dar un rodeo.

¡Fiesta!

El ministro de asuntos exteriores de China presenta el plan Xing-Yang. Por fin, Alá sea alabado, una Holanda musulmán-judío-cristiana. Inmunidad. Se castiga a los antisunitas con la pena de muerte. Los sobrevivientes reciben una envidiable indemnización y un año de compras gratis en el Aldi. En el primer Día de la Liberación se reconoce el atentado oficialmente como una acción heroica. También se inaugura una escultura de bronce en la avenida Vrijheidslaan: la escultura de un jinete, un chico en bermudas Hawaai y una camiseta de Superman. Y todo esto —¡tiene cojones!— a raíz de la pregunta “cómo-te-sientes”.

Los padres de Evelien esperaban con impaciencia.

Cansado, me encogí de hombros con vergüenza.

—Lo siento, pero la verdad es que no lo sé —dije.

—Bueno, puede pasar —contestó el padre.

—No tiene la menor importancia —añadió la madre.

—Aún eres muy joven —él.

—Es verdad —ella.

—Ya lo irás descubriendo —dijeron los dos en coro.

Se miraron y soltaron una carcajada.

En ese preciso momento se apagó la vela originando una fina cortinita de humo ascendente.

Al siguiente día, después de las clases, Evelien y yo caminábamos por el edificio vacío cogidos de la mano. Se disculpó por el comportamiento de sus padres.

—En cuanto hay vino de por medio, se desinhiben —dijo.

—Seguro que no tanto como si se pusieran a beber vino mis padres.

—¿Cuándo me vas a invitar a tu casa?

Aminoró el ritmo de sus pasos hasta quedarse casi quieta; así, su pregunta sonó aún más seria. Un fiero rayo de sol entraba por la alta ventana y le iluminaba la cara reduciendo sus pupilas al tamaño de un punto al final de una

frase.

—Dentro de poco —respondí.

Era una respuesta estúpida para mantenerla a distancia. No me atrevía a contarle que no me dejaban llevar chicas a casa.

Lo que más desea mi madre es verme casado con una chica marroquí. A ser posible de la misma zona, si es de la misma ciudad, mejor aún; y ojalá de la misma familia. Para mi exasperación, hasta el día de hoy se menciona a una prima hermana nacida tres días después que yo, como mi futura esposa. De niños, yo le arrancaba el pelo con intención de arruinar de raíz un posible lazo amoroso.

Mis padres no sabían nada sobre Evelien. No hablaba con ellos de ese tema. Era como si el contacto con seres del otro sexo simplemente no existiera. Una regla implícita a la que yo me atenía como un imbécil. Consideré la idea de contárselo, pero nunca llegué más allá de la intención.

Tiré de la mano de Evelien y aceleré el paso de nuevo.

—¿Cuándo es dentro de poco? ¿Mañana?

—Mañana no puedo, el huevón del señor De Zwaan nos tiene ahogados con los deberes.

—¿Pasado mañana?

—Quizá.

—¿Quizá?

Me detuve.

—Ya veremos, ¿vale? ¿Te he dicho alguna vez que eres la chica más guapa del instituto?

—No.

—Pues ya lo sabes.

Al llegar a casa tiré la mochila en un rincón y busqué a mi padre. Lo encontré en la cocina, haciendo té.

—Hola —dije.

—¿Hola?

—Di un suspiro y me corregí: “*Assalam Alaykum*”.

—*Alaykum Assalam*.

—Quiero preguntarte una cosa.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—No me preocupa nada.

—¿Pero no querías preguntar algo?

—Eso no significa que esté preocupado por algo.

—Tienes razón. Pero me da la sensación de que lo estás.

Me miró unos instantes y levantó la tetera.

—¿Quieres té?

—No.

Saqué la leche de la nevera y me eché un chorrito en un vaso. Me lo tomé de un trago, como si me infundiera ánimos a mí mismo con un chupito de tequila.

—Tengo que hacer una presentación en el instituto, con una chica. Tenemos que preparar muchas cosas y en su casa están de obras.

Mi padre estaba a punto de tomar un sorbo de té, pero se detuvo y dejó el vasito en la encimera.

—Pues invítala a casa.

—¿De verdad?

—Claro, ¿por qué no? ¿Es buena chica?

—Muy buena.

Mi padre asintió mientras soltaba una risita y se manoseaba la barba.

—Le ofreceremos galletas de almendra de las que he hecho esta mañana.

Sacó del horno la bandeja y presumió de las filas de galletas en forma de corazón. Levantó la mano y nos dimos un *high five*.

—¿Dónde está mamá? —pregunté.

—En el comedor.

La llamé. Mi padre me miró un instante como planeando formar juntos un frente.

Mi madre entró en la cocina arrastrando los pies.

—¿Qué quieres?

—Tengo que dar una presentación en el instituto, con una chica. Tenemos que preparar muchas cosas y en su casa están de obras.

—¿Y?

Mientras mi padre echaba el té de un vaso a otro una y otra vez para que se

enfriara más deprisa, dijo: “Le he dicho que la invite a casa”.

—A esta casa no entra.

—Van a hacer deberes para el colegio. ¿Qué es lo que temes?

—Me temo que la desplumaré como a un pollo.

—El profeta dijo: “sé hospitalario para todos”.

—¿Acaso me parezco al profeta?

—Vamos, mujer, ¡es para hacer los deberes!

Mi madre miró a mi padre como solo las madres saben hacerlo. Él me miró a mí, inclinó la cabeza, dejó el vaso de té en el mesón, cogió el *tasbah* que tenía colgado de la pared y se fue refunfuñando.

Mientras yo subía a mi habitación, mi padre me dijo: “Han traído algo para ti. Te lo he dejado encima de la cama”.

Un regalo adecuado, pensé mientras lo abría. *El diario de Ana Frank*. Me senté contento en el frío alféizar de la ventana. Antes de empezar a leer, miré por la ventana para ver el banco. Un banquito triste, solitario, cubierto solo por la nebulosa de luz de la farola.

Mi hermano solía llevarme con él a todas partes: a los partidos del Ajax, al Rijksmuseum, a la Casa de Ana Frank, al Tuschinski, al Allard Pierson Museum, a *peepshows* en el barrio chino. Eran los mejores días de mi vida. En la plaza Henrick de Keijserplein, yo les contaba a los otros chicos todo lo que había visto. Ellos escuchaban atónitos como si sufrieran del peor tipo de diabetes y yo les administrara insulina con mis historias.

También yo quería comprar un libro para él. Conocía una miserable librería junto al Sarphatipark que estaba abierta día y noche y que vendía libros de segunda mano debajo de un tejadillo. Allí fui.

Encima de los libros había una nota escrita a mano: *1 euro por libro, deje el dinero en el buzón*. Y encima del buzón ponía: *Merci*.

Me pareció una iniciativa tan buena que me quedé mirando la nota como encantado. Busqué con los ojos títulos y carátulas interesantes. Uno me llamó la atención. Debía de pesar ochenta kilos, ideal para utilizarlo también como pesa: *El conde de Montecristo*, de Alejandro Dumas. Lo elegí porque en la tapa ponía que era un libro muy emocionante sobre la venganza, pero más aún porque en él se describía una fuga de una prisión de forma muy detallada...

Me saqué del bolsillo una moneda de dos euros, dudé un momento, pero acabé echándola en el buzón.

Me había citado el tutor de mi curso. Las ventanas de su despacho estaban llenas de nieve. Era marzo, pero Don Invierno había decidido quedarse un tiempo. Mis notas dejaban bastante que desear; si seguía así, tendría que repetir segundo.

Le prometí esforzarme más.

¿Si había problemas en casa? ¡En absoluto!

Regresé al aula donde tenía clase y me puse a hacer algo que sabía hacer muy bien: soñar.

Cuando el profesor estaba cerca, me portaba bien, pero si no, por lo general era un hablador de marca y revolucionaba todo sin razón aparente. Necesitaba crear el desorden. Estaba en mi carácter negarlo todo, era yo quien solía estropear el ambiente y no admitirlo nunca.

Dejaba que los profesores hicieran conjeturas.

Disfrutaba cuando lo conseguía.

Era casi conmovedor.

Podría llamarlo arte.

¿Sabes qué es lo que realmente molesta a los profesores? Cuando pensaba que la clase de matemáticas o de historia necesitaba un poco de distracción y que había que despertar a la gente, empezaba a canturrear por lo bajo.

Muy disimuladamente.

Un incesante tono bajo.

Tan cargante e interminable como el número pi.

El vecino se unía a mí de inmediato, aunque fuera uno de esos que pasaban por maduros y siempre decían: “No hagas tonterías”.

No sé cómo formularlo, es algo universal: todos los alumnos quieren fastidiar a sus profesores, más aún si hay pocas probabilidades de que los pillen, no necesito explicarlo. Una vez te pones a canturrear, verás que en menos que canta un gallo te sigue toda la fila y en nada estará canturreando toda la clase. Y todo eso sin necesidad de decir nada, sin acordarlo, sin comunicación por gestos.

La clase contra el profesor.

Agradable sensación.

Unidad.

Ojalá pudiera mantener esa sensación por el resto de mi vida. Y es que en esos momentos me sentía intensamente unido a mis compañeros. Incluso a Max. Eso puede sonar confuso, y lo es. El señor De Zwaan nos habló hace poco en clase sobre un caso parecido. Algo con el enemigo de tu amigo, creo, no lo recuerdo bien, porque en ese momento empecé a canturrear.

Mientras soñaba, vi de repente la cara de mi hermano por el cristal de la puerta. Enfoqué la mirada y... ¡mierda, era él de verdad! Dio unos golpecitos y abrió.

—Perdone que interrumpa la clase, pero ¿podría prestarme a Sam un momento?

—Es la segunda vez que lo presto hoy. Bueno, pero no tardes.

Yo ya me había levantado y me dirigía hacia él zigzagueando por entre los pupitres casi sin poder contener mi entusiasmo.

Ya en el pasillo, me eché en sus brazos. Un poco demasiado deprisa, pues no me había dado tiempo de fijarme en que llevaba una pierna enyesada y que se apoyaba en dos muletas.

—¡Hermanito! ¡Te he echado de menos, tigre!

Me observó.

—¿Cómo es que has venido aquí? —le pregunté.

Recordé de golpe el libro que le había enviado. ¿Había escalado los altos muros de la cárcel para ir a caer en el mundo libre y romperse la pierna?

—¿Te has escapado?

—¿Sabías que en Holanda no es ilegal escapar de la cárcel?

—¿Entonces, te has escapado?

—No. Esta mañana, durante la hora de deporte, me he caído muy aparatosamente y crac. Así que me han llevado al hospital para enyesarme la pierna. Y de camino he pensado pasar a ver a mi hermanito. Así que le he preguntado a mi chófer privado si mi apretada agenda lo permitía —dijo señalando a un tipo orondo al final del pasillo. El hombre levantó la vista de su crucigrama.

—Le queda un minuto escaso —dijo mordiendo un lápiz y volviendo a concentrarse en su *puzzle*.

—Es el vigilante del que te hablé en mi carta. Tenías que haber visto lo gordo que estaba. Todo el mundo lo llamaba Papá Noel. Ahora, el muy jodido se queja de que ha adelgazado demasiado.

—¿Y eso?

—Se le ha quedado grande toda la ropa.

—¡Eh, que los estoy oyendo! —dijo el vigilante.

Nosotros soltamos una carcajada. Mi hermano me puso la mano en la nuca.

—¿Ya te vas?

—No tengo más remedio. No es una excursión escolar. Si se entera alguien de que ha hecho un favor a un preso, se le cae el pelo.

Yo llevaba por casualidad un rotulador en el bolsillo y lo saqué para escribir algo en el yeso. Mi hermano adelantó la pierna enyesada con un quejido. *Mi barrio es una birria*, escribí.

—¿Quieres hacerme un favor antes de irte? —le pregunté.

Mi hermano llamó a la puerta del aula. La abrió y preguntó si podía tomar prestado a Max.

Podía.

Max lo miró sorprendido, pero le pareció un buen plan salir un rato de clase. Cerró la puerta con una sonrisa de autosuficiencia. Mi hermano apoyó una muleta en la pared. De pie sobre una pierna, agarró a Max por la garganta, lo empujó contra el muro y lo estranguló un ratito. Yo disfrutaba como un enano. Los zapatos Prada de Max se elevaron del suelo y empezaron a colear como pescados. El vigilante levantó la vista. Mi hermano le indicó con un gesto que ya iba. El escolta agitó la cabeza sonriente.

—Si vuelves a dirigirle la palabra a mi hermano te empalaré, te asaré y te comeré, cerdito.

Mi hermano lo soltó y Max cayó al suelo como un saco de patatas. Con la cara roja y la yugular, normalmente hundida en un montón de grasa, palpitando visiblemente.

—No hace falta decir que esto queda entre nosotros. Ve al baño y quédate ahí sentado hasta que termine esta clase.

Max se fue corriendo y desapareció resollando en los retretes.

Nuestras carcajadas resonaron por los pasillos del instituto. Chocamos las

manos en el aire, nos acercamos el uno al otro. Él pegó su frente a la mía.

—Concéntrate en los estudios. Nos vemos.

Se dio la vuelta y el pasillo se llenó con el sonido de las puntas de goma de las muletas.

A medio pasillo se detuvo y preguntó sin darse la vuelta: “¿La promesa de...?”

Yo asentí y contesté en voz baja: “Pisa”.

Me quedé mirándole hasta que se apoyó en el vigilante y bajó a saltitos la escalera. Estaba a punto de empezar a llorar, pero naturalmente, no lo hice. Mis ojos se empañaron convirtiendo la aguada imagen en una acuarela.

Tras un invierno largo y duro —hasta la primavera nos saltamos—, empezó por fin el verano. Recogí mis zapatos en el armario y me puse las chancas.

Había quedado con Evelien. Hacía más de una semana que no nos veíamos. La culpable era la semana de exámenes. Entre tanto, Evelien todavía no había estado en mi casa. Le había contado que mi madre no lo aprobaba. Ella no lo entendía y empezó a llorar en medio de la abarrotada cafetería. A sus padres les parecía de lo más extraño que no pudiera venir a mi casa y sacaban el tema a relucir continuamente. Y cuando iba yo a su casa, notaba que el ambiente estaba cargado.

Con Evelien sentada en la parrilla de mi bici, puse rumbo a los descampados que había a la orilla del Amstel. Cuando hacía buen tiempo, mi familia iba allí de pícnic. Evelien no se agarraba a mi cintura, como hacía normalmente.

Saltó lo más deprisa que pudo de la bici. Caminamos dando traspiés por la orilla del Amstel hasta que encontramos un banco. Estaba cubierto de musgo. El sol lucía en medio del cielo y enviaba un haz de destellos por la verde agua.

Evelien estaba diferente. Un poco callada. Demasiado callada. Casi no había dicho nada.

—¿Pasa algo?

No contestó.

—¡Hola!

No me miró.

Estrujaba muy seria una brizna de hierba.

Una hora después estaba sentado en el banco delante de mi puerta. Medio muerto. Era como si mi pecho se desgarrara, el dolor era insoportable.

Evelien me había dejado. Sentada en el musgoso banco me había dicho algo así como: no lo sé, quizá sea mejor así, yo quiero poder ir también a tu casa, no es justo - allí dejé de escuchar. Hasta que oí el término “choque cultural”, porque entonces comprendí que uno de sus padres —o los dos— había hablado seriamente con ella antes de que tomara esta decisión. Y eso me puso más triste aún, porque ella sí podía hablar con sus padres sobre mí, pero yo no con los míos sobre ella.

Como si no fuera suficiente, suspendí. Tendría que repetir curso. Mi tutor me dijo que tenía que venir con mis padres al instituto.

—No podrá ser, están en Marruecos visitando a un familiar enfermo, y no vuelven hasta después de las vacaciones de verano.

Me dio un papel para que lo firmaran mis padres conforme estaban al corriente de que yo tenía que repetir curso.

—No olvides dárselo en cuanto vuelvan.

—Naturalmente, señor.

—¿Aún no tienen teléfono en casa?

—No.

—¿No los puedo localizar por celular?

—Casualmente, no. Están en las montañas, allí no hay cobertura.

Una vez en mi cuarto, firmé el formulario con un garabato y lo escondí debajo de la moqueta. A mis padres les dije que había pasado a tercero.

—Alá ha escuchado mis plegarias —dijo mi padre.

Mierda, podías haber rezado más alto, hombre.

Nada de amén.

Permanecí encerrado todo el verano, con las cortinas corridas. Me sentía solidario con mi hermano. Me alegraba de que llegara la noche, pues no soportaba la luz del día. Leí *El diario de Ana Frank* unas treinta veces.

Empecé a enloquecer ligeramente. Me imaginaba cosas raras. En un momento dado era como si estuviese escondido con Ana Frank en la Casa de Atrás. Cuando se hacía de noche, yo también caminaba de puntillas y casi no encendía la luz. Cada vez que leía el libro, esperaba que Ana describiera al final el Día de la Liberación. Pero una y otra vez tenía que afrontar la realidad. Verla con mis propios ojos. Llenos de lágrimas. ¡Traidores hijos de la gran puta! Una noche decidí pasar a la acción, en el máximo estado de depresión, ya se entiende. En la parte superior de la última página del libro escribí: “Querida Kitty”. Debajo describí el Día de la Liberación. Para Ana. Tuve la cálida sensación de que a pesar de todo, había sobrevivido al holocausto y que ahora, ya canosa y anciana pero igual de dulce, estaba de pícnic con sus nietos en el césped de la plaza Merwedeplein, delante de su casa. Después del pícnic, sus hijos se sentarían alrededor de ella y sus nietos le preguntarían por enésima vez por las cifras que llevaba tatuadas en el brazo.

Una vez terminada la guerra, Ana había localizado junto al cazanazis Simon Wiesenthal a los que la habían denunciado y se había encargado de que les diera una buena paliza una pandilla de matones compuesta por fornidos judíos de la Waterlooplein que después del trabajo poblaban las escuelas de boxeo de Ámsterdam y en invierno ponían al rojo vivo y hacían chorrear las ventanas de las canchas de boxeo. De un tirón bestial, sacaron las lenguas traicioneras de las aullantes gargantas para después, con un cuchillo de carnicero bien romo, serrarlas con dificultad. Cuando acabaron con las lenguas, les cincelaron unas cifras en los brazos con la puntita del cuchillo. Tras ello, desfilaron ostentosos entre gritos de júbilo por las calles mientras arrastraban los cuerpos por el asfalto dejando un irregular rastro rojo. Montones de amsterdameses los aclamaban desde las aceras como los seguidores de una carrera de bicicletas. Pasaron junto a los puestos del mercado de la Waterlooplein, junto al palacio de la ópera hasta más allá del puente Blauwbrug, cuyos arcos de hierro forjado recuerdan a los puentes de París. Los turistas se ponían de puntillas para no perderse un detalle y sacar fotos de la sangrienta escena. Siguieron por la orilla del Amstel, junto al teatro De Kleine Komodie y los alegres bares gay hasta llegar a la torre de la Moneda con su tintineante carillón. Por el Rokin, sobre el irregular empedrado del Dam, que cambiaba el sonido que hacían los cuerpos al ser arrastrados en una especie de rápido ritmo rap. Dejaron atrás el muy conocido y alargado

monumento que tanto se parece a la polla de Dios para enfilarse por el Damrak, por la plaza Beursplein, donde los pijos de dulzones esencias, trajes de Zegna y acicalado cabello sumergían al país en pozos más profundos que los túneles del metro de la línea Norte-Sur. Un último esprint les llevó al *hall* de la estación central, abarrotado de gente y de aplausos; subieron las escaleras que llevaban a los ventosos andenes donde, por fin, echaron —en coro: ¡uno, dos, tres!— los tiritantes cuerpos a las vías antes de incautarse, lógicamente, del calzado, los pantalones, jerseys, gemelos y tirantes de los traidores. Al fin y al cabo eran marchantes judíos.

Aparecieron a lo lejos: trenes amarillos, muy puntuales, a chirriante velocidad. Con banderillas de Holanda a los lados. Las ruedas seccionaban los cuerpos cual máquinas de cortar carne. Un banquete de extremidades de categoría internacional.

En la Merwedeplein, Ana les decía en broma a sus hijos y nietos, sentados a su alrededor sobre suaves mantas a cuadros, que el número que llevaba en el brazo era su teléfono, y que se lo había hecho tatuar durante la guerra, por si lo olvidaba. Después les contó que había faltado poco para que todos ellos no hubieran existido. Que fueran conscientes de la suerte que tenían, que ella misma había tenido mucha suerte. Mientras lo contaba, unas imágenes angustiosas pasaban de nuevo por su mente, como un filme sin fin. Sintió aflorar las lágrimas, pero era fuerte y sus ojos no pasaron de ponerse vidriosos. Años antes se había prometido a sí misma no volver a verter ni una lágrima por eso, era su resistencia interior; antes que rendirse a las emociones prefería dominar lo poco que no habían conseguido arrebatarse, su dignidad, rota en mil pedazos. Sin darse cuenta, había dejado de hablar y sus hijos notaron que apretaba las mandíbulas y vieron que le aparecían a ambos lados del rostro unos solemnes bultitos, rítmicos, rítmicos como los latidos de su corazón. El abuelo tomó la mano de Ana y se la apretó. Las dos sufrían de manchitas de la vejez, como si un pintor hubiera salpicado la pintura dando apasionadas sacudidas al pincel. El abuelo era un canadiense de Vaughan, una pequeña ciudad no muy lejos de la frontera con los Estados Unidos. Si le escuchabas bien, aún oías en su voz de barítono unas lejanas reminiscencias de su acento. Los acentos nunca desaparecen del todo, igual que los recuerdos. Ana resultó ser más fuerte que un soldado de infantería. Lo convenció, aunque no sin dificultad, para quedarse en *Ámsterdam*. A veces bromeaba que había

sido más difícil que sobrevivir a los tres campos de concentración. Su hermana decía que estaba chiflada. Margot había emigrado aprisa y corriendo a Israel exactamente al mes de que el país se declarara independiente y por último —mantuvo su palabra—, se hizo comadrona.

Después, los hijos de Ana le tomaron de la mano y todos se abrazaron a los abuelos. Hasta que alguien dijo medio en broma que estaban gimoteando en la vía pública como unos bebés y todos soltaron una carcajada mientras los acariciaban los últimos rayos de sol reflejados en sus pupilas desde las ventanas más altas de las casas color arena de la Merwedeplein...

Ahora, en ese mismo sitio, en medio de la plaza, se erigía una estatua de bronce de una chica muy parecida a Ana, con una cartera debajo del brazo y una maleta en la otra mano, dando la impresión de que iba a algún sitio. Probablemente se dirigía de su casa en la Merwedeplein a la Casa de Atrás, en la Prinsengracht, para después ir a celebrar el Día de la Liberación en el Dam, donde en medio del júbilo y de la animación, una columna de tanques canadienses hacía temblar el suelo como si fuera un leve terremoto. La mano de un joven soldado izó a Ana a su tanque. Sentados en el costado del blindado, avanzaban por el centro de la ciudad cuando Ana observó que había unas conchitas pegadas a la oruga. El joven soldado hizo detener el tanque, se bajó, abrió su navaja —llevaba grabado su número de identificación— y extrajo unas conchas. Les hizo unas muescas, sacó el cordón de su bota, las engarzó en él y le puso la cadena de conchas a Ana al cuello. Pasarían el resto de sus vidas juntos...

Dios mío, cómo odio la realidad.

Pero como ya había dicho, estaba chiflándome..

Estaba furioso con todos los traidores que pueblan esta mierda de globo terrestre. Se me iban las manos, quería machacar a Suse. Él era el culpable de que mi hermano estuviera en la cárcel. Miré en YouTube combates de boxeo de Mohamed Ali. Estudié su dinámico juego de piernas y, sobre todo, sus rápidos golpes. Si algún día llegaba a enfrentarme a Suse, tendría que reaccionar con una velocidad y un acierto letales. Una vez proporcionado el primer puñetazo, inmediatamente el siguiente, y otro, y otro, y otro, para que no le diera tiempo de pensar.

¡Kaboom!

¡Pumba!

¡Bum!

Una inesperada ráfaga de golpes duros y secos.

Para calmarme, golpeé con los puños las teclas del piano de cola. Coloqué la cabeza bajo la tapa, que hacía un ángulo de 45 grados. Si arramblaba de un manotazo con el soporte de la tapa, me decapitaría. Acerqué dócil la mano al soporte. La palpé con cuidado, como un pez que tantea curioso la carnada...

Todo el mundo al que quería, desaparecía.

Había perdido a mi hermano y a Evelien, tenía que repetir curso. Peor aún: ocultaba que tenía que repetir curso. ¿Cuánto tiempo aguantaría?

Me asfixiaba en mi cuarto. Me asfixiaba en mi casa. Allí no encontraba lo que buscaba, así que acudí instintivamente al sitio al que van todos los marroquíes que buscan sin saber qué y, sobre todo, carecen de objetivos.

El club social del barrio.

Mi barrio es una birria.

Tenía que hacer honor a ese lema.

Mantenerlo bien alto.

Como la eterna llama de Olimpia.

Me pasé prácticamente toda la clase de historia estudiando la cara del Ché Guevara. No tenía ni idea de la hora que era, pero sabía que en veinte segundos sonaría la campana y que la clase de historia se convertiría en historia para siempre.

¡¡¡Riiiiing!!!

Me levanté de un salto, como si la campana me hubiera resucitado, y salí del aula gritando.

La siguiente clase no era en el instituto. Cuando hacía buen tiempo, la señora Zeeman nos daba clase de filosofía en su jardín. El director no podía enterarse, era nuestro secreto. Ya solo por eso, me parecía una vieja fantástica. Vivía cerca, en una calle detrás del instituto.

Nos esperaba sonriente junto a la valla. Al entrar, señaló la mesa de jardín llena de libros de filosofía, bombones, *tompouces*, pastas, gaseosas y una caja de leche. La leche la ponía especialmente para mí. Leche con calcio añadido, leche de élite. Nos fuimos sentando en las sillas de jardín, charlando entre

nosotros, hasta que la señora Zeeman levantó la mano. Unas pulseras de oro se deslizaron hasta la mitad de su antebrazo. Todos nos callamos.

—Mis queridos filósofos, antes de empezar con la última clase, quiero decirles algo...

Por entre las palabras de la señora Zeeman, oí un ruido lejano. Las ondas sonoras habían huido del instituto, cruzaron la Stadionweg surfeando al viento, pasaron por entre radios de bicicletas rotatorios, por debajo de automóviles en marcha y salían disparadas al darse con un badén dejando que mis orejas detectaran el atenuado sonido haciendo círculos como una bolita antes de caer en un embudo. Por mi conducto auditivo, el tímpano, los huesecillos del oído. La cóclea puso en movimiento los estereocilios, los nervios auditivos captaron la señal y la reenviaron inmediatamente al cerebro, que reconoció al instante el sonido de la campana.

Acababa de empezar la siguiente clase.

4

Los años entre segundo y quinto fueron mi Edad Media. No pasaba un día sin que echara de menos el cuello con aroma a espliego de mi primer amor. Las llamadas y las cartas de la cárcel disminuyeron. Mi padre había dejado de fumar y había engordado un montón de kilos. Para fastidio de mi madre, que no hacía más que adelgazar. Mis hermanas gemelas hacían carrera en el supermercado: Mina era jefa de equipo, Lina, ayudante de dirección.

No entablé una amistad realmente íntima hasta estar en quinto. El destino me susurró que tenía que sentarme al lado de aquel chico silencioso del rincón. Cuando vi por primera vez a Ysbrand Paars, me recordó a un cachorro rubio. Supe que tenía que hacerme cargo de él en cuanto me miró con sus inocentes ojos azules. Nunca antes había sentido algo así. Sabía que en su propio barrio, Oud-Zuid, no tendría problemas, pero si salía de su hábitat natural, se lo zamparían como hienas.

Nos miramos unos instantes y asentimos.

—Sam Zafar.

—Y-y-y-y-ysbrand Paars.

El parpadeo de sus ojos lo hacía aún más enternecedor. Tuve que contenerme para no hacerle una caricia por su lindo, largo y rubio cabello.

Lo imité.

—¿Y-y-y-y-ysbrand? ¿Cuántas íes griegas son? No, deja, viejo, es broma. ¿Puedo preguntarte una cosa?

Me miró inquisitivo. “No se atreve a hablar”, pensé, “por temor a atascarse otra vez como un disco rayado”.

—¿Sabes a qué te pareces?

Levantó las cejas.

—A un *fucking* cachorro, viejo.

—¿P-p-p-puedo preguntarte también algo?

—Adelante.

—¿Cómo has conseguido esos brazos tan musculosos?

—Pajas. No, es broma; gimnasio.

Me subí la manga de la camisa y continué: “*Dumbbell curls* para los bíceps, *dippings* para los tríceps y elevaciones laterales para los hombros”.

Me había convertido en un fanático del gimnasio. Empecé a hacer pesas ligeras en casa, pero me aburrían y acabé yendo al gimnasio para entrenar con otras más pesadas. Mi hermano me había hecho un esquema de entrenamiento. La principal razón por la que dedicaba tanto tiempo a las pesas era que necesitaba ser más fuerte que Suse. Si me lo encontraba algún día, no tendría la menor posibilidad ante mí.

Ysbrand asintió pensativo.

—Escucha, cachorro —le dije—, estoy buscando un compañero de entrenamiento. ¿Me dejas que te convierta en un pit bull?

—O-o-o-o-o —suspiró rabioso—, o-o-o-o-o.

—¿OK?

Asintió.

Ese mismo día, Sybrand y yo fuimos juntos al gimnasio después de clase. Tenía más fuerza de lo que yo imaginaba y curiosamente, su brazo izquierdo era más fuerte que el derecho. Le enseñé técnica de respiración y de levantamiento de pesas. Aprendía rápidamente y cuando yo hacía ejercicios con pesas pesadas, él se ponía detrás de mí para ayudarme, observándome atentamente en silencio.

Cuando era él quien hacía un ejercicio, yo le alentaba: “¡Vamos, Ys! ¡Dale! ¡Lúcete, Ys! ¡El último! ¡Uno más! ¡Y uno más por los viejos tiempos! ¡Y uno para el camino!»

Después de cada entrenamiento nos bebíamos en mi casa un batido proteico con copos de avena y plátano. Mi madre entraba siempre en mi cuarto con una bandeja de galletas hechas por mi padre. No quería oír hablar de chicas holandesas, pero no tenía nada en contra de los chicos holandeses.

¡Quién fuera gay, mierda!

Mi padre llamaba a Ys “el rubio”, a la española. Cuando lo bautizó así por primera vez, fui corriendo al cuarto de baño, cogí los frascos de champú para cabello rubio y se los dí a Ys.

En mi cuarto, me preguntó: “¿Es una costumbre marroquí?”

—¿El qué?

—Regalar champú a las visitas.

—Sí, ¿no lo sabías?

—No.

—Pues ya lo sabes. La gente de Marruecos aprecia mucho su cabello y el de los demás. ¿Sabes una cosa que nunca tienes que hacer con un marroquí?

—¿Confiar en él?

Los dos soltamos una carcajada mientras yo me peinaba el copete delante del espejo. Lo señalé con el peine.

—¡Ojo, Ys! Estás en la boca del lobo. Tienes que estar atento, te estoy enseñando cosas serias, te pueden salvar la vida. Nunca toques el pelo de un marroquí. Nunca.

—No jodas. ¿Tampoco el tuyo?

—Un obispo puede sobarme donde quiera, mientras no acerque su puta mano a mi copete.

—¿Y si yo te toco ahora el pelo?

—¿Holandeses con cojones? ¿Existen?

Se levantó y me pasó la mano rápidamente por el pelo. Yo le agarré el brazo al vuelo, lo tumbé y lo mantuve inmovilizado. Rodamos por el frío suelo de mi habitación mientras nos reíamos a carcajadas.

—No vuelvas a hacerlo nunca más. Pide perdón.

—No.

—¡Pide perdón!

—¡No!

Nos levantamos un tanto turbados al darnos cuenta de que mi madre nos observaba desde la puerta.

Desde que Evelien cortó conmigo, yo iba todos los días al club social del barrio. La veía a veces en el instituto, pero la ignoraba por completo. Me

había hecho tanto daño que una noche me convencí a mí mismo de que había fallecido. Eso me ayudó a asumir los hechos. Cuando la veía en el instituto, me hacía la idea de que era su espíritu vagando por la tierra. Pero la verdad era que no funcionaba y que pensaba en ella mil veces al día.

En fin.

La primera vez que fui al club social del barrio Diamantbuurt, fue una experiencia mágica.

Me acercaba al club social Cinetol, ubicado en un edificio blanco con horribles ornamentos amarillos de la calle Tolstraat, una bocacalle de la Van Woustraat, enfrente del taller de diamantes Asscher y junto a la biblioteca. En medio de la calle, un equipo de televisión entrevistaba a gente delante de un coche con una luna destrozada. En su día, la biblioteca era un templo teosófico, después se convirtió en cine y más tarde en un cine para homosexuales. Y ahora es una biblioteca, pero ¿quién lee libros hoy en día? En unos años, seguro que la biblioteca se convierte en mezquita.

Delante de la puerta del club social vi a Demonio negociar con un tipo joven en un traje rojo con el texto STRAATCOACH, monitor urbano. De pequeño, Demonio y yo íbamos juntos a la escuela coránica. Sobrevivimos a esa Guerra Santa. Mierda, si no nos habíamos aprendido los versos del Corán nos daban unas palizas horribles con un brote de bambú. Llevaba un tiempo sin ver a Demonio, pero al haber compartido sufrimientos, nuestros lazos seguían intactos, igual que un proyectil lanzado desde un avión que descubren al hacer excavaciones medio siglo más tarde.

—¡Demonio!

—¿Sam?

Por su aspecto, podía uno pensar que Demonio se había criado en el mismo infierno. Tenía un remolino en la ceja izquierda que la levantaba en vertical. Una especie de cuerno diabólico.

Nos abrazamos.

—La última vez que te vi fue cuando la puta de la escuela coránica rompió el brote de bambú en la palma de mi mano —dijo Demonio.

—Yo intento olvidar aquella magnífica época.

—Tardé días en terminar de sacarme las astillas. Si vuelvo a encontrarme con esa hija de puta juro por Alá que la mato a golpes.

—¡Y yo te ayudaré!

—Oye, lo de tu hermano, ¿es verdad que lo traicionó Suse?

Asentí.

—¿Así que es cierto? No me lo creía cuando me enteré. ¡Siempre estaban juntos!

—¿Quién te lo contó?

—¡Todo el barrio habla de lo mismo!

—¿En serio?

El monitor llamó a Demonio y él le contestó que ya iba.

—¿No atracaron el transporte aquel de dinero? Con la *fucking* BMW 1200 cc, hermano; ni Alá podría seguirme con una máquina así debajo del culo. Siempre que veo un camión de esos con dinero, se me van las manos y me acuerdo de tu hermano. Dicen que escondió el dinero en el bosque y que no necesitará trabajar nunca más cuando salga.

—Tonterías.

—Ya, ya. Hazte el tonto. ¿Cuánto era? ¿Dos millones?

—El *straatcoach* te está llamando.

—Ese perro sarnoso no quiere bajar el precio.

—¿Qué vende?

—Hachís y iPhones robados.

—No jodas. ¿Un monitor?

—Sí. Tendría que grabar la conversación y chantajear a la puta de su madre. O enviarla a un par de periódicos. Notición de primera página. Hablando de noticias, ¿viste hace poco en la tele que habían molestado a una pareja hasta el punto que se tuvo que mudar?

—¡Sí!

—Fue logro mío. Mantengo el barrio limpio de alimañas. Iban a la policía con cualquier pedo que nos tirábamos. Con cualquier pedo, te lo digo, hermano. Y la poli nos multaba por asociación. Así que no nos quedó más remedio que tomar medidas drásticas. Ya sabes lo que dijo Bush.

—¿Qué dijo?

—El que no está conmigo está contra mí.

—Y así es.

Demonio y yo subimos a trompicones por unas escaleras de hormigón. Con

cada escalón se oía más fuerte el martilleo de música rap. Mis sesos rebuscaron en el archivo musical y en seguida se toparon con el tema *I Wonder If Heaven Got a Ghetto*, de 2Pac. Arriba nos esperaba el griterío de un grupo de chicos. Saludaron efusivamente a Demonio, llamándose mutuamente “soldado” y “combatiente”. Demonio les explicó de quién era yo el hermano. Me saludaron con apretones de mano muy largos y sumisos.

Al final del oscuro pasillo, una pequeña luz encima de una puerta iluminaba un cartelito que decía: ESPACIO RELAX. Un fuerte aroma a hachís me cortó la respiración haciéndome sentir un tanto ridículo. La lucecita que colgaba por encima de mi cabeza estaba enredada en innumerables cables que parecían querer obstaculizar la luz, pero eso no le impedía iluminar el rincón del oscuro pasillo. Poco, es cierto, pero lo suficiente. Demonio me miró unos instantes y abrió la puerta de un empujón. Nos abrimos camino por entre una cortina de humo color gris ceniza y poco a poco empecé a ver a marroquíes gritando y pululando como si deambularan por el *suk*.

Dos chicos enfurecidos lanzaban dardos al mismo tiempo: en la diana habían pegado la foto de Geert Wilders.

Otros dos se dedicaban a jugar a las batallitas con la Xbox adquirida con la ayuda social. Otros imitaban la lucha. Algunos miraban al mohoso techo despatarrados, con un porro humeante colgando de la comisura de los labios. Vi tirabuzones de humo subir por sucios bigotes, sanguinolentos ojos y pelos cortados al milímetro. Los tipos daban una impresión bastante dejada, como pacientes en coma desahuciados desde hace años. La única motricidad de la que disponían se limitaba a mover el porro de un lado a otro de sus labios cortados.

En un rincón colgaba un cartel: CINE. Un grupito miraba la pared; proyectaban una película policíaca. Daban la impresión de ser buenos chicos, hasta que se levantó uno, señaló la pared y dijo: “¡Mira, mira!” Ray Liotta abrió con cuidado el maletero. Dentro había un hombre ensangrentado. Joe Pesci se le echó encima y le asestó varias cuchilladas. Los chicos lo alentaban con gritos excitados: “¡Mátalo, córtale el puto cuello, rájalo!”

Por entre el increpante griterío barriobajero oí un tintineo. Busqué de dónde llegaba el ruido. Tres chicos lanzaban monedas desde un rincón a la pared más lejana. El que echaba la moneda más cerca del rincón se quedaba con el dinero.

—¡Baja esa puta música negra! —gritó un tipo sentado delante de un ordenador atornillado a la pared. Encima del ordenador había un cartelito que decía: RINCÓN DE LOS DEBERES. Despertó en mí una enorme curiosidad, así que me acerqué por la espalda sin que se diera cuenta. Tenía abierto el sitio web de “Opsporing verzocht”, el programa de televisión con que la policía pide ayuda al público. Buscaba información sobre un atraco a “jollería”, pero estaba un tanto desconcertado porque no encontraba coincidencias. Me incliné hacia adelante y le corregí alguna cosa. *Enter.* 344 resultados.

—¡Soldadooooo! —me hizo un saludo militar y chocamos los nudillos.

Cuando me miró, me di un susto de muerte. Su cara parecía una tabla de cortar: estaba llena de rayas y cicatrices.

—¿Eres nuevo?

—Sí.

Dijo algo más, pero los chicos que estaban viendo la película empezaron a tirar sillas contra la pared.

Él repitió lo que había dicho: “Viejo, tengo que hacer los deberes, nos vemos”.

Se colocó unos auriculares que se caían a pedazos y volvió a girarse hacia el ordenador. Le di un golpecito en el hombro y me quedé mirando asombrado a mi alrededor. En la pared de hormigón alguien había hecho una pintada. Unas letras amarillas flotaban sobre un fondo azul. El texto confirmaba la situación: Mi barrio es una birria.

Casa paso que daba en el club social iba acompañado de un sonido chirriante. Yo creo que no habían fregado el suelo en once siglos. Había vasitos de plástico rotos, colillas rechupadas y palomitas. Encima de una mesa carcomida, un bol con patatas fritas y palomitas en proceso de descomposición. Al lado, una jarra grande llena de una bebida color orines y una pila de vasitos de plástico blancos. Un chico encapuchado cogió burlón un puñado de palomitas y se las lanzó a otro a la cara. La cosa derivó en un combate a vida o muerte, pero la forma en que se estrangulaban dejaba en evidencia que se trataba de dos amigos. El amable monitor turco les llamó al orden gritando a través de la hasjmosfeer.

—¡Basta ya! ¡Si no se saben comportar, los echo de aquí! —dijo mientras

le pasaba un refresco a Demonio.

Demonio me miró indagando si también quería. Yo asentí. Me acerqué despacio y cogí un vaso de refresco. Una limonada sosa y templada, pero limonada al fin y al cabo.

—¿Cómo van los negocios, turco? —le preguntó Demonio al monitor.

El *straatcoach* le ignoró, pasó refunfuñando junto a la mesa, se agachó gruñón, recogió las palomitas con sus vellosas manos y soltó un taco en un idioma que no era el mío. Y yo, yo fui testigo de la locura que imperaba en el Espacio Relax. Nunca supe de la existencia de ese mundo escondido que estaba al alcance de mi mano. Un mundo en el que acababa de entrar, el acceso era gratis, la diversión infinita. La utopía de Tomás Moro se desplegaba ante mis propias narices, solo unos pocos conocían el sitio, únicamente un selecto grupo podía participar, los elegidos. No hay lugar en Utopía para los que no quieren adaptarse, como la pareja que habían espantado: ellos fuera, yo dentro.

Me sentí en casa desde el primer momento: los embriagadores aromas de Marruecos, patatas fritas y refrescos, 2Pac de fondo. Por cierto, 2Pac estaba equivocado. Es una blasfemia, lo sé, pero lo digo igualmente: la pregunta no es si el cielo tiene un gueto, sino si el gueto tiene un cielo. Y lo tiene. Este club social era la viva prueba de ello. ¿Quién hubiera imaginado que el paraíso estaba escondido en el Diamantbuurt? Los musulmanes ahorran toda su vida para hacer un viaje a La Meca, los cristianos se dejan los pies en el Camino de Santyalgo y los judíos levantan un muro a costa de lamentaciones, pero yo solo necesitaba pasearme por dos calles para llegar allí. El otro mundo. Se desarrollaba en el presente. Así que me bebí el último sorbo de refresco, solté un eructo, le di a Demonio un golpecito con el codo y le dije: “Viejo, tenemos que venir aquí más a menudo”.

El club social del barrio organizaba interesantes actividades. Muy populares eran las excursiones a los parques temáticos Efteling y Walibi. Para eso teníamos que prometer que no haríamos travesuras, pero nuestras promesas eran como las de los políticos. A raíz de las agresivas excursiones a los parques temáticos se empezaron a organizar talleres de *kick boxing*. Para fomentar el autocontrol. Me apunté harto de la insistencia de Demonio, que no dejaba de darme la paliza sobre un luchador de K1 que podía entrenarnos.

En la sala de gimnasia nos sentamos sobre los talones a esperar al profesor de *kick boxing*. Oímos los frenos de un coche y supusimos que era él. El director del club social le reprendió por llegar tarde, pues las horas de clase que nos iba a dar se las descontaban a él del tiempo de trabajos comunitarios que le habían clavado por maltrato y violación de domicilio.

Las clases de *kick boxing* se adaptaban perfectamente a mi ambición de dar una buena paliza a Suse. Ese plan seguía en lugar preferente en mi lista de deseos, por detrás del diploma de VWO, que ahora había postergado por un año. Pero un feliz día tendría las dos cosas en mis manos: el diploma de VWO y a Suse. Visualicé las dos imágenes hasta que prácticamente cobraron vida.

Observé con mucha atención las posturas del luchador de K1: la defensa, cómo lanzaba los golpes partiendo de los hombros, los pies que giraban constantemente con la pierna para aprovechar al máximo la fuerza de la patada.

Al final de la clase, nos hacía arrodillarnos y cerrar los ojos mientras nos hablaba.

—Concentración. Inspirar. Espirar —un sudor ácido se pegaba a los bordes de mis orificios nasales—. Inspirar. Espirar. Recordadlo: *kick boxing* es un deporte de dominio propio. Todo lo que aprendemos aquí lo utilizamos solamente-

—En la calle y en la discoteca —le cortó Demonio y todos, incluido el entrenador, nos echamos a reír.

Con un ruido bestial, Demonio escupió en las baldosas de la acera un esputo de esputa madre. Un viandante casual le miró con claro menosprecio y le preguntó: “¿Eso haces en tu casa?”

—Estoy tanto en la calle —le contestó Demonio canturreando— que ya no sé dónde está mi casa. Sigue tu camino antes de que me cabree.

El viandante le hizo caso.

Sacudiendo la cabeza.

Pero muy sensato.

Todas las noches nos juntábamos por lo menos once mil tipos en el cruce de las calles Van Woustraat y Carrillonstraat. Once mil tipos con once mil alias. Mu-ido, Mu-tranqui, Mu-zigzag, Mu-captas?, Mu-guaperas, Mu-pig, Mu-peque, Big-Mu, Esqui-Mu. Tenías a Mayonesa, Francés, Pie Plano, Chuleta y

Balón. Alienígena, Pata de Tigre, Bebé Monstruo, Baldosa, Cabeza de Pene y Coñito (lo llamaban así porque tenía el mentón partido). Polla de Caballo, Gizmo, Diente, Reponedor, Quesadilla, Globo Aerostático, Manguera de Jardín y Cara Fea (el acné había desgraciado su cara como si le hubieran disparado repetidamente al rostro con un *kalashnikov*). Minibús, Aladino, Angelito, Vello Púbico, Bárbaro, Extremista y Tetarroja. Y también teníamos a Oso, Oso Polar, Oso Grizzly, Oso Panda, Oso Papá y Osito de Peluche. Ciego, Mentiroso, Acosador, Afroman, Panqueque, Big, Cobra y Liebre. Gremlin, Colmillo, Bocata, Negro, Chucho y Louis Cartón (sentía predilección por la ropa de imitación de la marca Louis Vuitton). Papagayo, Pingüino, Pájaro, Avestruz, Canario, Murciélago, Céntimo, Scrooby y Sweet-Sweet. Dimma, Trolito, Furby, Rufy, Boogy, Blaman, Pizza, Tortuga, Jefe Lácteo y Demonio.

La unión hace la fuerza, leí una vez en un panfleto de propaganda política.

El barrio De Pijp estaba muy necesitado de representación. Nuestros hermanos se encargaban de ello y nosotros seguíamos sus pasos: el ciclo vital. Cuando cerraba el club social, acudíamos todos arrastrando los pies como autómatas a ese punto. De camino comprábamos patatas con salsa picante y quesadillas en el *snackbar* 't Ankertje. Lo compartíamos todo fraternalmente. El propietario del *snackbar Tutmosis*, once metros más allá, no nos dejaba entrar porque según el muy tutancamamón, hacíamos mucho escándalo y espantábamos a los clientes.

La lógica consecuencia no se hizo esperar. Las piedras atravesaban sin cesar el cristal de su tienda. Acababa de reemplazar la luna rota y esa misma noche otra piedra volaba adentro. No es por delatarle, pero Demonio era el lanzador. Mierda, tenía el *swing* de los palestinos. Me daba una envidia superior a mis fuerzas. A un tiro de piedra, los demás observábamos el espectáculo y oíamos el tintineo del cristal al caer hecho añicos. Nos revolcábamos por la acera de la risa. Entusiasmado, una noche les conté en la esquina de la calle sobre la Noche de los cristales rotos. Lo hice de la misma manera en que narraba Suse las historias: con pasión y soltura. Cuando terminé mi discurso, se quedaron un momento en silencio. Todos. Me miraron. Me separaba de ellos el soplar del viento, algunos se abrochaban el botón superior del tabardo. Solo se oían las descargas eléctricas en los cables de la línea 4 a medida que el tranvía se acercaba. Se miraron entre ellos y entonces sucedió. Salvas de violentas carcajadas que resonaron hasta la Frederiksplein.

Se daban golpes en la barriga señalándome: si volvía a contarles algo igual de estúpido, no le arrojarían piedras a Tutmosis, sino a mí. Demonio era el único que no se burlaba, pero la historia tampoco le pareció fascinante. Se puso en medio de un salto.

—Si alguien le toca, lo mato.

Mientras todos se reían de mí y decían que me largara, saqué una conclusión: yo era la oveja negra entre las ovejas negras.

Oí el sonido de un piano, la *Pequeña serenata nocturna*, de Mozart. Era mi teléfono. Uno de los chicos de la esquina lo oyó también.

Oso Grizzly dijo: “¿Un piano como tono de llamada? ¡No me jodas, mariquita!”

—Toco el piano. ¿Qué hay de malo en eso?

—¿No lo sabes? Pues yo no te lo voy a explicar, “teclita”.

—No lo puedes explicar porque eres un idiota. Y la mariquita será la puta de tu madre. Y si quieres pelea, estoy aquí.

Los chicos dejaron de parlotear y nos miraron. Algunos nos azuzaban.

—¿Vas a aguantar eso, Oso Grizzly?

No me desagradaba la idea de un ensayo general. Primero probar con alguien de mi edad y después ir pasando a los pesos pesados entre los que se encontraba Suse. Hinché el pecho y apreté los dedos contra las palmas de mis manos para convertir mis nudillos en cordilleras. Observé con expresión astuta su iracundo rostro. Me imaginé que le saltaba encima como un mono araña, me aferraba a él y le machacaba la testa con mis ávidos puñetazos. Se dio cuenta de que la situación era peligrosa, que lo aplastaría como una apisonadora, porque dijo: “Bah, yo no me casco con pianistitas”.

—Es lo mejor que puedes hacer, maricón. Porque si te parto la boca no la vas a volver a abrir en toda tu vida.

Vi que era Ys quien me llamaba. Me aparté del grupo y cogí la llamada.

Preguntó si ya había c-c-c-c-cenado.

—Unas patatas fritas, pero comer, comer, no.

Me preguntó si me apetecía ir a cenar con sus padres al Okura.

—No, en otro momento.

—La vez anterior dijiste lo mismo.

—¿No me harán preguntas imbéciles?
Dijo que no.

Me quité las Nike Air Force blancas a lo bruto. Subí a mi habitación, me deshice de prisa de la chaqueta Adidas y la tiré encima del piano de cola para ponerme una camisa negra y unos vaqueros.

Ys y sus padres estaban en el *hall*. Les di la mano mientras decía mi nombre y tomamos el ascensor. Vi que la madre, Iris, me observaba de la misma forma en que los boxeadores examinan a su contrincante poco antes del combate. No era exactamente con desconfianza. Se notaba que era una devoradora de revistas del corazón. Y que llevaba una vida sofisticada: alta costura de diseñadores con complicados nombres franceses, cremas caras, chales de cachemir, joyas lujosas.

El restaurante estaba en el piso veintitrés, desde el banco de mi calle veía las ventanas. Ys me contó que el restaurante se llamaba Ciel Bleu y tenía dos estrellas Michelin.

Nos acompañaron a una elegantísima mesa. La vista no tenía desperdicio. Desde nuestro sitio, junto a la ventana, veías todo Ámsterdam. La ciudad parecía estar aletargada, como cubierta por un velo negro. La iluminación de la calle formaba cúmulos estelares caídos a la tierra. Me quedé sin palabras. Los silencios son traicioneros, así que miré a mi alrededor discretamente. Aquí venía el tipo de gente que mientras come, mira sonriente y con desprecio al resto de la ciudad.

El alcalde de Ámsterdam estaba dos mesas detrás de nosotros. Al pasar a su lado, el padre de Ys le saludó.

Después susurró: “Es un blandengue. Claro, es del PvdA. El crimen se duplica cada dos días y él cenando aquí tan tranquilo”.

—Sam, ¿tú qué opinas de esos vagabundos marroquíes?

Consideré la idea de responderle en lenguaje de signos, con muchas pistolas. Aún no había empezado el primer asalto y la vieja me asestaba un golpe bajo.

—Al pasar por la Van Woustraat hemos visto desde el taxi un verdadero ejército de alborotadores marroquíes —continuó Iris—. He pensado, ¡hombre, quizá esté Sam entre ellos! Es broma, claro. Ya sé que no es así. Pero ¿tú qué opinas de esos chicos?

La vieja tenía un sentido del humor increíble. Y yo supe que mi respuesta sería determinante para el desarrollo de la velada.

Inicié el modo árbitro.

—Pues pienso que deberían buscarse un hobby, en vez de estar deambulando por la calle.

—¿Y qué hobbies, por ejemplo?

—Qué sé yo, hobbies. Hacer deporte, leer, una novia, tocar el piano.

—Quizás consideren el deambular por las calles como un hobby.

—Podría ser.

—¿Cuáles son tus hobbies?

—Toco el piano de cola a veces. Y voy al gimnasio con Ys.

—Ysbrand ya nos contó que están revolucionando el gimnasio. Yo voy a *bodypump*.

Me invadió la osadía.

—¡Qué *cool*! ¿Y además de ir a *bodypump*, qué otros hobbies tienes, Iris?

El padre de Ys dijo deprisa: “Los busca todos los días en la P.C. Hoofstraat. ¿Y todavía no los ha encontrado!

—Algo muy lógico si vives a la vuelta de la esquina de la P.C. —replicó ella molesta—. Y si quieres tener mañana la ropa limpia, la cama hecha, los palos de golf preparados y la comida en la mesa, te aconsejo portarte bien esta noche.

—Cocinas de maravilla, Iris. Por eso comemos casi todos los días en restaurante —dijo Ys.

Su padre carraspeó mientras decía: “¡*Touché!*”

El resto de la noche transcurrió en un ambiente de lo más jovial. Hasta empecé a sentirme cómodo. Por el pianista del rincón, que a medida que avanzaba la velada tocaba con más descaro, pero sobre todo por Iris. Era muy curiosa, pero nada impertinente. No solo tenía una voz tranquilizadora, su alegre expresión era inconscientemente contagiosa. Además, me hechizaba la manera en que cogía los cubiertos con sus sensuales dedos, cómo cortaba y se comía la ensalada, con las muñecas apoyadas en el borde de la mesa. Se merecía el premio anual a la mujer con los mejores modales a la mesa.

No había mantenido nunca una conversación con un marroquí, pero

siempre había deseado hacerlo, así que dijo: “Cuenta, Sam, lo quiero saber todo”.

Le hablé de mis padres. Cómo habían ido a parar a Ámsterdam. Le conté sobre las vacaciones en Marruecos. Que el viaje en coche de Ámsterdam a Marruecos dura tres días. Todos metidos en un coche sin aire acondicionado. Con el portaequipajes repleto de lavadoras viejas, neveras estropeadas, tazas de váter, decrépitas bicicletas, carritos, motocicletas, todo envuelto en un hule de un verde veneno espeluznante - Iris se tapó la boca con la mano.

—Ys, ¿te animas a venir con nosotros algún día? —propuse.

—¿Tres días de coche? ¿Tú sabes cuántos minutos son? ¡Si ya me da para atrás ir en coche de Ámsterdam a Vinkeveen!”

El padre de Ys agitó la cabeza.

—Me reservo la opinión —dijo.

—Sam, ven tú con nosotros de vacaciones —propuso Iris.

Cuando terminó la cena, pensé que me estaban tomando el pelo. Nos habían dado tres platos que no llenarían el estómago de un recién nacido ni por la mitad. Pregunté a Ys cómo quería ganar masa muscular comiendo cantidades tan reducidas.

—¿No era eso: pequeñas cantidades repartidas por el día?

—Pero no TAN pequeñas.

Nos despedimos de sus padres, Iris me dio tres besos. Ys me observó unos instantes de reojo.

Llevé conmigo a Ys a la mezquita que hay en una bocacalle de la Albert Cuyp. Era un viejo colegio que ahora, además de la mezquita, albergaba una peluquería y un pequeño restaurante turco. Un práctico concepto *all inclusive*: después de la oración dejabas que el barbero te arreglara la barba y de allí pasabas a acallar el incipiente apetito. Era el barbero al que yo iba siempre, por cinco euros me cortaba el pelo. Ys no se lo creía. Le mostré el cartelito. Ys se cortaba el pelo en la peluquería de la Cornelis Schuytstraat, ¡por cien euros!

Di unos golpecitos en la ventana. Estaba ocupado con otro cliente, pero se acercó y nos saludó.

—¿Te ha llegado ya la nueva colección? —le pregunté.

—Vuelve mañana a esta hora. Y tráete al rubio.

El barbero era un argelino barrigudo —parecía que estuviera embarazado de trillizos— sin incisivos, con una barba como la de Merlín. Cuando me esquilaba, su barrigón me rozaba la nuca, yo daba un respingo y él me gritaba severo que me estuviera quieto. Había empapelado su negocio con textos del Corán alechugados. Decía sus oraciones a la hora exacta, pero entre horas compraba y vendía ropa de marca robada.

Ys y yo entramos en el comedor; estaba abarrotado de turcos y marroquíes con tupidas barbas y graves voces, bebiendo té y refunfuñando.

—Quiero ofrecer a mi amigo la comida más rica del mundo —le dije a Hakan, el propietario.

—Muy bien —respondió.

Ys miró a su alrededor.

—Sé lo que piensas —le dije—, pero no juzgues demasiado deprisa. Vas a llorar de felicidad.

—Querrás decir que me voy a ir llorando a casa.

—Ys, si esos agarrados chefs del Ciel Bleu tienen dos estrellas Michelin colgadas en la pared de la cocina, este turco tiene derecho a tres.

El muecín anunciaba la oración vespertina. Su aguda voz salía estridente por los altavoces del techo.

Ys se asustó tanto que se cayó de la silla y se quedó mirando hacia arriba.

—¿Q-q-q-qué carajos es eso?

—Es la llamada a la oración.

—¿Y qué cantan?

—Queridos musulmanes, ¡buscad! ¡Buscadme chicos rubios que pueda violar!

Tras la llamada a la oración, el local se quedó vacío. ¡Ni que hubieran recibido un chivatazo de que iba a pasar por allí la policía de inmigración!

Poco después, Hakan nos sirvió una pizza turca de más de un metro, la cortó en trozos, estrujó un limón encima y dijo: “Que aproveche, chicos”.

—Te cedo el honor, Ys.

Él tomó un trozo, le dio un mordisco y masticó despacio.

—¿Cómo se llama este sitio? —preguntó.

—Ni idea. ¿Por qué?

—Tenemos que proponerlo para una estrella Michelin.

En el banco le enseñaba árabe a Ys. No solo los tacos que le permitirían defenderse en la calle, sino también frases enteras para que pudiera comunicarse con mis padres. Mi padre se emocionó cuando Ys le preguntó sin acento qué tal estaba.

—Enséñale también los versos del Corán. ¿No quiere convertirse al Islam? —dijo inmediatamente.

Ys ya no tartamudeaba cuando hablaba conmigo. Antes, cuando los profesores le preguntaban algo en clase, él mascullaba una vaga respuesta y se ponía rojo como un tomate. Pero ahora respondía apropiadamente y seguro de sí mismo. Hasta bromeaba. En la clase de gimnasia, cuando resultó que podía hacer más flexiones que el profesor, dijo: “Tiene que entrenar más, profe”. Ys adquiría masa muscular rápidamente y sus redondos mofletes de cachorro desaparecieron. Empezó a parecerse cada vez más a un héroe ario de póster de propaganda nazi. Anchos hombros, fuertes mandíbulas, bonito pelo rubio, ojos azules, mirada altiva.

No había duda: había llevado su tiempo, pero por fin, Ys estaba listo para dejar su zona de confort y conocer otro mundo diferente al de los restaurantes de lujo y las fiestas en el jardín o en el instituto.

Delante de la puerta del club social, el severo *straatcoach* vigilaba con una bicicleta entre las piernas.

—Chicos, ¿quieren hachís fresco?

—Somos deportistas, no fumamos —le respondí.

—¡Ah! También puedo conseguir anabolizantes. ¿Queréis que llame a Schwarzenegger?

—No gracias.

—¿De verdad no quieren trabarse esta noche?

—Otro día.

—Me lo apunto.

—¿Ya vigilas a esa chusma?

—*Of course.*

Ys y yo entramos en el Espacio Relax. Reconocí en el rostro de Ys mi propia reacción la primera vez que entré; mudo y confuso. Uno a uno, los presentes enmudecieron y se quedaron mirando a Ys con la boca abierta.

Alguien dijo: “¿Quién es ese turista despistado?”

—Creo que el turista despistado eres tú. ¿Qué haces en su país? —le pregunté.

Demonio se nos acercó, me saludó y miró a Ys de pies a cabeza.

—¿Viene contigo?

—Ys, este es Demonio; Demonio, Ys.

—Encantado de conocerte, Demonio —dijo Ys.

—¿Ys? Vaya nombre, viejo. Oye, no quiero ser desconfiado, pero tengo que requisarte.

—Vaya. ¿Tienes otro trabajito? ¿Vas de poli? —le pregunté.

—A tiempo parcial. Luego te cuento una historia de los polis.

Se dirigió a Ys: “Tengo que asegurarme de que no llevas un micrófono. Últimamente hay muchos infiltrados en el barrio. Y perdona que te lo diga, pero se parecen todos a ti. Ys suena a nombre de poli infiltrado”.

Demonio e Ys se miraron. Ys me miró. Yo le seguí el juego a Demonio y me encogí de hombros. Ys levantó los brazos.

Demonio dijo: “Me estoy quedando contigo, hermano. Spiderman tiene su sentido arácnido que le avisa de los peligros, yo tengo lo mismo para los polis: el párpado derecho me empieza a temblar y los huevos me bailan. Y contigo no me pasa. Haz como si estuvieras en tu casa, qué digo, estás en tu casa. ¿Qué quieres beber? Tenemos gaseosas o gaseosas”.

—P-p-p-pues... un refresco, por favor.

—Turco, tráenos tres vasos antes de que llame al ayuntamiento y les cuente que compras chalets en Turquía con nuestra subvención.

Ys y yo estábamos sentados en el sofá del Espacio Relax. Los chicos estaban un poco cortados por la presencia de Ys, y él también por estar allí; comparaban su ropa y zapatos para constatar que presentaban una sorprendente similitud. Ys llevaba deportivas Gucci blancas, igual que alguno de los chicos. Ys llevaba vaqueros Blue Blood, igual que alguno de los chicos. Ys llevaba un chaleco azul oscuro de plumón de Ralph Lauren que ninguno de los

chicos se podía permitir. Al ir un momento al baño, Balón me preguntó: “Hombre, ese tip, lleva un plumón increíble, mierda... ¿se lo podemos quitar con vaselina?”.

—¿Qué dices?

—Lo llevamos a un callejón solitario, y yo le desenroscó el plumón —dijo mirando a su alrededor—. Este mondadientes corta solo con mirarlo.

Me enseñó muy discretamente la punta de acero del buril.

—Balón, límitate a las lunas de los coches y los Tom-Toms.

—¿Qué dices?

—Tal y como te lo digo. Si te acercas a él en la calle dudaré como máximo dos segundos, pero después te daré de golpes como a las focas bebé.

—No te creas que eres el jefe por ser el-hermano-de.

—Si sigues así me convertiré en tu cuñado. ¿Cómo está tu hermana?

—Bien. ¿Y tus hermanas gemelas? ¿Cuándo puedo ir a recogerlas? ¿Dos por el precio de una?

Demonio pasó a nuestro lado y dijo: “A sus hermanas las tengo reservadas para mí, ¿verdad, Sam?”

—El que quiera casarse con ellas tiene que ser por lo menos piloto —dije.

—¡Yo soy agente de policía!

—¿Cuánto tiempo vas a seguir diciendo esa estupidez?

—¡Va en serio! Vamos, les cuento una historia.

Demonio se metió dos dedos en la boca, silbó y dijo: “¡Eh, colegas, acérquense!”

Reunió a los chicos y les hizo colocarse en forma de media luna debajo del cartel CINE. Se callaron en cuanto les dijo que iba a contarles una de sus “torias”. Yo estaba sentado al lado de Ys, que ya empezaba a sentirse cómodo; había cogido de la mesa el bol de las palomitas y lo tenía en el regazo. Yo le susurré: “¡Pásalo!”

Agarró un buen puñado de palomitas y pasó el bol a su vecino de la derecha.

Demonio empezó.

—Bien, pues estaba yo con tres tipos más. No diré los nombres. Teníamos información. Pasta y más de diez kilos de coca.

Balón preguntó: “¿Cuánta pasta?”

—Cientos de miles.

—¿Dónde está esa casa?

—Cierra el pico, Balón, esta toria ya está liquidada. Bueno, pues la casa estaba en Limburgo, cerca de la frontera de Alemania. Así que fuimos pallá en un Golf 5 robado. Pero antes de ir, habíamos comprado uniformes de poli. Completitos: gorras, porras, fundas de pistola, gas lacri y los hierros esos donde te meten las manos... ¿cómo se llaman?

Demonio chasqueó con los dedos un par de veces.

Ys levantó el dedo como si estuviera en clase y dijo sin dejar de masticar palomitas: “esposas”

—¡Exacto! ¿Y tú cómo lo sabes?

—R-r-r-recuerda que soy un agente infiltrado.

Todos nos echamos a reír. Demonio continuó.

—Así que nos enfundamos los uniformes de policía. Nos quedaban de puta madre, por cierto. Mientras conducíamos hacia la casa de la coca nos pusimos a gastar bromas. Obligábamos a los coches que iban a demasiada velocidad a parar en el arcén, sacábamos las gorras por la ventana y les gritábamos que les íbamos a quitar la licencia. No veas cómo nos suplicaban. Nosotros les contestábamos que nos daban pena y que como estábamos de buen humor, no pasaría de una advertencia. Bueno, pues aparcamos frente a la casa de las drogas. Un colega y yo fuimos a llamar a la puerta. Él quería ser la voz cantante, porque la policía había ido tantas veces a su casa que sabía perfectamente qué decir. Los otros dos esperarían en el coche y cuando les hiciéramos una señal se bajarían e irrumpirían también en la casa.

—¿Tienen pistolas? —preguntó Balón.

—No, queríamos robar diez kilos con vibradores. Claro que llevábamos pistolas, tonto. Glocks 17, que son las que usa la poli. Bueno, pues llamo a la puerta, con los nudillos, claro. El corazón me latía un poco más fuerte de lo normal, como si hubiera dado una carrerilla. No abrían. Las luces estaban encendidas, así que volví a llamar, otra vez con los nudillos. Se abrió la puerta. Un antillano esquelético con la mitad del stock mundial de oro en la boca. El colega que iba a hacer de portavoz se pone a hablar. ¿Y qué dice el muy imbécil? “Buenas noches, policía de Ámsterdam” ¡Cuándo estábamos en el puto Limburgo! Así que el antillo cierra la puerta de golpe y empieza a

alarmar a sus *nigger*-colegas a gritos. Yo intenté abrir la puerta a patadas, pero estaba cerrada a cal y canto. ¡Mierda! Volvimos corriendo al coche y a la hora estábamos otra vez en *Ámsterdam*, con las manos vacías, como de costumbre.

A Ys le pareció un día provechoso y la historia de Demonio, brillante. Si les contaba a sus padres lo que había visto, no se lo iban a creer. Los chicos hacían cosas que él ni se atrevía a soñar.

Mientras bajábamos las escaleras del club social, me preguntó: “¿Alguna vez has robado algo?”

—¿Y se lo preguntas a un marroquí? Pregunta superflua, ¿no crees? Nunca he robado nada. Si quería algo, se lo pedía a mi hermano y él me lo daba. Probablemente, lo robaba. ¿Tú has robado algo alguna vez? Seguro que no, claro.

Se quedó callado, me miró y yo vi la culpabilidad en sus ojos azules.

—¡No jodas!

—Casi hice que quebrara el súper que hay en la esquina de nuestra casa. Tenían unas barras de coco que se deslizaban solas en los bolsillos. En una ocasión me compraron una chaqueta de Burberry con unos bolsillos muy profundos. Y la cosa se convirtió en un *hobby*. Un día me propuse averiguar cuántas barras cabían exactamente en los bolsillos. Cuando estaba llenándolos, alguien me agarró del brazo. El encargado me había pillado in fraganti.

—¿Y qué pasó?

—Llamaron a mis padres.

—¿Vaciada brutal?

—Iris un poco, mi padre se rió y me dijo: “Basta de experimentos. La próxima vez te compraremos una chaqueta sin bolsillos”.

—¿Y nada más? ¿No te castigaron?

—No. Al contrario, Iris me subió la paga semanal.

—Me tomas el pelo.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—¡Mierda! ¡Quién tuviera una madre así!

Algunos no comprendían la combinación. Una vez, cuando ya nos íbamos a casa después de la excursión al club social, Ys se paró para sacar dinero de un cajero. Yo le esperaba al lado, sentado en mi Vespa. Dos agentes de policía se nos acercaron y preguntaron a Ys si estaba sacando dinero bajo amenaza mía.

—Quizá es de él la tarjeta y sea yo quien le amenaza —les dijo—. ¿Los estoy confundiendo? ¡Buen trabajo de investigación, sabuesos, sigan así!

—¿Puedo poner directamente una demanda por discriminación? —les pregunté yo.

—Llama a la central de avisos, si te apetece.

—¿Cuál es el número?

Me ignoraron y se alejaron.

A veces, Ys y yo abusábamos de la situación. Mientras esperábamos que se pusiera verde el semáforo, Ys en su Vespa azul y yo en la mía, blanca, nos aburríamos como dos ostras. Entonces yo ponía la muy temida cara de marroquí de mala leche —solo tenía que fruncir un poco las cejas— y empezaba a meterme con él a voz en grito. Ys en seguida me seguía la corriente.

—¿Qué me miras, hijueputa!

—¿Está prohibido mirar, acaso?

—¡Mira pa otro lado o te machaco la sesera, niña rubia!

—¿Machacarme tú a mí? Ven si te atreves, marroquí de mierda.

Nos bajábamos de las Vespas y simulábamos una pelea a puñetazos. Los automovilistas salían de los coches y los peatones se acercaban corriendo y dando gritos.

Entonces empezábamos los dos a reírnos de todos.

Y chocábamos nuestras manos en un *high five*.

¡Había que ver la expresión de la gente!

Nos miraban sin entender nada.

Algunos se reían.

Otros no.

Bobos.

Estaba con Ys en su habitación. Me había sentado en el suelo con las

piernas cruzadas. Ys llevaba puestos los zapatos, yo no. No sabía que la gente iba por casa con los zapatos puestos. Estábamos empollando para los exámenes parciales de la semana siguiente: yo tenía en una mano el celular y ponía “me gusta” a fotos de chicas guapas en Facebook, por los auriculares escuchaba a Ella Fitzgerald y en la otra mano sostenía un libro de texto. Ys miraba en su MacBook Pro trucos de *wakeboard* que intentaba memorizar.

Recibió un mensaje, lo leyó.

—Sam, esta noche hay una fiesta super *cool* en la Keizersgracht. ¿Vamos?
—dijo.

—¿De quién?

—Kyra. Sus padres están de vacaciones. Oye, ¿tú no estuviste saliendo un tiempo con Evelien?

—Sí, ¿cómo lo sabes? Nunca te lo he contado.

—Siempre los veía juntos en la bici, ella se sentaba en la barra, ¿verdad?

—¡Empiezo a pensar que realmente eres un infiltrado!

—No, más bien un ciudadano observador. Un marroquí con una chica holandesa, eso hay que vigilarlo.

Ys se reía. Yo no.

—Ya te busco yo en Google el teléfono de la central de denuncias de discriminación —añadió mientras tecleaba en su portátil.

—Idiota. vamos, dime lo que me querías contar.

De un empujón, Ys apartó la silla giratoria del escritorio y se desplazó dando vueltas hasta el centro del cuarto.

—Kyra y Evelien iban juntas a clase de equitación. Eran muy amigas. Hasta que una de las dos, sospecho que fue Kyra, difundió un chisme sobre la otra y ahora están —puso una vocecita cursi— “enemistadas”.

—“Enemistadas”, vaya palabreja más esnob.

—Mi madre y sus amigas la usan siempre cuando cuentan chismes de gente que se ha separado: “Tal y tal se han enemistado”.

—Vaya. ¿No tendríamos que estudiar para los parciales, en vez de ir a esa fiesta?

—Nos llevamos los libros y estudiamos allí.

Se deslizó con la silla hasta el escritorio, se giró hacia mí y preguntó: “¿Quieres oír algo caliente?”

Dejé el libro de texto.

—Suéltalo.

Se levantó y se frotó las manos con mucho aparato.

—Antes de conocerte, Kyra me invitó a una fiesta en una casa que resultó ser la de Evelien...

—Ys, no me digas que te metiste con Evelien...

—Si, perdona, me tropecé y... Claro que no, Sam, me estoy quedando contigo.

—Casi me da un infarto.

—No, no te mueras, eres el primero y el último de una raza en extinción.

—¿Ah, sí? ¿Te olvidas de todos los marocos del club?

—Me refería a marroquíes que tocan el piano.

—Qué idiota eres.

—Es una constatación.

—Jódete.

—A lo que íbamos. Una agradable velada, baile, charla, bebida, ya sabes. Estábamos todos alrededor de la piscina iluminada y de repente Kyra y Evelien se pusieron a bailar muy provocativas, entrelazando las piernas. Como dos lesbianas follando, pero de pie...

—Sigue, Ys, sigue.

—T-t-t-t-t-

—Ys, joder, sabes elegir el momento.

—T-t-t-t-t —se rió—. Ja, ja, ja, has picado.

—Imbécil.

—Bueno, pues estaban bailando las dos en plan erótico, acercando las cabezas cada vez más. Hasta que de repente... se besaron. Nos quedamos todos anonadados. Las luces de la piscina se reflejaban temblorosas en sus caras. Fue lo más caliente que he visto en mi vida, Sam. Estoy seguro de que todas las chicas estaban empapadas y los botones de los pantalones de los chicos a punto de saltar.

—¿Crees que son lesbianas?

—No, creo que son de los dos bandos.

Necesité unos momentos para reponerme del shock.

Iris entró en el cuarto cargada de bolsas.

—Mira lo que te he comprado.

Ys pareció no oírla, seguía con su MacBook Pro y no reaccionó.

—Ys, mira —dijo ella.

—Mierda, mamá, ¡déjalo encima de la cama y lárgate!

—Ys, no seas antipático y míralo —me entrometí.

Iris me miró y yo me encogí de hombros.

—¡Ys!

Él suspiró, giró la silla y dijo: “Diez segundos. Uno, dos, tres-“

Iris tiró las bolsas encima de la cama y se marchó.

Yo me quedé callado.

—Ys, no quiero sermonearte, pero ¿qué te pasa, hermano? Ella te compra ropa *cool* y tú la echas a los perros. ¿Estás loco, imbécil? Una vez mi madre me compró un matamoscas y ¿tú sabes lo contento que yo estaba?

Ys levantó la mirada del portátil.

—A ver, cuéntame, ¿cómo de contento? —preguntó.

—Si hubiera tenido rabo, me habría pasado el día entero meneándolo.

—¿Era un matamoscas de esos eléctricos?

—No, uno normal.

—Con un matamoscas eléctrico se puede fabricar un *taser*.

—Ya lo sé. ¿Desde cuándo eres tú el experto en armas?

—Lo vi en YouTube.

—Trata bien a tu madre, ¿vale?

—Haré lo que me dé la gana.

Me callé.

—A veces me dan ganas de *tasear* a Iris. ¿No te pasa nunca con tu madre?
—continuó.

—Eso le pasa a todo el mundo, pero tú no tienes un motivo válido.

—Es una mierda.

—No, hombre, el mierda eres tú.

Oí a lo lejos a Ella Fitzgerald:

Your daddy's rich

*And your ma is good lookin'
So hush little baby
Don't you cry*

Apagué la música y me levanté.

—Me voy a casa. A ducharme y eso. Nos vemos.

Toqué el claxon. A los veinte segundos salió Ys por la puerta y vi que Iris nos decía adiós por la ventana. Ys se montó en su Vespa, pero tras pensárselo mejor se desmontó diciendo: “Tengo intención de emborracharme hasta la madre”.

—Yo había pensado lo mismo, Ys.

—Creía que los musulmanes no bebían.

—¿Quién dice que yo soy musulmán?

—¡Alá te castigará!

—Cállate, por favor, ya tengo bastante con la mierda que me dan en casa. Duermo aquí, ¿vale?

—No. ¿Qué te crees, que mi casa es un centro de acogida para ex musulmanes?

—Súbete, Ys.

—Me apetece muchísimo, el fiestorro. Y es mejor que vayamos juntos en una Vespa, así se reduce a la mitad el riesgo de accidentes mortales.

Con cara de adalid conduje hasta la casa de la fiesta siguiendo las indicaciones de Ys. Al llegar a la gigantesca puerta de acero macizo gris, nos recibió un grupo de nenas con trajes sexis y alas de ángel.

—¿S-s-s-sabéis volar?

—Solo después de tomarnos unas setas. Todo recto, ascensor, cuarto piso. ¡Pasenlo bien, chicos!

Ys y yo caminamos por un pasillo con unas arañas de cristal enormes. Nos metimos en el ascensor. Olía a perfume y tabaco. Me miré en el espejo y me arreglé un poco el pelo.

—Me encanta tu peinado —dijo Ys—, infunde respeto.

—Pues a mí me gustaría tener el pelo rubio como tú.

Se abrieron las puertas del ascensor. No sé si me mareé al ponerme de

repente en movimiento o al ver el magnífico salón al que habíamos llegado. Baldosas de mármol blancas y negras, altos techos artesonados, un piano Bösendorfer, mesas llenas de canapés, bebida y copas rebosantes de champán con burbujas ávidas de alcanzar la superficie. Los grupitos de guaperas se giraban para ver a los recién llegados. Y después seguían conversando.

Sucedió algo.

El volumen de las conversaciones bajó un decibelio. Alguien con un oído normal no lo hubiera detectado, pero al ser sordo de un oído, soy muy sensible al menor cambio.

Ys me susurró: “¿Lo notas? Te tienen miedo. A mí me pasó lo mismo la primera vez que te vi y te sentaste a mi lado”.

Solté una risita.

Una chica rubia abandonó a sus interlocutores y se acercó a saludar a Ys efusivamente, como si se lo encontrara en un país lejano. Se dieron tres besos y preguntaron cómo iba todo. Ella llevaba unas All Star desgastadas, una camisa de hombre blanca y una estrecha corbata negra. La camisa y la corbata le llegaban hasta la mitad de los —desnudos— muslos.

—Kyra, este es Sam.

—Hola, Sam.

Me ofreció la mano y movió la cabeza hacia un lado con un gesto estudiado para que un mechón de cabello con forma de media luna se balanceara junto a su rostro. Con un pie se pisaba el otro.

Me quedé atónito. Era guapísima. Desde el suelo de mármol, un calambre se aferraba con unas pequeñas garras a las suelas de mis zapatos y escalaba por mis espinillas hasta las rodillas, que justamente pudieron sostenerme en pie y evitar que la flacidez hiciera que me derrumbara. La verga reaccionó al contraataque, con endurecimiento agudo.

—¿Se le ha comido la lengua el gato a tu amigo?

—Es sordo de un oído. A veces tienes que repetirle las cosas.

—Perdona, soy Sam; a veces desaparecen los sonidos cuando veo algo especial.

Cogí su mano y la besé.

—Vaya —levantó las cejas dos veces y continuó—, el primer caballero de la fiesta.

—Veo que tienen un Bösendorfer.

—Sí —se giró hacia el piano—, pero nadie lo toca, pobrecito.

Mientras Ys se alejaba para ir a buscar tres copas de champán, dijo: “Kyra, tienes que oírle tocar, es increíble”.

—Está borracho, no lo escuches.

—¿No te apetece deslizar los dedos por las teclas? —dijo ella provocativa.

—Quizá más tarde. Después de unas copas.

—Tomo nota.

Me guiñó el ojo.

Ys y yo bebimos como si fuera a terminarse el mundo. Él tenía las mejillas encendidas. Poco a poco, la fiesta se fue animando: subieron el volumen de la música, hubo juegos relacionados con la bebida, las conversaciones se calentaban, los chicos y las chicas se rozaban con sutileza. Para ser más preciso: Kyra me había tocado varias veces el brazo mientras hablábamos de sus estudios. Estaba en primero de psicología aplicada. ¿Intentaba seducirme o se hacía la amable anfitriona? Fuera como fuese, estaba claro que le gustaba traspasar las fronteras. No solo bebía copa tras copa como un indigente ruso, su expresión delataba, además, que era atrevida. Tenía una mirada gatuna, dulce y pecaminosa al mismo tiempo. Me sorprendí a mí mismo comparándola con Evelien. Evelien era mucho más dulce, introvertida, y tenía una timidez infinitamente seductora.

—Voy a empolverarme la nariz. Cuando vuelva, tienes que tocar el piano —dijo Kyra.

—*On verra.*

La miré alejarse. Caminaba como una verdadera reina de la moda, con un descuido natural, y femenina como pocas.

—Siempre que te emborrachas te pones a hablar en francés —dijo Ys.

—Es el idioma del amor, ¿no?

—Está claro dónde vas a pasar la noche.

—No me digas

—Hombre, la tipa no deja de sobarte. Seguro que ahora está en el baño tocándose.

—Ys, ¿dónde están los libros?

—¿Qué libros?

—¿No íbamos a estudiar aquí?

—Un vodka más y le cuento a todo el mundo que soy director de instituto.

Kyra volvió, me cogió de la mano y me llevó al piano. Yo olí embelesado el fresco aroma a flores de su cabello, sin duda se lo había lavado por la mañana. Me la imaginaba lavándose la cabeza con los ojos cerrados, la abundante espuma del champú, cómo se lo aclaraba despacio y lo secaba con una toalla.

Dejé mi *gin-tonic* en el suelo y me senté al piano. Las teclas estaban polvorientas. Soplé y unas nubecitas de polvo se levantaron haciendo remolinos. Kyra apagó la música y anunció un *intermezzo*. Todos se callaron. Empecé a tocar una melodía de *jazz* caótica. Pasé deprisa al *Nocturno número 20, en do menor* de Chopin, equivocándome varias veces, pero qué coño importaba, estaban todos jinchos de la perra. Tocar el piano bebido es lo más fantástico que existe.

Me levanté y saludé. Aplaudieron. Los presentes me miraban como si vieran a un recién nacido hablando. Me dio un ataque de timidez, cogí mi vaso deprisa y lo apuré.

La mirada de Kyra iba algo más allá que la de la atenta anfitriona.

Algo después subimos todos a la azotea. Una ocurrencia superinteligente después de haber bebido tanto. Fue idea de Kyra.

Era una suave noche de verano. Desde allí se veía la silueta de Ámsterdam: la torre de la iglesia Westerkerk, la torre de Rembrandt, la cubierta luminosa del Okura, el Rijksmuseum y la torre del edificio de exposiciones RAI. Los neoyorquinos se morirían de la risa.

Kyra y yo charlábamos con los codos apoyados en la barandilla. Hablábamos de música clásica. Su padre escuchaba mucho a Chopin y ella también, por extensión; conocía todos sus nocturnos.

—Así que tu padre es un verdadero romántico.

—Lo que es es un idiota

—¿Un idiota romántico?

Cerré los ojos un momento con la esperanza de que no me hubiera oído.

Ella me miró y dijo: “Buena descripción”. Se giró y continuó hablando con la espalda apoyada en la barandilla: “¿Qué te parece Chopin?”

—El polaco ese es de una brillantez única. Amaba tanto el piano que vivió ocho años con una mujer y los siete primeros ni la tocó. Lo suyo sí que era dedicación a la música.

—No me jodas.

Asentí.

—Yo le hubiera dejado mucho antes.

Se rió picarona, tomó unos sorbitos de su Baileys y miró de reojo a Ys, que estaba hablando un poco más allá con una chica muy mona. Según Kyra se llamaba Els. Ys y yo intercambiamos un saludo a distancia.

Sentí una gota en mi brazo. Kyra extendió la mano y miró al cielo. Una nube siniestra avanzaba como un barco fantasma por encima de nosotros. Empezó a llover y todos bajaron las escaleras protestando por tener que volver al salón. Kyra y yo no nos movimos. Ys fue el último en dejar la terraza con su levante; nos miró un momento y dejó la puerta de la azotea entreabierta. Kyra y yo nos quedamos solos. La lluvia caía en nuestros vasos.

—Hablando de Chopin, ¿conoces su impredecible preludio *La gota de lluvia*? —le pregunté.

—¿Qué es un preludio?

—Una pieza musical para entrar en calor.

Los sonidos de la vibrante ciudad se imponían a nuestro alrededor: cláxones de automóviles, chirridos estridentes de tranvías, el barullo de los cafés, la sirena de una ambulancia que languidecía al alejarse. Las farolas desvelaban altas cortinas de agua. Las calles desprendían el olor característico de la lluvia al mojar el asfalto caliente. La ropa se pegaba a nuestros cuerpos. Se levantó viento y se me puso la carne de gallina. Kyra estiró sus mangas sobre las manos, algo que de alguna forma me pareció muy sexy. Le castañeaban los dientes. Cogí sus manos y las froté para calentarlas. Nos miramos unos instantes. Después nos besamos. La atraje hacia mí, levanté con una mano su camisa y con la otra le froté las frías nalgas por encima de la ropa interior. La besé en el cuello, le chupé despacito el lóbulo de la oreja y ella se estremeció de una forma que me excitó muchísimo.

—Quédate a dormir conmigo, tengo frío, mucho frío —dijo.

Poco después de la fiesta llegaron buenas noticias y noticias estupendas: tanto Ys como yo pasábamos a sexto. Y las noticias estupendas eran que me llamó mi hermano para decir que ¡lo soltaban en una semana! Había cumplido los seis años completos; sus opciones de reducción de condena se evaporaron al participar en una pelea multitudinaria. En su día me llamó por teléfono y me dijo: “Mi compañero de celda se enzarzó en una riña con un negro. Acudió todo el mundo y se armó un gran revuelo. Yo intenté separarlos y me gané un puñetazo. Conclusión: pelea tumultuaria y tarjeta roja para todos los implicados”.

Yo le contaba a Ys todo sobre mi hermano. A él le resultaba tan emocionante como a mí y decía que hablaba de él como si fuera una figura mítica.

Una semana más tarde, los dos fuimos a buscarlo con el BMW serie 6 cabrio color champán del padre de Ys. Fue idea mía ir a recogerlo con el descapotable; así podríamos deslizarnos majestuosamente por las carreteras rurales, y él podría esnifar el olor a estiércol que tanto le gustaba.

Esperamos ante el portón de la cárcel apoyados en el capó. Yo tenía mariposas en el estómago. No podía estarme quieto y empecé a caminar de un lado para otro.

Ys me miró sonriente.

—¿Qué te pasa? Nunca te había visto tan nervioso —dijo.

—Ys, no tienes ni idea del tiempo que llevo esperando este día.

—Lo entiendo. Pero tranquilízate, siéntate un rato dentro del coche. Enchúfate la mierda clásica esa que tenías puesta hace un rato. Cálmate, por favor.

—Eso todavía me activa más.

El portón de la cárcel se abrió con un ruido metálico. Al mismo tiempo, se abrió una puerta.

El vigilante que yo ya conocía acompañaba a mi hermano. Saltaba a la vista que estaba más delgado. Llevaba en la mano una enorme bolsa de basura. Se abrazaron y se dieron un apretón de manos. El vigilante miró a mi hermano mientras él se nos acercaba con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Tigre! —exclamó.

¡Dios mío, cuánto tiempo anhelando este momento! Años y años esperando y por fin había llegado. Corrimos el uno hacia el otro y nos abrazamos. No hacíamos otra cosa que mirarnos y reírnos continuamente, una carcajada tras otra. No sabía qué decir. ¿Qué pensaría de mí? Noté que estaba pálido y eso hacía que su cabello pareciera aún más oscuro.

Me preguntó: “¿Eran músculos eso que he notado al abrazarte?”

—Sí, no. No hay para tanto. ¿Cómo te encuentras?

—Renacido.

Me rodeó los hombros con el brazo. Olía a sudor. Cogí la bolsa del suelo y la eché en el maletero.

—Ys, este es mi hermano.

Se saludaron.

Ys le dijo a mi hermano que se sentara en el asiento delantero, que él se sentaría atrás. Nos montamos.

—No puedo creer que hayas venido tú a recogerme. Y encima en un descapotable. Espera un momento, necesito procesar las cosas.

—Pues ya puedes empezar a procesar este sonido orgásmico —aceleré en punto muerto, el motor rugió ansioso.

—Me recuerda un día que preferiría olvidar —contestó él.

—A la mierda con aquel día. ¡La puta madre, me olvidaba de una cosa!

Me bajé del coche y saqué una botella de Veuve Clicquot del maletero, la abrí deprisa —derramando espuma—, tomé un trago y se la pasé a mi hermano diciendo: “Por el futuro y la puta vida”.

—Uy, uy, uy... espera, espera —mi hermano miró a Ys, la tapicería de piel de su asiento crujió—. ¿Mi hermanito bebiendo champán? Déjame bajar, quiero volver. Me parece que va todo muy deprisa.

—¡Ve acostumbrándote!

Me puse a trastear con el iPod integrado del salpicadero. Ys me tocó el hombro y señaló con la mirada. Vi que mi hermano miraba fijamente el incoloro edificio.

—Seis años de mi jodida vida —tomó un buen trago de champán. Su nuez de Adán se movía como una canilla. De repente se desmontó y arrojó la botella contra el muro de la cárcel haciendo que explotara como una estrella.

—¡*Mazzeltof!* —gritó antes de subirse al coche de nuevo—. ¡Písale!

Los altavoces Harman/Kardon vibraban febriles al ritmo de “Sound of Freedom”, de Bob Sinclair.

A toda hasta llegar a Ámsterdam.

Pasando junto a pastos y vacas.

Miré a Ys por el retrovisor:

Su cabello ondeaba libre.

Mi hermano inspiró.

—¿Lo hueles?

Yo sonreí.

Fiemo.

Mi hermano no quería ir directamente a casa. Le apetecía callejear con el coche por Ámsterdam y disfrutar mirando a las mujeres. Así lo hicimos. Rijnstraat, Van Woustraat, Utrechtsestraat, Muntplein, Vijzelstraat, Museumplein. En el semáforo que hay al lado del Concertgebouw se paró a nuestro lado un furgón blindado. Mi hermano observó el vehículo. El conductor nos miró desde lo alto y saludó con un ligero movimiento de la cabeza.

Mi hermano le devolvió el saludo.

Yo le pregunté: “¿Lo conoces?”

Él me miró y contestó.

—Muy vagamente.

Nos reímos.

Luz verde.

¡Acelera!

En casa imperaba el mismo ambiente que durante la *Eid al-Fitr*, la fiesta de la ruptura del ayuno: guirnaldas y globos, galletas y pasteles, familiares y conocidos con sus mejores galas, una sobredosis de hipocresía.

Noté que mi hermano fingía estar disfrutando. Sus obligadas conversaciones con los presentes eran efusivas pero visiblemente incómodas. Ys había descubierto las galletas de miel de mi padre y yo observaba la representación.

La puesta en libertad.

Mi hermano se fue a acostar en cuanto se marchó el último de los invitados.

Era extraño volver a subir juntos las escaleras que llevaban a nuestra habitación.

—Vaya comedia hemos montado, mierda. Prefiero una semana en aislamiento que otra fiesta así.

Entramos en nuestro dormitorio y él se quedó mirando alrededor. Se acercó a la ventana, la dejó entreabierta y se sentó en la banqueta del piano mientras abría la tapa. Separó los dedos, pero no los colocó sobre las teclas, como si temiera a las notas que iba a liberar.

—Tócame algo.

—Mañana.

—¡Toca!

—No.

Cerró la tapa con cuidado, se levantó suspirando y se metió en la cama. Las desgastadas lamas del somier soltaron unos lastimosos gemidos. Mientras su rostro iniciaba el aterrizaje sobre el almohadón, me senté al piano. Lo miré. Quería llorar de alegría, pero no lo hice.

—Sam, toca algo para mí, vamos.

Busqué en mi mente las primeras notas de *Canto ostinato*, pero antes de que pudiera empezar a tocar, mi hermano se había dormido. Aún así, empecé. Toqué cuatro acordes acariciando suavemente las teclas hasta que me incliné hacia adelante como absorbido por la caja de resonancia y me adormilé.

Fui con Ys a devolver los libros de quinto y recoger nuestros informes escolares. Me contó que le había llamado su madre para decirle que tenía una agradable sorpresa para los dos.

Ys se quedó en la puerta del instituto hablando con unas chicas mientras yo caminaba hacia la parte de atrás, donde los impolutos escúteres relucían en la acera. Vi a Evelien sentada en su Vespa, directamente al lado de la mía. Le di al mando a distancia para desconectar la alarma y encender los intermitentes. Ella me vio llegar. Sospeché que ya había pensado lo que me iba a preguntar.

—¿Sam?

Levanté el sillín y coloqué el informe en el hueco.

—¿Sam?

—¿Qué pasa?

—Me han robado el casco.

Me monté en mi Vespa.

—Así que has pensado: “Sam es el único marroquí en el instituto, habrá sido él”.

Se rió.

—No, claro que no. Es que no sé qué hacer.

Puse el motor en marcha.

—Yo tampoco —le dije.

—Espera un momento.

Fruncí el entrecejo.

—¿No llevarás por casualidad un casco de reserva en el cofre?

—No.

—¿Me llevas a casa?

Me puse furioso. ¿Cómo podía preguntar algo así? ¿Hacer como si no pasara nada? Tuve una idea que inmediatamente arrojé al precipicio. No, Sam. No lo hagas. No la atropelles. Y sobre todo no aceptes su estúpida proposición. Ignora su maldita hermosa cara y sus seductores ojos. Ese cuello, cristojesús, lo que me apetece es besarlo ya, chuparlo y después enjabonarlo suavemente y frotarlo con una manopla tibia como haría un esclavo. Miré hacia abajo para rehuir el cuello, pero entonces mi mirada se topó con sus pantorrillas desnudas. Deseaba arrodillarme y arañarlas suavemente con las uñas dejando unas finas líneas blancas. Después impregnarlas con aceite para bebés. Cerré los ojos y dije algo horrible.

—Súbete.

5

La clase de filosofía en el jardín de la señora Zeeman parecía haber volado. Tras la tercera hora de clase, había llegado el recreo de media mañana. Quedaba medio día de clausura que no me apetecía nada.

La señora Zeeman repartió unos resúmenes que ya me sabía de memoria. Tenía una influencia muy positiva en la capacidad de aprendizaje de sus alumnos; ninguno de nosotros iba a los exámenes finales con un insuficiente. Y es que ella sabía encontrar el equilibrio perfecto entre dar clase y pasar un buen rato.

Después de clase algunos compañeros se pusieron a hablar con ella sobre Nietzsche. Yo estaba desparramado en la mecedora con el sol en mi careto. Me incorporé con cuidado, esperaba sentir punzadas en los talones, pero no fue así. Me apetecía empalmarme. Tenía ganas de sexo. Mucho sexo. La señora Zeeman nos inculcó la materia tan a fondo que inmediatamente pensé en Maslow y las necesidades básicas que forman la base de su pirámide.

Comprobé en mi iPhone los mensajes de WhatsApp. Tenía tres.

Ys: “Bueeeeenos días. Qué gozada, he prescindido del último día de clase, acabo de despertarme. ¿Estás en el insti? Olvida el resto de las clases. Hace un tiempo perfecto para coger la lancha. ¿Nos vemos en el puerto en una hora?”

Kyra: “¿Te apetece un numerito relámpago? Me pondré el ligüero para ti. Lametón”.

Evelien: “¡El último día de clase, *baby*! ¡Disfrútalo! Si quieres, pásate por casa en el recreo; podemos mimarnos y almorzar juntos. Besitos”.

Desde que le robaran el casco a Evelien, seguimos viéndonos. Por pura

amistad. Y por sexo. Nada más. Eso sí, mientras follábamos los dos confesamos que desde que habíamos roto nos habíamos echado muchísimo de menos. A Evelien le había molestado que yo no la saludara y que ni siquiera la mirara cuando nos cruzábamos en los pasillos del instituto. Yo le objeté que a mí me había molestado que ella cortara. Me dio la razón de inmediato y canceló el tema besándome. Yo sabía perfectamente que lo hacía para no tener que hablar de la razón por la que lo había hecho. Así que le seguí el juego.

Entretanto, Evelien aún no había probado las galletas de mi padre; mi madre estaba cada vez más intransigente. Por mi parte, yo solo iba a su casa cuando sus padres estaban trabajando. Ella les ocultaba que habíamos retomado el contacto, no sabía cómo reaccionarían. Yo le dije: “Mierda, Evelien, ¡bienvenida al club!”

Al haber tenido que repetir un curso, yo aún estudiaba en el Hervormd Lyceum cuando Evelien empezó la carrera de derecho en la Universidad de Ámsterdam.

Una vez la invité con esa excusa a una romántica cita y la llevé a los tribunales de justicia en la Parnassusweg. Le mostré la sala colegiada, la sala unipersonal, asistimos a una audiencia, le expliqué en susurros quién era qué.

—¿Y tú cómo sabes todo eso?

—Cultura general.

Tecleé rápidamente varios mensajes en mi pantalla táctil.

A Evelien le escribí: “Salgo para allá. Me paso primero por el Hergo para comprar unos bocadillos. Besitos”.

A Kyra le puse: “Llego en media hora. ¿Podrás esperar? Lametón de vuelta.

Y a Ys: “Que sea hora y media”.

Efectivamente, era una idea estupenda pasar el resto del día en los canales en vez de desperdiciarlo en irrespirables aulas. Uno no huele el mal olor cuando está metido en él. Es cuando pides permiso para ir al baño, te paseas un rato por los pasillos y vuelves a entrar en clase, cuando te sumerges en la peste a camión de basura que despiden veinticinco polluelos adolescentes.

Me despedí de la señora Zeeman y salí pitando hacia el Hergo de la

Beethovenstraat. Compré un panecillo integral con ensaladilla de atún y otro con rosbif para mí y un montadito de pan blanco con pastrami para Evelien.

Abrí la verja y llamé al timbre. Evelien salió a abrir la puerta en albornoz, el cabello mojado drapeado sobre sus hombros. Nos abrazamos. La besé en el cuello.

—Hola, cariño. Estaba haciendo unos largos.

—¡Qué deportiva!

—¡Dios santo, todos los biquinis se me han quedado pequeños!

—¡Dios santo, a mí también!

Mientras caminaba detrás de ella, le masajéaba la espalda. Fuimos a la piscina, donde el aire estaba un tanto cargado. Se quitó el albornoz de un movimiento rápido y se zambulló desnuda. Yo me tendí en la tumbona a comerme el bocadillo de ensaladilla de atún. La miré ejercitar el crol. A la vuelta, cambió de estilo. Nadaba de espaldas dejando que sus pequeños pezones y sus magníficos pechos flotaran en el agua como si fueran boyas de salvamento. Entretanto, yo había empezado con el bocadillo de rosbif.

—Ven a nadar conmigo.

—Me duele el hombro.

Tenía una fea lesión de hombros originada durante un ejercicio en la banca múltiple. La peor equivocación que puede cometer un fanático del *fitness*: colocar demasiadas pesas en la barra. Fuera de juego hasta después de los exámenes finales, las lesiones de hombros requieren una larga convalecencia. Ahora, Ys revolucionaba el gimnasio con mi hermano. Se llevaban muy bien.

—¿Hoy no tienes clase en la uni? —pregunté a Evelien.

—Sí, por la tarde.

Flotaba quieta en el centro de la piscina, con el cabello ondulando a su alrededor.

—Pues yo tengo que volver a clase.

—Me había olvidado.

Nadó al borde de la piscina, salió chorreando y se sentó a mi lado en el suelo, con las piernas cruzadas.

—Cómete el bocadillo —le dije.

—Luego. Primero... —escurrió el agua de su cabello, desabrochó mis *jeans* y continuó: “tengo que saludar a alguien”.

Empezó a acariciarme la verga con las yemas de los dedos. Yo quería tocarla a ella, pero me detuvo la mano a medio camino.

—Tengo la regla —dijo.

—¿Y qué?

—Hoy no —dijo negando con la cabeza.

Entre los lametones escupía en mi verga como menospreciándola. Me pajeaba con tal vehemencia que parecía que mi pene iba a prender fuego. Y de repente se detuvo. La puso entre sus pechos y apretó sus ardorosas tetas una contra otra como si fueran bolsas de agua caliente. Sentí que iba a correrme y le dije: “Dame un beso”. Ella me miró y agitó sus pechos con más pasión aún. Aplacé el orgasmo todo lo posible, hasta que no podía resistir; cerré los ojos, apreté las mandíbulas, tensé los músculos del vientre con todas mis fuerzas y me levanté. Justo a tiempo.

—¿Te he hecho daño?

—No, cariño.

—¿No quieres que termine?

Me llamaban por teléfono. Era Kyra. Silencié la llamada.

—No, quiero mantener esta sensación de euforia.

Me puse los *jeans* a trompicones.

Kyra envió un mensaje a vuelta de correo: “¿Por qué no me coges la llamada? ¿Estás con Evelien?”

Evelien se puso de pie enfadada.

—¿Otra vez estás Whatsappeando con Kyra?

—No. Ya lo habíamos hablado. Te dije que Kyra pertenece al pasado.

Envié un mensaje a Kyra: “¡Estoy en clase!”

—¿Con quién Whatsappeas, entonces? —preguntó Evelien.

—Con Ys.

—Déjame verlo.

—No.

—¿Por qué no?

—¿Conoces el concepto “privacidad”?

—No.

—Vaya. ¿Y tú estudias derecho?

—Oye, Sam. Ya leí los guarros mensajes que se envián. No mantenemos

una relación, pero si tú la ves a ella, yo no quiero verte a ti. Y punto.

—Me voy a clase.

Diez minutos más tarde Kyra me asaltó como una pantera en cuanto salí del ascensor. La agarré por las nalgas, la levanté sin dificultad —ventaja de hacer tantas pesas— y ella me estrujó la cintura con las piernas. Sentí una punzada de dolor en el hombro, pero no le hice caso. Ella me revolvía el copete con los dedos mientras nos besábamos. La dejé aterrizar con cuidado sobre el Bösendorfer y separé sus esbeltas piernas. Llevaba una pequeña carrera en la negra media. Mi lengua se deslizó curiosa por sus muslos en dirección al punto más sagrado de su cuerpo. La parte delantera de su slip de seda estaba empapada. Lo aparté a un lado. Su coño babeaba como la boca de un bebé. La lamí y la absorbí ávido como un paria expulsado al desierto que tras vagar hambriento durante días y luchar contra un sol despiadado, por fin encuentra un oasis donde saciar su sed.

—¿Cuántos dedos? —le pregunté.

—Pues... uno —jadeó.

Y un minuto más tarde: “Dos, porfa”.

Medio minuto más tarde: “Tres, porfa”.

Después le tocaba el turno a mi polla.

Follamos como una buena pieza de música; con fuerza, dejándonos llevar. Sus pechos se movían en circulitos haciendo que sus pezones dibujaran os en el aire. Con cada golpe, sus talones se levantaban del teclado para volver a caer encima haciendo ruido. Sonaban notas altas y bajas al mismo tiempo, con intervalos cada vez más breves. Se fueron acercando al apoteósico final y lo alcanzaron con acompañamiento de una pareja de solistas. Seguí golpeándola hasta que se vino entre gemidos. Mi pene escupía como una manguera de bomberos. Por fin conseguí controlarla de nuevo. Nos reímos, nos besamos y miramos la brillante obra de arte consistente en millones de espermatozoides pululando sobre sus pechos y vientre.

Olvídate de poner música mientras follas. Es mejor componerla uno mismo.

Kyra y yo estábamos sentados desnudos en la banqueta del piano. Ella, en dirección contraria sobre mi regazo, me achuchaba y me besaba mientras yo

tocaba despreocupadas melodías.

—¿Desea escuchar alguna canción en particular, señorita?

—¿Sabías que eres el único con quien consigo venirme?

Dejé las yemas de los dedos apoyadas sobre las teclas unos instantes.

—¿Con quién más follas, entonces?

—Con nadie. Quiero decir que nunca conseguía correrme mientras follaba.

—¿En serio?

—Sí.

—Lógico.

Entoné unos bellos fragmentos del *Nocturno número 20, en do menor* de Chopin.

—¿Lógico?

—Seguro que solo lo has hecho con pollitas de la zona de los canales.

Apretó sus muslos con fuerza alrededor de mi cintura en un intento de ahogarme. Su colmillo me rozó suavemente el cuello. Mientras mi mano izquierda tocaba los arpeggios, la derecha interpretaba un efímero *pianissimo*.

—¿Alguna vez has oído hablar de Mahoma, el profeta?

—Hubo jaleo con unas caricaturas de él, ¿no?

—Sí. Les dijo a sus compañeros que si estaban con una mujer, tenían que hacer que ella se corriera primero, antes que ellos.

—Un gran hombre, el Mohamed, ese. Oye, ¿eso que estás tocando es Chopin?

Asentí y dije: “Si adivinas qué nocturno es, salgo desnudo a la calle y me zambullo en el Keizersgracht”.

Con la cabeza apoyada en mi hombro, tarareó un fragmento al son de la música. Su voz produjo unas mínimas vibraciones.

—¿La 20?

—Error.

Pasé paulatinamente a otro nocturno, pero ella lo notó a los pocos acordes.

—¡Eres un sinvergüenza, lo había adivinado! ¡Desnudo a la calle, YA!

Le dije que había quedado con Ys.

Le pedí que se levantara.

Dijo que quería repetir.

Yo estaba cansado.

Me chupó el oído.

—¿Uno rápido?

—Levántate.

—Tonto.

Atravesé el Hilton y salí al jardín. En la terraza del embarcadero almorzaban huéspedes del hotel, políticos y criminales de guante blanco. La lancha de Ys, De Ysbreker, “el rompehielos”, tenía allí su hogar. Se la había regalado su padre para su dieciocho cumpleaños. El padre de Ys era un exitoso comerciante de embarcaciones. Vendía lanchas de lujo y pequeños yates en Holanda y en el extranjero.

Ys estaba soltando las cuerdas.

—¡Ratero rubio, deja esa lancha!

—¿Estás solo?

—Sí, ¿por qué?

Eché mi mochila al fondo de la lancha, salté haciendo que se balanceara y me senté encima de las almohadas de diseño.

—Llama a alguna nenita.

—¿Por qué? Ya te tengo a ti. Ya he estado con dos chicas esta mañana. Necesito descansar.

Ys puso en marcha el motor.

—No me digas que has estado con Evelien Y con Kyra.

Le di un saludo militar y dije: “¡Uy! ¡Zarpemos, capitán!”

Él agitó la cabeza.

—Estás confirmando el cliché, Sam —dijo.

—¿Cuál de ellos?

—Todos los marroquíes son *playboys*.

—¿Podemos dejar el eterno tema de los marroquíes aunque solo sea por once segundos? Estoy harto de eso.

—A veces hay que reconocer la verdad.

—¿Qué verdad?

—Pues eso, la verdad.

—Que los jodan a ti y a la verdad.

—¿Estás un poco irritado, Sammy? ¿Demasiado tiempo sin hacer pesas? ¿Acumulación de testosterona?

Me tendí sobre las almohadas, miré fijamente el tejado del Hilton y me acordé de aquel famoso yonqui que saltó desde allí.

—¿Qué tal va en el entrenamiento con mi hermano?

—Agotador. Es un verdugo.

El día anterior, al subirse Ys a la Vespa de mi hermano delante de casa, me llamaron por teléfono para decirme que mirara por la ventana.

Mi hermano me gritó: “¡Ten cuidado!”

—¿Con qué?

—¡No te vayas a dislocar el otro hombro haciéndote pajas!

Salieron a toda velocidad riéndose a carcajadas.

Imbéciles.

Ys empujó la orilla para llevar la lancha al centro del canal y preguntó: “¿Quieres que pasemos por el barrio chino a ver a tu hermano?”

—Haz lo que te apetezca.

En cuanto lo liberaron, mi hermano puso un comercio y empezó a trabajar.

No era un comercio cualquiera.

Era una tienda porno.

Mientras él estaba en prisión, los políticos habían decidido que era hora de renovar el sistema penitenciario. Dos en cada celda, por falta de espacio. El compañero que le asignaron resultó ser un temido mafioso de la industria sexual de Ámsterdam. Era el propietario de la mitad de las ventanas de putas y de las tiendas porno del barrio chino. Se hicieron muy amigos. Por una u otra razón, mi hermano entabla amistades con facilidad. No sé si es una cualidad positiva o negativa. Lo importante es, naturalmente, qué tipo de amistades haces.

Pero sigamos.

A mí no me pareció muy acertado que nada más salir de la cárcel buscara otra vez el lado oscuro de la ciudad. El barrio chino es un criadero de narcotraficantes, yonquis, traficantes de seres humanos, *loverboys*, agentes corruptos... en fin, gente indeseable.

Ese fue el motivo por el que tuvimos una fuerte discusión poco después de que saliera de la cárcel.

Le pregunté por qué no empezaba a trabajar como entrenador personal en vez de montar una siniestra tienda porno. Era un experto en *fitness*: sabía cómo realizar los ejercicios correctamente, qué alimentación era la adecuada, y conocía el cuerpo humano —los músculos, los tendones, las articulaciones— a la perfección.

—¿Motivar a esos panzones? No existe trabajo más duro que ese —dijo.

—Aún no se ha muerto nadie por trabajar un poco duro.

—Es solo por un tiempo. Mientras tanto buscaré un empleo mejor, como comprar ventanas y alquilarlas a putas. O me haré proxeneta.

—Tengo la impresión de que quieres volver a la cárcel. Te vas a convertir en un criminal-de-puerta-rotatoria.

—¿Cómo dices?

—Ya me has oído. Criminal-de-puerta-rotatoria.

Salí deprisa del cuarto.

Volver a compartir habitación con mi hermano era diferente a como me lo esperaba. Encendíamos la televisión: él quería ver ese programa y yo aquella serie. Si me apetecía tocar el piano, no le dejaba dormir. Y a ver si recogía mis trastos y podía entrar sin tropezarse con partituras, libros de texto y ropa. Buscaba un programa de porno para hacerme una buena paja, entraba él. Era como tener un fastidioso compañero de celda.

Por la noche empezaron a aparcar junto al banco unos tipos siniestros que yo nunca había visto por allí. Mi hermano se metía en su coche y se quedaban horas y horas hablando. A veces bajaban las ventanillas para que saliera el humo de los cigarrillos. Para mi asombro, también Ys se montaba a veces.

No era como antes. Mi hermano se había perdido una gran parte de mi juventud y de mi desarrollo. Y el suyo se había estancado un tiempo, claro.

Grandes baches en el camino de la fraternidad que daban pie a viajes muy agitados.

Navegamos tranquilos por los lisos canales mientras la ciudad se deslizaba a nuestro lado. Yo me tendí en la parte delantera, de cara a Ys. Él

manejaba el enorme volante de una forma un tanto peculiar: con los dedos de los pies. De vez en cuando corregía un poco el rumbo. Llevaba puestas sus gafas de sol Persol y tomaba sorbos de preparado de fresas y proteínas en una copa para vino.

Yo había sacado de mi mochila los libros de matemáticas, pero el sol reflejado en las páginas me deslumbraba y solo veía manchas blancas, aunque podría ser también por las fórmulas. Tiré los libros al suelo de la lancha. El viento estaba más interesado que yo en la materia de examen y se puso a pasar páginas. Pensé que dentro de muy poco tendría delante de mis narices las preguntas de los exámenes finales.

—Ys, ¿qué nota tienes en matemáticas?

—Un ocho coma seis.

—¿Y en historia?

—Tres coma ocho.

—O sea, que si quieres aprobar, tiene que ocurrir un milagro.

—Estamos navegando, ¿podemos hablar de otra cosa?

—Tengo un plan magnífico, Ys. Ya repetí un curso. Me voy a sacar ese diploma de VWO, aunque para ello tenga que secuestrar a la mitad del instituto.

—Ya me contarás mañana tu magnífico plan.

—No, ahora.

—Sam, mañana.

—Mañana por la mañana, entonces.

—A propósito, ¿tus padres aún no se han enterado de que tuviste que repetir un curso?

—Si no hubiera repetido curso, no nos habiéramos conocido.

—Sé qué vas a ser de mayor.

—A ver.

—Los mentirosos suelen convertirse en escritores.

—Todos los escritores están tocados. Yo no.

—¿Ah, no? ¿Olvidas en qué barrio vives? ¿Cómo era el lema... “Mi barrio es una...”?

Le tiré una almohada a la cabeza.

La oscuridad nos envolvió unos momentos. Pasábamos por debajo de un

punte. Gigantescos tornillos, telas de araña y nidos de pájaros. Solo después de salir del túnel me di cuenta de que era el puente donde siete años antes había visto cómo atropellaban a una paloma cuyas alas se metió en el bolsillo un transeúnte chiflado.

—Estoy pensando en dar una fiesta grandiosa después de los exámenes —dijo Ys—. En el chalet de los lagos de Vinkeveen. Y voy a invitar a todas las viejas buenas del insti.

—¿No sería más aconsejable concentrarte ahora en los exámenes?

—Soy más de hacer planes a largo plazo.

Saqué una botella de agua de la pequeña nevera que había debajo del volante y tomé unos sorbos. Me fui a sentar al lado de Ys y le pregunté: “¿Qué quieres hacer después de los exámenes?”

—Acabo de decírtelo: dar una fiesta.

—Me refiero a después.

—No lo sé.

—Creía que te iban los planes a largo plazo.

Ys cogió su teléfono y llamó a mi hermano para decirle que íbamos a pasar a verlo.

El año anterior, cuando nos dijeron que habíamos aprobado quinto, Iris estaba tan orgullosa de nosotros que nos preparó una sorpresa. Me invitaban a ir con ellos de vacaciones a Bali.

—Sam, nos vamos a morir de risa con los aborígenes —dijo Ys.

Estuvimos cuatro semanas en un chalet de lujo. Por primera vez en mi vida comí langosta y bistec de canguro. Cenábamos todas las noches en elegantísimos restaurantes en el moderno barrio Seminyak: Metis, Ku De Ta, Gado Gado, Khaima. Este último era un restaurante marroquí. El mismo propietario fue quien nos atendió toda la velada. Yo pedí la comida en árabe. Él se asustó, me dio un empujón y después nos hizo descuento.

—Un pueblo muy errante, el marroquí —dijo Ys.

Aprendimos a hacer surf y a bucear. También fuimos a pescar en el Océano Índico. Mientras permanecía sentado con las piernas colgando del barco, miré hacia arriba, a la infinidad azul y me acordé del lugar de nacimiento de Evelien. A cada medio minuto, Ys pescaba un atún, una barracuda o un pez de

esos planos de colorines. Yo no pescaba nada. Aunque utilizábamos el mismo cebo y las mismas cañas. No podía creer que él tuviera tanta suerte, así que lo acusé de jugar sucio. Me pasó la caña mágica y yo le di la mía. Seguí sin pescar nada y él siguió cazando un pez detrás de otro.

Iris me confesó que no solo me había invitado porque estaba orgullosa de nosotros. No podía quitarse de la cabeza la historia sobre el viaje de tres días en coche a Marruecos.

Después de las vacaciones en Bali, a menudo Iris me llevaba con ella al salón de belleza de la Minervalaan porque le disgustaban los poros de las aletas de mi nariz. Después del tratamiento, yo no veía la diferencia, ella sí. Y ya que estábamos allí, se encargó de que me blanquearan los colmillos.

Mientras Ys estaba con mi hermano en el gimnasio, yo llevaba a Iris en la Vespa a inauguraciones en salas de arte postmodernas de la zona de los canales.

—¿Entras conmigo? Vamos a enredar un poco —me decía.

—¿Puedo entrar?

—Pues claro que puedes entrar. Es la exposición de una amiga mía. Pon la cadena al escúter.

—¡Vale!

Entrábamos e intentábamos estudiar con mucho interés esculturas de corteza de árbol que se vendían por muchos miles de euros. Al final de esos eventos solía haber una actuación de un poeta acompañado por un músico, generalmente un violinista, que soltaba historias incoherentes sobre la importancia del arte, que sería imposible vivir sin él, que toda la vida es arte y esas tonterías artificiales que los presentes escuchaban asintiendo con la cabeza como pacientes de Parkinson. A mitad de esas soporíferas historias, Iris y yo nos retirábamos sigilosamente para ir a comer una ensalada en algún sitio. A la vuelta, aparcaba la Vespa y paseábamos cogidos del brazo por el Vondelpark. Después íbamos a la P.C. Hooftstraat “en busca de gangas”. Todos los propietarios y encargados de las tiendas conocían a Iris, la obsequiaban con *latte machiato* y la invitaban a pasar al almacén para echar una mirada a la nueva colección. Ella inspeccionaba los trapitos con expresión indecisa mientras revolvía su café. Algunos incluso habían apartado un vestidito monísimo o unos zapatos de tacón porque estaban seguros de que a Iris le iban

a chiflar.

En la tienda de Ralph Lauren compró calcetines para Ys y una camisa de cuadros para mí.

—¡Muchas gracias! No era necesario —le dije.

—Todos tenemos derecho a un golpe de suerte de vez en cuando.

—¿Iris?

—¿Qué?

—¿Por qué carajos lleva la marca Ralph Lauren un emblema con un tipo maltratando a un caballo?

Me explicó que no era al caballo a lo que golpeaba, sino a una pelotita. Resultó que era un deporte que se llamaba polo. Mientras me lo explicaba, noté que se esforzaba por no reírse de mí. El empleado de la caja no pudo contener una risita. Lo miré: “¿De qué te ríes?”

—De nada, cosas mías.

Seguí mirándolo.

Iris tiró de mí y dijo: “Oh, Sam, a veces eres para comerte”.

—No, no lo soy. ¿Quieres que ponga mi cara de mala uva?

—Seguro que aún te da un aspecto más encantador.

Salimos de la tienda.

Delante de la puerta me dijo: “Hablando de caras de mala uva, tengo que decirte algo, pero promete que no te enfadarás”.

—¿Cómo iba yo a enfadarme contigo? Dime qué pasa.

Se sentó a una mesa de la terraza que había junto a la tienda de Ralph Lauren. Yo me senté a su lado.

—Bien —respiró hondo y miró mi cabello—. Ese pelo... con los laterales tan cortos... Tienes que hacer algo.

—¿Por qué?

—Asusta a la gente.

—Eso es justamente lo que quiero.

Se acercó un camarero.

—Estoy hablando de algo muy importante, ¿puede volver en unos minutos?
—le preguntó Iris.

—Naturalmente.

—Gracias. Permite que te hable desde mi papel de madre. Sam, estás en

sexto de VWO —continuó—. Probablemente, el año que viene empezarás una carrera. Con un peinado así la gente pensará: “Ahí tienes a uno de esos”.

—¿Y eso no lo dice todo sobre la gente que piensa así?

—En eso tienes razón.

—¿Fue eso lo que tú pensaste de mí?

—¿Quieres una respuesta sincera?

Sonreí mientras me pasaba las manos por los lados de la cabeza y las juntaba detrás de la nuca.

—Conozco a un peluquero buenísimo en la calle Cornelis Schuyt. Deja que te crezca un poco el pelo a los lados y te llevaré conmigo. Él te lo cortará muy bien. Y si de todas formas no te gusta, siempre podemos decirle que te afeite los laterales. ¿Qué te parece?

—No sé si estoy preparado para eso.

—Piénsalo. Date tiempo.

—Sea, mami.

Nos sentíamos como dos niños traviesos, pedimos dos *sgroppinos* y empezamos a mirar a nuestro alrededor y reírnos de la gente que pasaba.

La situación era la siguiente: mientras que al principio yo me hice cargo de Ys, mi hermano se encargaba ahora de ello. Y mientras que al principio mi hermano se hizo cargo de mí, Iris le tomaba el relevo paulatinamente.

Navegábamos por la Oudezijds Voorburgwal, en pleno barrio chino. Atracamos delante de la tienda de porno, subimos a la calle y entramos, Ys delante.

—¡Ys! ¡Sam! Ys, ¿no tienes agujetas de ayer?

—Las piernas, hermano. Esta mañana no podía ni andar, mierda.

—Así me gusta. *Squats* para las piernas. ¿Vienes a comprarle a Sam un cinturón de castidad? ¿Para impedir que se pajee?

—No tiene nada de gracia repetir todos los chistes mil veces —dije.

—Sí que tiene gracia si cuando entro en el dormitorio veo que te escondes la verga deprisa.

Los dos se echaron a reír mientras yo me daba la vuelta y empezaba a inspeccionar la tienda. Películas porno, grilletes enguatados, muñecas hinchables, mordazas, pinzas para los pezones, látigos, bombas para el pene y

pistolas vibrador. Olía mucho a látex.

Ys le susurraba secretos a mi hermano. Levanté la mirada. Mi hermano guiñó el ojo, pero no a mí.

Ys preguntó si podía comprar una tira de condones y unos tubos de lubricante a precio de amigo.

—Voy a organizar una fiesta después de los exámenes.

—¡No te olvides de invitarme! —dijo mi hermano—. ¡Aún tengo que recuperar mucho tiempo perdido!

—¡Estás a la cabeza de la lista de invitados, hermano! ¡Ah, no! Estás como portero, para impedir el paso a esos jodidos marroquíes. Como Sam.

Abrí las puertas de cristal de una vitrina, cogí un fusil que terminaba en un vibrador y apreté el gatillo. El pene de látex empezó a zumbar y a moverse de un lado a otro.

—Ys, te voy a meter este fusil vibrador por cierto sitio. Sin lubricante. A ver si después consigues hacer un puto *squat*.

—No cabe duda de que estamos ante un enfermo psíquico —respondió Ys.

Mi hermano le dio una bolsa llena de Durex Featherlite y tubos de lubricante y le dijo haciendo un guiño: “Invita la casa. Disfrútalo. ¡Nos vemos!”

6

Este era el maravilloso plan: yo haría el examen de historia de Ys, y él, mi examen de matemáticas.

Empezamos con el de historia.

La última vez que había estado tan nervioso era cuando esperaba a mi hermano en la puerta de la cárcel.

Habíamos ensayado un millón de veces en el jardín de Ys: yo pido una hoja en blanco extra para hacer apuntes. En esa hoja copio todo el examen con otra letra, cambiando un poco la formulación de las frases. Arriba pongo “Ysbrand Paars”. Recojo muy servicial todos los exámenes de los estudiantes a mi alrededor y los entrego al primer vigilante que me encuentro. Ys recoge también los exámenes de los alumnos a su alrededor y los entrega, pero sin el suyo.

Caminamos en silencio por los pasillos hacia el gimnasio, como condenados a muerte camino a la silla. Con un bolígrafo en la mano, abrí la puerta y dejé pasar a Ys: “*Après vous*”.

—Si tu francés fuera igual de bueno que tus matemáticas...

—¿Vas a hacerte el gallito? ¿Quién va a hacer tu examen de historia en unos minutos? Di que me quieres.

—Jódete..

—Gracias, muy amable. ¿No te ofrecieron cariño de bebé? ¿Nunca te daban un beso de buenas noches?

—Suerte, histórico.

Chocamos los nudillos y nos acercamos a las filas de mesas.

No tuve conciencia del riesgo que realmente corría hasta que me senté. Los profesores se paseaban por entre las mesas vigilándonos como carceleros. Los dedos me temblaban igual que cuando tienes frío, así que los metí debajo del culo hasta que me pusieron el examen delante de las narices. Si la cosa salía mal, nos inculparíamos. Era vencer o morir.

Dios santo, ¿por qué había hecho la Promesa de Pisa?

Los profesores empezaron a repartir hojas de papel y exámenes.

Me dieron una única hoja y el examen de historia.

—¿Podría pasarme otra hoja en blanco?

—Con una tendrás más que suficiente.

—En serio, necesito dos. Por favor.

—Una son ya cuatro páginas.

—Es para tomar notas.

—Haberlo dicho.

Solté una risita.

Me dio la hoja.

Ayúdame,

Alá.

El examen de historia era de lo más fácil, terminé en menos de una hora. Lo copié en la hoja para las anotaciones. Si se acercaba un profesor, deslizaba esa hoja tranquilo, impertérrito, debajo del examen. Cuando después de tres horas uno de los profesores rompió el silencio para decir que se había acabado el tiempo, puse arriba con buena letra: “Ysbrand Paars”.

Ys me miró preocupado.

Yo asentí.

Él dio unos imperceptibles gritos de alegría.

Ahora venía la parte más difícil. Miré a mi alrededor con expresión despreocupada. Recogí los exámenes de los estudiantes que estaban sentados delante de mí, detrás, a mi izquierda y a mi derecha y fui al encuentro de un profesor que me preguntó: “¿Cómo ha ido?”

—Bien y... bien —le contesté.

Le entregué el montoncito de exámenes y las hojas con las respuestas.

—Muchas gracias.

—¡De rien!

Los siguientes exámenes —francés, neerlandés, inglés, geografía y filosofía— me fueron bastante bien. El de matemáticas era el último, como si el destino no me fuera ya suficientemente adverso.

Al levantarme por la mañana, reprimí la tentación de llamar a la policía desde una cabina telefónica para avisar de una bomba. Para la ocasión podía adoptar un aterrador acento árabe.

En el gimnasio del Hervormd Lyceum Zuid hay escondida una bomba de clavos procedente de Irán. ¡Mucho éxito con la búsqueda! Terminaría con un *assalam alaykum* y una risotada diabólica.

La única razón por la que no llamé con el aviso de bomba fue porque solo supondría un aplazamiento de la ejecución.

Ys estaba dos filas a mi derecha. Escribía apasionado.

Miré enfadado el examen de matemáticas. Podía ser perfectamente uno de japonés. Para calmarme dibujé en mi hoja una duna del desierto con palmeras.

Por si acaso, me había metido en el bolsillo un truco de emergencia.

Fueron las tres horas más largas de mi vida. Esperaba oír una severa voz increpando a Ys y diciéndole que era una rata. Pero de momento solo oía el sonido de bolígrafos y lápices corriendo por el papel, aquí y allí un carraspeo y compañeros que se sorbían la nariz cada once segundos.

Cuando a las tres horas Ys me hizo una señal afirmativa con la cabeza, me sentí el estudiante de último curso más feliz de Ámsterdam.

Un profesor explicó: “Se acabó el tiempo. Dejad todos el bolígrafo o el lápiz encima de la mesa y metan las manos en los bolsillos. Permanezcan sentados hasta que hayamos pasado a recoger todos los exámenes. Quien se mueva, tiene directamente un uno”.

Una descarga eléctrica me recorrió todo el cuerpo. Los profesores empezaron a recoger los exámenes a toda prisa. Si llegaban a mi mesa, tendría que entregarles una hoja con una duna y unas palmeras. Ys me lanzó una mirada de pánico. Me preguntaba con los ojos: “¿Qué hacemos ahora?”

Siguiendo el consejo del profesor, metí las manos en los bolsillos, saqué rápidamente la cajita con el truco, la abrí debajo de la mesa y dejé que cayera

al suelo su contenido.

Una profesora estaba a solo dos mesas de distancia, una mesa... Cogió los papeles de mi vecino. Se me acercó. La miré y le sonreí de pura impotencia.

—Tienes cara de felicidad. ¿Ha ido bien?

Seguí sonriendo en silencio.

Ella miró mi examen.

En su frente apareció una profunda arruga.

Y en ese momento, una chica se levantó de un salto de su silla y dio un grito: “¡Ratas! ¡Ratas!”

Al ver las ratitas, todo el mundo se levantó chillando y se puso a correr caóticamente por el aula, tirando mesas y sillas al suelo. Los estudiantes intentaban aplastarlas con sus exámenes y los profesores se esforzaban por calmar el establo. Ys y yo nos buscamos en medio de la confusión, como harían dos amantes durante un bombardeo. Él me pasó el valioso examen de matemáticas y yo regresé a mi silla y me senté. Miré a la chica que había empezado a chillar y que ahora estaba en cuclillas encima de su mesa.

—Son solo ratitas bebé, tranquila, ¡no es para tanto! —le dije.

Mis dos ratitas fueron asesinadas. Se planteaba un problema ético: el sacrificio. Viva la tienda de animales. Había comprado las ratitas para alimentar a Sis, iban a morir de todos modos.

Los profesores terminaron de recoger los exámenes. Oí que hablaban entre ellos: “¡Hace unos días vi en el pasillo un ratón royendo un pedazo de pan!”

—Comen como las bestias que son. Y con la misma avidez con que se multiplican, ¡al cuadrado! En ese sentido son muy matemáticas.

Eruditas habladurías profesoriles.

Les entregué mi examen.

—Tome, aquí tiene.

Me levanté raudo.

Me acerqué a Ys.

Y él me dijo:

—Eres una-

—¡Rata!

Con el de matemáticas terminaba por fin el estresante periodo de los

exámenes finales, y eso había que celebrarlo. Ys y yo nos trasladamos a su chalet en los lagos de Vinkeveen. Las ventanas empezaban a ras de suelo y se prolongaban hasta el techo. Todos los dormitorios —siete— estaban provistos de aire acondicionado. Los suelos de los cuatro cuartos de baños eran de mosaico. En el enorme jardín había lujosísimas tumbonas, un trampolín, una barbacoa americana, una mesa de jardín y un atracadero junto al que flotaba una lancha rápida Riva Aquarama.

Evelien nos acompañaba. Yo disfrutaba cada vez más de la calma que la envolvía.

También vino Els, la chica con la que Ys estuvo charlando durante la fiesta en casa de Kyra. Nos quedaríamos allí hasta que salieran los resultados de los exámenes.

Dondequiera que paso la noche, soy el último en dormirme y el primero en despertar. Abrí despacio las puertas del jardín, bajé los tres escalones y me senté en la hierba mojada. El sol se abría paso por entre los campos de nubes, como en un pulso por ver quién tenía más fuerza. Un grupo de golondrinas pasó volando graciosamente por delante del sol. Me pregunté qué edad podía tener el roble que se alzaba en medio del jardín. Y el sauce amarillo que lloraba cerca del agua. Sus ramas recordaban el cabello de una mujer inclinada hacia adelante. Rozaban susurrantes el agua. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, me sentí en calma. La fiesta era esa misma noche. Después tocaba esperar la llamada telefónica de la liberación. Había llegado tan lejos —la meta ya estaba a la vista— que si me decían que no había aprobado, me volvería loco.

Preparé la mesa y desperté a los dormilones para desayunar juntos en el jardín.

Después nos montamos en la lancha para dar un paseo matutino. Ys le dio fuerte a la palanca del gas, el motor de la Riva se hincó en el agua haciendo que la proa saltara de golpe hacia arriba y la lancha zarpara a una velocidad vertiginosa. Las chicas y yo nos agarramos a las barandillas de metal. Evelien y Els gritaban: “¡Yihaaah!”

Las ráfagas de viento nos quitaban las lagañas. Navegamos a toda velocidad entre pequeñas islas, boyas y matojos de juncos. A lo lejos salían del agua unas velas blancas que parecían dientes de tiburón. Detrás de nosotros, enormes olas de popa. Ys pasaba expresamente por encima para

agitar bien el ganado. Saqué la mano por la borda y sentí el agua salpicarme los dedos. A los pocos minutos, las chicas se habían habituado a la velocidad y se tumbaron en la cubierta a tomar el sol como dos modelos en un posado.

Tomé el relevo al capitán. Ys acopló sus deportivas a la tabla de *wakeboard*. Aminoré la velocidad. Él se zambulló, se llenó la boca de agua y la expulsó mojando a Evelien y Els. Ellas empezaron a chillar como si hubieran visto una araña enorme.

Ys tomó una cuerda que estaba sujeta a la parte trasera de la lancha y dijo: “Aumenta la velocidad poco a poco”.

Por supuesto, yo di gas a fondo dando un tirón a Ys que lo dejó boca abajo en el agua. Nos reímos de él. Empecé a dar vueltas a su alrededor. Las olas le golpeaban la cara.

—Chicas, ¿qué les parece, lo dejamos aquí?

—¡Sí, sí! —gritaban ellas.

—¡Sam, vuelve!

Me dio lástima y acerqué la lancha con habilidad junto a él. Evelien y Els protestaron y en respuesta, Ys volvió a salpicarlas.

Aumenté la velocidad poco a poco, Ys se deslizaba haciendo muecas por encima de la ola de popa y realizaba trucos magníficos que había aprendido en YouTube. Después lo intentaron las chicas. Era un espectáculo cómico y muy sexi. La parte de arriba del bikini se deslizaba hacia abajo y cuando se lo querían reajustar deprisa con una mano perdían el control y se caían al agua dándose un batacazo monumental.

—Sam, ahora tú —dijo Ys.

—¿Olvidas que tengo una lesión de hombros, sucio sádico?

Regresamos al chalet algo quemados por el sol y agradablemente lánguidos. La diversión acuática había despertado nuestro apetito; no, era más bien la famosa variante africana: hambre. Evelien y Els hicieron una ensalada. Yo puse unos bistecs de ternera y pechugas de pollo a marinar y después los coloqué en la barbacoa. Ys nos miraba mientras saltaba juguetón en el trampolín.

—Ys, ven a vigilar esto un momento.

—¿Por qué?

—Tengo que hacer una cosa.

—¿Qué cosa?

—Luego lo verás.

Ys detuvo torpemente sus acrobacias y se puso mi delantal de mala gana. Piqué muy finito unas hojas de cilantro y de menta para servir las encima de los bistecs, el toque final que me había enseñado mi padre.

Junto a la barbacoa, Ys giró la cabeza y se puso a charlar con las chicas. La cuerda del delantal fue a parar al fuego y en cosa de segundos se convirtió en una tea. Intentó apagar el fuego a palmadas y al final corrió gritando por la hierba y se tiró al agua.

Nos sentamos a comer, Ys con una bolsa de hielo encima de la barriga. Se hacía el interesante, tenía la piel un poco roja, pero probablemente era por los golpes que se había dado él mismo. Mencionó que su madre podía aparecer en cualquier momento con unas amigas. Venían a “decorar el lugar”. A las siete llegaba el *traiteur* italiano con sus exquisitos canapés. Sobre las ocho, el DJ Pusyface. Y a las nueve, un equipo de cuatro empleados de Bacardi vendría a montar un bar de cócteles en el jardín.

—¡Guau, cócteles! —se entusiasmó Els.

Evelien se puso a lloriquear en falso.

—¡Qué mal, quiero quedarme!

—El hermano de Sam tampoco estará, tiene que trabajar —dijo Ys.

Hice como que no oía a Ys y me dirigí a Evelien: “Es una pena, cariño”.

Evelien no podía asistir a la fiesta porque a la mañana siguiente tenía un importante examen. Y eso me iba de perlas teniendo en cuenta que Ys había invitado a Kyra. Por equivocación, eso sí. Había enviado la invitación a todos sus contactos. Y Kyra había reaccionado como una flecha: “¡Nice! ¡Me apunto!”

—Evelien, ¿por qué no prescindes de ese examen? —preguntó Ys—. Preséntate a la recuperación, así tendrás más tiempo para prepararlo.

Le lancé una mirada asesina.

Evelien miraba al frente pensativa.

—Lo vamos a pasar de puta madre: comida, bebida, bailoteo...

Le di una patada por debajo de la mesa.
Él aguantó el dolor en silencio.
—¡Sí, quédate! —insistió Els.
Le di también una patada.
—¡Ay!
—Perdona, ha sido sin querer.
—No, no puedo quedarme —dijo Evelien por fin.
—¡Te llevo! —ofrecí.

Llevé a Evelien con la Vespa. Para cuando regresé, el jardín había sufrido una verdadera transformación. Estaba todo adornado con cintas azules y blancas. De las ramas de los árboles pendían farolillos de papel. Había mesitas iluminadas. Unas antorchas colocadas estratégicamente debían evitar que los fiesteros más audaces se cayeran al agua. Y a pocos metros de la orilla, unos farolitos cuadrados color crema bailaban con las olas.

Cuando llegué, la madre de Ys estaba colgando el último farol.

—¡Sammy!

Se bajó de la escalera y me abrazó. Olía a gloria.

—¿Qué te parece el jardín?

—Precioso.

—¿Verdad que sí? Cuando se haga de noche estará aún más bonito. ¿Me pones una copa de vino?

—Te olvidas de decir “*garçon*”.

—Si te diriges así a un camarero en Francia, estalla otra vez la revolución.

—Oh.

—En los restaurantes buenos lo normal es decir “*monsieur*” o “*mademoiselle*”.

Se subió a la escalera, se estiró y colgó el farolillo. Yo cogí una botella de Chardonnay de la mesa que había junto a las tumbonas.

—¿Iris? —dije.

—¿Qué hay detrás de eso?

—¿De qué?

—De ese anhelo que algunos holandeses sienten por Francia. ¿Puedes explicármelo?

—Buena pregunta... Pienso que es la vida aparentemente despreocupada lo que nos atrae.

Le di el vino asintiendo con la cabeza. Con la copa en la mano, ella se fue a sentar con sus amigas a la mesa del jardín. Querían tomarse una última copa con Ys y conmigo antes de irse. Pero Ys dio unas palmadas y dijo: “¡Bueno, vamos; a casa! No es una fiesta para ancianos”.

Entretanto, medio instituto ocupaba el jardín. Ys hacía de anfitrión, un papel que no se ajustaba en absoluto a su personalidad. Señalaba a su alrededor indicando dónde estaba qué. Poco a poco, el pinchadiscos Pussyface extasiaba a la alegre multitud con sus melodías electrónicas. El equipo Bacardi mezclaba cócteles con habilidad: caipiriñas, daiquiris, mojitos, *mai tais*. Cogí un mojito y no me medí con las *bruschettas*, el *vitello tonato* y la ensalada *caprese* que poblaban las mesitas.

Kyra llegó a toda velocidad en su Mini Cooper cabrio consiguiendo que todos la miraran. Llegaba tarde, al dictado de la moda. Se desmontó con sus tres amigas y gritó: “¡Ys y Sam!” Levantó los brazos y continuó en un afectado inglés: “¡Let’s party! “

De las cuatro, Kyra era la que mejor maquillada iba, con sus *smokey eyes*. Me las imaginé horas antes en su habitación, delante del espejo. Maquillándose unas a otras con una alegre música de fondo. Sombra de ojos, *eye liner* y rímel, todo en negro. Y mientras tanto, hablando de cosas de chicas: las compañeras a las que detestaban, precisas estimaciones del tamaño de las vergas que conocían, los chicos inalcanzables de sus listas, los admiradores que coleccionaban como pordioseros afligidos y suplicantes de una brizna de amor. Y para completar la sesión de maquillaje, barra de labios rojo fuego de Dior.

Kyra besó a Ys y a mí me dio un lametoncito en los labios. Pasó la palma de la mano por mi mejilla y me susurró: “Nunca me cansaré de repetirlo: ese proyecto de barba de dos días te queda supersexi”.

—Ese es mi oído malo. Repítemelo en este.

Me dio un golpecito en el costado.

Me lo había dicho ya en su fiesta, y desde entonces, nunca más me sentí inseguro sobre mi barba.

Fui a buscar unas bebidas para las chicas. Ys y yo charlamos con ellas un

rato. Kyra sacó un paquete de Davidoff Gold de su bolso rojo Hèrmes Birkin y preguntó: “Ys, ¿podemos acampar aquí esta noche?”

Encendió un cigarrillo con los ojos entornados y pasó el paquete a sus amigas.

—No voy a dejar que cojas el carro después de los cócteles que te has tomado. Sería una locura —dijo Ys.

—Eres un encanto preocupándote así de nosotras.

—¡Y ahora, a emborrachense todas!

—¡No hace falta que lo digas! Pero primero voy a llevar cuatro cositas al dormitorio. ¿Cuál nos has reservado?

—Elige el que quieras.

Desaparecieron en el chalet. Más tarde las vi bailando delante de los altavoces para sentir las vibraciones retumbar en su cuerpo.

Me paseé por entre las antorchas hacia el embarcadero y me senté mientras la fiesta continuaba detrás de mí.

Oscurecía lentamente. Unos anaranjados jirones de nubes decoraban no solo el cielo sino también el agua, plana como un enorme espejo. Ya casi no distinguía a los fiesteros, convertidos en unas siluetas bailando a la puesta del sol. Me sentí sereno. Era la combinación de un montón de cosas: el hecho de que hubieran terminado los exámenes, la naturaleza, el alcohol, Ys, Kyra, los juguistas. Me hace feliz ver que los demás son felices. Estaba agradecido de haber sido admitido en el Hervormd Lyceum. De otro modo, me hubiera perdido todo eso, y no hubiera querido perdermelo por nada del mundo.

Recibí una llamada de Evelien, pero no la cogí.

Evelien era sensata, tímida y amante del orden. Kyra era asertiva e impulsiva, inquieta y alocada. Las dos me calentaban. Evelien lo planificaba todo, lo que se dice absolutamente todo. Si me descuidaba, cogía la agenda hasta para planear un numerito.

Ys se me acercó.

—Sam, ¿pasa algo?

—Nada, viejo.

—¿Necesitas un poco de cariño?

—No, tío; más cariño y me atraganto con él.

—Textos poéticos a la puesta del sol, lo que yo pensaba...

—¿Qué quieres estudiar, Ys?

Se sentó a mi lado.

—A mi padre le gustaría que hiciera empresariales, como él. Pero no me apetece nada. Yo preferiría invertir en algo. Hacerme rico sin trabajar. Tengo una cuenta de ahorros a mi disposición. ¡Bah! No sé.

—Dale tiempo.

—Eso dice Iris.

—Ya lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Se lo he oído decir a veces.

—¿Cuándo?

—Cuando íbamos a alguna exposición.

—¿Exposición?

—Sí, ¿nunca te lo he contado?

—No.

El ambiente se enrareció un poco. Ys me miró sin entender.

—Pues nada, cuando tú ibas a entrenar con mi hermano, yo la llevaba a veces a una exposición de esas.

Asintió comprensivo.

—¿Por qué no iba en su Fiat 500?

—Estacionamiento.

—La próxima vez, que coja un taxi.

Me quedé callado unos instantes. Pero sentí una imperiosa necesidad de eliminar aquel espinoso ambiente, así que le dije: “No te preocupes Ys, no vas a tener un hermanastro dentro de poco”.

Él se rió medio a desgana.

—Pasemos a otro tema, por favor—dijo.

—A no ser que quieras tener un hermano —continué yo—, quiero decir, te llevas muy bien con mi hermano, ¿no?

Estaba yendo demasiado lejos, así que le pasé el brazo por los hombros, pero él me apartó de un empujón.

—¡Mierda, Ys, te estoy tomando el pelo, zoquete!

—Pasemos a otro tema.

—De acuerdo. ¿De qué hablábamos? Así que tu padre quiere que estudies empresariales.

—¿Tu padre no se mete en lo que tienes que estudiar?

—No.

—¿Quién tuviera un padre así! ¿Y tú? ¿Qué-

—Yo me he centrado en sacarme el diploma. No tengo ni idea de lo que voy a hacer después. Quizá el conservatorio, o historia, o atracar bancos. No lo sé, ni me importa. Antes lo desconocido me daba mucho miedo, pero ya no. Nos hemos hecho amigos.

—¿Cuántos cócteles te has tomado ya?

Tomé un sorbito de mi frío *mai tai* con miniparasol, saqué el palito con la guinda, me la metí en la boca y tiré del palito.

—Este es el cuarto. Con el quinto empiezo a hablar en francés.

Nos reímos y miramos a los patos pasar volando a ras del agua. Aplaudían sus propios graznidos chocando las alas en el agua; dejaban detrás una estela de burbujas y onditas que el cálido viento alisaba despacio a modo de plancha de vapor.

—Sam, si no te hubiera conocido a ti y a tu hermano, probablemente seguiría siendo un niño.

—Aún lo eres.

Sonreímos y nos dimos la mano como si fuéramos a echar un pulso. Sin querer, se tensaron los músculos de nuestros brazos y nuestros bíceps se asomaron por las mangas.

Ys se puso de pie, abrió su bragueta, me dio la espalda y orinó en el agua haciendo ochos. Un chorro claro y poderoso salpicó los blancos nenúfares.

—Y las bromas sobre los marroquíes no van en serio.

—Ya lo sé, idiota.

—Bueno, siempre hay un fondo de verdad.

—¡Que te jodan a ti y a la verdad! ¡Métete esa pinga y ven a bailar!

Sentí vibrar mi teléfono, era otra vez Evelien.

Cogí la llamada: “Hola, cuchicuchi”.

No me podía creer lo que me dijo.

—¿Estás de camino a dónde?

Ys me miraba expectante.
Cerré los ojos aterrado.
Y tragué saliva.
—Vale.

Colgué.

Ys me miró muy serio.

—Evelien está de camino...

—¿Qué dices? —me preguntó mientras se sacudía el pene.

—Está en la autopista. Su padre la trae en el coche. Se equivocó, el examen es la semana que viene. Me he metido en un buen lío. ¿Por qué tienen que pasarme estas cosas siempre a mí?

—Mierda la que se va a armar cuando se vean las dos. Suerte que tenemos un botiquín en el armario de la cocina.

—No tiene gracia, Ys.

Abandoné el embarcadero desesperado y busqué a Kyra entre la multitud. Alguien me dio un pellizco en el trasero, me di la vuelta. Era ella.

—Hola, bello pianista, ¿quieres “tocarme” a mí más tarde con esos rápidos dedos tuyos?

—No. Esta noche tendrás que contenerte.

—¡Uy, un chico difícil! ¡Qué emocionante! Ya veremos cuánto tiempo resistes.

—Evelien está por llegar.

—¿Cómo dices?

Me quedé callado. No eran palabras aptas para la repetición.

—Muy bien. Entonces me voy. Adiós, Sam —dijo.

Se dio la vuelta para alejarse. ¡Y yo di un salto de alegría! Pero entonces se detuvo y dijo: “No, espera. No me dejes ahuyentar”.

—¿En serio?

Intentó darme una bofetada, pero mis reflejos fueron más rápidos.

—Solo te dejes que me pegues mientras follamos.

—Nunca más te volverás a acostar conmigo. ¿Por qué Evelien? ¿Por qué ella?

Miré al suelo. Unas hierbitas afeaban los laterales de mis zapatos.

—Kyra, eres superguapa...

—¡Déjate de idioteces!

Intentó alejarse, pero yo la agarré de la mano.

—Haré todo lo que me pidas. Todo. Pero por favor, no la montes esta noche —le rogué.

—¿Cuál es tu definición de “montarla”?

—Sabes a lo que me refiero, déjate de juegos.

—¡Ah! ¿Ahora soy yo quien juega? Eres el colmo.

Pussyface subía los decibelios poco a poco. Cada tantos segundos se ajustaba los auriculares. Movía la cabeza con virulencia al ritmo de una mezcla de *hiphop* y *house*.

—Prométeme que te portarás bien. Por favor.

—¡Vaya cara de lástima pones, hombre!

—Lo sé. ¿Por favor?

Dio un suspiro.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo con qué?

—Que me portaré bien, Sam.

—Gracias.

Se alejó.

Al llegar Evelien, Kyra me miró con desconfianza. Kyra era capaz de follarme con la mirada, pero también de matarme. Evelien se acercó al bar de los cócteles y Kyra la siguió. Yo me quedé —sabiamente— a cierta distancia. Ys también las vio y señaló con la mirada hacia el bar. ¡Dios santo, se observaban como dos leonas! Kyra consiguió su cóctel primero y regresó a la pista de baile paseándose con arrogancia. El pinchadiscos alcanzó el clímax musical, todo el mundo gritaba eufórico. Evelien se me acercó y dijo: “Bue..., tu amiguita también ha venido. ¡Salud!”

—No empieces, Eef.

—¿Qué hubiera pasado si no hubiera vuelto?

—Que no estarías aquí.

—¿Te la habrías tirado, verdad?

—Tonterías hipotéticas.

Fui a orinar al baño.

A partir de ese momento me sentía tan incómodo que iba a buscar *mai tais* de tres en tres, los tres para mí. Había hecho cuatro viajes al bar. Eso son... tres por cuatro... ¿doce? Además de los mojitos de antes, en total... Pero ¿por qué carajos estaba yo haciendo cuentas en mi fiesta?

Tenía la impresión de que mis movimientos eran cada vez más ligeros y más lentos al mismo tiempo. El viento hacía que las antorchas brillaran como estrellas, tenues y de repente intensas. Los sudorosos escolares bailaban hasta quedar empapados en sudor y sus sombras bailaban con ellos en la hierba. Junto al bar, Evelien se tomaba un chupito detrás de otro.

Tuve una idea luminosa. Decidí que para recuperar la alegría necesitaba darme un revolcón con Evelien. También ella cambiaría de humor si se liberaba del disgusto quitándose la ropa. La verdad era que no me importaba demasiado cómo se sentía Kyra.

Evelien se negó al principio, pero la convencí. Sin embargo, al tirar de ella para entrar en el chalet, miré si Kyra no nos veía.

En la oscuridad del dormitorio me tropecé con trastos que había por el suelo. Evelien me pidió que cerrara la puerta con llave. Trajiné con la cerradura. Nos abrazamos apoyados contra la pared. Me dejé caer sobre la cama y le pedí que hiciera aparecer mi verga. Estaba más dura que una maza. Nos desnudamos uno al otro con torpeza. Nos besamos y ella me hizo una mamada. Con más pasión que en la piscina. Mientras su lengua acariciaba mi verga, yo la lamía a ella. Por entre nuestros contenidos gemidos, sentí las sacudidas del bajo. Intenté comérmela al ritmo de la música.

De repente se abrió la puerta para dar paso a una corriente de sonidos de fiesta. La puerta se cerró deprisa... los dos nos detuvimos. Sobre el suelo de madera resonaban pisadas. El dormitorio estaba a oscuras, así que no sabía si era Ys u otra persona.

Se encendió una tenue linterna de teléfono.

El foco de luz se deslizó por el suelo en busca de algo.

Un aparatoso suspiro.

Kyra.

Oí cómo sus dedos buscaban algo en la pared.

El sonido cesó.

Se encendió la luz.

Kyra nos miró. Estaba a los pies de la cama. Evelien y yo nos quedamos de piedra, como conejos atrapados en el foco de luz de un faro de automóvil. Me habían visto desnudo las dos, en más de una ocasión, y soy muy partidario del exhibicionismo, pero esta vez mi desnudez me resultó especialmente desagradable.

El labio inferior de Kyra temblaba. Su pecho empezó a subir y bajar con más rapidez. Miraba ininterrumpidamente a Evelien. Puso la rodilla encima de la cama hundiéndola en el colchón. Avanzó de rodillas, balanceándose, hacia nosotros. El último trozo gruñó como un tigre y de repente se lanzó sobre Evelien y... ¡la besó en toda la boca! Creí que soñaba. Mientras se besaban, Kyra se desnudó. Se abrazaban como si estuvieran congeladas e intentaran calentarse mutuamente. En el mismo momento en que creí haberme quedado solo, alguien me agarró la verga. Se hinchó como nunca antes, parecía que la felicidad la iba a hacer implosionar. Cerré los ojos unos instantes. Era una mano fría, y por la forma en que me pajeaba, supe que era de Kyra. El foco de atención se desplazó. Cuatro labios, cuatro manos y veinte dedos tocando mi cuerpo, arañándolo, dándome cachetitos y besos. Utilizaban mi chocolatina como rascador. Nuestros cuerpos se trenzaron como el cabello de una niña. Yo daba órdenes como un general: “¡Kyra, siéntate encima de mi cara, ahora!” y “¡Evelien, móntate en mi verga, ya!”

Después las empujé a las dos encima de la cama y separé sus piernas. Tenían los coñitos más perfectos de la galaxia. Sentado sobre mis tobillos, con las manos encima de mis muslos, como Dios manda, las miré mientras ellas se besaban amorosas y se acariciaban la cara mutuamente. Grabé la imagen en mi memoria para recordarla más tarde, cuando estuviera solo en la cama. Mi posición era exactamente igual a la de los musulmanes al final de la oración, cuando dicen: “Que la paz y el perdón de Alá estén con ustedes “.

Di las gracias a Alá y hundí la cara entre las piernas de Evelien mientras mis dedos tocaban a Kyra suavemente. Cuando me quedaba sin aire y subía a la superficie del mar como un buzo para coger oxígeno, cambiaba de labios. Mi plan genial era conseguir que las dos se corrieran al mismo tiempo y con ello, hacerme inmortal. Pero no salió bien. Kyra llegó la primera, sus gemidos

recordaban el llanto de una loba. Poco después Evelien se retorció por la cama como si el mismo diablo la poseyera.

Me dejé caer en la cama y les di carta blanca.

A la mañana siguiente me desperté en una cama vacía. Me sentí muy solo, pero después pensé que quizá era mejor así. Me levanté medio atontado y caminé tambaleándome por el dormitorio. Sentía la cabeza embotada pero, más que nada estaba hambriento. Salí al asfixiante salón: por todas partes — incluso afuera, tendidos en la hierba— había compañeros del instituto durmiendo. Parecía un campo de batalla sembrado de cuerpos. Unas nubes de nata montada se volteaban despacio y sin rumbo por el limpio cielo.

Ys también estaba despierto. Parecía cansado. Sentado a la mesa del jardín, miraba su iPhone. Al verme, se puso a reír sin parar: “Trío Real. ¡Cómo te lo montas, viejo!”

—¿Y tú, cómo lo sabes?

—Te busqué y no estabas por ninguna parte. Así que miré en los dormitorios y ¿qué trío de borrachos me encuentro? les tomé una foto —dijo agitando el celular—. ¿La subo en Facebook?

—Haz lo que quieras.

—Se la he enviado a tu hermano. Para que nunca más se meta contigo diciendo que solo te haces pajas.

—Muchísimas gracias, Ys. Pero en serio, ¿cuándo se han ido?

—Las amigas de Kyra la han llamado como un millón de veces. Hasta que ha salido semidormida y se ha largado en el Mini Cooper. Chocando primero con el contenedor de basura, la muy estúpida. Evelien se ha ido diez segundos más tarde con un grupito que volvía a Ámsterdam.

Respiré hondo, sentí el aire fresco en los pulmones, recordé la noche anterior y miré a mi alrededor mientras me rascaba la garganta.

—¡Qué pocilga, hombre!

—Los limpiadores llegan en una hora —dijo Ys.

Tres días más tarde, tumbados al sol en el jardín, esperábamos nerviosos la llamada de teléfono que nos liberaría. Entre las cuatro y las seis de la tarde, todos los estudiantes que habían hecho el examen final recibirían una llamada

telefónica de su tutor. Lo hacían en orden alfabético del apellido, así que a Ys lo llamarían antes que a mí. Era un mal momento para llamarse Zafar.

Desmenucé con habilidad un bloque de hachís. Antes de poner rumbo al chalet, habíamos pasado por casa del *straatcoach*; idea de Ys, que quería enmierdarse. El tipo nos contó alegre que las *coffeeshops* del barrio no tardarían en quebrar. Desmenuzar el hachís me permitía estimular y mantener ágiles mis dedos de pianista evitando que se entumecieran. Ys enrolló el porro y lo encendió. La punta se iluminó de un color amarillento en cuanto él aspiró llenando sus pulmones de Marruecos Mágico. Con unos golpecitos, tiró la ceniza en la hierba y me pasó el canuto. Tomé dos caladas y oí inmediatamente el susurro de cada una de las hojitas que colgaban de los brazos del roble. Vi claramente las redes de nervios que no solo servían para transportar la savia, sino que también ofrecían asidero a insectos honrados, como las mariquitas. Las hojas se movían por encima de nosotros como los indios durante una danza ritual - no más drogas para mí, por hoy.

El contacto con Evelien y Kyra estaba en punto muerto. Controlaba constantemente si se había apagado mi teléfono, pero no era el caso. Primero las veía por separado, después a la vez. Y ahora habían desaparecido.

Elvis me dedicó una canción desde el cielo: *Are you lonesome tonight?*

Yo le devolví el saludo: *“Fuck you, Elvis”*.

Aquí, en la tierra, todos estamos de prestado para con los demás.

Sonó el teléfono de Ys. Nos incorporamos de un salto y nos miramos. Cogió la llamada deprisa. Mientras hablaba, se pasaba la mano por el pelo.

—Vale... vale.. Sí, vale... Buenas tardes. Adiós.

Colgó.

—¿Y?

—Recuperación. El examen de historia fue un desastre. Gracias, Sam.

—¡No me jodas! ¿En serio?

—¡Claro que no! ¡He aprobado!

Quería abrazarlo, pero él pasó corriendo a mi lado y se zambulló feliz en el agua.

—¡Eres un *fucking* genio, Sam! —gritó apartándose el pelo de los ojos con un rápido movimiento de la cabeza—. Estas han sido las palabras del señor Van Kleef: “Una nota excepcional para historia, ¡un nueve coma tres!”

Llamó inmediatamente a mi hermano.

Por unos instantes me arrepentí de haber hecho su examen de historia.

Yo no creía realmente en Dios, pero recé como un idiota por que me llamaran con buenas nuevas. Miré al cielo. En busca de fuerza divina. Ausencia total. Así que agucé mi oído como un perro en busca de su amo. Entre los susurros de las hojas no distinguí voces. Alá debía de estar muy ocupado con la Primavera Árabe.

Se asomó la superstición. Saqué del bolsillo una moneda de dos euros y me la puse encima del pulgar.

—Ys, ¿he aprobado o no? Cruz es aprobado. Y cara-

—¡Yo digo cara!

—¿Qué clase de amigo eres?

—No tiene gracia decir los dos cruz.

Eché la moneda al aire, la atrapé al vuelo y la puse en el dorso de la mano.

—¡A ver?

Aparté la mano con cuidado.

La cara de la Reina Beatriz.

No creía lo que veía.

Sonó mi teléfono.

Cogí la llamada.

—¿Hola?

Ys intentaba escuchar la conversación mientras se terminaba de fumar el porro. El agua goteaba de su barbilla a mi hombro. Lo aparté de un empujón.

—Bueno, vale, muy bien. Hasta entonces —dije antes de colgar.

—¿Y? Dí algo, Sam, dímelo. ¡No aguanto este suspenso! Has dicho “Muy bien” y “Hasta entonces”. ¿No será sarcásticamente, espero?

Me miró con aquellos ojos de cachorro que yo creía olvidados para siempre.

Dios santo. Tenía ganas de llorar. Arrodillarme y rodar por la hierba dando manotazos a mi alrededor como un niño rebelde. Prender fuego a todo lo que se pusiera en mi camino. Mirar cómo bailaban las llamas, se alimentaban, crecían, se debilitaban y morían. Después de las guerras, o

cuando finaliza un periodo de grandes dificultades, la gente hace enormes hogueras. Grité como un loco: “¡He aprobado, mierda! ¡He aprobado!”

Nos pusimos a bailar en el jardín como idiotas mientras llamaba a mi hermano con la fantástica noticia.

Cuando Ys dijo que en cuanto llegara a casa iba a colgar la mochila y la bandera en la fachada —una tradición muy holandesa—, me quedé callado un instante. Su comentario sembró en mi interior una sensación inquietante. Me encontraba ante un dilema. ¿Qué bandera colgaría yo del mástil?

En cinco minutos iba a empezar la hipócrita charla del director. El gimnasio ya no tenía el terrorífico aspecto de unas semanas antes, durante el periodo de los exámenes finales. Ys y yo y todos los estudiantes que habían aprobado estábamos sentados en el asfixiante gimnasio, decorado para la ocasión con guirnaldas y otros perifollos de colores. Llevábamos todos unas gorras negras de graduación que habían repartido los alborozados profesores. Era nuestro día, el día de los alumnos. Y aún así, muchas profesoras intentaban ganar protagonismo enfundándose por fin aquel vestido desteñido de tela de mantel que las hacía sentir de nuevo jóvenes, salvajes y llenas de vida. Ys y yo las miramos con la boca abierta.

—Ya sé qué quiero ser —dijo Ys.

—Dime.

—¡Estilista!

Nos reímos, giramos la cabeza hacia atrás y saludamos efusivamente. Mi orgulloso hermano, mis padres y mis hermanas estaban sentados al lado de los padres de Ys, todos nos devolvieron el saludo.

Iba a cumplir la Promesa de Pisa. El diploma de VWO, anhelado como un amor inalcanzable, llegaría a mis sudorosas manos en pocos minutos. Me imaginaba el momento en que pronunciarían mi nombre. Los afectuosos apretones de manos del director y del tutor. ¿Contarían historias empalagosas? Y mientras fanfarroneaban con esas tonterías, ¿se publicarían fotos a nivel mundial para ridiculizarnos?

Quería irme a casa a celebrarlo con mi piano de cola. Alegrarle el día otra vez al vecino de enfrente y coger los huevos al vuelo con la boca abierta.

—Sé lo que estás pensando —dijo Ys.

—¿Qué?

—Quieres irte. Yo también. ¿Nos vamos a dar un paseo en la lancha?

—Aguanta, viejo. ¿Qué vamos a hacer esta tarde?

—He quedado.

—¿Con quién?

—Con tu hermano.

El director trajinó con el mediocre micrófono. El técnico de sonido salió en su ayuda.

—Gracias por informarme.

—Ven con nosotros.

El director empezó a hablar.

—Damas y caballeros, bienvenidos a esta fantástica entrega de diplomas en un día magnífico.

El bullicioso público enmudeció.

En ese momento recibí una llamada. Era Demonio. Lo cogí deprisa.

—¿Una avería con el coche? ¿Dónde? —susurré antes de colgar.

Sentí aflorar una tenebrosa fuerza. Un fluido negro empezaba a recorrer mi cuerpo, se extendía como un derrame de petróleo y subía como el magma incandescente a mi pecho.

Me levanté, me deslicé sigilosamente hacia un lateral del gimnasio —”¿A dónde vas?”—, seguí el pasillo que conducía a la puerta y susurré algo en el oído del jefe de estudios mientras me frotaba el vientre con la mano y le miraba con la cara contraída. Él reprimió una carcajada y me abrió la puerta. Me quité la gorra y la tiré al rincón.

7

Me desperté de un susto. Llamaban al timbre, insistente y autoritariamente. Sabía muy bien quiénes eran. Y por quién venían. Vi que mi hermano no estaba en el cuarto, desde que salió de la cárcel se quedaba muchas veces a dormir en casa de sus conquistas. Me levanté de la cama ligero y bajé resignado. Unas firmes pisadas subían las escaleras del portal. Mi madre se preguntaba quién podía llamar tan temprano. Le dije que era Ys y que siguiera durmiendo. Yo esperé a mi visita apoyado en el marco de la puerta.

Cuatro agentes de paisano se identificaron.

La mujer preguntó: “¿Eres Samir Zafar?”

—No lo sé. Podría ser. ¿Quién soy yo? La pregunta crucial que seguirá atormentando al ser humano hasta que se extinga.

Los agentes se miraron.

—Perdonen mi humor mañanero. Sí, soy Samir Zafar.

—Queda usted detenido por sospecha de agresión con lesiones graves.

—Puede tutearme.

—Dese la vuelta.

Me la quedé mirando. Ella cogió las esposas.

—No volveré a decirlo.

—¿Tienen que ponerme eso?

—Efectivamente.

Me di la vuelta.

Cuando la agente colocó las heladas esposas en mis muñecas, di un tirón sacando las manos y grité: “¡Ay, ay! La p... madre. Tengo una lesión en el hombro, imposible ponerme las esposas. Lo siento. Póngamelas en los tobillos”.

La agente miró al agente. Él dijo: “Entonces, saque las manos hacia adelante”.

Fue un viaje grato, en el asiento de atrás del coche de policía, entre dos agentes. Olí una loción horrible y observé el recién afeitado y enrojecido rostro del joven agente a mi lado. Hubiera querido darle algún consejo de afeitado, pero con ello alteraría el equilibrio de poder; no podía hacerle una cosa así. Salimos de la Julianastraat para coger la Van Woustraat. Las calles estaban vacías, a excepción de un vivaz repartidor de periódicos. El sol empezaba a salir iluminando los pisos superiores de las casas. Por primera vez me fijé en la gran variedad de formas en los tejados. Nos detuvimos ante un semáforo en rojo; al parecer lo mío no gozaba de gran prioridad. El intermitente delató que íbamos a girar a la izquierda, al Ceintuurbaan. La agente en el asiento delantero trajinaba con la radio. Cambiaba continuamente de emisora, así que le pregunté: “¿Puedo pedir un número?”

—No.

—Busque Radio 4, la emisora de música clásica.

Dejó de pelearse con la radio y se giró hacia mí.

—¿Lo dices en serio?

—La frecuencia es 94.5. Búsquela.

Se giró de nuevo hacia adelante y se quedó callada unos instantes. Ganó la curiosidad. Acercó la mano a la radio para averiguar si lo decía en serio.

Una familiar voz femenina decía: “Escuche la música clásica como si presenciara el concierto”.

La agente sacudía la cabeza. Intentaba mirar a los ojos al agente que conducía, pero él miraba hacia adelante mientras tamborileaba suavemente en el volante. El semáforo se puso verde y antes de meternos por la Ceintuurbaan, le dimos la vía a un taxi.

“...una íntima mañana con nada menos que el compositor noruego Edvard Grieg. *La mañana* es una de sus piezas más conocidas. La escribió para la aún más famosa obra de teatro *Peer Gynt*.

La pieza suena cuando el protagonista Peer Gynt se despierta en el desierto

de Marruecos y ve salir el sol.

La mañana se interpretó también durante el funeral de la reina Juliana, en el momento en que los porteadores descendían con el féretro a la cripta de los Oranje-Nassau, en Delft.

En fin, no les hago esperar más. Estoy segura de que la versión para piano de *La mañana* les va a deparar una mañana fabulosa”.

El coche de policía circulaba por el centro de la Ceintuurbaan, que tenía el aspecto de una pista de aterrizaje. Sonaba una música de piano celestial. Yo miraba hacia afuera, veía los árboles con sus ramas colgando por encima de la calzada. Sin darme cuenta, mis manos esposadas se separaron de las rodillas y mis dedos empezaron a tocar en el aire con la música.

La pieza contiene un *crescendo*, un aumento gradual de intensidad con una serie de acordes de cinco notas que se suceden rápidos hasta alcanzar un clímax celestial. Era como si los neumáticos del coche se levantaran del suelo y despegáramos despacio para volar por encima de las calles, de las copas de los árboles, de los tejados. Impulsados por la divinidad, como levantados del suelo por los dioses de la música que nos empujaban hacia arriba. Cada vez más alto. Hasta alcanzar el apogeo. Entonces, las notas se dejaban caer con delicadez, como niños corriendo colina abajo. Cerré los ojos con fuerza para impedir que lloraran de felicidad. Solo oía las notas del piano que me hacían sentir absolutamente vivo. Había escuchado miles de piezas de música, me las había aprendido de memoria para poder tocarlas siempre en mi mente si algún día me quedaba sordo del otro oído. Pero esa mañana la esencia de la música tocó mi alma como nunca antes y supe con certeza que no existía nada más bello en la tierra que lo que estaba oyendo en ese momento. Era el detenido más feliz del mundo.

Las ruedas del coche resbalaron al girar a la izquierda en la Ferdinand Bolstraat y pasar por encima de las vías del tranvía. Aparcamos frente a la comisaría. Lo divino se terminó cuando la infernal voz de la agente me ordenó desmontarme. Dijo que estaría mucho tiempo sin oír música.

Estaba sentado en una aséptica sala de interrogatorios delante de dos investigadores. Uno era un hombre blanco de entre treinta y treinta y cinco años, con la tez picada de viruela, el pelo cortado al milímetro y una chaqueta

gris demasiado grande de G-Star. El otro era un hombre negroide, de la misma edad, de complexión delgada y con una barba poco favorecedora estilo Van Dijk.

O sea, un dúo excepcional.

Conoce o reconoce a alguno de estos hombres, llame al...

Iniciaron el ordenador, el sonido del ventilador llenaba la salita. Me preparé para un interrogatorio penoso, inspiré hondo sin que se dieran cuenta.

El negroide me explicó en tono desinteresado que me iban a hacer unas preguntas a las que no estaba obligado a contestar.

—Entonces ya hemos terminado.

Me miraron.

—Yo en tu lugar—empezó el agente negroide—, colaboraría.

—Algo único, un agente que se pone en mi lugar —me incliné hacia adelante—. ¿Dejamos esta mala actuación teatral? —Miré al otro agente—. Como actor, soy bastante dramático. Dramático en sentido de pésimo. No se compliquen la vida, coño, sáquenme de este confesionario y llévenme a la celda o a donde les dé la gana.

Se miraron, con los ojos se consultaron para decidir la contraofensiva más adecuada. El agente blanco se levantó, alzó la mano y dijo: “¡Gracias!”

Mi ceja tocó el pelo de la frente.

Cogieron las chaquetas de los respaldos de sus sillas y se las pusieron.

—¡Gracias a ti podemos irnos hoy más pronto a casa!

En el barrio De Pijp, el crimen crecía a pasos agigantados. Por eso, la policía y las autoridades judiciales manejaban temporalmente la famosa política de tolerancia cero y respuesta rápida. Me metieron inmediatamente en un furgón de policía de esos con las ventanillas ahumadas y me llevaron al palacio de justicia de la Parnassusweg para juzgarme.

Caminé por los pasillos flanqueado por unos hombres en uniformes azules y al fin llegamos a una gran sala de vistas. Lo primero que me llamó la atención fue el enorme retrato de Beatriz detrás de los jueces, que ya estaban presentes. ¡Solo después vi que Suse también estaba! Iba lleno de moratones hinchados, sangre seca y tiritas.

La jueza me preguntó con diligencia: “¿Es usted Samir Zafar?”

Yo asentí.

—Se ha presentado una denuncia contra usted por agresión con lesiones graves. ¿Le suena de algo?

—No.

Suse me había enseñado en el banco que si alguna vez me encontraba en problemas, lo negara todo.

—¿Puede decirme lo que hizo usted ayer?

—¿Por qué?

—Porque queremos determinar si es usted el autor de un delito cometido ayer sobre las cuatro en la Van Woustraat.

—¿No puede preguntarme simplemente si fui yo?

Ella parpadeó.

—¿Fue usted?

—No.

Cogió los formularios que tenía delante.

—Tengo aquí una denuncia, un montón de declaraciones de testigos y — con un lápiz USB en alto, señaló el proyector— imágenes de videovigilancia muy nítidas.

Yo estaba seguro de que se estaba echando un farol. Los jueces lo hacen a cada dos por tres para que los sospechosos confiesen deprisa. Así que le dije: “A ver”.

Apagaron las luces y desenrollaron una pantalla blanca desde el techo.

Mucho tráfico, peatones cruzando calles, la vida urbana. Un coche se detiene y Suse sale de él. Abre el capó. Llama por teléfono y mira el reloj. Hacía aspavientos con las manos. Las imágenes se aceleraban, la jueza le había dado al botón de avance rápido. En la acera de enfrente aparecía una Vespa. No se veía al conductor. Unas deportivas Nike Air Force blancas apoyaban la Vespa en el soporte y se acercaban despacio a Suse. Los puños se cerraban. En el momento en que me vi a mí mismo en la pantalla en todo mi esplendor, cerré los ojos y reviví el suceso.

Suse no me vio hasta el último momento y me miró asustado.

En mi cabeza sonaba la cuarta parte de la novena sinfonía de Dvořák. La rimbombante violencia del concierto me azuzaba. La tempestuosa sección de

cuerdas. Clarinetes, cuernos, fagotes, flautas traveseras, platillos, timbales. Las trompetas, los trombones y las tubas despertaron el tirano en mí. Mi puño derecho dio un bandazo por el aire como una bola de demolición y golpeó a Suse en todo el ojo. Lo catapulté por encima del capó y fue a parar a la acera. Me acerqué a él dueño de mí mismo y decidido. Yacía en el suelo como un animal herido. Retrocedía con prisa apoyándose en manos y pies. Pronunció mi nombre y dijo que teníamos que hablar.

—Hablar sí sabes, ¿verdad? —le dije.

—¡Yo no he hablado!

—Idiota.

Mis ojos captaron su índice. Lo pisé como si fuera una colilla. Suse soltó un grito escandaloso. Le exigí que se pusiera de pie. Lo hizo. Se balanceaba como un potro recién nacido. Con una elegante patada lo tiré al suelo. Se cayó de medio lado, como un árbol enfermo durante una fuerte tormenta. Salté encima de él deprisa, le clavé las rodillas en el vientre e intenté inmovilizarlo, pero él se resistía. Eso me enfureció aún más, encendió en mí las llamas eternas. Le pegué fuerte y sin compasión. Un puñetazo detrás de otro, como un martinete introduciendo pilotes en la tierra.

Pum. Pum. Pum.

Los golpes se hacían más débiles y más húmedos. Suse tenía la cara que ni que se hubiera caído en un bote de pintura roja. Mis puños goteaban sangre. Olían a hierro. Los limpié en su ropa. Alguien tiró de mí. Me di la vuelta para darle también a quien fuera; seguí las nítidas líneas de su brazo a su cuello y entonces, ¡entonces vi la cara de mi hermano! La colérica orquesta se calmó.

Estaba furioso y me gritó que me largara antes de que llegara la policía. Miró preocupado a Suse, que estaba en el suelo, inmóvil, y me ordenó largarme de allí inmediatamente. Yo me dirigí a Suse y le dije: “¡Suerte!”

A nuestro alrededor había un corrillo de gente que yo no había visto hasta ese momento. Me abrí paso triunfante. Se apartaban temerosos a un lado ¡como si fuera yo el loco!

Puse en marcha la Vespa y dejé el barrio.

La pantalla se volvió a enrollar.

Las luces se encendieron de nuevo.

—¿Sigue sin ser usted? —preguntó la jueza.

—Tendré que reconocer... que es alguien que se parece mucho a mí.

—Enséñeme las manos.

Le mostré las palmas de mis manos.

—Deles la vuelta.

Di la vuelta a mis manos lentamente. Tenía los nudillos amoratados e hinchados.

—¿A qué se deben esas heridas?

—Se me cayó encima la tapa del piano de cola. Ayer noche llegué borracho a casa y decidí ponerme a tocar...

—¿Cómo consigue un chico joven un piano de cola?

Miré a Suse. Sus ojos expresaban preocupación; se resbalaba poco a poco de su silla. Mientras lo miraba, contesté: “Lo gané en un concurso de preguntas”.

—¡Fíjate qué suerte! ¿Y qué pregunta le proporcionó el premio?

—¿A qué compositor se denomina también el quinto evangelista?

La jueza esperaba. Asintió para darme a entender que continuara.

—¡Oh, Bach, naturalmente! —dije.

Ella se dio un golpecito en la frente.

—Ay, claro, por las cantatas. ¿Y usted cómo sabe todo eso?

Me di un golpecito en la frente y levanté los hombros.

—Así que esta noche se le ha caído la tapa del piano de cola encima de las manos. La víctima ha pasado la noche en el hospital, pero está presente en la vista. Muy valiente.

Se dirigió a Suse y me señaló.

—¿Es este joven la persona que lo agredió? —leyó en voz alta—: mandíbula rota, nariz rota, daños a los iris, labio roto, contusión cerebral, rozaduras por el cuerpo, tobillo dislocado, y podría seguir, pero por falta de tiempo, no lo haré.

Él asintió y dijo señalándome con un índice vendado: «Sí, señora, fue él».

—¿Y usted lo conoce?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Samir Zafar. Vive en la Julianastraat 21, nació el 30 de abril de 19-

—Basta, le creo.

Empecé a hablar.

—Señora jueza, soy un pacifista. Participo en manifestaciones contra la violencia. Soy más amante de la paz que una mariquita. ¡Es más, tengo una baldosa delante de la puerta de mi casa con el dibujo de una mariquita! La víctima dice que me conoce, pero yo no lo conozco a él. Una cara así no se me olvidaría; bueno, en estos momentos está un poco irreconocible, claro. Además, me señala como el autor, pero tal como usted misma mencionó, tiene problemas con los iris, así que quizá capte una imagen distorsionada de la realidad. Y me ve a mí por la persona que le dio la paliza mientras que esa persona disfruta ahora de un expreso en alguna terraza.

—El tribunal considera probado legal y convincentemente que el sospechoso es culpable de un delito de agresión con lesiones graves. El tribunal condena al sospechoso a realizar doscientas horas de trabajos en beneficio de la comunidad y pagar a la víctima una indemnización de mil euros. ¡Siguiente!

En las paredes del asilo de ancianos colgaban espectaculares bodegones. Mientras llevaba la comida de la cocina al comedor, les eché una mirada. Pequeños momentos de libertad.

Me quedaban ciento noventa y cinco horas. Intentaba no verlo como un castigo, sino como una escapadita a mi residencia del futuro. Mis tareas consistían en preparar la comida, repartirla, recoger los platos y fregar la vajilla. Las yemas de los dedos se me habían quedado tan arrugadas que parecían los rostros de los ancianos.

En la pausa me senté a cenar en la parte trasera de la sala de estar. Aquellos pellejos fofos, los cabellos blancos y el repulsivo olor a caca me hacían imposible probar bocado.

En un rincón había un árbol de navidad. Con bolas. ¡Estábamos en junio!

En el otro rincón había un piano destartado.

Estudié a los ancianos como si fuera un antropólogo. Algunos comían en grupo, otros con los familiares que iban a verlos. En medio del canoso parloteo, una persona me llamó la atención. Una mujer sin compañía. Miraba a su alrededor y se giraba cada vez que algún grupito estallaba en carcajadas. Era la que mejor vestida iba, como si después de cenar tuviera intención de

amenizar un baile con su presencia. Llevaba bonitos anillos de oro, cadenas de oro, pendientes de oro y un reloj de oro que reflejaba la luz en mis ojos, como si el tiempo me hiciera un guiño. Miré si su andador también tenía ruedas de oro. Pero no. A veces saludaba con la mano, pero la gente que salía por la puerta no la veía. Me entraron ganas de llorar, pero evidentemente, no lo hice.

Tuve una idea, me acerqué al piano, lo giré sobre sus ruedecillas de modo que quedara de cara al comedor, y me senté en la banqueta. Para hacerle olvidar la sala, toqué *Canto ostinato* en el desafinado piano. Aunque fuera solo un momento. Los ancianos dejaron de hablar y me miraron. Empezaron a menear la cabeza y a agitar los brazos. Mientras tocaba, dije: “Podéis bailar, si queréis”.

Todos se levantaron trabajosamente de sus sillas y se pusieron a caminar por la sala. Se empezaron a formar parejas. Un señor con la espalda sedimentada y un cuello de copos de caspa en el jersey, sacó a bailar a la señora de oro. Ella agitó la cabeza. Él insistió. Ella agitó de nuevo la cabeza, pero cuando él ya iba a alejarse, le cogió de la mano.

Mientras los ancianos bailoteaban por el comedor, el personal de cocina observaba la escena. ¡Se lo estaban pasando bomba! Excepto el chef, y él era el único con quien yo tenía algo que ver.

Después del baile, me llamó con un gesto de la cabeza. Me acerqué. Estábamos al lado de los bodegones.

Se secó las manos con un trapo de cocina azul y dijo: “Este no es tu sitio”.

—Lo sé. Solo tengo diecinueve años.

—No me entiendes.

—Te entiendo perfectamente. Perdona esta cagada. No volverá a suceder.

—No me entiendes —dijo—. Llevo más de treinta años trabajando con gente condenada a hacer trabajos comunitarios. Distingo al instante a la gente recta de la que no lo es. Y tú no tendrías que estar aquí.

—Vale.

—Hace años, antes de convertirme en chef, yo también me metía siempre en problemas. Peleas, ojos morados, arañazos, hinchazones... eran mis condecoraciones. Ahora te condenan a trabajos en beneficio de la comunidad solo por tropezarte con alguien. Antes venía la policía y te obligaban a darte la mano. Y todo olvidado.

—Brillante discurso.

—¡Te la estás ganando! —se rió.

—Creo que me condenaron por pelearme, ¿lo has olvidado?

—Yo también me peleaba, pero nunca me condenaron.

—*Touché.*

—Prométeme que no te veré por aquí nunca más. Nada de peleas ni de otros disparates.

Me quedé callado un momento. Entonces le respondí: “Nunca más. Lo juro”.

—¿Por Alá?

—¡Por quien quieras!

Se echó el trapo de cocina al hombro y continuó: “Bien, escribiré un informe conforme has cumplido las doscientas horas sin problemas con una condición”.

—Soy todo un oído.

—Vendrás aquí a tocar el piano una hora por semana.

—¿En serio?

Asintió.

—Trato hecho. Al fin y al cabo, ellos consiguieron levantar el país después de la guerra.

Me puso el mugriento trapo de cocina en el hombro con solemnidad y dijo: “Termina de fregar y lárgate”.

Mientras salía paseando del asilo de ancianos, llamé a Ys. Froté con los dedos unas manchitas de mi Vespa. Ys estaba en la peluquería, con mi hermano. Habíamos quedado un cuarto de hora más tarde en el banco de mi calle. No había hablado con mi hermano desde el incidente con Suse. Nunca dormía en casa. Ni él, ni Evelien ni Kyra respondían a mis mensajes, así que decidí intercalar una pausa. No sabía a cuál de las dos echaba más de menos. Añoraba la locura de Kyra y la ternura de Evelien. ¿Por qué no podíamos tener entre los tres un trato normal estando sobrios? Que mi abuelo se llevara bien con sus tres esposas no era garantía de heredar su talento. Había llegado el momento de tomar una decisión. Saqué el teléfono del bolsillo y envié un e-mail a Evelien diciéndole que quería verla, que de momento había

experimentado suficiente y que quería estar con ella.

Mientras me montaba en la Vespa, recordé la situación doméstica en que nos encontrábamos los dos: los padres de Evelien todavía no aprobaban nuestra relación. Igual que mi madre.

Y yo me temía que eso no iba a cambiar. Recordé una frase que le oí cantar una vez a Phil Collins: *Why can't they understand the way we feel?* ¿Por qué no pueden entender lo que sentimos?

Quizá era el rechazo lo que justamente reforzaba nuestro anhelo de estar juntos. Es el viento en contra lo que nos une.

Quizá había terminado todo y Evelien ya no me quería.

Entré en la Julianastraat en la Vespa. Anochece, el cielo estaba cubierto de bolitas de nube teñidas de un resplandor rojo, como algodones empolvados de colorete. Unos pequeños murciélagos salían de las grietas y los huecos de los tejados y volaban en círculos unos detrás de otros. Desde la farola de al lado del banco, un cuervo negro observaba el espacio aéreo, ahora okupado; cerró sensato el pico y salió volando en silencio para eludir el bullicio debajo de él. Ys y mi hermano estaban sentados en el banco, lo estaban pasando bien juntos. Eso me irritó un poco. Al acercarme, vi que Ys tenía un aspecto diferente de lo normal. ¿Se había afeitado los laterales? ¿Ys? ¡Ys con un corte de pelo estilo marroquí!

Mientras subía la Vespa a la acera me carcajeé de él.

—¿Qué carajos has hecho con tu pelo?

—A veces hay que tener cojones. Le he dado al peluquero diez euros en vez de cinco. Me parecía un poco patético.

Dejé la Vespa apoyada en el soporte, apagué el motor y pregunté: “¿Has ido a mi peluquero?”

Mi hermano no se pronunciaba.

Ys asintió.

—Un tipo tranquilo. A media faena empiezan a cantar — *Allahu Akbar*—, ¡y va el tipo y me deja allí a medio afeitar para ir a hacer sus oraciones! También tendrías que pelarte esos laterales.

—No, de momento, no. Si nos descuidamos, heredaremos el peinado con los genes y no necesitaremos ir nunca más al peluquero.

Mi hermano se levantó del banco y me dijo: “Siéntate”.

—Prefiero quedarme de pie.

—Siéntate.

Me senté.

Me miró fijamente.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué le diste esa paliza a Suse?

Miré a Ys. Se encontraba en la línea de fuego y no sabía qué actitud tomar.

—¿Quién dice que fui yo? —me reí.

Mi hermano se pasó la mano por la cara con gesto irritado.

—Sam —dijo—, te lo juro, estoy a punto de partirte la cara.

—¿Por qué?

Ys intervino: “Chicos, tranquilos-“

—Cierra el pico, Ys —lo cortó mi hermano.

Ys bajó la vista.

—¿Por qué le pegaste?

No le contesté.

—En la entrega del puto diploma, uno de los momentos más importantes de tu vida, tú decides desaparecer. ¡Y encima sin decirme nada! ¿Cuántas veces te lo tengo que repetir? Si quieres hacer algo, ¡consúltame a mí primero!

—¿Consultar? ¿Acaso eres mi jefe? ¡Ya no tengo doce años, mierda!

Se inclinó sobre mí, estaba muy cerca, amenazante.

—Consultar, qué buen chiste. ¿Dónde estabas los últimos seis años? —
continué.

Mantuve su iracunda mirada. Unas minúsculas venitas serpenteaban por lo blanco de sus ojos como chispas de electricidad. A velocidad supersónica, la palma de su mano chafó mi mejilla. Me quedé estupefacto, igual que él.

Ys saltó asustado. Empujó a mi hermano para separarlo de mí. Me puse la mano en la ardiente mejilla. Mis ojos se empañaron como las ventanas de la cocina cuando cocinaba mi padre.

Tras un breve silencio, mi hermano dijo: “¿Te vas a echar a llorar? ¿No decías que ya no tienes doce años? ¡Mierda!”

Quería decir algo, pero temía romper a llorar. Sentía los latidos de mi corazón en la mejilla, unas sacudidas como una serie de terremotos. Me levanté con osadía y le grité: “¡Lo hice por ti! ¡Le di una paliza a ese puto traidor por ti!”

—¿Te pedí yo que lo hicieras, acaso? ¡Anda, vete a fregar platos doscientas horas!

—¡Aunque me condenaran a mil horas de trabajo! ¡Me importa un huevo!

—No me levantes la voz.

—¿Qué pasará si lo hago?!

Cara contra cara. Nos miramos enfurecidos. Su aliento olía a menta. Los puños me temblaban de los nervios. Una sensación poco natural. Si me cae otra, decidí, armo la de San Quintín. Si me cae otra, le machaco la cabeza contra un bloque de piedra y lo lanzo al banco con una fuerza tal que el respaldo de madera saltará por los aires en forma de astillas. Pero mi hermano me aporreó rápido y eficaz en el vientre y yo me derrumbé de nuevo sobre el banco entre gemidos y quejas.

Se montó en su Vespa y puso en marcha el motor.

—Súbete, Ys.

Ys estaba de pie entre los dos.

Ys nos miró, primero a mí.

Después a mi hermano.

A mí, a mi hermano.

Lo eligió a él.

Un iceberg.

8

Había tardado un año más de lo planeado, pero por fin me entregaban mi diploma. Mis padres seguían sin saber que había repetido un curso. Probablemente no lo averiguarán nunca. Ni siquiera saben que el VWO dura seis años.

Estaba sentado sobre el apoyabrazos de una butaca. El jefe de estudios regresó a su despacho.

—Toma, aquí lo tienes por fin, Sam.

Me entregó el diploma con mi nombre. Afortunadamente, el momento no tenía nada de ceremonioso.

—Muchas gracias, señor Van Kleef.

Mientras se desplomaba en su butaca y se desataba la corbata, me explicó: “En adelante puedes llamarme Mark”.

—De acuerdo, Marky.

—No, no, Mark.

Lo miré envalentonado.

—¿Qué vas a hacer, castigarme a quedarme después de clase?

Nos miramos unos instantes, pero mis risitas se le contagiaron.

Observé mi diploma. Mi papelito. Tengo una tirria monumental a la gente que dice “papelito”.

Esperaba experimentar una apabullante sensación de triunfo. Esperé unos segundos, pero no llegó. Lo único que sucedió fue que en mi cara se dibujó un endeble rictus. Y la coronilla me picaba un poco.

—Una pena que no pudieras asistir a la entrega oficial. Estuvo magnífica.

—Sí, fue una pena.

—Pero es una muy buena historia para contarles a tus hijos, ¿que te pasaste

la entrega de diplomas en el baño, con diarrea!

Se rió de su propia gracia.

—No quiero tener hijos.

De repente dijo: “¡Ah! Se me olvida algo muy importante. Tengo una noticia buenísima para ti”.

—Soy todo un oído.

—Han preparado una actuación especial para ti en el festival Rose d’Or.

—¡Vaya! ¿Dónde?

—Agárrate... vas a tocar en el programa de apertura, ¡en el Concertgebouw!

—¡No me jodas!

—Sam, no te pases con el lenguaje. Acuérdate de las normas del instituto.

Se apoyó en el respaldo para dejarme ver el cartel con las normas que colgaba de la pared.

—Perdón. Siempre me olvido de la mierda de las normas.

—¿Cómo dices?

—La puta madre, hombre, ¡el Concertgebouw!

¡Ahí estaba por fin la sensación de triunfo!

Salimos al pasillo y el jefe de estudios cerró su despacho con llave. Nos dimos la mano.

—Con mucho gusto te hubiera castigado a quedarte después de clase.

—No te ofendas y déjame disfrutar, hombre, después de siete años de estricto régimen.

Él se sonrió.

—Pásate por aquí alguna vez.

Asentí. Los dos sabíamos cuán falsas eran tanto su proposición como mi reacción.

—¡Suerte en el Concertgebouw!

Se dio la vuelta y bajó las escaleras deprisa. El eco de sus ligeras pisadas se expandió por el aire hasta desintegrarse en el silencio. El instituto estaba sereno y vacío. Me paseé por última vez por los pasillos, olía a productos de limpieza con aroma a limón, el suelo aún estaba un poco mojado. Miré por el cristal de las puertas a las aulas, ahora desordenadas. Habían olvidado

enrollar los toldos naranja. Las sillas habían sido colocadas con prisa sobre las mesas. Las pizarras llenas de importantes garabatos. Todas las luces apagadas.

En el vestíbulo me topé con el de la limpieza. Nos saludamos dándonos cuatro besos. Yo le tendí la mano, pero él se miró la suya y me hizo un saludo militar.

Apoyó la barbilla en el palo de la fregona y dijo: “Que Alá te ayude en todo lo que emprendas”.

—Amén.

Me señaló.

—¡Pórtate bien con tus padres!

—No te preocupes.

—¿Cuándo salimos los cuatro a tomar algo?

—Cuando quiera Alá.

Una vez afuera, eché una última mirada al edificio de ladrillo que albergaba mi instituto.

No estoy seguro de que exista un Dios. Nadie lo sabe con seguridad, así que la gente que dice estar tan segura tiene que dejar de dar la lata, pero eso es otro problema. Supongamos que sí existe, entonces estoy seguro de que se llama Alá y de que tiene en su salón un piano de cola que toca a veces, cuando tiene tiempo después de un ajetreado día. Seguro que el salón del cielo tiene mejor acústica que el Muziekverein en Viena y el Concertgebouw juntos. Espero que Alá esté tocando cuando yo me caiga muerto mientras bailo durante una gala, y que me dé la bienvenida con una actuación divina. Además, pienso que si existe Él, no puede existir el infierno. Si Él creó al ser humano, es imposible que arroje a su propia creación a un lugar lleno de fuego y cenizas y muerte y sombras y griterío eterno. Me parece ilógico. Pero entonces, uno se pregunta: ¿Qué hacemos con Hitler?

Con estos pensamientos me paseaba por el auditorio principal del Concertgebouw. Me impregnaba de los olores y los colores del circo donde en unas horas podría demostrar mi pericia musical durante diez minutos. Oídos críticos y ojos fijos en mí. Lo que más me apetecía era montarme en la Vespa, salir a toda velocidad para la casa y atrincherarme en la caja de resonancia del piano de cola. Pero pensé: ¡A la mierda con el temor al fracaso! Me

imaginé a mí mismo subiendo garboso a aquel codiciado escenario. Interpretaría mi pieza y sobre todo, disfrutaría del momento. ¿Qué podía pasar? El público consistía en simples mortales. Y probablemente fallecerían en poco tiempo, pues la media de edad de los visitantes de los conciertos de música clásica era de unos cien años.

Pasé por entre las butacas de terciopelo rojo y me senté en el centro de la sala. Observé admirado el enorme órgano y tarareé la introducción más horripilante de la historia de la música clásica, *Tocata y fuga en R menor* de Bach. Al mismo tiempo, esa introducción es de lo más cómico, Bach nos confunde jugando con nuestras expectativas.

En el borde del balcón vi los nombres de los compositores más importantes: Schubert, Bach, Mozart, Beethoven, Chopin, Wagner, Mahler.

Hitler escuchaba mucho a Wagner y prohibió la música de Mahler por ser judío. Cuando Alemania fue liberada, en 1945, Hartmann, un compositor alemán comunista, incluyó inmediatamente la cuarta sinfonía de Mahler en el programa.

Me saqué algo del bolsillo. El paso del tiempo había roído los bordes. Entradas para el concierto hacía siete años, sin usar. Localidades en el palco central. *Canto ostinato*.

Fue Simon Pluisbol quien hizo posible que yo tocara en la apertura del festival. Al leer el informe del jurado reconoció mi nombre y pensó: “¡Anda!” Me llamó inmediatamente, lo fui a ver, me dio un achuchón interminable; los músicos son muy cariñosos entre ellos. Preguntó si mi hermano estaba bien, pues había intentado llamarlo montones de veces sin éxito. Dudé unos instantes, pero acabé contándoselo todo. Lo noté sinceramente afectado. Preguntó si mi hermano aún tocaba el piano. Yo negué con la cabeza. Una pena. Le conté que ahora vendía consoladores en el barrio chino. Pluisbol creía que era una broma. Nos comimos unos bocadillos y después me pidió que tocara algo. Lo hice.

—¡Caramba! —dijo. Y entonces me preguntó si me apetecía pasar por su casa un rato cada día hasta la actuación. Así, él puliría y perfeccionaría mi ejecución musical.

—Me encantará aprender de usted —le dije—. Se lo agradecería muchísimo.

—Tocar el piano gira en torno a dos cosas: placer y concentración — empezó.

Mis padres no querían venir. Opinaban que estaba despilfarrando el tiempo de Dios. No me opuse ni me enfadé, lo acepté. Y tengo que reconocer que en cierta forma, me quedé más tranquilo.

Había enviado un mensaje a Iris, Evelien, mi hermano e Ys explicándoles lo de esa noche. La única que respondió fue la madre de Ys. Me llamó inmediatamente y me dijo: “¡Fantástico, Sam! Estaré en primera fila para animarte. ¡Me siento tan orgullosa de ti!”

Casi me dio a un ataque de h-h-histeria lacrimógena, pero me controlé. Lo único que podía hacer era esperar y ver quién venía.

Cené con los demás músicos a una larga mesa en una sala con murales llenos de ángeles tocando el arpa. Me llamó la atención la amabilidad de todos los músicos. No solo hacia mí, sino también entre ellos. Fui consciente de que estaba entre iguales. Naturalmente, eran todos mil veces mejores músicos que yo, eso lo doy por sentado, pero joder, daba gusto estar entre ellos. También me llamó la atención otra cosa. Era la primera cena donde nadie me preguntaba sobre mi etnia.

Miré tenso por la rendija de la puerta. Sonaban los gongs, la gente buscaba su localidad. Todos y cada uno de los músicos me dieron una palmadita en el hombro.

Simon fue el último: “Ya conoces mi credo”.

—Placer y concentración.

Me sacudí unas pelusillas del frac y tiré un centímetro de los puños de la camisa blanca.

Alguien se acercaba corriendo. Los dos levantamos la mirada. Un empleado del Concergebouw gritó: “¡Tenemos visita real!”

—¿Quién? —preguntó Simon.

—La reina Beatriz, bueno la ex reina.

—No me jodas, no puede ser.

Simon asentía como si fuera lo más normal del mundo.

—Es una visitante asidua.

Me reí mientras sacudía la cabeza. La tensión no dejaba de crecer.

Simon y el empleado asían las manillas de bronce de la puerta. Respiré hondo. Y asentí. Abrieron la puerta al mismo tiempo, sonó un aplauso. Era un sonido placentero. Con una sonrisa cautivadora bajé ágil la escalerilla que llevaba al piano de cola Steinway. En el penúltimo escalón, la lisa suela de mi zapato, resbaló. El público reaccionó asustado. Apoyé el pie de mala manera y me caí de espalda. Di un suspiro mientras miraba el magnífico techo. Las arañas de cristal y los pequeños candelabros. Los ornamentos romboides color crema. Me hubiera gustado estrecharle la mano al arquitecto. Simon me ayudó a levantarme. El tobillo me dolía muchísimo. Subió un poco la pernera de mi pantalón y dijo: “Un esguince de tobillo. Hay que poner hielo”.

—Ahora no, tengo que tocar.

—¿Estás seguro?

—¿No ves a toda esa gente?

Me susurró: “Pisa los pedales con el talón!”

Caminé sonriente hasta el piano de cola mientras me moría de dolor. El estimulante aplauso no suavizaba nada. Vi en un relámpago a Iris y Evelien, estaban sentadas una al lado de la otra en primera fila. Eso me hizo sentir feliz, de alguna manera.

Me senté en la banqueta. Las teclas blancas brillaban como una estupenda fila de dientes, me dieron ganas de romperlas una a una. Coloqué los dedos sobre el teclado, aún tenía los nudillos un poco morados. En la sala, se apagaron las luces. Sentí el calor de los focos y me dije: “Brilla, Sam”.

Toqué deprisa y neurótico la tercera parte de *Claro de Luna*, de Beethoven. La pieza se presta perfectamente a una interpretación fogosa, casi agresiva. También Beethoven tenía sus arrebatos de violencia. Mis dedos resbalaban a velocidad vertiginosa por las teclas, como las patas de una tarántula a la fuga. O de repente golpeaba el teclado con una fuerza inesperada, convirtiéndome en un moralista que reprendía a las notas por su desenfreno. Unos momentos de recogimiento, inclinado hacia delante como si les contara a las teclas una intimidad. La audiencia se deslizaría a la punta del asiento para captar algo del secreto. Entonces una nueva explosión de sonido impulsaba al público contra el blando respaldo de la butaca. En la caja de

resonancia, los pequeños martillos de fieltro golpeaban las cuerdas a una velocidad fantástica, haciendo que los arpeggios resonaran en la enorme sala y se introdujeran por los conductos auditivos. Ignoré las fuertes punzadas de dolor que sentía al pisar los pedales con los talones. Junto a las palabras Steinway & Sons, vi el reflejo de unos dedos en acción. ¿Eran estas las manos que habían triturado la cara de Suse? ¿Eran estas las manos que le habían hecho descender bruscamente en jerarquía?

Una gota cayó de mi nariz al teclado. No sabía si era una gota de sudor o una lágrima.

Estaba llegando al final de la pieza. Aminoré el ritmo para terminar con una gran demostración de poder y dominio creativo.

Eché la cabeza hacia atrás.

Los focos me cegaron.

Respiré hondo.

Y exclamé:

—¡Ay!

De un enérgico movimiento, eché la cola del frac hacia atrás y me levanté. Apoyándome en un solo pie, di unos pasos tambaleándome como lo hacen los borrachos experimentados. La gente de la primera fila se puso de pie, seguida de prisa por la de las demás filas. Hubo aplausos, vítores y silbidos. Hasta para un solo oído había bastante bulla. Miré a la sala rebotante de felicidad. En la última fila, vi un atisbo de una mujer con un peinado modelo casquete que aplaudía con cortesía. Estaba un poco más vieja que en los retratos. Con el entusiasmo había olvidado inclinarme, así que lo hice entonces. Así era como quería sentirme el resto de mi vida. Intentaría recordar siempre esta sensación. La sensación de que puedo enfrentarme al mundo y, al mismo tiempo, una sensación de humildad.

Les eché besos con la mano a Evelien y a Iris. Y exploré la sala con la mirada en busca de mi hermano y de Ys.

Pero no estaban.

Simon bajaba con cuidado por la escalera con un ramo de flores. Le seguía la orquesta. Los violines levantaban los arcos. Él me entregó las flores y me

dio un abrazo.

—Les has administrado una dosis de adrenalina que les va a durar varios decenios.

Reíamos, asentíamos con la cabeza, saludábamos.

—Muchas gracias por todo, Simon.

—Agradécetelo a ti, Sam.

—No, gracias a ti.

—¡No, no, a ti!

—¡Ya vale!

—OK.

En una pequeña pantalla de televisión, vi en vivo cómo vibraban Simon y su orquesta. Oí una fracción de la música tendido en el sofá de la sala para los artistas, con una bolsa de hielo en el tobillo. Evelien e Iris estaban conmigo. Iris contaba irrefrenable lo que le habían parecido cada una de las partes, hablaba de la agilidad de mis dedos, mi perfecto tiempo y mis apasionados movimientos con la cabeza. Mientras tanto, Evelien y yo intercambiábamos miradas. Los dos sabíamos exactamente lo que pensaba el otro. Evelien, mi primer y último amor. La abracé largamente.

Había terminado el concierto. Oí pasos en los pasillos.

—Me apetece una copa —dijo Iris.

—Vamos a tomar algo mientras yo me cambio —les propuse.

Iris y Evelien se fueron; quedamos en que me esperarían en el bar. Me cambié de ropa sentado. Palpé los bolsillos para no olvidarme de nada. Las entradas para el concierto del *Canto ostinato*. Las rasgué. Antes de salir, eché los trocitos de papel al aire. Revolotearon por la sala y cayeron al suelo como hojas muertas.

9

Sin demasiado entusiasmo, saqué mi ropa del armario que compartía con mi hermano. La metí en dos maletas junto con todos mis *Men's Health*, partituras, cartas de la cárcel, mi diploma y otros trastos. Me topé con el Diario de Ana Frank.

Soplé el polvo de la cubierta, lo hojeé y vi lo que había escrito en la última página.

Día de la Liberación.

Suspiré, me reí de mí mismo y lo metí en la maleta.

Evelien e Iris iban a venir a cenar a mi nuevo apartamento en la Koninginneweg. Desde allí se veía un pedazo del Vondelpark. Lo había conseguido gracias a una amiga de Iris. Mis padres no querían que me fuera de casa. Preferían que me casara primero. Que es lo que hacen todos los hijos decentes y las hijas virtuosas de nuestros conocidos, familia y vecinos marroquíes. El hecho de que yo me fuera a vivir solo significaba que la familia Zafar se salía de lo corriente, y eso avivó un torbellino de cotilleo.

En fin...

Mi hermano y yo no nos hablábamos. Nos comunicábamos por medio de mi madre. Yo quería llevarme el piano de cola a mi nuevo apartamento, pero para ello necesitaba su permiso. Así que le pedí a mi madre que se lo preguntara.

Estuvo de acuerdo.

Se estaba graduando en “asuntos perversos”. Hace poco leí a hurtadillas unos formularios que tenía en su cartera; así fue como me enteré de que él e Ys eran copropietarios de un teatro porno. En una anotación al margen decía: “El

sexo no sabe de crisis”.

Ys y yo estábamos enemistados. ¿Ene-qué? ¡Enemistados! Nos habíamos separado sin peleas ni discusiones. Él había elegido a mi hermano. Y a raíz de eso, yo le había cogido tirria. Sin embargo, cuando pensaba en él, me sentía alegre. Nuestras subculturas son —ambas— desconfiadas y adversas a los que no forman parte de ellas, pero la amistad supera la estrechez de miras. Iris me contó que Ys iba a viajar medio año por Asia. Quería llevar la revolución a Tailandia, Laos, Camboya, Vietnam, las imbecilidades habituales. Probablemente iba a buscar inspiración para su teatro haciendo de turista sexual.

Tras desear a Kyra una vida muy feliz, eliminé su número de mi teléfono. ¡Pero me lo sabía de memoria! A veces, muy pocas veces, recordaba con enorme nostalgia aquella jodienda sobre el Bösendorfer. Casi nos morimos de risa al ver la impresión de sus nalgas en el piano.

Me enteré por terceros de que Suse trabajaba otra vez en el Albert Cuyp. Además, guiaba a turistas por Ámsterdam. A veces les vendía bolsitas de cocaína. O los estafaba. Siempre albergó en sí un liderazgo natural.

Demonio estaba en la cárcel. El muy vaquero había disparado a un agente de policía durante una fuga. Salió en las noticias de las seis. Calificaron el incidente de “escena del salvaje oeste”.

Evelien triunfaba. Empezó el segundo año de derecho. Ya no montaba a caballo, ahora mantenía correspondencia con presos en los Estados Unidos. Quería dedicarse a cuestiones de derechos humanos. También se había independizado, vivía en una casa de estudiantes, con cuatro chicas... Me invitaron a una fiesta la semana siguiente.

—¡Una idea ideal! —acepté.

Yo quería dedicarme un año a la vida bohemia. Experimentar un poco con drogas, dar fiestas en casa, organizar orgías fenomenales y aprender nuevos

estilos de música, y todo eso lo iba a financiar dando clases de piano. Y conciertos privados en los salones de acaudalados amantes de la música. Iris me ayudaba a entablar contacto por medio de su vasto círculo de amistades. ¡Para el primer mes estaba casi completo!

Evelien y yo compramos billetes para ir a Marruecos. Por fin vería el desierto del Sahara. Su fuerza de atracción sobre mí era casi irresistible y me absorbía por completo. Lo primero que voy a hacer cuando llegue será abrazar largamente las dunas, sentir los ardientes granos de arena sobre mi cuerpo. Después subiré a la cima mientras me desnudo y una vez arriba me quedaré mirando al frente como un héroe. Disfrutando del paisaje. Hasta que me harte. Y después quiero bajar rodando, desnudo, con la polla al aire.

Necesito ver de dónde procedo. Tengo que ver el desierto. Solo después podré vivir realmente, algo me lo dice. ¡Hasta Peer Gynt estuvo en el desierto!

Desde la ventana de mi habitación colgué mi mochila de tela de camuflaje en el mástil. Después la bandera. Tensé bien las cuerdas.

Me despedí de mis hermanas gemelas y de mis padres. Mi madre aún intentó convencerme de que me quedara. Le contesté que seguiría viviendo en Ámsterdam y que no iba a emigrar. Ella dijo que nunca más volvería a quejarse del ruido del piano. Yo le contesté que los de la empresa de mudanzas de pianos iban a venir la semana siguiente. Mi padre insistió en que me llevara la alfombra de oración.

—¿Para qué? ¿Puedo volar con ella?

—Te hará subir volando al cielo.

Los dos estábamos a punto de derramar una lágrima, pero en vez de eso, nos echamos a reír.

Para evitar discusiones, acepté la alfombra.

Entonces tomé su mano y la besé.

Él bajó las escaleras conmigo.

Se detuvo ante la puerta.

—Ven a vernos pronto.

Asentí y le dije:

—*Insha'Allah.*

Me quedé un rato sentado en el banco de la calle. Inmóvil. En el respaldo se leía aún, aunque algo desdibujado: MI BARRIO ES UNA BIRRIA.

Cogí la llave de mi Vespa y retoqué la S.

Ahora decía:

MI BARRIO ERA UNA BIRRIA

Oí claramente el ondear de la bandera.

Miré satisfecho la ventana de mi cuarto.

El sol brillaba a través del rojo-blanco-azul.

El cartero se acercaba despacio. Al llegar a mi puerta, le pregunté si tenía alguna carta para la familia Zafar. Él sacó del carro un legajo de cartas, se humedeció el dedo y estudió las variopintas misivas. Eligió tres, me las dio y siguió su camino. Las miré detalladamente. La última era para mí. En la esquina del sobre, un círculo negro solapaba un círculo azul. CvA. La abrí. La carta decía que la directora del Conservatorio de Música de Ámsterdam me había visto tocar el piano en el Concertgebouw. Que si algún día decidía estudiar en el Conservatorio, no necesitaba hacer examen de ingreso.

A mi izquierda oí detenerse unos pasos. Giré la cabeza y mis ojos se encontraron con los de Suse. Llevaba en las manos unas bolsas con la compra. Me miró desconcertado. Yo le sonreí disculpándome. Continuó su camino en silencio hacia su puerta. La cerró con un golpe inusual.

Evelien, Iris y yo íbamos en el Fiat 500 descapotable color crema. Me había convertido en una especie de chófer privado de Iris. La hinchazón del pie había desaparecido, aunque todavía me molestaba al pisar el acelerador. Buscábamos aparcamiento en la Cornelis Schuytstraat. Cada dos segundos, Iris saludaba con la mano a algún conocido que la llamaba.

—Eres muy famosa. Tendrías que presentarte a las elecciones —le dije.

—Lo primero que haría sería abordar el problema del aparcamiento.

—¿Antes que los problemas con los marroquíes?

—Ten paciencia. El tiempo cura todos los males.

—¡El tiempo no existe, Iris! Es la música la que cura todos los males.

Aparqué delante de la panadería Bertram aprovechando que se iba un coche.

Un elegante mariquita me revolvía el pelo con los dedos. Creaba uno tras otro peinados repipís y me miraba con picardía en el espejo.

Yo sacudía la cabeza.

—¿Sabes qué? ¡Afeitame la cabeza!

Evelien e Iris protestaron.

—¿Pueden pasarme ellas la maquinilla? —pregunté.

—Por mí, sí, niña.

—¡Vamos, soy suyo!

Acabó gustándoles. Evelien me afeitó una mitad, Iris la otra. Se lo estaban pasando en grande.

Cuando el peluquero terminó de lavarme la cabeza, se le ocurrió una idea a Iris.

—¿Vamos a tomarnos un helado?

—¡Sí, buena idea! —exclamó Evelien.

—¡Ni hablar, tengo que vigilar mi tableta de chocolate!

—Eso tú lo eliminas en nada —dijo Iris—. Vamos a Pisa.

—¡Sí, vamos a Pisa! —se le unió Evelien.

—¡Que le den a Pisa! —dije—. ¡Vamos a Venecia!

Aplaudid, amigos, la comedia ha terminado.

Beethoven.



Mano Bouzamour nació en 1991. Con *La promesa de Pisa*, su primera novela, ha conquistado al público y a la crítica. La atención que ha logrado con el libro lo ha catapultado como una voz joven y valiosa dentro de las letras holandesas. En la actualidad es editorialista del periódico *Het Parool* y escribe para las revistas *Elle* y *Cosmopolitan*.

A pesar de que la comunidad marroquí-holandesa ha censurado a Bouzamour por lo polémico de su obra y por sus posturas alejadas del conservadurismo religioso, *La promesa de Pisa* ha sido estrenada como obra

de teatro, ha sido traducida al alemán, y en la actualidad se esta produciendo una película de cine.

Con la lectura de **La promesa de Pisa**
descubrimos el mundo luminoso que
se abre para Sam Zafar.
¿No será una trampa?

Si quedaste con ganas de más
nos gustaría saber de ti.

www.reynaranjo.net